





SABRINA JEFFRIES

LORD PROHIBIDO

Trilogía de los Lores, N° 2



A mis maravillosas compañeras escritoras de la asociación Heart of Carolina Romance Writers, y, especialmente, a Judy, Judith y Theresa por su crítica literaria de esta obra. Muchísimas gracias a todas por vuestra cálida acogida.



Índice

Argumento.....	5
Capítulo 1.....	6
Capítulo 2.....	25
Capítulo 3.....	37
Capítulo 4.....	56
Capítulo 5.....	72
Capítulo 6.....	85
Capítulo 7.....	101
Capítulo 8.....	118
Capítulo 9.....	135
Capítulo 10.....	150
Capítulo 11.....	168
Capítulo 12.....	186
Capítulo 13.....	200
Capítulo 14.....	218
Capítulo 15.....	233
Capítulo 16.....	247
Capítulo 17.....	258
Capítulo 18.....	278
Capítulo 19.....	295
Capítulo 20.....	308
Epílogo.....	322
Orden de la Trilogía de Los Lores.....	327



ARGUMENTO

Jordan Willis, el conde de Blackmore, ha jugado con el corazón de un sinnúmero de bellas mujeres de la alta sociedad. Sin embargo, un único beso robado impulsivamente a los labios suaves e irresistibles de la hija de un rector será suficiente para abocarlo a la perdición. La meliflua y peculiar reacción inocente de Emily Fairchild despierta en el vividor un deseo voraz que le impedirá olvidarla. Meses después, Jordan conoce a Lady Emma Campbell, una insolente debutante con muchas ganas de flirtear. Curiosamente, la bellísima descarada guarda un inquietante parecido con su dulce Emily.

Emily no puede revelar la razón por la que ha aceptado colaborar en una farsa tan escandalosa —para salvar su propia vida, ha de hacerse pasar por una aristócrata insolente llamada lady Campbell—. A pesar de ello, ninguna máscara podrá encubrir la peligrosa atracción que siente por el conde Blackmore, ¿Se arriesgará Emily a perder el amor de su vida revelándole que no es una dama de distinguido linaje sino una sencilla muchacha de provincias?



Capítulo 1

De acuerdo, los niños deberían ser inocentes; pero cuando el epíteto se aplica a hombres o mujeres, se convierte en una forma educada de decir debilidad.

VINDICACIÓN DE LOS DERECHOS DE LAS MUJERES,

MARY WOLLSTONECRAFT,
Escritora feminista inglesa

Derbyshire, Inglaterra Marzo de 1819

«Estar aquí es como jugar al escondite en un circo», pensó Emily Fairchild mientras escudriñaba la sala de baile en la casa solariega que la marquesa de Dryden poseía en el condado de Derby. El salón estaba abarrotado de gente; cientos de invitados —al menos cuatrocientos— la mayoría con las caras ocultas detrás de antifaces, y ataviados con unos exóticos disfraces, indiscutiblemente carísimos, que distaban mucho de los trajes que Emily podía costearse.

Pero entre ellos no se encontraba lady Sophie, su preciada amiga, ¿Dónde se había metido? Emily no podía abandonar el baile sin antes encontrarla; Sophie se sentiría absolutamente defraudada si no obtenía el elixir que Emily había preparado especialmente para ella.

—¿La ves, Lawrence? —preguntó Emily a su primo alzando la voz para que éste pudiera oírla por encima de las notas de la magnífica orquesta.— Eres lo suficientemente alto como para verla.

Lawrence frunció el ceño e irguió más la cabeza.

—Ya la veo, está allí, enzarzada en esa actividad absurda y carente de todo sentido que ella define como entretenida. En otras palabras, Sophie estaba bailando. Una sonrisa instantánea se perfiló en los labios de Emily. Pobre Lawrence. Había recorrido un largo camino desde Londres para visitarlos a ella y a su padre en Willow Crossing por primera vez en muchos años y, a cambio, su padre lo había obligado a escoltarla a un baile de disfraces, un evento que Lawrence consideraba «estúpido, de una absurdidad incuestionable». Bueno, al menos el pobre no tendría que sufrir la tortura de bailar con ella. A Emily el sentido del decoro le prohibía bailar, puesto que se hallaba en las últimas semanas de luto por la muerte de su madre. Sin lugar a dudas, era la única invitada que vestía un insulso



traje negro, con un antifaz plateado como única concesión a la temática lúdica de la noche.

—¿Con quién está bailando Sophie? —inquirió Emily.

—Creo que su pareja esta vez es lord Blackmore.

—¿Lord Blackmore? ¿Está bailando con él? —Un hombre realmente importante. El conde de Blackmore era el hermano de la nueva hija política de los Dryden.

Emily se sintió invadida por una ola de envidia, que desapareció tan rápido como se había formado. Qué mema al envidiar a Sophie por un derecho que su amiga ostentaba desde la cuna. Estaba convencida de que jamás gozaría de la oportunidad de bailar con el conde, simplemente porque era la hija de un rector sin parientes aristocráticos.

Después de todo, aún tenía que dar las gracias por estar allí. Lady Dryden sólo la había invitado como pago por un pequeño servicio que Emily le había ofrecido. La marquesa no tenía motivos para presentar a Emily a ninguna de las damas ni lores ricos que se habían puesto de punta en blanco y se habían desplazado desde Londres para la ocasión.

Sin embargo, se preguntó qué se sentiría al bailar con un conde tan famoso como lord Blackmore. Seguramente unos terribles nervios en el estómago, especialmente porque parecía muy apuesto. ¿O no? Se puso de puntitas para examinarlo a través de los dos orificios de su antifaz, lamentablemente no consiguió distinguir nada más que un mar de pelucas y de esperpénticos tocados que se agitaban formando un remolino confuso a su alrededor.

—Cuéntame qué ves, Lawrence. ¿Están bailando un vals? ¿Y lord Blackmore, dirías que lo está pasando bien?

—¿Pasarlo bien? ¡Cómo va a pasarlo bien! Primero porque está bailando, y segundo porque tiene a Sophie por pareja. Ese hombre se merece alguien mejor.

—¿Por qué dices eso?

—Lord Blackmore es un hombre de cierta relevancia, ya me entiendes. A pesar de ser uno de los miembros más jóvenes de la Casa de los Lores, ha promovido más reformas para los pobres que ningún otro miembro.

—¿Y qué tiene eso que ver con el hecho de que Sophie no sea lo suficientemente buena para él?

Lawrence se encogió de hombros.

—Me duele tener que decírtelo, pero tu amiga es una pánfila, y por consiguiente es absolutamente inapropiada para un hombre que despunta por su experiencia e inteligencia.

—¡Sophie no es pánfila! ¡Qué sabrás tú de ella! ¡Si la conociste ayer!



—Sí, y se pasó todo el tiempo exhibiendo una actitud abominablemente despreciativa hacia mí. Supongo que está convencida de que un abogado de Londres está muy por debajo de sus expectativas.

Sus intentos por mostrarse impasible fracasaron tan estrepitosamente que Emily tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no echarse a reír.

—Oh, Lawrence, creo que malinterpretaste su comportamiento. Ella no te menospreció, simplemente se sentía aterrorizada por ti.

—¿Aterrorizada? —Una nota de escepticismo se escapó de su voz—. ¿Y por qué iba la hija de una marquesa a sentirse aterrorizada por mi presencia?

Emily observó a su primo de soslayo. Al igual que algunos jóvenes que habían optado por no disfrazarse, Lawrence lucía un traje de gala y un antifaz pero a pesar de que este cubría su nariz recta y parte de su frente tersa, no ocultaba su sedoso pelo cobrizo ni su porte tan atractivo. Además, el joven siempre estaba dispuesto a dar su opinión sobre cualquier asunto, con lo cual había conseguido amedrentar a la apocada Sophie.

—¿Y bien? —preguntó él con una visible impaciencia—. ¿Por qué me tiene miedo?

—Porque, mi querido primo, eres un hombre. Un hombre apuesto, insolente y, por lo tanto, peligroso. —Cuando él esbozó una mueca de incredulidad, ella agregó—. Te lo digo en serio, Sophie era plenamente consciente de tu presencia ayer. Por eso únicamente farfulló unas pocas palabras hasta que presentaste tus excusas para marcharte.

—¡Menuda ridiculez! Una mujer de su posición —bella, rica, y con unas amistades tan poderosas— no tendría que temer a nadie. Probablemente, cuando celebre su puesta de largo tendrá un sinfín de pretendientes dispuestos a casarse con ella por su fortuna. Su boda será esplendorosa y vivirá en una magnífica mansión con un duque o con un marqués.

—Quizá tengas razón, pero eso no significa que ella no tema a los hombres.

Una repentina conmoción en la pista de baile captó la atención de gran parte de la concurrencia. Lawrence avizó por encima de las cabezas, achicando los ojos.

—Supongo que eso marca el final. Bueno, tampoco es que me sorprenda.

—¿Cómo que el final? ¿A qué te refieres? —Un tipo calvo que iba ataviado con una toga y lucía una corona de laurel medio torcida se colocó justo delante de Emily y le tapó la visión. ¡Cielo santo, qué daría ella por tener un taburete al que poder encaramarse!—. Dime. ¿Qué pasa?



—El padre de Sophie acaba de separarla de Blackmore con muy malos modos. Ese lord Nesfield es un verdadero cretino. —Se inclinó hacia delante para no perder ni un detalle de la escena que Emily no alcanzaba a ver—. Y ahora ese perdonavidas está regañando a Blackmore a viva voz.

—¡Pobre Sophie! ¡Qué mal que debe de estar pasándolo!

—¿Pobre Sophie? ¿Y qué hay de Blackmore? —Lawrence se ajustó el antifaz con dedos impacientes—. Espera un minuto... ¡Vaya! ¡Fantástico, Blackmore! ¡Así se trata a un cretino!

Emily volvió a ponerse de puntillas, pero sólo vio un enorme sombrero de mago Merlín.

—¿Qué pasa? ¿Qué están haciendo?

—Blackmore se marcha, más chulo que un ocho. Nesfield ha decidido seguirlo, y continúa sin dejar de ladrar, pero Blackmore no le hace caso, y Nesfield parece un ridículo patán.

—No lo comprendo. ¿Por qué lord Nesfield no permite que Sophie baile con lord Blackmore?

Alrededor de ella, la gente no dejaba de murmurar y, por lo visto, la mayoría compartía la opinión de Lawrence sobre el marqués de Nesfield.

—Nesfield es el mayor opositor de Blackmore en el Parlamento —explicó con impavidez—. El marqués es de la opinión de que es mejor oprimir al pueblo llano, porque ayudarlo podría animarlo a sublevarse y a derrocar a la aristocracia. Según él, Blackmore es el peor agitador que jamás haya existido, y por eso no puede tolerar que se acerque a su hijita casta y pura.

—El marqués siempre muestra celos ante cualquier hombre que ose aproximarse a Sophie —terció Emily con porte indignado—. Desde que era una chiquilla él siempre ha temido que algún tarambana la aleje de su lado. Por eso ella teme tanto a los hombres, porque él nunca le ha permitido relacionarse con chicos de su edad, y Sophie únicamente sabe lo que su padre le cuenta de los hombres.

Lawrence le lanzó una mirada llena de escepticismo.

—Pensaba que tenía un hermano. Seguramente él la habrá aleccionado sin tantos prejuicios.

—Su hermano se escapó de casa cuando ella tenía ocho años. Él era muy joven, creo que sólo tenía diecisiete años. Según cuentan él y su padre mantuvieron una terrible discusión. Ahora su hermano vive en algún país de Europa, así que sin la mediación de su hermano y sin madre, puesto que la marquesa falleció hace tiempo, Sophie sólo cuenta con la guía de su padre, y él lo único que hace es sembrar sospechas acerca de cualquier hombre que se acerca a su hija.



—Me parece que únicamente estás buscando excusas para eximirla, a pesar de que no niego que lord Nesfield sea un verdadero idiota. —De repente, su cara se tornó más sombría—. Espera, ella viene derechita hacia aquí, hacia nosotros. Ha logrado escabullirse del altercado mientras su padre se ensañaba con lord Blackmore. Ahora le podrás dar el elixir y nos podremos marchar. Pero si no te importa, desapareceré de escena antes de que ella me vea y le entre «ese pánico tremendo». —Lawrence alzó la barbilla con tanta petulancia como la que atribuía a Sophie y se perdió entre la multitud que colmaba la pista de baile.

Tan pronto como se marchó, Emily vio a Sophie abriéndose paso entre el hervidero de gente. Su cara era todo un poema. Pobrecita. Y eso que esa noche estaba verdaderamente guapa. El baile le ofrecía la oportunidad de practicar para su puesta de largo, y por ello probablemente no lucía ningún disfraz sino un elegante y vaporoso vestido de seda de color lavanda, que acentuaba su delicada figura y su larga melena azabache. No era de extrañar que lord Blackmore hubiera sentido deseos de bailar con ella.

Sophie avistó a Emily, y acto seguido avanzó hacia ella con paso presto hasta colocarse a su lado.

—¡Oh, Emily! ¿Lo has visto?

—No, pero Lawrence me lo ha contado todo.

Sophie se sonrojó.

—¿Tu primo ha sido testigo? ¡Oh, no! ¡Nunca podré volver a alzar la cabeza! ¡Ha sido horrible, simplemente horrible! ¡Seguro que ahora todo el mundo está hablando de mí!

Emily abrazó a su pobre amiga.

—Tranquila, nadie te culpa de nada; las críticas van únicamente dirigidas a tu padre, y se lo merece.

El grácil cuerpecito de Sophie tembló, y Emily supo que su amiga estaba a punto de romper a llorar. No, eso no podía ser.

Emily habló con un tono firme e implacable:

—Vamos, ya ha pasado. Si quieres que mañana nadie hable de ti, compórtate como si no estuvieras afectada por lo que ha sucedido.

Sophie contuvo el nudo de la garganta que amenazaba con estallar y se frotó los ojos con su delicado puño.

—Tienes razón. —Echó un vistazo a su alrededor—. Todos me están mirando, ¿no es cierto?

—Bah, no les hagas caso. —En un intento por cambiar de tema para distraer a su amiga, Emily anunció—: Te he traído el elixir que querías.

La carita de Sophie se iluminó.



—¿De veras?

—¡Es difícil resistirse a tus ruegos! —Emily sonrió mientras sacaba un frasco de cristal del bolsito—. No te habrías arriesgado a escaparte para venir a verme ayer si no hubieras estado desesperada.

Sophie tomó el frasco que Emily le tendía y lo examinó, con los ojos brillantes a causa de las lágrimas contenidas.

—Mi querida, mi buena amiga, no sabes cómo te lo agradezco. ¡Me has salvado la vida!

—Vamos, vamos, estoy segura de que no es para tanto, pero espero que te ayude. —El entusiasmo de Sophie le provocó un malestar momentáneo. Sólo una vez los remedios secretos de Emily habían causado efectos perniciosos...

No, mejor no pensar en ello. Esta vez no sucedería nada malo. El elixir era tan inocuo como un consomé de pollo, una mera infusión de manzanilla, flores de lavanda y hojas balsámicas.

—Sé que será una gran ayuda —aseveró Sophie—. Todo el mundo está encantado con los resultados de tus remedios.

No todo el mundo. Lord Nesfield no, de eso estaba segura; ese hombre la mataría si averiguara que le había proporcionado un remedio a su hija.

—Si tu padre descubre que...

—No lo descubrirá —la atajó Sophie al tiempo que guardaba el frasco en su bolsito. Sus ojos azules se entristecieron—. De todos modos, vale la pena arriesgarse a sufrir la ira de mi madre, especialmente después de lo que ha sucedido esta noche. Estoy a punto de convertirme en una candidata para el famoso manicomio de Bedlam, en Londres. Fíjate. —Alzó las manos enguantadas, que temblaban como un flan.

Emily murmuró unas palabras afectuosas para calmar a su amiga.

—Esta noche ha sido una pesadilla —añadió Sophie, con la carita enfurruñada y unos morritos que muy pronto romperían corazones en Londres—. Primero, lady Dryden me ha presentado a sus glamurosos amigos, lo cual ya ha sido suficientemente humillante. Estoy segura de que me he comportado como una verdadera pánfila. ¡Y después el desastre con lord Blackmore!

—Oh, pero seguro que no ha sido un desastre hasta que ha aparecido tu padre.

—¡Te equivocas! ¡He estado completamente aterrorizada durante el rato que he bailado con él! El conde tiene fama de tratar a las mujeres respetables con frialdad y con prepotencia.

—No seas ridícula. —Emily no podía conciliar los esfuerzos reformistas de lord Blackmore con ese rumor—. ¿Quién te lo ha dicho?, ¿tu padre?



—No sólo él. Lady Manning dice que lord Blackmore no suele asistir prácticamente a ningún evento social, y que se niega a bailar con las damas casaderas. En lugar de eso, se relaciona con mujeres de vida alegre y viudas indecorosas! Cuentan que tiene un corazón de piedra cuando trata con mujeres decentes que ya tienen edad para casarse.

Emily esbozó una mueca de fastidio. Sophie era aún tan joven... No podía distinguir un acto legítimo de un rumor y un chismorreo con unas claras motivaciones políticas.

—No deberías hacer caso de esas sandeces. Estoy segura de que lord Blackmore se comporta como un verdadero caballero con cualquier dama. Si no fuera así, lady Dryden no te lo habría presentado, ni tampoco él habría bailado contigo.

Sophie se mordisqueó el labio inferior con un gesto que mostraba inseguridad.

—Quizá tengas razón. Lo cierto es que ha sido muy caballeroso mientras bailábamos, aunque se notaba que estaba un poco tenso.

—Además, si realmente ha sido tan cruel con otras jóvenes con anterioridad, es evidente que se ha reformado. Si existe alguien tan dulce e inocente capaz de derretir ese corazón de piedra, no me cabe la menor duda de que ésa eres tú, mi querida amiga.

Emily pensó que oía algo parecido a una risa apagada, como si alguien se estuviera mofando de sus palabras, pero cuando miró a su alrededor, no vio a nadie. Probablemente había sido el viento que se filtraba a través de las cristaleras abiertas del balcón situado a su espalda.

—De todos modos no importa —apostilló Sophie—. Papá nunca permitirá que vuelva a bailar con lord Blackmore otra vez. Aunque tampoco es que yo lo desee, después de la horrible escena que ha montado mi padre. ¡Oh, Emily! ¡No sobreviviré ni un día más en Londres! Preferiría fugarme con uno de nuestros lacayos antes que tener que aguantar la fiesta de mi puesta de largo. Por lo menos conozco a nuestros lacayos.

Emily se puso a reír.

—¡No es posible que digas eso! ¡Imagina la reacción de tu padre! — ¡Como si Sophie, a la que le parecía que pelar sus propias naranjas era una tarea demasiado ardua, fuera capaz de convertirse en la esposa de un criado!

—No, supongo que no. Pero detesto ese viaje a Londres. —La barbilla de Sophie tembló peligrosamente.

Emily cambió de tema al instante.



—Así que has bailado con el famoso conde de Blackmore, ¿eh? ¿Qué tal es? ¿Es apuesto? ¿Encantador? ¿O demasiado engreído como para poderlo tolerar?

—Ha sido muy agradable, y... sí, creo que es guapo. Llevaba un antifaz, igual que tu primo... —Sophie se sonrojó un poco, luego continuó con su reflexión en voz alta—: Ahora que lo pienso, se parece mucho al señor Phe... —Sophie se calló de golpe y sus ojos se agrandaron con terror—. Oh, no, papá viene hacia aquí. Estoy segura de que me está buscando.

Emily se dio la vuelta y divisó los anteojos dorados de lord Nesfield enfocados hacia la dirección donde se hallaban las dos. A pesar de que era evidente que el marqués no conseguía distinguir a su hija en la distancia, Emily resopló.

Sophie hundió la cabeza entre los hombros.

—Será mejor que no me vea hablando contigo. Ya sabes como es.

¡Desde luego que lo sabía! A pesar de que ella y Sophie habían sido muy buenas amigas desde la infancia, últimamente el marqués de Nesfield había puesto trabas a su amistad. Aunque le doliera aceptarlo, Emily sabía el porqué.

—Es preferible que nos separemos —se lamentó Emily, estrujando cariñosamente la mano de su amiga—. Vamos, vete.

—Eres la mejor amiga que una chica pueda soñar —susurró antes de marcharse atolondradamente.

Oh, cielos, ¿y si la hubiera pillado entregándole el elixir a Sophie? Lo más apropiado era desaparecer de su vista antes de que el marqués decidiera asaltarla. Emily asomó la cabeza a través de las cristaleras del balcón y miró hacia la sala de baile para confirmar si lord Nesfield no la había visto.

—Hola —pronunció una voz detrás de ella, Emily, sorprendida, se giró expeditivamente, pero se relajó al ver a Lawrence. No lo habría reconocido en medio de la oscuridad de no ser por la tenue luz de las velas proveniente del interior de la mansión, que matizaba el pelo cobrizo de su primo aportándole unos bellos y llamativos reflejos.

—¿Qué hacías ahí escuchando? —le recriminó ella con sequedad—. Debería de habérmelo figurado. Bueno, da igual, espero que te alegre saber que ya podemos irnos.

Él se quedó quieto y extrañamente silencioso.

—Porque tienes ganas de escapar de esta velada tan tediosa, ¿o me equivoco?

Cuando Lawrence contestó, su voz era más grave y gutural que de costumbre.



—Sí, hace horas que quiero marcharme. ¿Pero no piensas despedirte del anfitrión y de la anfitriona?

—¡Uy es cierto! ¡Se me olvidaba! —exclamó Emily, avergonzada de haber olvidado una muestra de cortesía tan significativa—. No obstante, no quiero que lord Nesfield me vea. ¿Te importa entrar tú y despedirte de ellos de mi parte?

Él se encogió de hombros.

—No, en absoluto. —Con una inclinación gentil extrañamente caballerosa para Lawrence, enfiló hacia la sala de baile.

Mientras Emily aguardaba su retorno, se paseó por el balcón con un visible porte nervioso. Le parecía que su primo tardaba demasiado. Avanzó hasta la cristalera y echó un vistazo al interior, pero él se hallaba en medio de la sala, hablando con los Worthing y señalando hacia el balcón. Rápidamente se ocultó detrás de la pared y volvió a pasearse un ratito más.

Cuando Lawrence regresó, los dos atravesaron rápidamente la galería bañada en sombras hasta que llegaron a la última estancia antes de alcanzar el vestíbulo. A continuación, caminaron decididos hacia los lacayos, que se habían colocado en fila para despedir a los invitados.

Lawrence se dirigió a ellos en un tono apenas audible; los criados se pusieron en movimiento al instante y les entregaron la capa y el abrigo de lana como si ambos fueran dos invitados distinguidos. ¡Qué extraño! Los sirvientes la habían visto allí a menudo antes, y jamás la habían tratado con una cortesía tan extravagante. ¿Qué les debía de haber contado Lawrence?

Mientras un criado la ayudaba a ponerse la capa corta de terciopelo, Emily pensó que éste la miraba de un modo extraño. Luego el lacayo se separó rápidamente, y ella se quedó pensando si quizá no se lo habría imaginado. El carruaje se detuvo ante la puerta en un abrir y cerrar de ojos, indudablemente porque era uno de los vehículos de lady Dryden. Emily y Lawrence no habían podido asistir con el carruaje de la familia Fairchild porque lo estaban reparando en un taller, así que lady Dryden se había ofrecido generosamente a enviar uno de sus carruajes a buscarlos.

Lawrence abrió la puerta ornamentada y la ayudó a subir. Emily se relajó sólo después de que él ordenara al cochero que se pusiera en marcha.

—Al principio me he divertido un poco, pero ahora ya tenía ganas de marcharme, ¿y tú?

Él se acomodó en el asiento; la luz de la luna perfilaba su boca sonriente. A Emily le pareció distinguir una sonrisa distinta, algo canalla.

—Sí, por supuesto. Qué alegría que hayas sugerido que nos marchemos.



—¿Sugerido? No seas tonto, Lawrence. Era evidente que querías marcharte del baile casi desde el mismo instante en que pisamos esa casa.

El hombre sentado delante de ella irguió la espalda de repente.

—¿Lawrence? ¿Quién diablos es Lawrence?

Si la sorpresa del sujeto no le hubiera dejado patente que había cometido un craso error, su lenguaje lo habría delatado.

Lawrence nunca usaría esa clase de palabras delante de la hija de un rector. ¡Por eso su sonrisa le parecía distinta, y por eso los criados se habían comportado de un modo tan extraño cuando ella se había marchado con él!

—Tú... Usted no es... no es Lawrence —tartamudeó Emily con estupefacción, notando cómo su corazón parecía querer escapársele del pecho cuando su interlocutor se quitó rápidamente el antifaz.

¡Virgen santa! Ese individuo tenía el pelo cobrizo como Lawrence, y su misma constitución, e iba ataviado de un modo muy similar a su primo.

Pero su cara era muy distinta.

—Por supuesto que no soy Lawrence —espetó él—. ¿De qué clase de juego se trata? —Él inclinó la cabeza hacia delante, y ella acertó a divisar su mandíbula dura y varonil y una garganta exquisitamente afeitada antes de que la luna se ocultara detrás de las nubes, extinguiendo la escasa luz que se filtraba en el carruaje—. Sabes perfectamente bien quién soy. Por eso le comentaste todas esas majaderías a lady Sophie, para defenderme.

El individuo se quitó el sombrero de copa satinado, lo depositó en el cojín que había sobre el asiento tapizado en brocado, y la simple intimidad que se desprendió de dicha acción le provocó a Emily un pánico arrollador. ¿A qué se refería ese tipo con eso de las majaderías para defenderlo? Obviamente se estaba refiriendo a su conversación con Sophie, que claramente él había escuchado. Pero sólo habían hablado de los temores de su amiga y de...

¡Por todos los santos! ¡Y de lord Blackmore! Habían hablado largo y tendido sobre lord Blackmore. ¿Qué era lo que Sophie había empezado a contarle? ¿Que lord Blackmore se asemejaba muchísimo a alguien? A Lawrence. Sí, ese caballero se parecía mucho a Lawrence.

No, no podía ser.

—¿Me está diciendo que usted es... que usted es...?

—¡Blackmore, quién si no! Pero si lo sabes perfectamente.

Su tono acerbo dejó a Emily sin aliento. No había ningún motivo para alarmarse. Se trataba simplemente de un error, un error tan absurdo que muy pronto podrían enmendar. De todos modos, ella era la culpable de



todo ese malentendido. No podía acusarlo de haberse aprovechado de ella al asumir que necesitaba que la escoltaran hasta su casa.

—No, no lo sabía. Me temo que usted se parece mucho, diría que muchísimo, a mi primo Lawrence, quien me ha acompañado al baile esta noche. En la oscuridad del balcón, lo he confundido con él. Es un simple error, pero ya está aclarado; no ha pasado nada.

Jordan Willis, el conde de Blackmore, miró boquiabierto a la mujer elegante y atractiva que estaba sentada frente a él. ¿Qué clase de broma era ésa?

—¿Tu primo? —Por todos los demonios, ¿podía ser esa situación meramente el fruto de un extraño error? Él no se había quitado el antifaz en toda la noche, después de todo, pero un pelo como el suyo, con unos reflejos cobrizos tan destacables, no era nada usual.

Se había figurado que ella era una viuda licenciada con ganas de mantener un encuentro privado con él. Aunque lo cierto era que parecía nerviosa. Y si esa mujer decía realmente la verdad, entonces...

—¿Me estás diciendo que realmente hablabas en serio cuando soltaste todas esas majaderías sobre mi reputación caballeresca?

—¡Pues claro que hablaba en serio! —Ella parecía asombrada ante su reacción—. ¿Qué le hace pensar lo contrario?

Jordan estiró un brazo a lo largo del respaldo de su asiento. No era posible que esa mujer fuera tan ingenua, y más teniendo en cuenta lo que había oído acerca de él.

—Porque cuando una hermosa viuda me defiende cuando estoy tan cerca como para oírla, generalmente lo hace para impresionarme.

—¿Una viuda? ¿Creo que soy viuda? —Emily abrió con un golpe seco de muñeca el abanico y empezó a darse aire con movimientos bruscos;— Oh, cielos, por eso ha aceptado acompañarme sin ningún reparo. Porque ha pensado que... es decir, ha dado por sentado que...

—Que eras una viuda en busca de un poco de compañía, sí.

—Jordan se sintió abordado por una desagradable sensación de pesadez—. Dime que no me equivoco.

—¡Sí que se equivoca! ¡Se trata de un terrible error! No soy ninguna viuda. Voy de luto riguroso por mi madre, que falleció el año pasado.

La sensación de incomodidad acabó de aplastarlo. Ella no era una viuda. Probablemente era la hija virginal de algún terrateniente, y él la había invitado a subir en su carruaje sin pensar que alguien podía verlos juntos.

No, no podía haber cometido semejante estupidez.

—Me estás tomando el pelo. A ver si lo adivino: se trata de un juego a algo parecido, ¿no es así?



—¡De ningún modo! ¡Le estoy contando la verdad!

—Por lo tanto, ¿he de deducir que no estás casada? —Los músculos de su estómago empezaron a contraerse.

Emily sacudió la cabeza efusivamente de un lado a otro.

—Y tan pura como la nieve que cae del cielo, supongo. —La rabia explotó en su cabeza. ¿Cómo podía haber actuado de un modo tan inconsciente?—. Tienes... tiene razón, señorita; se trata desde luego de un terrible error.

—Por favor, ahora que se ha dado cuenta de que no soy la clase de mujer que pensaba, le ruego que me lleve de vuelta a casa de los Dryden. Cuanto más tiempo me quede en su carruaje, más pondré en peligro mi reputación. Además, mi primo debe de estar buscándome.

Jordan sintió una gran sequedad en la boca. Claro, su primo debía de estar buscándola, pero ¿quién más?, ¿su padre orgulloso?, ¿su tía maquiavélica? ¿Y si ella le había mentado en cuanto a que lo había confundido con su primo? Algunas mamás empeñadas en buscar un buen partido para sus hijas ya habían intentado tenderle trampas previamente. Por eso desconfiaba de las jóvenes solteras.

¿Y qué pasaba con la forma en que ella lo había defendido tan fervientemente? ¿Qué mujer habría reaccionado del mismo modo si no era para impresionarlo? Ella debía de saber que él las estaba escuchando. No se había mostrado nada sorprendida al descubrirlo allí, de pie, emergiendo de entre las sombras.

La furia se instaló en su vientre con la pesadez de un banquete descomunal.

—Sospecho que su primo sabe exactamente dónde está usted en estos momentos.

Emily dejó caer el abanico en su regazo.

—¿Qué quiere decir?

Él interpretó la expresión recelosa de ella como un indicio más de su patente culpabilidad.

—Sabe perfectamente a qué me refiero. Lo tenían todo planeado, ¿eh? Si regreso al baile, me encontraré con una fila de personas esperándonos, listas para obligarme a «hacer algo» para reparar mi indiscreción. Pues permítame que le diga una cosa: si cree que dejaré que una virgen listilla me atrape para que me case con ella...

—¿Atraparlo para que se case conmigo? ¡Cielos! No pensaré que... que... No creeré que... —Emily no tuvo fuerzas para acabar la frase; suspiró desalentada antes de proseguir—: ¿Cree que lo he hecho adrede?



¿Que he planeado que me invite a subir en su carruaje sola poniendo en riesgo mi propia reputación?

—¿Y qué otra cosa puedo pensar? Me ha defendido cuando seguramente sabía que estaba allí escondido escuchándola. Y toda esa patraña de que me ha confundido con su primo...

—¡Será posible! ¡Es usted un insolente y un caradura! ¡Ya veo que me equivoqué al no creer en la información de Sophie! ¡Es obvio que usted sólo conoce a una clase de mujeres, lo cual explica por qué no reconoce a una mujer decente cuando la tiene delante de sus narices!

—Oh, reconozco a las mujeres decentes bastante bien —espetó él, mientras sus miedos adormecidos emergían lentamente a su cabeza—. Las mujeres decentes tienden este tipo de trampas para cazar un esposo rico y célebre. Ansían dinero, posición y la oportunidad de gobernar la vida de un hombre para convertirla en un verdadero calvario, y están dispuestas a recurrir a cualquier artimaña con tal de lograrlo.

Cuando ella soltó un bufido de estupefacción, Jordan añadió con una deliberada falta de consideración:

—Las mujeres indecentes, en cambio, son honestas en lo que esperan a cambio de los placeres que ofrecen. Son fáciles de manejar, no roban demasiado tiempo de las cuestiones importantes, y no piden nada más que lo que un hombre pueda darles. Oh, sí, reconozco la diferencia. Y prefiero confraternizar con mujeres indecentes que con aquéllas que se jactan de ser decentes.

Emily irguió la espalda y lo fulminó con una mirada de despecho.

—Le parecerá difícil de creer, lord Blackmore, pero existen mujeres distintas a las que acaba de describir, mujeres que no necesitan tender trampas a un pobre desventurado para que se case con ellas con tal de adquirir una posición social destacada y una fortuna considerable. Estoy bastante contenta con mi vida, muchas gracias, y no necesito «gobernar» la suya para hallar satisfacción. Y le repito que no le he tendido ninguna trampa; simplemente he cometido un error, iuno que se acrecienta con cada segundo que paso viéndome obligada a soportar su detestable presencia!

La vehemencia en la voz de Emily tomó a Jordan por sorpresa. Ciertamente, tenía toda la pinta de una mujer afrentada. Pero claro, debía de ser una buena actriz para maquinar esa treta, ¿no?

—¿Así que alega que no sabía que estaba escuchando su conversación?

—¡No soy tan maleducada como para permitir que mi amiga cuchichee sobre un hombre que puede oírla!

—De acuerdo —contestó él con sequedad—. Digamos que me está contando la verdad. Si no se había dado cuenta de mi presencia en el



balcón, entonces, ¿por qué diantre me ha defendido ante lady Sophie si no tiene ni idea de cómo soy ni de si esos chismes son ciertos?

Ella lo miró a los ojos sin pestañear.

—He oído cosas sobre su dedicación en el Parlamento. Por eso creía firmemente que era usted un hombre bueno y honesto.

Jordan sintió una punzada en el pecho por el énfasis que ella puso en la palabra «creía». ¿Se había precipitado a la hora de juzgarla?

El carruaje dio una brusca sacudida, lanzando a Emily hacia un lado durante el tiempo suficiente para exponer un tobillo elegante y decididamente bello antes de que pudiera recomponer la postura.

—Además, no es correcto que alguien denigre a una persona cuando ésta no se halla presente para defenderse del ataque. Si uno no sabe la verdad, lo mejor que puede hacer es mantener la boca cerrada. Mi padre, el rector de Willow Crossing, me ha educado para que no haga caso de los comentarios perversos.

—¿Su padre es rector? —Su incomodidad se acrecentó. ¿La hija de un rector? ¿Tendiéndole una trampa? No le parecía viable. Jordan soltó un bufido. Había cometido un execrable error al dejar que su rabia controlase la situación. A pesar del antifaz que ella lucía, podía ver los destellos peligrosos que emanaban de sus ojos.

—Sí —contestó Emily, apenas realizando una pausa para comprender la intención de la pregunta que le acababa de lanzar su interlocutor—. Podría aprender un montón de cosas de mi padre. Él no juzga a las personas si no lo sabe todo acerca de ellas. Siempre cita a Mateo 7, : «No juzguéis, para que no seáis juzgados».

¡Por el amor de Dios! ¡Esa mujer estaba recitando la Biblia, con capítulo y verso incluidos!

—Sigo el ejemplo de esas palabras —continuó ella, ahora enardecida—. Nadie tiene derecho a juzgar el comportamiento de una persona, ni tan sólo usted; sólo Dios. Es más...

—Ya es suficiente, madame.

Pero ella continuó con su monólogo como si no lo hubiera oído.

—Las Sagradas Escrituras dicen que...

—¡Madame! ¡Zanjemos el tema! ¡De verdad, la creo!

La expresión de Emily no tenía desperdicio: absolutamente decepcionada, como un predicador que le acabaran de negar el placer de encaramarse al púlpito para dar un sermón.

—¿Cómo... cómo dice?



—Que la creo. —Incluso él, con su visión cínica del mundo, no podía creer que una mujer fuera capaz de citar la Biblia y maquinarse un plan contra él al mismo tiempo. Desvió la vista hacia la ventana y murmuró—: Está claro que no es la clase de... mujer por la que la había tomado.

—Estoy de acuerdo —recalcó ella con petulancia.

Jordan apretó los dientes antes de añadir:

—Siento mucho haberla ofendido.

Acto seguido la cabina del carruaje se llenó de un incómodo silencio. Cielo santo, Jordan había cometido un terrible error. Debería de haberlo reconocido antes, pero había montado en cólera al pensar que le acababan de tender una trampa y por eso no había razonado como era debido. Obviamente, si ella hubiera intentado engañarlo, no le habría declarado que había cometido un error tan pronto. Habría intentado engatusarlo para que él la comprometiera.

Pero no había actuado así. Y lo más importante, él la había insultado excediéndose de los límites. La miró de soslayo, preguntándose qué era lo que debía de estar pensando.

Ella lo observó con el recelo de un ciervo que se siente acorralado.

—¿Así que admite que no he intentado engañarlo?

—Sí.

—¿Admite que se ha equivocado por completo?

—¡Por todos los demonios! ¡Sí y mil veces sí!

Emily irguió la espalda y lo amonestó:

—Tampoco hace falta que sea tan irrespetuoso.

—¿Ahora piensa corregir mi forma de expresarme? ¡Por el amor de Dios! —Jordan resopló con hastío—. Es usted tan perniciosa como mi hermanastra, que no cesa en sus sermones hasta que no admito que me he equivocado. Y ella, también, me corrige cuando hablo y cita la Biblia para intentar hacerme cambiar de hábitos.

—Entonces seguramente se pasará mucho rato corrigiéndolo y memorizando las Sagradas Escrituras.

Jordan se la quedó mirando boquiabierto, y luego estalló en una estentórea risotada.

—Así es. —Esa chica tenía cierta gracia, lo admitía. Ninguna mujer excepto Sara se atrevía a criticarlo a la cara, a pesar de que probablemente muchas lo hacían a sus espaldas.

La hija del rector estaba despertando su interés. No tenía ni un pelo de tonta, a diferencia de la mayoría de jovencitas pánfilas que pululaban



alrededor de él esos días. Y detrás de esa máscara, ¿se ocultaría un bonito rostro? El resto de su cuerpo parecía prometedor...

Por todos los demonios, ¿pero en qué estaba pensando? ¡Esa mujer era virgen! —La hija de un rector que recita la Biblia —dijo él, intentando fijar ese pensamiento en su cabeza—. Esta vez sí que me he pillado los dedos con una muchacha inocente, ¿verdad?

—Sí. —Emily se alisó la falda con porte contrariado—. Y ahora haga el favor de indicarle a su cochero que me lleve de vuelta a casa de los Dryden.

—Por supuesto.—Pero Jordan no hizo ningún movimiento para ordenarle al cochero que cambiara de dirección. Antes tenían que considerar los problemas potenciales que podían derivarse de su error garrafal—. Dígame una cosa, señorita... señorita...

—Fairchild —declaró ella.

Jordan lazó un bufido.

—¡Vaya por Dios! Si incluso su nombre destila pureza e inocencia. —Mientras el carruaje seguía su camino, él cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Cómo voy a devolverla al baile sin echar a perder su reputación? Si su primo la está buscando, es muy probable que esté plantado en la puerta de la casa cuando regresemos.

Emily frunció sus bonitas cejas con preocupación.

—¡Cielos! Tiene usted razón. Y aunque él no se entere de que he abandonado el baile, no podemos olvidarnos de los criados. Nos han visto marchar juntos.

—No se preocupe por eso; les pagué muy bien para que mantuvieran nuestra partida en secreto. —Cuando ella le lanzó una mirada de indignación, él se encogió de hombros. —No me gusta que aireen mi vida privada por todo el país. No hablarán con nadie, se lo aseguro. Sin embargo, alguien más podría habernos visto salir juntos. Y si regresamos juntos...

Emily se hundió en el asiento.

—Es verdad. Y usted no es exactamente un hombre con fama de santurrón.

Jordan sonrió. Nadie lo había descrito en esos términos con anterioridad.

—Me temo que no, aunque créame, en este momento daría lo que fuera por serlo.

Seguramente varias personas se habían fijado en que ella había abandonado el baile con el conde de Blackmore. Y cuando regresara después de tanto rato, acompañada por él... Sus bellos ojos se entristecieron. No había sido necesario planear una trampa; el resultado



iba a ser el mismo. Lo único que hacía falta era un testigo ocular en la puerta. Entonces todo el mundo sabría que ella había montado en un carruaje con un conde de fama ignominiosa por relacionarse con mujeres descocadas, y el daño sería irreparable: su reputación quedaría tocada para siempre.

Pero él no deseaba arruinar su reputación. De repente, Jordan sintió un profundo deseo de no causarle ningún daño, aunque no comprendía el motivo. ¿Quizá porque ella era una criatura tan inocente? ¿O porque lo había defendido sin ninguna otra razón que por una cuestión de principios?

Súbitamente, el cochero dio unos golpecitos repetidos. A continuación, su voz amortiguada por el techo de la cabina resonó para anunciar:

—Nos estamos acercando al camino principal, milord. ¿Adónde debo dirigirme?

—Deténgase aquí un momento, cochero. —Jordan escrutó a Emily con curiosidad.— Y bien, señorita Fairchild, ¿qué quiere que hagamos? Podría llevarla a su casa, y luego regresar al baile y fingir que he salido a dar una vuelta solo. Pero entonces usted tendrá que buscar una excusa, contar alguna mentira sobre cómo ha llegado hasta su casa y por qué lo ha hecho sola, sin su primo.

—Yo jamás miento, lord Blackmore —replicó Emily con altivez—. No es mi forma de ser.

Jordan ocultó una sonrisa.

—Entiendo. Entonces, ¿se le ocurre algún plan para regresar al baile sin que nadie la vea?

Ella jugueteó con el cordón de terciopelo de su bolsito, y de repente se mostró más vivaz. Acababa de tener una idea.

—¿Y si me deja en la entrada que da a los jardines? Podría recorrer el camino sigilosamente y aparecer sola en la sala de baile, como si hubiera estado todo el tiempo paseando por los jardines. Entonces no tendría que mentir. Si usted se queda fuera por un tiempo prudente y luego entra con su cuento de que se ha ido a dar una vuelta solo, podríamos salvar la situación.

—En otras palabras, que no piensa mentir, pero no le importa que yo lo haga.

—Lo siento —dijo ella con evidente azoramiento—. Tiene usted razón. Es muy desacertado por mi parte que...

—No se preocupe. —Sofocó la carcajada que amenazaba con escapar de su boca. ¡Por todos los demonios! Jamás había conocido a una mujer tan firme en sus principios. Ni tampoco recordaba haberse divertido tanto con



una—. Créame, no dudaría en contar una mentira para salvaguardar su reputación.

Una sonrisa apesadumbrada se perfiló en los labios de Emily.

—Gracias.

Jordan propinó unos golpecitos en el techo de la cabina, y luego ordenó al cochero que regresara a la mansión de los Dryden, pero que se detuviera a la entrada de los jardines.

Mientras el cochero realizaba las maniobras pertinentes para cambiar de rumbo, Jordan volvió a fijar toda su atención en la señorita Fairchild.

Ella tenía la vista clavada en la ventana. Su traje de luto era tan negro que engullía el menor destello que la luna se atrevía a dedicarles, dejando que sólo sus manos y su cara reflejaran el brillo del astro celeste.

¡Y qué cara más sugestiva! Toda llena de curvas suaves y de secretos. Si pudiera ver un poco más de su fisonomía, si pudiera arrancarle el antifaz y deleitarse con la visión... Lo que acertaba a ver era exquisito. Su frente, tan altiva y pálida como la luna... y esas delicadas mejillas redondeadas... y los labios carnosos. Su pelo parecía seda hilada incluso en el interior del carruaje oscuro y...

¿Pero se podía saber qué mosca le había picado? Sus pensamientos eran poéticos, algo que nunca le sucedía, y decididamente no debería de sucederle con la primorosa señorita Fairchild. Ni tan sólo debía de pensar en ella en esos términos. No era su tipo y punto.

De repente, ella lo miró a los ojos.

—Lord Blackmore, quiero disculparme por haberlo metido en este atolladero.

—No, no —respondió él, moviendo la mano como si quisiera restarle importancia al asunto—. Ha sido un error sin malicia por ambas partes. Con un poco de suerte, nadie se enterará de lo que ha sucedido.

—¿Pero y si alguien se entera?

Ella le estaba preguntando si podía confiar en su palabra para salir inmune del aprieto. De repente, Jordan sintió unos enormes deseos de reafirmar que podía confiar en él.

—Haré lo que sea necesario, señorita Fairchild. No se preocupe más por esa cuestión.

—No le estoy pidiendo que se case conmigo —se apresuró a aclarar Emily—. Pero si puede inventarse alguna historia o... o...

—Haré lo que haga falta; no se preocupe —terció él con resolución. ¿Pero cómo iba a inventarse una historia? ¡Como si fuera tan fácil sacarse un cuento chino de la chistera que los pudiera exculpar a los dos sin dejar



rastro de dudas!—. No nos descubrirán; he conseguido salir airoso de situaciones más comprometedoras que ésta.

—De eso no me cabe la menor duda.

Él sonrió ante el tono impertinente de ella. Oh, cómo deseaba ver ese rostro que se ocultaba tras la máscara. A pesar de que la luna ensalzaba su figura con una luz cristalina, únicamente acertaba a discernir un poco de su expresión. Le molestaba que ella le viera la cara y que en cambio él no pudiera ver la suya.

—De todos modos —añadió ella—, si cree que puedo hacer algo para reparar el error...

—Sí, sí que puede —replicó Jordan, las peligrosas palabras se escaparon de su boca sin que él pudiera remediarlo—: Quítese el antifaz para que pueda ver su rostro.



Capítulo 2

Conocí a una dama en el prado
Increíblemente bella, un hada de cuento
Tenía una larga melena, y unos pies ligeros
Y unos ojos turbadores.

LA MUJER HERMOSA SIN GRACIA: *Una balada*,
JOHN KEATS

Emily se quedó mirando a lord Blackmore con estupefacción.

—¿Cómo dice?

—Juega con ventaja respecto a mí: usted lleva un antifaz, y yo no. —Su voz sonaba profunda y gutural en los limitados confines del carruaje—. Me gustaría verle la cara. ¿Le importa?

Ella dudó sólo brevemente antes de alzar las manos hasta las cintas que mantenían la máscara sujeta a su cara.

—No, por supuesto que no. —Después de todo, lo que él le pedía para enmendar de alguna manera su error era una nimiedad, y de hecho se había comportado como un perfecto caballero desde el momento en que habían aclarado lo acontecido.

Además, la lógica aplastante le decía que él tenía razones más que suficientes para haber malinterpretado las circunstancias. Probablemente ese desventurado había sufrido más de una vez el acoso de alguna muchachita mema que mostraba una clara intención de cazar a un conde acaudalado. ¿Cómo iba a acusar a un hombre tan rico y poderoso como él por mostrarse precavido? Lo mínimo que podía hacer era mostrarle la cara.

Si pudiera desatarse las cintas... ¡Virgen santa! Estaban bien anudadas. Ni tan sólo podía deslizar ese bendito antifaz por encima de la cabeza. Le desharía el peinado, y si regresaba al baile con el pelo revuelto, la gente sospecharía que había sucedido algo más.

—Lo siento, pero no puedo soltar las cintas.

—Permítame que la ayude. —A pesar de sus largas piernas, Jordan se movió con agilidad desde su asiento opuesto al de ella hasta el que Emily



ocupaba para sentarse a su lado—. Incline la cabeza hacia delante, por favor.

Ella dudó unos instantes. El mero pensamiento de imaginar los dedos del conde posados sobre su nuca le provocó una suerte de deliciosa quemazón en todo el cuerpo. Algún instinto femenino la estaba previniendo sobre el peligro de dejar que ese sujeto se le acercara tanto.

Sin embargo, era evidente que él no estaba interesado en ella como mujer. Le había mostrado claramente su contrariedad cuando se enteró que era virgen. Así que, ¿por qué tanto recelo?

—De acuerdo —convino Emily, intentando mantener un tono de voz impasible.

Jordan depositó sus largos dedos en su nuca y se enzarzó en la labor de desatar el nudo. Emily se quedó completamente quieta, como si se hubiera convertido en una estatua incapaz de sentir el cuerpo masculino a escasos centímetros de ella.

¡Menuda trastada! Jamás había estado tan cerca de un hombre, y el más leve movimiento del conde imprimía una reacción inmediata en todos sus sentidos: esos brazos apoyados en su espalda, esos músculos flexionados mientras intentaba deshacer el nudo... su respiración, cálida y acompasada, que le hacía cosquillas a través de la fina capa de pelo que le cubría el cuello desnudo... ese muslo firme, presionando contra la parte inferior de su espalda.

Emily notó cómo la sangre fluía más alborotada por todo su cuerpo. Cantos años dedicada en cuerpo y alma a asistir a su madre en la larga enfermedad que la consumía y luego el año de luto la habían alejado de cualquier posible pretendiente. De todos modos, tampoco había demasiados jóvenes solteros en Willow Crossing, pero seguramente habría encontrado alguno si no hubiera estado cuidando de su madre.

Ahora su madre estaba muerta, ella tenía veintidós años, y sólo contaba con la compañía de su padre. Esos días, con él tan distante y sus actividades tan restringidas, ni tan sólo su padre lograba mantener a raya la terrible soledad que la asediaba. Sin embargo, había adoptado la determinación de mantenerse ocupada en casa.

Hasta esa noche. El hombre sentado a su lado lograría que incluso una monja deseara gozar de compañía masculina. Con un palmario nerviosismo, fijó la vista en la ventana, pero eso únicamente incrementó la sensación de intimidad que confería la cabina del carruaje. Allí fuera todo estaba tan solitario que incluso los grillos cantaban sin ser molestados y las lechuzas ululaban abiertamente sin temor a ninguna repercusión. Y estaba oscuro. Muy, muy oscuro. Sin lugar a dudas, la atmósfera aportaba una nota peligrosa a la situación.

De repente, la máscara se desprendió de su cara.



—Ya está —murmuró él mientras sostenía la cinta de seda y luego la soltaba sobre el regazo de Emily.

—Gracias. —Ella se levantó rápidamente y se sentó en el otro asiento. El conde estaba demasiado cerca, demasiado... demasiado varonil. Quizá a él no le afectara su presencia, pero a ella sí que la turbaba. Allí, en ese reducto cavernoso, él adoptaba el tamaño de un inmenso gigante. Tenía que escapar antes de que empezara a comportarse exactamente como esas niñas timoratas que él tanto despreciaba. Emily intentó contraerse para ocupar el menor espacio posible en el asiento, pero al hacerlo no pudo evitar mirarlo.

¡Cielo santo! ¡Había cometido otro error! La luna caprichosa ahora iluminaba su rostro con una intensa luz, permitiéndole obtener una buena visión del conde por primera vez en toda la noche.

¿Guapo? ¿Realmente Sophie había utilizado ese término tan inocente para describir al conde de Blackmore?

Arrebatador... intimidador... fascinante. Él era todo eso y más.

Le pareció sorprendente todo lo que una máscara y un poco de oscuridad podían ocultar. Él y Lawrence tenían el mismo color de pelo y la misma constitución, pero su parecido acababa allí. Los ojos de Lawrence eran grandes y de un color castaño que costaba matizar. Los de lord Blackmore eran profundos y tan oscuros como un par de tizones, especialmente bajo la luz de la luna. Las mejillas de Lawrence tendían a ser pálidas, excepto cuando se ruborizaba, y en dicho caso se iluminaban adoptando un tono rosado intenso. Lord Blackmore jamás se sonrojaría; de eso estaba absolutamente segura.

Pero la forma en que la observaba, como si intentara analizar su fisonomía, consiguió que Emily sí que se sonrojara. Instantáneamente se arrepintió de haberse quitado la máscara. Ahora quedaba tan... tan expuesta.

Se relajó apoyando la espalda en el asiento.

—Y bien, ¿qué aspecto tiene la hija de un rector?

—No lo sé. Ojos vivos, labios prietos, como un icono sagrado.

—Ya veo que no tiene demasiada experiencia con personas de mi posición, ¿no es cierto, milord? —concluyó ella con un tono provocador—. Le aseguro que en las hijas de los rectores puede encontrar una amplia parrilla de rostros bien diversos. Y de actitudes.

Jordan sonrió.

—Gracias por la aclaración.

Su voz expresaba una plena aprobación de su apariencia.



Emily sintió un delicioso escalofrío efímero a lo largo de la espalda. ¡Por todos los santos! No le extrañaba que las mujeres idearan las más inimaginables artimañas para cazarlo y casarse con él. ¿Qué mujer no desearía a un hombre que podía hacerla temblar como una hoja con tan sólo unas pocas palabras?

Qué pena que ella no estuviera a su altura.

Mientras él continuaba observándola, Emily se sintió sofocada. Rápidamente asió el antifaz y volvió a cubrirse la cara con él.

—Yo... yo... Será mejor que lo lleve puesto cuando llegemos a los jardines.

—Tiene razón.

¿Acaso fue fruto de su imaginación, la nota de decepción que le pareció que se desprendía de la voz del conde? Seguramente, sí. Él solamente se había mostrado curioso por ver su cara, nada más. Era completamente natural.

Emily desvió los ojos para volverlos a fijar en la ventana, pero el gesto sólo hizo que fuera más consciente de la presencia de él. Podía notar su mirada clavada en ella, interesada, controlándola. ¡Oh, cómo deseaba que no la controlara de ese modo!

—¡Mire! —exclamó más aliviada cuando el carruaje realizó un giro repentino—. Ya hemos llegado a los jardines.

—¿Ah, sí?

¿Por qué tenía que tener ese hombre una voz tan... tan seductora? Probablemente él no se daba cuenta de ello. Emily apenas podía contener el alud de sentimientos que la asaltaba.

—Sí, ya hemos llegado —repitió, intentando mantener la calma. El carruaje se detuvo y ella continuó mirando por la ventana.

Pero cuando todo quedó en silencio, Emily lo oyó. Oyó voces. En el jardín, y bastante cerca.

—Ay, Dios, creo que hay alguien ahí fuera.

Jordan se inclinó hacia ella y oteó los jardines por encima de su hombro.

—Es verdad, puedo verlos. Acaban de pasar por delante del manzano.

La pareja estaba compuesta por un hombre y una mujer de edad indeterminada, que hablaban y reían mientras paseaban cogidos del brazo. De repente, uno de ellos alzó los ojos y avistó el carruaje. Emily se apartó de la ventana de un brinco con tanta rapidez que prácticamente se quedó sentada en el regazo del conde.

Cuando se dio la vuelta hacia él, descubrió que la cara de él estaba a tan sólo unos centímetros de la suya.



—¿Qué vamos a hacer? —susurró Emily.

Jordan dio un golpe en el techo con los nudillos.

—Cochero, dé otra vuelta, por favor.

—Sí, milord —repuso el cochero, y azuzó a los caballos para que emprendieran el trote.

Por un momento Emily se quedó sentada totalmente inmóvil, sin mover ni un dedo, pegada a él por temor a que la luz de la luna revelara su cara mientras el carruaje pasaba por delante de la pareja. Pero cuando se hubieron alejado de los jardines, Jordan carraspeó y dijo:

—Ya puede apartar la mano de mi pierna, señorita Fairchild.

Sólo entonces ella se dio cuenta de que había clavado los dedos crispados en el muslo del conde. Sintióse terriblemente avergonzada, retiró la mano rápidamente, pero no pudo borrar la impresión que el músculo duro debajo de los pantalones de tela fina le dejó en la palma de la mano, como si se tratase de una barra de hierro incandescente.

Él estaba tan cerca... tan... tan... tentador. Intentó sentarse en el asiento delante de él, pero no quedaba espacio. Y el conde tampoco se movió. Cuando Emily alzó la vista alarmada, lo descubrió mirándola fijamente, con unos ojos seductores y misteriosos bajo la luz de la luna.

—Parece que el destino se ha empeñado en conspirar para mantenernos juntos —comentó Jordan con una voz ronca.

—¡Oh, no diga eso! ¡Nuestro plan aún puede funcionar!

—¿Y si no es así? —Él estaba tan cerca que ella podía sentir la cadencia alterada de su cálida respiración sobre sus labios.

—Entonces asumiré las consecuencias. Aunque preferiría que no me pillaran dando vueltas en un carruaje sola con un hombre. Ya sé que por mi culpa hemos estado a punto de ser descubiertos. Pero usted no se preocupe, milord.

—Claro que me preocupo; para serle honesto, la idea de una asociación prolongada con usted no me resulta tan... tan abominable como al principio. —Jordan bajó la vista hasta los labios de Emily, con un extraño brillo en los ojos.

Ella notó cómo se le aceleraba el pulso.

—No es necesario que pronuncie esos halagos sólo para que no me sienta tan culpable.

—Créame, no lo digo por ese motivo. —Bajó la cabeza hasta que su boca quedó a escasos centímetros de la de ella—. La verdad es que lo estoy pasando fatal, intentando contener las ganas que siento de besarla.



—¡Oh, no! ¡No lo haga! —exclamó Emily con un tono falto de convicción mientras notaba cómo le empezaba a rodar la cabeza vertiginosamente.

Tiene razón; he de resistir la tentación.

Sin embargo, no lo hizo. Antes de que ella pudiera protestar o separarse un poco, Jordan la besó en la boca.

Fue un beso impresionante, la impresión más sublime que ella jamás había experimentado en toda su vida. ¿Quién se habría imaginado que los labios de un hombre pudieran ser tan suaves... o tan tentadores? La respiración del conde se mezcló con la suya, con un cálido aroma a brandy, a pesar de que él no parecía estar ebrio. Su diestra boca acarició la suya de un modo tan mágico que logró seducirla al instante.

Emily suspiró, luego contuvo la respiración cuando él la estrechó por los hombros para acercarla más a su cuerpo. En un intento fútil de despejar la niebla que iba nublando su mente, apartó los labios, pero Jordan volvió a atacarla con unos besos embriagadores a lo largo de la curva de la mejilla hasta alcanzar el lóbulo de la oreja, resiguiendo la línea de la máscara.

—Mi dulce Emily —susurró él, con el húmedo aliento pegado a su oreja—. Mi dulce e inocente Emily.

Su nombre no le sonaba familiar, cuando él lo pronunciaba pegado a su oído con esa voz tan ronca. Y ahora que lo pensaba, ¿cómo sabía su nombre? Oh, claro, lo debía de haber escuchado durante la conversación con Sophie.

—No... debería llamarme por... por mi... por mi nombre de... de pila —tartamudeó ella. El conde le mordisqueó el lóbulo de la oreja y ella jadeó—. Por favor, llámeme... llámeme señorita Fairchild.

—Muy bien. Béseme, señorita Fairchild. Si no lo hace, seré yo quien vuelva a hacerlo.

—Preferiría que no... que no... que no me besara, lord Blackmore. No es decoroso.

—¡Como si a mí me importara el decoro! —Estampó un beso en la venita que marcaba el pulso desbocado en su cuello—. ¿No se acuerda de mi escandalosa reputación? Y por cierto, me llamo Jordan. Llámame Jordan.

—No puedo. Es demasiado... demasiado íntimo.

—Exactamente. —Deslizándose un brazo por su cintura, la arrimó más a su cuerpo, luego, con la mano que le quedaba libre la obligó a alzar la barbilla hasta que se vio forzada a mirarlo a los ojos, esos ojos peligrosamente selváticos, a Emily el corazón le latía a un ritmo frenético e incontrolable.



—Di mi nombre —susurró él con la voz ronca—. Quiero oír cómo suena en tu boca.

—Jordan. —Ella suspiró. Si continuaban por esa vía, muy pronto su honra estaría por los suelos. Sintió un escalofrío de placer al imaginar esa situación, pero en cambio dijo—: Jordan, no sigas, por favor. No me beses.

—Quiero probar a la mujer que se convertirá en mi perdición. —Mientras ella erguía la espalda con evidente tensión, dispuesta a protestar, Jordan la besó implacablemente de nuevo en la boca.

Esta vez el beso no fue tan suave. La besó como un hombre con un propósito claro y firme. Su boca hambrienta se apoderó de la suya, repasándole los labios con la lengua lentamente mientras deslizaba la mano por su barbilla y su garganta hasta plantarla en la piel desnuda del cuello arqueado, entonces la acarició con unos dedos diestros y poderosos. Cuando ella suspiró ante la estremecedora intimidad que le provocaban esas caricias, Jordan aprovechó el momento para introducir la lengua dentro de su boca.

Alguna parte puritana en su interior insistía en que debía indignarse ante esa última indecencia. Pero le resultaba imposible protestar. El conde de Blackmore la estaba besando, de un modo deliciosamente provocador. Jamás habría imaginado la posibilidad de conocer a ese hombre, y ahora en cambio estaba entre sus brazos, y él la besaba de ese modo...

Se le quedó la mente en blanco cuando él acarició el interior de su boca con la lengua, buscando y conquistando hasta el punto más recóndito. Su beso se volvió más profundo, más osado, y ella se sintió encantada de convertirse en su cómplice.

¡Por todos los santos! ¡Ese hombre ciertamente sabía cómo besar a una mujer! Como una niña recién salida de la escuela, lo único que Emily acertó a hacer fue aceptar cada caricia, cada portentosa embestida de su lengua.

Y de repente se encontró doblando los dedos para asir las solapas de su traje elegante, aferrándose a él como una verdadera desvergonzada. Y no sintió el menor pudor. Como si estuviera bebiendo champán por primera vez, los diversos placeres de ese beso despertaron unas necesidades nuevas y desconocidas en su cuerpo. Se arrimó más a él, como si intentara saciar esas necesidades que la asaltaban, y él le dio más de lo que ella jamás se habría atrevido a pedir, invitándola a tumbarse encima del asiento tapizado en brocado.

Entonces el carruaje se zarandó bruscamente, y Jordan perdió el equilibrio y se vio obligado a romper el beso. La miró a los ojos durante un largo momento, con un ávido deseo reflejándose en su cara como un color intenso sobre una pálida tela de lino. Un tenue destello de la luz de la luna jugaba con sus rasgos acentuados, destacando los planos angulosos de sus mejillas y de su nariz.



Emily continuaba aferrándose a las solapas, pero ahora que él la miraba a los ojos como en un estado de conmoción, ella fue plenamente consciente de la escandalosa posición en la que se hallaban. Avergonzada, apartó las manos y giró la cabeza.

Jordan habló con una voz torturada.

—Por Dios. No tenía ni idea de lo dulce que podía ser un beso. ¿Dulce? ¡Era mágico! Entonces, ¿por qué la estaba mirando fijamente de ese modo, como si ella fuera Jezabel?

Jordan farfulló una maldición entre dientes y se apartó de ella para desplomarse en el asiento opuesto. Después de un breve instante, se recriminó a sí mismo en voz alta:

—¿Pero se puede saber en qué diantre pensaba para actuar de ese modo? ¡Es indudable que he perdido la cabeza!

Avergonzada ante sus palabras, Emily se incorporó e intentó alisarle el traje con dignidad. Nunca antes se había sentido tan insignificante. Había sido tan delicioso que no se había detenido a pensar qué mundanos resultaban esos besos para él.

Incluso en la pobreza de su experiencia, ella reconoció la riqueza de él. Sin duda él encontraba esos besos dolorosamente patéticos.

—Siento haberme dejado llevar de ese modo —se disculpó Jordan con la voz tensa—. No tenía ningún derecho a aprovecharme de las circunstancias.

—Por favor, no te preocupes. No importa. —Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Ahora él estaba intentando ser cortés.

¡Maldito fuera!

—¡Pero es que sí que importa! No eres la clase de mujer que... quiero decir...

—Que no soy tu tipo, ya lo sé —susurró ella, sintiéndose aún peor.

—No quería decir eso. Digamos que las jóvenes castas y puras como tú son un fruto prohibido para mí, ¿comprendes?

Emily pensó que su justificación no se sostenía por ningún lado. Él podría acostarse con cualquier mujer que deseara. Pero no con ella, claro. ¿Un conde con una joven de baja alcurnia como ella? Resultaba del todo impensable. No era que ella fuera un fruto prohibido para él, sino todo lo contrario: él era un fruto vedado para ella.

Jordan la observó, intentando inútilmente comportarse como un caballero. A juzgar por la expresión herida de ella, no estaba diciendo las palabras apropiadas. Probablemente ella estaría esperando que él le jurase amor eterno. Por eso precisamente no quería saber nada de jóvenes virginales y respetables.



La experiencia siempre había resultado fulminante en sus aventuras con las mujeres. Una mujer lujuriosa a la que pudiera olvidar tan deprisa como ella a él, eso era lo que buscaba en una amante. Sabía mejor que nadie que seducir a una muchacha virgen suponía una práctica peligrosa.

Pero con Emily... ¡Por todos los demonios! Si todavía podía notar su aroma en los labios, a manzanas y a chantillí con un puntito de champán. Y cuando ella había abierto los labios para él... Se moría de puro placer con tan sólo recordar ese instante. La lascivia lo devoraba, derribando cualquier barrera lógica y razonable. Incluso ahora deseaba tumbarla de nuevo en el asiento y hacerle el amor. Y no podía hacerlo.

Jordan se sentía como un niño insatisfecho al no haber recibido suficientes golosinas, aun sabiendo que éstas le provocarían un fuerte dolor de barriga. El carruaje estaba impregnado de su aroma a lavanda, embriagándolo hasta extremos insospechados. Ansiaba probarla, gozar de su cuerpo, arrancarle la ropa y hundir la boca en cada centímetro de su piel pálida y delicada. Esa maldita sed insaciable... Apretó los dientes y los músculos de su mandíbula se tensaron dolorosamente. Era una sed tan intensa que incluso le hacía daño.

—Mira, Emily... —empezó a decir, preguntándose cómo diantre explicarle su desliz.

—Por favor, no digas nada más. Lo comprendo. Supongo que... que la luna llena nos ha afectado a los dos.

—Sí... el plenilunio.

Era una explicación tan buena como cualquier otra para excusar su comportamiento reprobable. Sólo una locura momentánea podría haberle hecho perder el control de sí mismo. ¡Y encima con la hija remilgada de un rector!

La hija pequeña y remilgada de un rector que podría acabar convirtiéndose en su esposa si no andaba con cuidado. Tensó la mandíbula de nuevo mientras desviaba la mirada hacia la ventana. Sólo le pedía a Dios que esta vez no hubiera nadie en el jardín. Casarse con Emily Fairchild sería un verdadero desastre.

Ella apenas lo conocía, y no podía albergar esperanzas de ser feliz con él. Se frustraría ante la perspectiva de tener que casarse a la fuerza. Con sus ojos rebosantes de inocencia, ella desearía más de él que lo que él podría darle. No transcurriría mucho tiempo antes de que se vieran enzarzados en la misma batalla desastrosa que había arruinado el matrimonio de sus padres y destruido la vida de su madre.

Unos recuerdos tormentosos empezaron a danzar delante de él, de su madre gritándole a la cara que él era la razón por la que ella no podía ser feliz, la razón de su miserable existencia, de que su vida fuera un infierno. Y a pesar de que hacía mucho tiempo que Jordan se había dado cuenta de



que lo que realmente empujaba a su madre a decir esas barbaridades era el alcohol, también sabía que en cierta manera era verdad. Si no fuera por él...

Jordan suspiró asfixiado e intentó apartar ese dolor que le partía el alma. Quizá Emily reaccionaría de una forma diferente ante un matrimonio a la fuerza. Pero quizá no. Sólo deseaba que no tuviera que descubrirlo.

Además, aunque ella había aceptado sus besos con tan buena predisposición, no era más que una mujer adorable con una carita dulce y con unas ideas muy firmes sobre el decoro. Si se casaba con ella, no le quedaría más remedio que hacer el amor con las velas apagadas y pidiéndole permiso para poder ir al club. Y cuanto más la deseara, peor. Antes preferiría pegarle un tiro a su maldita polla que enfrentarse a una vida con tales expectativas.

A pesar de todo, ella lo había defendido sin siquiera conocerlo. Ninguna mujer excepto Sara, su hermanastra, había hecho eso jamás. Muchas mujeres habían entrado en cólera por su culpa, habían cuchicheado sobre él y se habían hecho ilusiones acerca de su dinero y su título, de eso estaba seguro. Pero ninguna se había puesto de su parte.

—Lord Blackmore, ¿puedo hacerle una pregunta? —Inquirió Emily tímidamente.

Su voz apocada lo exasperó. Así que había decidido retomar el trato distante y formal con él, ¿eh? Le parecía difícil de creer que apenas unos minutos antes ella hubiera susurrado su nombre con un tono afectuoso. Pero esa noche entera había transcurrido como un sueño, y ya era hora de que éste tocara a su fin.

—Pregunte lo que quiera.

Emily clavó los ojos en las manos, tensamente entrelazadas sobre la falda.

—Me ha dicho que... que prefería confraternizar con mujeres indecentes antes que con mujeres decentes. Y sin embargo ha bailado con lady Sophie.

Ella era demasiado educada para llamarle mentiroso, pero él sabía lo que estaba pensando.

—Lady Dryden me pidió que sacara a bailar a su amiga, y eso fue lo que hice. No soy tan grosero como para ignorar los deseos de mi anfitriona. Pero eso fue todo, se lo aseguro, a pesar de lo que haya alegado lord Nesfield. —Una sonrisa se perfiló en sus labios—. ¿Por qué? ¿Acaso está celosa?

La pregunta consiguió sulfurarla.

—¡En absoluto! No soy tan ingenua. Sé que soy... Sé que lo que ha pasado entre nosotros ha sido... meramente una aventura amorosa



pasajera para usted. Nos movemos en unos círculos completamente diferentes. Si logro llegar a la fiesta sin ser descubierta, dudo que volvamos a vernos nunca más.

La cruda descripción de lo que él había estado pensando lo irritó sobremanera.

—Aún me quedaré aquí una semana más. Podríamos...

—¿Tener más encuentros escandalosos en su carruaje? Lo dudo. —Emily apartó la vista, y la luz fluida captó la serenidad de porcelana de su cara, una serenidad traicionada por los ojos que mostraban un torrente de emociones—. No creo que lograra sobrevivir a más encuentros de este tipo.

Ni él tampoco. Por Dios, si tenía una segunda oportunidad, probablemente se pondría en evidencia. Se negaba a perder la cabeza por una mujer, especialmente una joven tan gentil y especial como Emily Fairchild.

Pero el carruaje se aproximaba rápidamente a los jardines de nuevo, y Jordan notó un nudo de congoja en la garganta. ¡Cómo deseaba poder conocerla mejor! ¡Qué pena que eso fuera del todo imposible!

Los caballos aminoraban la marcha, y Emily oteó por la ventana.

—Gracias a Dios que se han ido —proclamó ella con evidentes muestras de alivio.

¿Acaso consideraba ella que la idea de verse obligada a casarse con él era tan ignominiosa? ¡Por supuesto! Ella pensaba que él era la clase de bribón capaz de flirtear con una joven, besarla sin sentir nada, y luego despedirse sin remordimientos.

Genial. Probablemente era mejor dejar que ella pensara así.

Jordan propinó unos golpecitos en el techo del carruaje y le ordenó al cochero que se detuviera. Luego volvió a recostarse en el asiento.

—Entraré yo primero. Si alguien me pregunta por usted, diré que no tengo ni idea de qué me están hablando. Espere aquí unos minutos, y luego aparezca caminando tranquilamente por los jardines como si hubiera pasado todo el tiempo paseando por sus alrededores. Con un poco de suerte, ni tan sólo tendremos que contar mentiras.

—Gracias —dijo Emily con un tono forzado. Luego movió la manija, abrió la puerta y se apeó del carruaje.

—Emily... —empezó a decir Jordan mientras la seguía a cierta distancia, deseando que se detuviera, aunque sabía que sus deseos carecían de sentido.

Ella se dio la vuelta y lo miró con expectación. Y entonces Jordan no supo qué decir. ¿Qué podía ofrecerle? ¿Qué era lo que ella deseaba de él?



¿Deseaba que actuara con suma precaución, o al revés, que le preguntara si podía pasar a visitar a su padre para anunciarle sus intenciones? Si eso era lo que quería, no lo obtendría. Tal y como ella le había dicho previamente, sólo se había tratado de un interludio. Y él no pensaba cambiar el desenlace final.

Cuando Jordan se mantuvo callado, Emily le respondió con una sonrisa triste.

—Muchas gracias por una velada tan encantadora, lord Blackmore. Nunca la olvidaré.

«Ni yo tampoco», pensó él mientras la veía avanzar por los jardines con paso presto y con una gracia innata en sus movimientos, como si tuviera prisa por alejarse de él, para perderse entre las sombras de la noche como Cenicienta después del baile.

Salvo por una horrorosa diferencia. Ella lo había dejado sin siquiera un zapatito de cristal con el que poder evocarla. Y no habría más ocasiones futuras para reunirse con ella. No, no tenían futuro.



Capítulo 3

Aunque los grilletes sean de oro, siguen siendo grilletes, y ni el forro más fino logrará jamás conferirles una sensación tan etérea como la libertad.

AN ESSAY IN DEFENSE OF THE FEMALE SEX,
MARY ASTELL

Poeta y feminista inglesa

Willow Crossing, mayo de 1819

Puesto que era el día de descanso de los criados, en la rectoría reinaba el más absoluto silencio y la cocina permanecía vacía en las horas previas al amanecer. Emily se hallaba de pie junto a los fogones, calentando brandy rebajado con agua, encantada con la soledad de esa mañana de primavera mientras preparaba el licor para que su padre hiciera gárgaras para suavizar la garganta.

Pasó el dedo con cuidado por encima de la superficie cristalina del brebaje. Perfecto. Ya estaba suficientemente templado. Se giró hacia la mesa y vertió el brandy caliente sobre los clavos, la salvia silvestre, y las ramitas de romero que había desmenuzado en el fondo de un cuenco de porcelana. Un agudo aroma festivo de hierbas empezó a esparcirse por la cocina, despertando recuerdos de vino y cerveza macerados... y de los festines servidos en los bailes de disfraces que organizaban los miembros de la rica nobleza.

Emily se dejó caer sobre una silla y cruzó los brazos sobre pecho. ¡Oh! ¿Por qué no podía borrar esa maldita noche de su mente? ¡Habían transcurrido dos meses desde la fiesta, por el amor de Dios! Su período de luto había concluido, y la habían invitado a varias cenas y fiestas desde entonces. Un joven o dos se habían mostrado atraídos por ella. A esas alturas debería de haber olvidado el incidente por completo.

Seguramente lord Blackmore la había apartado de su mente a la mañana siguiente. A pesar de que ella había deseado absurdamente que él pasara a visitarla en los días posteriores, no había mostrado ninguna clase de interés por ella.



¡Por supuesto que no! Ya le dejó claro que el episodio no había significado nada para él. Incluso se había deshecho de ella tan pronto como pudo, como si se tratara de un monstruo desagradable. Obviamente, se había sentido asqueado por su falta de experiencia. Ella era la única estúpida capaz de seguir soñando con esos besos y saborear la memoria de esa boca devorando la suya, de esas manos invitándola a tumbarse en el asiento del carruaje...

¡Maldita imaginación! ¿Por qué se atormentaba tanto con unos recuerdos tan comprometedores?

Porque había sido su primer beso. Emily se sonrojó. No, no sólo su primer beso, sino también el segundo y el tercero.

¿Cuántos más habría recibido si él no se hubiera detenido?

Había estado dispuesta a permitir que él arruinara su honra, ¡justo en ese instante y en ese carruaje! Ese tipo sabía cómo hacer que los primeros besos a una mujer supusieran una experiencia memorable.

Maldito sea por eso. Hasta entonces, ella siempre se había sentido bastante satisfecha con su vida, una procesión ordenada de pequeños cuidados, deberes no muy complicados, y amistades informales. Iba a misa cada domingo, y por las mañanas se dedicaba a visitar a los vecinos y a cuidarse de las tareas de la casa. ¿Qué importaba si alguna vez sentía cierta insatisfacción por su vida cuadrículada? ¿Si a veces encontraba insoportable su tediosa rutina? Su vida era mucho mejor que la de otra mucha gente, y la habían educado para que diera rada día gracias a Dios por ello.

Pero entonces apareció lord Blackmore —Jordan— en su mundo plácido y trastornó su superficie inalterable y la obligó a ser consciente de lo que se estaba perdiendo. Ella no se había imaginado que un hombre pudiera hacer que el corazón de una mujer estallara en mil pedazos de cristal, unos pedazos compuestos por una extraña alegría dolorosa, o infligiera en ese corazón un dolor tan intenso que fuera tan parecido al sentimiento de placer.

Ahora comprendía las palabras del poeta Thomas Gray: «Allá donde la ignorancia es una bendición, esta locura es pura sabiduría». Ella se había sentido feliz en su ignorancia.

Adquirir sabiduría, o experiencia, acerca de los hombres había sido indudablemente una locura. La peor clase de locura.

—¡Ah! Aquí estás— profirió una voz desde el umbral de la puerta. Su padre entró en la cocina arrastrando los pies.

—Debería habérmelo figurado que te encontraría aquí.

Edmund Fairchild era un hombre alto y delgado que jamás había exhibido el aspecto del típico párroco. Hasta que su madre falleció.



Después de ese momento, buscó refugio en su trabajo, siempre citando las escrituras más restrictivas, los versos más solemnes. La boca que una vez había lucido una cálida sonrisa ahora parecía afligida perpetuamente con el peso de su pena. Las manos que a menudo la habían abrazado caían ahora rígidas y yermas a ambos lados de su cuerpo.

Un sentimiento de culpa se apoderó de Emily mientras contemplaba la ropa arrugada y los ojos azules nublados por el sueño.

—Lo siento, papá, ¿te he despertado? He intentado no hacer ruido. Es que no podía dormir.

Su padre aposentó su estructura desgarbada en una silla y se pasó los dedos por el despeinado pelo gris, y por una vez una sonrisa suavizó sus rasgos endurecidos.

—No, no me has despertado. ¿No has oído el carruaje que se ha detenido delante de nuestra casa? Antes de que llamaran a la puerta y te despertaran, he bajado para ver quién venía a visitarnos a estas horas tan intempestivas.

—¿Y quién ha sido el grosero que ha osado venir tan temprano? — Cuando su padre frunció el ceño, ella agregó—: Espero que no fuera la esposa del alcalde, que venía a pedirnos té de hoja de abedul otra vez. Le he dicho repetidas veces que vaya a ver al boticario, pero insiste en que yo soy la única persona en Willow Crossing que puede ayudarla con su reumatismo. Si ha enviado a uno de sus criados, por favor, dile que mi respuesta sigue siendo «no».

—No era la esposa del alcalde. —Su padre se concentró en frotarse las esqueléticas y artríticas piernas—. Sabes, Emily, últimamente tu respuesta a todos aquellos que se acercan en busca de tus remedios caseros es «no». Antes solías disfrutar ayudando a la gente con tus medicinas. Ahora parece como si tuvieras miedo a intervenir, a menos que no se trate de algo tan inocuo como el elixir que preparaste para la hija del marqués.

Emily se levantó atropelladamente de la silla y volcó toda su atención en el pato que tenía que desplumar para la cena.

Papá no sabía el verdadero motivo por el que no se atrevía a seguir experimentando con medicinas.

—Estoy preparando una emulsión para suavizarte la garganta, y eso es un remedio efectivo, ¿no?

—Sí, pero no es lo mismo que preparar una medicina curativa. —Cuando su hija no dijo nada, él añadió—: ¿Es por lo de tu madre?.

—¡Por supuesto que no! Sólo es que... que he perdido el interés por la medicina.— Emily se quedó sorprendida de que su padre se hubiera atrevido a mencionar a mamá. Habían llorado su muerte por separado, sin inmiscuirse el uno en los recuerdos del otro, como si el hecho de hablar de



mamá pudiera hacer que el mundo estallara en mil pedazos. Su acuerdo tácito se había vuelto más firme últimamente.

Sin perder ni un segundo, Emily cambió de tema.

—Si no se trataba de la esposa del alcalde, ¿quién era?

Su padre se dio una palmadita en la frente.

—¡Cielos! ¡Lo había olvidado! El lacayo de lord Nesfield está esperando fuera con el carruaje de su señor.

—¿Lord Nesfield? Pensé que todavía estaba en Londres, preparándose para la puesta de largo de Sophie.

—Yo también lo pensaba. Pero parece ser que ha decidido regresar.

Emily empezó a desplumar el pato con unos movimientos bruscos y airados.

—¡Y cómo no! La primera cosa que se le ha ocurrido es exigir tu presencia a estas horas tan intempestivas. ¡Ni que fueras su criado! De verdad...

—No, hija, no ha enviado al lacayo por mí, sino por ti.

El pato cayó ruidosamente sobre la encimera.

—¿Por mí? ¿Por qué?

—Lord Nesfield quiere que vayas a Ormong. El lacayo dice que es algo relacionado con lady Sophie. Y tú eres su mejor amiga.

Emily se secó las manos en su pequeño delantal y se quedó mirando a su padre fijamente. ¿Sophie? ¿Le había sucedido algo a Sophie? ¿Qué motivo podía impulsar al marqués a enviar un criado en su busca cuando era evidente que ese hombre no aprobaba la amistad que existía entre ellas?

La última vez que había visto a Sophie había sido en el baile, cuando le proporcionó el remedio que... A Emily le entró el pánico. ¡Por todos los santos! ¿Y si había sucedido algo malo por culpa del remedio?

No, no podía ser. La mezcla era absolutamente inocua. Y seguramente lord Nesfield no habría enviado a un lacayo desde Londres para regañarla por un puñado de hierbas inofensivas.

¿Pero qué más podía haberlo motivado a insistir en verla a esas tempranas horas?

Por lo visto, su padre malinterpretó su incómodo silencio.

—Ya sé que no te gusta ese hombre, pero sería acertado que fueras, hija mía. Después de todo, es mi patrón.



—Sí, claro. Iré ahora mismo. —Emily se desató el delantal y lo depositó en la mesa. No le quedaba otra alternativa que bailar como una marioneta cuando lord Nesfield chasqueaba los dedos.

Mientras su padre departía con el lacayo, ella se dedicó unos minutos a cambiarse y se puso un traje de muselina de color azul cielo, el único de sus vestidos de paseo adecuado para una audiencia con el altivo marqués.

Cuando descendió las escaleras, su padre se estaba paseando por el vestíbulo, con las comisuras de la boca más marcadas que de costumbre.

—No dejes que el mal carácter de lord Nesfield te incite a contestarle airadamente, Emily. —Se inclinó al tiempo que ella alzaba la cabeza para besarlo en la mejilla—. Le debemos mucho. A veces puede comportarse de un modo irascible, pero sigue siendo una de las criaturas del Señor. Intenta no olvidarlo.

—Lo haré, papá. No te preocupes. Estoy segura de que no se trata de nada serio.

Más tarde, sin embargo, mientras el carruaje de los Nesfield se detenía delante de la vieja mansión ubicada en medio de un puñado de granjas de labriegos y de grandes extensiones de bosque, a Emily le costó mantener el ánimo. La imponente fachada de piedra y de ladrillo con su miríada de ventanales emanaba un poder extraordinario. El marqués de Nesfield ostentaba una enorme influencia en Willow Crossing. Si se proponía arruinarla a ella y a su padre, podía hacerlo con un ligero chasquido de sus dedos tan crueles. Y lamentablemente, ella le había dado motivos para hacerlo.

Un escalofrío barrió su cuerpo. Cuando se apeó del carruaje y entró en el fastuoso vestíbulo vio a lord Nesfield en persona, de pie, esperándola; el escalofrío se convirtió en un temblor de alarma. Debía de pasar algo muy gordo, seguro. ¿Pero qué? ¿Y en qué la afectaba, a ella?

Sí, debía de ser terriblemente importante. El atuendo del marqués, normalmente despampanante y ostentoso, era ahora informal, desarreglado y triste. Tenía todo el aspecto de acallar de llegar de Londres. Estaba deambulando por el vestíbulo, trazando un círculo como un buitre colosal analizando la carcasa de un animal muerto, y su bastón de ébano imprimía un ritmo fúnebre en el suelo de mármol.

Tan pronto como la vio, se formaron más surcos en su frente arrugada.

—¡Por fin! Se ha tomado su tiempo en venir, ¿eh, señorita Fairchild? Venga conmigo. Tenemos que hablar largo y tendido.

Emily hizo un enorme esfuerzo por morderse la lengua.

Jamás se acostumbraría a la absoluta falta de cortesía que lord Nesfield profesaba con cualquier persona que fuera de un rango inferior. Apenas le permitió al mayordomo que aceptara su capa corta antes de rodearla con



su brazo autoritario y arrastrarla hasta la salita de estar como si fuera una niñita recalcitrante. ¡Por todos los santos! ¿Qué sucedía? Nunca antes había visto a lord Nesfield tan agitado, a pesar de que el ilustre caballero se había labrado la fama de ser un hombre inquieto y exaltado.

Tan pronto como entraron en la salita fastuosamente decorada, el marqués la soltó. Ella inspeccionó la estancia, y descubrió con sorpresa que alguien los estaba esperando. Una mujer de proporciones considerables ocupaba un amplio sillón como si se tratara de un orondo pavo real.

¡Y con qué plumas más brillantes! Emily no pudo evitar quedarse mirando a la dama con la boca abierta. Su lujosísimo traje satinado era de un color púrpura tan intenso que le confería a sus regordetas mejillas sonrosadas la apariencia de una peonía flotando en un mar de violetas. Emily pensó que debía de tener cincuenta años, aunque era difícil de saber puesto que la mujer iba engalanada con un turbante de satén dorado que le cubría el pelo, y los kilos de más que lucía con tanto garbo alisaban cualquier pequeña arruga que osara afear su piel.

De una cosa estaba segura: sólo una mujer con absoluta confianza en sí misma podría sentirse cómoda con esa apariencia tan excéntrica.

Lord Nesfield rompió el silencio.

—Ophelia, te presento a la señorita Fairchild, la hija de mi rector. Señorita Fairchild, ésta es Ophelia Campbell, la condesa de Dundee. Lady Dundee es mi hermana.

Emily realizó una reverencia cortés con la cabeza. Su curiosidad se incrementaba por momentos. Así que esa dama era la formidable lady Dundee. Según los cotilleos que circulaban por la localidad, había declinado casarse con un duque inglés y con un marqués también inglés para casarse con un conde escocés. Algunos decían que se había casado por amor, otros que se había casado para fastidiar a sus padres. Fuera cual fuese el motivo, según los rumores era una mujer extremadamente inteligente, y su forma de expresarse sin rodeos le había otorgado respeto y poder entre la sociedad escocesa a pesar de sus maneras inglesas.

Emily alzó la mirada y descubrió que lady Dundee la estaba examinando como si se tratara de un diamante en bruto que deseara adquirir.

—Probablemente se preguntará por qué la he traído aquí, señorita Fairchild —continuó lord Nesfield—. Como supongo que ya sabrá...

—Randolph, ¿de verdad es necesario que seas tan grosero?—Lady Dundee amonestó a su hermano—. Primero deja que la muchacha tome asiento. Y haz que nos traigan algo para beber, por el amor de Dios. Hace días que viajamos, y estoy totalmente sedienta. —Con un asentimiento cortés hacia Emily, la dama añadió—: Por favor, disculpe la mala educación de mi hermano, señorita Fairchild. El pobre está muy cansado.



Hemos viajado durante toda la noche para intentar ganar el tiempo que hemos perdido a causa de esta meteorología tan inclemente.

Lord Nesfield hizo un gesto impaciente hacia el sofá situado enfrente del sillón que ocupaba su hermana y acto seguido ladró:

—Siéntese, señorita Fairchild. —Luego se dirigió hacia la puerta y vociferó para que uno de los criados se acercara a la sala.

Emily acató las órdenes al instante, sin atreverse a rechistar. Mientras esperaban a que les sirvieran el té, lady Dundee avasallo a Emily con mil y una preguntas: sobre sus padres, la educación que había recibido, la clase de libros que leía... Cuando finalmente entró el criado con una bandeja dispuesto a servir el té, Emily estaba a punto de estallar y contestarle con rudeza a lady Dundee que esos temas no eran de su incumbencia. ¡Por todos los santos! ¿Acaso se trataba de un examen? ¿O todas las mujeres provenientes de esos círculos sociales tan exaltados interrogaban siempre así a sus invitados?

—Bueno, señorita Fairchild —empezó a decir lord Nesfield—, tal y como ya se habrá imaginado, la he hecho venir porque necesito su ayuda.

¿Su ayuda? ¡Qué extraño!

—El lacayo me ha dicho que era una cuestión referente a Sophie. —Emily tomó un sorbo de su taza de té, sintiéndose totalmente incómoda ante el escrutinio descarado a que la estaba sometiendo lady Dundee—. No estará enferma, ¿verdad? ¿Puedo verla?

—Me temo que eso es del todo imposible. —Lady Dundee contestó por su hermano—. Mi sobrina se halla en mi finca en Escocia con su tío.

—¡Escocia! —Emily bajó la taza de té tan abruptamente que la infusión salpicó el delicado platito de porcelana—. ¡Pensaba que estaba en Londres, preparándose para su puesta de largo en sociedad!

—Y así era. —Lord Nesfield hundió las manos en los bolsillos de su chaqueta, con expresión taciturna—. Hasta que intentó fugarse con un mequetrefe.

Emily se olvidó por completo del té.

—¿Sophie? ¿La pequeña y tímida Sophie? ¿Fugarse con un hombre?

—Sí, la pequeña y tímida Sophie, intentando fugarse con un hombre —repitió el marqués con amargura—. Por eso la he enviado a casa de Ophelia en Escocia. Y por eso permanecerá allí hasta que descubra quién es ese maldito bribón.

—¿Qué quiere decir? ¿No sabe quién es él?

—Lamentablemente, no. Una noche hace varias semanas, oí un ruido en el piso inferior y bajé para ver de qué se trataba, y me encontré a Sophie, que salía a hurtadillas de nuestra casa en Londres. La seguí hasta la



puerta. Un carruaje la esperaba en la calle, pero cuando el cochero me vio, salió disparado al galope. Pedí que me ensillaran un caballo y los perseguí, pero todo fue en vano; demasiado tarde, claro. El hombre había desaparecido. Y no conseguí ver de quién se trataba. Todavía no lo sé. — Un destello peligroso emanó de sus ojos—. Pero lo descubriré. Puede estar segura de ello.

Emily habría pensado que se trataba de una broma pesada si no hubiera sido por dos detalles importantes: el primero, que lord Nesfield nunca gastaba bromas; y el segundo, que lady Dundee asintió con la cabeza efusivamente cuando su hermano juró encontrar al bribón.

¿Pero quién habría creído que la apocada Sophie se atrevería a fugarse? Aunque claro, pensándolo bien, Sophie había hecho ese extraño comentario acerca de su lacayo.

Algo en su cara debió de alertar a lord Nesfield y a su hermana, ya que ambos exclamaron a la vez:

—¡Usted sabe quién es!

—¡No! ¡De verdad, no lo sé! Es sólo que... bueno, ella estaba tan nerviosa con todos los preparativos para su puesta de largo que la última vez que nos vimos murmuró algo acerca de... de fugarse con un lacayo.

A lord Nesfield se le desencajó la mandíbula.

—No es un lacayo, se lo aseguro. Ese bribón es alguien más importante, ya que mis confidentes han fracasado en sus intentos por descubrir al conductor de ese carruaje alquilado. Es como si el maldito carruaje se hubiera esfumado en el aire. —Lord Nesfield alzó los anteojos para observarla más detenidamente—. ¿No le contó nada más? ¿Ni le escribió algo acerca de si había conocido a algún hombre?

—Por si no lo recuerda, lord Nesfield, usted le prohibió a Sophie escribirme. Y su hija siempre se esfuerza por cumplir sus mandatos —dijo Emily con tirantez.

La risa sofocada de lady Dundee encendió la ira del marqués.

—¡Pues no se ha esmerado tanto esta vez, cuando ha intentado fugarse con ese zángano!

Emily lo miró con petulancia. Después de todo, no era culpa suya.

—Pero seguramente ella se habrá mostrado más que dispuesta a contárselo todo al ver que fracasaba su plan de fuga.

—¡No! ¡Maldita sea! ¡No! —Sus mejillas se encendieron con indignación mientras marcaba cada palabra con un golpe de su bastón—. ¡La muy ingrata se niega a hablar!

—Cálmate, Randolph. Tus aspavientos no ayudarán a solucionar el problema. —Lady Dundee le sonrió a Emily levemente—. Parece ser que



mi sobrina ha decidido mantener el silencio. Se niega a revelar el nombre de su verdadero amor.

Nadie ha conseguido hacerla hablar, ni tan sólo yo. Lo único que dice es que están enamorados, y que se casará con él a pesar de lo que digamos o hagamos.

—Habría traído a esa niña malcriada e insolente hasta aquí para ver si usted lograba sonsacarle la verdad —bramó lord Nesfield, con los ojos fijos en Emily—. Pero temí que ese desgraciado la siguiera hasta aquí. Por lo menos no se le ocurrirá buscarla en Escocia.

—¿Y la criada de Sophie? ¿Tampoco ha podido revelar ningún dato?

—Ella también huyó la noche de la fallida fuga. —Lord Nesfield se sentó en el otro extremo del sofá—. Si la encuentro, haré que la azoten hasta el final, lo juro. Jamás me gustó esa criada. Era una mala influencia para Sophie.

Emily se contuvo para no sonreír. Aún tenía que conocer a una sola persona a la que lord Nesfield no considerase una mala influencia. Sophie había tenido seis criadas distintas en los últimos cinco años —como siempre, por culpa del mal temperamento de lord Nesfield—, y ésta última había sido la que más había durado a su lado.

Lady Dundee se inclinó hacia delante para servirse un poco más de té.

—A la única conclusión que hemos llegado es que Sophie conoció a ese sujeto en Londres. ¿Dónde si no podría haber congeniado con un bribón?

—¡Exactamente! ¿Dónde si no? —ladró lord Nesfield—. ¡Y sabemos que es un cazafortunas, de eso estamos seguros!

Si fuera un tipo respetable, habría venido a pedirme la mano de mi hija como Dios manda.

Emily se mordió la lengua con dificultad. La reputación de lord Nesfield habría amedrentado incluso a un hombre respetable. Pero claro, normalmente las parejas que se fugaban para casarse en secreto no eran de la misma clase ni posición social. Quizá las preocupaciones de lord Nesfield estaban justificadas.

—Debe de ser un hombre con un título aristocrático pero sin fortuna, o el segundo hijo de algún noble que sueña con cazar a una rica heredera —alegó lady Dundee—. Esos hombres gozan de suficiente apoyo familiar como para poder mantener un intento de fuga fallido en secreto, e incluso eludir a confidentes tan profesionales como los que contrata mi hermano.

Era evidente que ninguno de los dos pensaba que simplemente se trataba de un hombre enamorado, alguien que sabía que nunca tendría la posibilidad de casarse con Sophie por las buenas. Dada la falta de experiencia de su amiga, era posible que tuvieran razón.



Lady Dundee se recostó de nuevo en el respaldo del sillón, y su falda satinada de color violeta se agitó graciosamente como si fuera una vela de un velero hinchada por el viento.

—Supongo que ahora comprende por qué estamos tan inquietos, señorita Fairchild. Mi sobrina es capaz de intentar reunirse de nuevo con su pretendiente. Si no descubrimos de quién se trata, me temo que él volverá a intentarlo una segunda vez. Y es posible que en dicha ocasión se salga con la suya.

No podemos mantener a Sophie oculta en Escocia durante el resto de su vida. La gente empezará a hablar. Sus otros pretendientes —y según Randolph, hay varios jóvenes que ya han mostrado interés por ella— querrán saber dónde está. Tarde o temprano tendremos que decirles algo. Pero primero procuraremos desenmascarar al bribón que ha desatado todo este lío.

—Entonces podré hacer un trato con él: ofrecerle dinero para que se esfume de nuestras vidas o amenazarlo con humillarlo poniéndolo en evidencia públicamente —agregó lord Nesfield—. Pero no podré romper los planes de esa alimaña hasta que no sepa quién es.

Emily suspiró.

—Ya entiendo. Le aseguro que desearía poder ayudarles.

Pero tal y como he dicho antes, Sophie nunca me comentó que estaba enamorada.

—Se equivoca, sí que puede ayudarnos —intervino lady Dundee—. Dependemos completamente de usted, señorita Fairchild. —Dos pares de ojos se fijaron con inquietante tenacidad en ella, y el peso de su poder combinado sacudió a Emily con la misma fuerza de un rayo de sol cegador que ataca a los ojos a traición al descorrer la cortina de repente.

Oh, no. Por lo visto, había algo más que no atinaba a comprender en todo ese tinglado.

Lady Dundee se levantó del sillón para sentarse al lado de Emily en el sofá. Ese inocente movimiento ya resultaba en sí alarmante, pero cuando la mujer asió su mano, todos los temores de Emily se confirmaron. Esos dos tramaban algo, algo que no sería de su agrado.

—Verá, querida, Randolph me ha hablado de la amistad que la une a Sophie. Cuando decidimos venir a Willow Crossing fue porque esperábamos que usted pudiera decirnos algo que nos sirviera de pista. Pero por si ése no era el caso, urdimos un plan que nos permitiera descubrir la identidad del amante de Sophie.

—¿Y ese plan me afecta a mí?

—Sí, bueno, eso si usted está dispuesta a ayudarnos, por el bien de su amiga.



Emily se removió inquieta en el sofá. Lanzó una mirada especulativa a lady Dundee, pero evitó mirar a lord Nesfield.

Lady Dundee podía fingir al menos que Emily tenía derecho a elegir si quería intervenir o no, pero el marqués no le habría otorgado esa posibilidad; le habría ordenado que los ayudara y punto, convencido de que Emily no se negaría.

—¿Qué quieren que haga? —preguntó con recelo.

La expresión de ansiedad en la cara de lady Dundee se suavizó.

—Necesitamos una espía, querida; alguien que se mueva en el círculo de amigos de Sophie y que esté siempre bien visible... alguien a quien ese bribón se atreva a acercarse para sonsacarle información sobre Sophie.

—No... no lo entiendo.

—Randolph cree que hay varios hombres que merodean cerca de su casa en Londres, y Sophie parece convencida de que su apuesto galán la perseguirá hasta conseguir fugarse con ella. Así que necesitamos a una mujer de la misma edad de Sophie que dé la sensación de que puede dejarse engatusar por los ruegos de ese bribón. Si él confía en ella, si le pide que lo ayude a ver a Sophie en privado, podremos sorprenderlo antes de que cometa una barbaridad.

—Por eso la necesitamos —atajó lord Nesfield con una absoluta falta de cordialidad mientras se acercaba al sofá—. Lady Fairchild, queremos que sea nuestra espía.

Emily miró con los ojos desorbitados primero a lady Dundee y luego al marqués.

—Pero... pero... ¡Eso es absurdo! ¿Quién del distinguido círculo de amigos de Sophie confiaría en la hija de un rector? ¿Quién iba a creer que yo podría ayudarlo a fugarse con Sophie?

—Tiene usted toda la razón —apostilló lady Dundee con suavidad—. Si la presentamos como una amiga de Sophie —la hija del rector de Willow Crossing—, despertaremos sospechas. Incluso si continuamos difundiendo nuestra mentira piadosa de que Sophie está enferma y que por eso no asiste a ningún baile, la gente pensará que hay algo raro en el hecho de que usted asista a esos bailes en lugar de quedarse con su pobre amiga indispueta.

Lord Nesfield se inclinó hacia ella con un fervoroso brillo en los ojos.

—Así que no queremos que usted sea la hija de un rector. Queremos que se haga pasar por una de las hijas de Ophelia.

Cuando Emily lo miró con la boca abierta, él prosiguió más alentado:

—Diremos que ha venido a Londres a celebrar su puesta de largo. Tiene usted un aspecto lo suficientemente joven como para hacerse pasar por



una muchachita de dieciocho años. Las dos hijas verdaderas de Ophelia son demasiado jóvenes para ser presentadas en sociedad, y cuando tengan la edad pertinente, la mayoría de la gente se habrá olvidado de usted. Lo único que ha de hacer es hablar mucho sobre su querida prima Sophie y lo triste que está porque ella no se encuentra bien. Eso es lo que pretendemos: que se deje ver en unas pocas fiestas y otros eventos sociales, y estamos seguros de que nuestro hombre morderá el anzuelo y se acercará a usted.

Por un momento, Emily se olvidó de que no era más que una pobre muchacha y que ellos eran dos miembros importantes de la nobleza, y exclamó:

—¿Se han vuelto locos? ¡No puede salir bien! ¿Convertirme en una espía? ¿Intentar servir de cebo para que un hombre se me acerque porque quiere que lo ayude a fugarse con Sophie? ¡Es una locura!

Cuando sus dos interlocutores se la quedaron mirando sin decir nada, como si esperaran a que ella acabara con su sermón, Emily buscó desesperadamente algún argumento para convencerlos.

—¡Ningún cazafortunas osará hablar conmigo, y mucho menos si finjo ser una de la familia! ¡Demostraría tener muy pocas luces si se atreviera a acercarse a un supuesto miembro de la familia, si sabe que todos ustedes lo están buscando!

—A menos que no finja ser un miembro de nuestra familia, ese tipo no creerá que usted puede tener el poder suficiente para ayudarlo —rebatía lady Dundee con un tono paliativo—. Así que éste es el plan que le proponemos: una vez lleguemos a Londres, difundiremos que usted y su tío Randolph se odian mutuamente. La presentaremos como una muchacha muy independiente y pertinaz que no hace caso de los consejos de las personas mayores. Con ello conseguiremos que les caiga simpático a los pretendientes de Sophie, y posiblemente nos ganaremos la confianza de ese individuo.

—Si por casualidad su supuesta posición como rica heredera atrajera a ese maldito cazafortunas —añadió lord Nesfield—, el éxito de nuestro plan sería irrefutable, ya que de ese modo podríamos demostrarle a mi hija la naturaleza innoble del sujeto en cuestión y lograr que abandonara sus esperanzas.

¡Cielo santo, lo habían planeado todo con minucioso detalle! ¡Habían urdido una farsa alrededor de ella sin tan sólo preguntarle si estaba dispuesta a ayudarlos! ¿Y pensaban que aceptaría sin rechistar?

—¡No puedo participar en semejante farsa! ¡No es correcto! —protestó Emily.

Lady Dundee le dio unas palmaditas en la mano tiernamente.



—No lo interprete como una farsa, querida. Es una aventura, con la que ayudará a su amiga. Supongo que quiere ayudar a Sophie a escapar de las garras de un cazafortunas, ¿no?

—Por supuesto, pero...

—Será la mar de divertido —prosiguió lady Dundee Mientras estrechaba las manos de Emily con brío—. Ya lo verá. Piense en la maravillosa historia de la que pronto se convertirá en protagonista. Una muchacha como usted jamás tendría la oportunidad de disfrutar de una puesta de largo en Londres. Eso le permitirá conocer la capital, lucir trajes caros y asistir a los bailes más prestigiosos. —Inclinándose hacia ella, guiñó el ojo con picardía—. ¿Quién sabe? Quizá acaba cazando a un esposo rico. ¿No le parece una deliciosa tentación?

Zafándose de las manos de la dama, Emily se incorporó de un salto, mientras el cuerpo se le convulsionaba a causa de la reciente tensión.

—¡No, lady Dundee, no me convence! No sé qué clase de chica frívola se ha pensado que soy, pero no deseo ni trajes caros ni un marido rico cazado mediante trampas y mentiras. —Al ver la cara de sorpresa de lady Dundee, Emily aspiró aire profundamente e intentó recuperar la calma perdida—. Lo siento por Sophie, aunque tampoco creo que ella estuviera contenta si se enterase de que yo había aceptado hacer algo tan abominable como lo que ustedes me proponen para ayudarla. No puedo hacerlo. ¡No lo haré!

Lady Dundee ladeó la cabeza y contempló a Emily con atención, como si la viera por primera vez.

—Vaya, vaya, una jovencita con principios. Cuesta tanto encontrar a alguien como usted hoy en día que apenas soy capaz de reconocer esa actitud tan admirable. —Entrelazó las manos sobre el regazo y se encogió de hombros—. Muy bien, de acuerdo, ya veo que no nos será útil para nuestro propósito.

—¡Bobadas! —Lord Nesfield había permanecido en silencio durante todo el rato que duró el estallido emocional de Emily, pero ahora irrumpió con rabia—. Déjanos, Ophelia. Quiero hablar con la señorita Fairchild a solas.

—Si no quiere colaborar... —empezó a decir lady Dundee.

—¡Déjanos, Ophelia!—bramó él, consiguiendo que incluso su formidable hermana diera un respingo.

La elegante falda volteó graciosamente cuando la dama se incorporó del sofá.

—Está bien, pero no te ensañes con la muchacha, Randolph, porque te aseguro que yo también sé sacar mi mal carácter. —Lanzó a Emily una mirada penetrante—. Aunque no esté de acuerdo con sus motivos para



rechazar su intervención, los respeto. Además, no nos servirá de nada si ella colabora a la fuerza y no por voluntad propia.

—No colaborará a la fuerza, te lo aseguro —dijo lord Nesfield en voz baja mientras su hermana abandonaba la sala— ¿A que no, señorita Fairchild?

Emily notó cómo el corazón se le constreñía cuando la puerta de la salita se cerró detrás de la dama. Sabía lo que iba a suceder a continuación.

—Por favor, milord, intente comprender mi posición...

—¡Silencio! —El marqués introdujo la mano en el bolsillo del chaleco finamente bordado y extrajo un objeto que mantuvo oculto dentro de su puño cerrado—. No creía que fueras capaz de darme ese desplante, después de todo lo que he hecho por ayudar a tu padre; me da la impresión de que no eres consciente de ello, pero tu familia está en deuda conmigo desde el día en que naciste. A pesar de todo, te obcecas en ignorar tus obligaciones. Pues escúchame bien, jovencita: ino lo permitiré!

Extendió el brazo y abrió la mano para mostrarle un diminuto frasco que contenía unas gotitas de un fluido. Emily sabía perfectamente qué era: láudano. El resto del láudano que había preparado para su madre, para ayudarla a soportar el dolor de su incurable enfermedad.

El mismo láudano que la había matado.

Cuando el marqués tuvo la certeza de que ella había reconocido el frasco, volvió a guardárselo en el bolsillo del chaleco y después esbozó una sonrisa desabrida.

—Ya veo que empezamos a entendernos. Hasta ahora había considerado que era más conveniente dejar que todo el mundo creyera que tu madre había fallecido a causa de la enfermedad. Después de todo, no me habría reportado ninguna satisfacción tener que reconocer públicamente que la esposa de mi querido rector se había suicidado. El escándalo habría sido imparabile.

—No tengo la absoluta certeza de que mi madre se quitara la vida —protestó Emily, aunque lo cierto era que lo sabía.

Aquella horrible mañana, cuando encontró a su madre muerta y la botella de láudano vacía en el suelo al lado de la cama, Emily estaba sola. Lamentablemente, justo cuando acababa de descubrir el cuerpo sin vida de su madre, se presentó lord Nesfield para hablar con su padre. El marqués vio la escena y rápidamente dedujo lo que había sucedido.

En esos momentos de desazón, a Emily no se le ocurrió otra cosa que pedirle consejo al marqués. Le hubiera gustado confesárselo todo a su padre, pero lord Nesfield insistió en que debía mantener el silencio. Alegó que si el rector se enteraba de cómo había muerto su esposa en realidad,



quedaría herido emocionalmente para siempre, y tampoco podían olvidarse de lo que sucedería cuando el resto de los aldeanos supieran la verdad.

¡La esposa de un rector cometiendo el más terrible pecado contra Dios! Se convertiría en un escándalo de unas dimensiones insospechadas, y arruinaría la carrera de su padre para siempre. Así que Emily aceptó contar a todo el mundo que su madre había fallecido a causa de su enfermedad. Nadie, ni tan sólo su padre, tenía que saber lo del láudano.

El punzante dolor de culpabilidad que Emily sentía en el pecho fue tan intenso como en otras ocasiones anteriores. Por su culpa su madre había muerto, sí, sólo por su culpa. ¡Si hubiera sido más cauta a la hora de guardar el láudano! Cuando su madre sufría esos terribles ataques de dolor insoportable y le pedía que le suministrara un poco de esa preparación que contenía opio para reducir el sufrimiento, en secreto Emily la entendía. Quizá fuera una actitud perversa por su parte, pero consideraba que era abominable que la Iglesia se mostrara tan intransigente en tales cuestiones.

—Vamos, jovencita —pronunció lord Nesfield con frialdad—, ambos sabemos que tu madre se tomó el láudano para acabar con su agonía. Si decido difundir la noticia, la reputación de tu padre se verá manchada para siempre.

¿Era capaz de hacerlo? ¿Tan monstruoso era ese hombre? Sí, sin lugar a dudas, lo haría.

Por otro lado, a su padre no le gustaría que se implicara en una farsa tan tremenda, ni tan sólo ante el riesgo que corrían de caer en desgracia públicamente.

—No... no lo sé.

—Ya veo que sigues mostrando muy poca disposición a colaborar; bien, en dicho caso no me dejas otra salida que recordarte otra cuestión vinculada con la tragedia de tu madre: no tengo ninguna prueba de que ella ingiriera el láudano sola. Es probable que tú misma se lo suministraras para ayudarla a terminar con su sufrimiento. En dicho caso, no estaríamos hablando de suicidio, sino de asesinato.

A Emily se le desencajó la mandíbula. No era posible que el marqués estuviera insinuando que... que el marqués creyera que...

Sin ninguna señal de remordimiento, lord Nesfield alzó los anteojos para mirarla con más impertinencia —si cabía—. Los cristales reflectantes consiguieron que sus ojos parecieran más grandes e intimidadores.

—Yo no sé qué es lo que realmente sucedió, ¿me comprendes? Lo único que tengo es un frasco de láudano casi vacío. Y todos conocen tu interés por la medicina.



—Pero yo jamás...

—¿Estás segura? ¿Para ayudar a tu madre a dejar de sufrir de una forma tan atroz? Mira, te aseguro que muchos lo considerarían un gesto muy noble. —El marqués se propinó unas palmaditas sobre el bolsillo del chaleco—. Pero la ley no. Si decidiera airear los hechos que sucedieron ese día... si le contara a mi amigo, el magistrado, mi versión y enfatizara que te creo capaz de cometer esa barbaridad, estoy seguro de que mi amigo se mostraría muy interesado. ¿Qué opinas? Si se celebrase un juicio por dicho caso, ¿a quién te parece que creería el jurado, a ti o a mí?

La sala parecía dar vueltas a una velocidad vertiginosa a su alrededor. La respuesta a la pregunta era dolorosamente obvia.

Ella no tendría ninguna oportunidad contra el poder de lord Nesfield y su destacada posición social; no existía ninguna prueba de su inocencia. Además, aunque ella pudiera ganar el juicio —lo cual dudaba seriamente, dadas sus escasas conexiones con gente influyente— ella y su padre se convertirían en unos parias ante el resto de la sociedad.

—No será... no será capaz de ser tan cruel...

—Tu pobre padre. Ver cómo juzgan a su hija por asesinato. Eso le partiría el corazón, seguro. —Suspiró teatralmente—. Y también te mataría a ti. ¡Qué pena ver una carita tan bonita como la tuya pudrirse entre rejas!

Emily se estremeció con congoja.

—¿Sería capaz de mentir acerca de mí de una manera tan vil? ¿Sería capaz de hacer que me juzgaran por un asesinato que no cometí? ¿De verdad se atrevería? —A Emily le costaba respirar—. ¿Y no ha pensado en las repercusiones negativas para usted, que la hija de su rector sea acusada por asesinato?

—¿Crees que me importa ese escándalo, cuando estoy a punto de perder a mi hija? Tú deseas proteger a tu padre, ¿no?—El marqués hizo una pausa antes de proseguir, y como muestra de la rabia que lo consumía, dio un sonoro golpe con su bastón en el suelo—. ¡Pues bien, yo estoy dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de proteger la reputación y el futuro de mi hija!

Emily clavó la mirada en las llamas danzarinas de la chimenea. Era una pérdida de tiempo intentar convencer a lord Nesfield.

—¿Por qué yo? Seguramente habrá por ahí otras pobres muchachas a las que usted podría hacerles chantaje para conseguir lo que se propone.

—Porque tú eres la persona más apropiada para nuestro plan. —La repasó de la cabeza a los pies con sus ojos impenetrables, con la arrogancia despreciativa de un hombre que elige un caballo para ganar una carrera—. Eres lo suficientemente educada y gentil como para hacerte pasar por una joven aristocrática sin despertar sospechas, y eres



suficientemente lista como para aprender todo lo que te hace falta saber. Nadie le conoce en los círculos de la destacada sociedad londinense, así que nadie te reconocerá. El único baile al que has asistido en toda tu vida donde se congregó la flor y nata de la nobleza fue esa fiesta de disfraces, e ibas de luto riguroso como una viuda y ocultabas el rostro detrás de una máscara. ¡Ni tan sólo bailaste ni una sola vez durante toda la velada!

El marqués cruzó los brazos sobre el pecho y continuó:

—Así que ya ves, jovencita, por qué eres la elegida. Nadie te conoce, y a nadie le importará cuando desaparezcas y regreses a tu vida apacible aquí, en Willow Crossing.

¿Nadie la conocía? ¡Eso no era cierto! Lord Blackmore la había visto sin el antifaz. Por supuesto, Emily no podía referirle a lord Nesfield su encuentro en un carruaje a solas con su enemigo, un hombre al que le precedía la fama de relacionarse sólo con mujeres descocadas. Posiblemente lord Nesfield no la creería, y si lo hacía, aun le proporcionaría un motivo más para hacerle chantaje.

Además, tampoco estaba segura de que lord Blackmore fuera capaz de reconocerla si se encontraban otra vez. El conde sólo la había visto unos momentos bajo la tenue luz de la luna.

Probablemente a esas alturas ya debía de haber olvidado su rostro.

Sin embargo, había más personas que podían reconocerla, a pesar de lo que lord Nesfield pensara.

—¿Y Lawrence, mi primo? Si me ve en Londres...

—No seas ridícula. Un abogado no asiste a los bailes de la alta sociedad. Y si te lo encuentras por casualidad por la calle, puedes decirle que has ido a Londres a visitar a Sophie.

Emily rebuscó frenéticamente en la memoria otras personas que pudieran delatarla:

—¿Y los Gorman? ¿Y los Taylor? —inquirió ella, nombrando a dos de las más prominentes familias en Willow Crossing—. Suelen ir a Londres para la temporada de fiestas, y me conocen. ¿Y qué hay de los Dryden?

—Los Dryden acaban de ser abuelos, así que permanecerán en su casa, ahora que tienen al recién nacido aquí. Los Gorman no irán a Londres este año porque no quieren dejar a la madre del señor Gorman sola, puesto que está muy enferma. Y en cuanto a los Taylor, la puesta de largo de su hija el año pasado les costó tanto dinero que han decidido no asistir a la capital esta temporada.

—Pero seguramente habrá alguien más que...

—Si lo hay, ya me encargaré yo de él personalmente.



—¿Y mi padre? ¿Cómo quiere que le explique que voy a dejarlo una temporada solo?

Lord Nesfield alzó sus desgarrados hombros en una muestra de total desinterés.

—Le diremos que Sophie te necesita en Londres. Será mejor que no se entere del resto, ya que probablemente se opondría. ¿O acaso prefieres contarle la verdad?

Las lágrimas pugnaban por aflorar, pero Emily intentó contenerlas. ¡Maldito tirano! ¡Menuda injusticia! ¡Si alguna vez volvía a ver a Sophie, la estrangularía por haberla metido en ese aprieto!

No, no podía culpar a Sophie. La única culpable era ella; si hubiera tenido más cuidado con el láudano, su madre no habría fallecido, y lord Nesfield no tendría ningún pretexto para hacerle chantaje. Ése era indudablemente su castigo.

Sin embargo, formar parte activa en esa farsa sería una ofensa contra cualquier precepto moral. Le gustara o no, no le quedaba ninguna otra alternativa. Dudaba que Dios quisiera que sacrificara su vida por tales preceptos, especialmente cuando eso podría suponerle un fulminante ataque de corazón a su padre.

—De acuerdo. Haré lo que me pide. —Emily pronunció las palabras arrastrando cada una de las sílabas.

—Una cosa más.

A Emily le escocían los ojos por las tremendas ganas que tenía de llorar.

—¿Qué más quiere de mí?

—Has de prometerme que no le contarás a nadie los motivos que te mueven a ayudarme, ni tan sólo a mi hermana, o te juro que cumpliré mis amenazas.

—Lady Dundee no aprobaría su chantaje, supongo.

El marqués la fulminó con una mirada de desprecio.

—No lo sé, pero no quiero su interferencia. Si le cuentas la verdad, te juro que...

—Ya lo he entendido. —Emily irguió la espalda—. Pero si acepto intervenir en su plan, usted ha de prometerme que enterrará el secreto de mi madre para siempre.

Lord Nesfield la escudriñó a través de los anteojos.

—De acuerdo. Cuando haya descubierto al pretendiente secreto de mi hija y haya acabado con las pretensiones de ese cazafortunas, tú y yo quedaremos desvinculados el uno del otro para siempre.

—¿Lo promete?



—Lo prometo.

«No pienso olvidar su promesa, milord —se dijo a sí misma fervientemente mientras enfilaba hacia el vestíbulo con paso firme y solicitaba a uno de los lacayos que avisara a lady Dundee—. Le aseguro que no la olvidaré».



Capítulo 4

Una extremada atención al decoro paraliza la consecución de la virtud.

VINDICACIÓN DE LOS DERECHOS DE LAS MUJERES
MARY WOLLSTONECRAFT,

Escritora feminista inglesa

Londres, mayo de 1819

Emily se arropó con la capa de piel para proteger su cuerpo tembloroso. Al otro lado de la ventana helada del carruaje de los Nesfield, las calles de Londres emergían brillantes bajo la trémula luz de la neblina primaveral.

De niña había visitado la gran ciudad sólo una vez con sus padres, y de ese viaje rememoraba unas vagas imágenes de torres rematadas con pináculos y, por otro lado, unas deliciosas tartas de mermelada.

Esa semana, sin embargo, Londres le había dejado una impresión más distintiva: jóvenes damas titubeantes junto con sus jactanciosas mamás en una sucesión de sombrererías y tiendas de costura; interminables viajes agotadores en el carruaje, a través de calles anegadas de barro y abarrotadas de gente y, en cada lugar, la ardua labor de fingir que era la hija de lady Dundee recién llegada de Escocia.

¿Por qué siempre había pensado que Willow Crossing era un lugar tedioso y falto de inspiración? Cómo echaba de menos la pálida capa áurea que el sol matutino extendía sobre su jardín, el mosaico de mil y un colores de los prados en flor, los apacibles paseos por el campo. ¡Qué daría por poder echar una ojeada a su hogar, su dulce hogar!

Con el porte visiblemente desanimado, trazó un círculo en la escarcha de la ventana para contemplar las fastuosas casas que se alineaban en la calle. ¿Qué era ella? Una forastera, un ser ajeno a ese lugar. No importaba cómo la presentara lady Dundee; jamás formaría parte de ese mundo.

La luna gentil y remisible estaba ausente esa noche. Sólo el resplandor débil de las farolas de aceite iluminaba los objetos cotidianos, transformándolos en sombras monstruosas, lo cual únicamente ayudaba a hundirle más el ánimo. Emily soltó un suspiro de abatimiento.



—¿Estás nerviosa? —inquirió lady Dundee a su lado.

—Un poco.

—No tienes nada que temer, hijita. Después de ayer por la noche, lo peor ya ha pasado. Bordaste la presentación en la corte con una acertadísima proporción de modestia. Te aseguro que no me habría sentido más orgullosa si realmente hubieras sido mi hija.

El halago alentó a Emily. Al principio quería odiar a lady Dundee, pero pronto descubrió que eso le era imposible. A pesar de que la condesa decía cosas escandalosas, era una señora afable y efusiva; la compañera ideal. No se parecía en nada a su hermano.

Afortunadamente, lord Nesfield prácticamente jamás salía con ellas. Su hermana había decidido que lo más prudente era que él se mantuviera alejado del mundo la mayor parte del tiempo posible, especialmente porque, supuestamente, él y «lady Emma» no se llevaban bien.

—Mi puesta de largo ayer por la noche en la corte no resultó nada engorrosa. Usted me indicaba cuándo tenía que hablar, cuándo tenía que entregar mi carné de baile al siguiente lord en la lista, cuándo debía ser cortés, y cuándo debía mostrarme reticente —argumentó Emily—. Incluso la simple hija de un rector puede comportarse con el decoro esperado sin ningún problema. Pero esta noche no todo será tan fácil; habrá más posibilidades de cometer errores.

Lady Dundee sacudió los guantes con aire intransigente.

—Bobadas. Te he estado observando, hijita. Posees la gracia natural y la confianza innata de una muchacha que ha recibido una buena educación, a diferencia de esas niñas irreverentes que fingen ser gentiles porque sus padres son unos mercaderes que tienen suficiente riqueza como para poder mantener dos carruajes. A ti te educaron con los preceptos morales fundamentales para comportarte civilizadamente.

—Oh, sí, los preceptos morales —repitió ella con amargura—. Como por ejemplo engañar a gente honrada haciéndoles creer que soy alguien que verdaderamente no soy.

—¿Por qué aceptaste ayudarnos, si consideras que es un acto tan irrespetuoso?

Emily se mordió la lengua y desvió la mirada.

—Por Sophie, por supuesto. ¿Por qué otra razón iba a hacerlo?

—Exacto, ¿por qué otra razón?

Emily decidió cambiar de tema rápidamente.

—No me haga caso. Lo que me pasa es que estoy nerviosa por lo de esta noche. Tengo miedo de olvidar determinadas convenciones de conducta muy propias de la clase aristocrática a causa de mi ignorancia.



Se había esmerado en aprender tantas cosas... Mil reglas estúpidas y sin sentido, como: «No digas "milady" ni "milord" con demasiada frecuencia, o te tomarán por una criada. Nunca te lleves el cuchillo a la boca». Aparentemente, a pesar de que los buenos modales en la campiña inglesa permitían esa práctica, allí en la ciudad la gente de la alta sociedad consideraba que era un acto irrespetuoso. «Nunca bebas en exceso, ya que los efectos del alcohol pueden conducir a arruinar la reputación de una mujer.»

Ella y lady Dundee habían repetido el orden de precedencia en los rangos tantas veces que Emily incluso había tenido pesadillas sobre algún destacado obispo que se apartaba de ella mirándola con desdén porque ella le había dado prioridad a un mero vizconde antes que a él. ¿Y quién se habría figurado que iba a ser tan difícil aprender los pasos del vals?

—No te asfixies demasiado con las reglas —le había comentado lady Dundee—. Siempre podré excusar los errores que cometas aludiendo a que estás nerviosa. Lo único que no puedo enmascarar es la verdadera vulgaridad, y de eso estoy segura de que no tendré que preocuparme contigo. —Le dio unas palmaditas en la rodilla—. Al contrario, supongo que tendré que recordarte con frecuencia que incluso debes ser menos refinada. Recuerda tu papel: eres mi hija rebelde. Si no, ningún hombre creerá que eres capaz de ir contra tu madre y tu tío para ayudar a tu prima.

Emily se removió inquieta en el asiento, intentando hallar una posición cómoda, embutida en ese corsé sofocantemente ceñido que le habían obligado a usar, una prenda indecorosa que le ensalzaba los pechos de una forma escandalosa. En casa jamás llevaba corsé, ni trajes tan arrolladoramente elegantes.

En esos momentos habría dado cualquier cosa por cambiarlo por su sencillo vestido de muselina.

Y la incomodidad le suscitaba mal humor.

—Aún no estoy segura de qué es lo que espera de mí. ¿Quiere que me muestre descarada? ¿Con ganas de flirtear? Porque si es así, esa clase de actitud no me resulta nada natural. No sé si sabré fingir...

—Uno no sabe lo que le es natural hasta que no lo prueba, ¿no crees? Si he comprendido a Randolph correctamente, no has salido demasiado de tu casa. Quizá te guste la sensación de socializar y de flirtear con los hombres. Yo te confieso que me lo pasé muy bien en mis años jóvenes.

—Pero usted es más rimbombante, y mi padre siempre dice que...

—¡Oh, olvídate de tu padre y de sus reglas tan estrictas! Por una vez haz lo que te apetezca, Emily. Disfruta de la vida.

—No, no puedo.



—Quizá te sorprenderías. —Cuando Emily la miró con escepticismo, la condesa le dedicó una son risita de complicidad—. Es más frecuente de lo que crees, que la gente disfrute fingiendo ser lo que no es. Asististe al baile de disfraces de lady Dryden en Derbyshire. ¿No te llamó la atención cómo los invitados se comportaban como criaturas diferentes cuando se escudaban detrás de los disfraces? ¿Cómo se sentían libres para actuar desinhibidamente?

Ella pensó en su comportamiento descocado con lord Blackmore.

—Es cierto. A mí me pasó —se sinceró.

Lady Dundee cubrió la mano de Emily con su mano regordeta.

—Es una reacción natural, te lo aseguro. La mitad de los miembros de la alta sociedad viven de las apariencias. Nadie se inmutará por una joven más que actúe igual que ellos, pero en cambio tu mascarada puede salvar a Sophie de un futuro desastroso. —La mujer sonrió—. Lady Emma es tu disfraz; tómatelo sencillamente como un entretenimiento. No cambiará a Emily Fairchild, y no hará daño a nadie.

—Lo... lo intentaré. Aunque si alguien intenta ponerme a prueba, no estoy seguro de si sabré actuar de un modo muy convincente.

—Si eso sucede, di lo primero que se te ocurra, y todo saldrá bien. Eso es lo que yo siempre hago. Todo el mundo está tan ofuscado intentando impresionar al resto que la honestidad generalmente los toma por sorpresa.

—¿Me está diciendo que intente ser honesta dentro de esta gran comedia?

—Más O menos. —Lady Dundee le apretó la mano cariñosamente y luego la soltó.

Emily se ajustó los largos guantes que le cubrían los antebrazos. Bueno, al menos no tenía que preocuparse por si se encontraba con lord Blackmore esa noche. Lady Dundee le había dejado claro que era una fiesta para jóvenes que buscaban pareja, y si existía algún hombre cuya intención era evitar a toda costa casarse, ése era él.

Desde que habían llegado a Londres Emily había temido el momento en que se reencontraría con él. Era una idea absurda, por supuesto, ya que él probablemente no la reconocería. Sin embargo, estaba preocupada.

Pero esa noche él no estaría cerca, gracias a Dios.

El carruaje aminoró la marcha, y Emily miró por la ventana. ¡Virgen santa, allí fuera había un enjambre de carruajes! Genial. Nada mejor que disponer de una gran audiencia como testimonio de su humillación.



Ahora se acercaban a la parte frontal de la mansión, donde unos lacayos uniformados aguardaban la llegada de los invitados. Emily se sintió presa de un terror incontrollable.

Lady Dundee se apresuró a acicalar los graciosos ricitos que rodeaban la cara de Emily y dijo para reconfortarla:

—Lo harás muy bien. No te preocupes; estaré a tu lado todo el tiempo que pueda, así que no dudes en preguntarme cualquier cosa que despierte tus dudas o inseguridad. —Lady Dundee bajó la voz cuando el carruaje se detuvo—. Recuerda que ahora eres lady Emma Campbell, la hija de un respetable caballero escocés proveniente de una familia antigua y venerada en Escocia. No tienes nada de qué avergonzarte.

Lady Emma Campbell. Todavía le sonaba extraño ese nombre. La condesa y su hermano habían considerado la posibilidad de que Emily usara su propio nombre, pero no deseaban que nadie relacionado con lord Nesfield se cuestionara la coincidencia de que su sobrina y la hija de su rector tuvieran el mismo nombre. Emma era por lo menos lo suficientemente similar al nombre real de Emily como para evitar que ella se confundiera.

Así que ahora era lady Emma, milagrosamente transformada de la noche a la mañana de una moza pueblerina en una dama del reino. Pero mientras ella y lady Dundee se apeaban del carruaje, Emily pensó que todo sería en vano. No lograría engañar a nadie, por más que la vistieran con el satén más elegante y le engalanaran el pelo con perlas. Podían enseñarle a bailar el vals y también a expresarse con el lenguaje de moda de la alta sociedad, pero no podían convertirla en la hija de un conde, por más que lo intentaran. Tarde o temprano la descubrirían; de eso no le quedaba la menor duda.

Sólo rogaba a Dios para que la dejara culminar su trabajo antes de que la descubrieran.

Con un absoluto desinterés por las mangas de su traje hecho a medida de lana de cachemira, Jordan se apoyó en la ventana de su carruaje y llamó a Watkins, su cochero.

—¿Se puede saber qué diantre sucede?

—Lo siento, milord, pero una carreta ha volcado en medio de la calle. Necesitarán como mínimo diez minutos para despejar la vía.

Jordan sacó el reloj de su bolsillo y consultó la hora.

—Me parece que llegaremos un poco tarde —remarcó su amigo George Pollock desde el asiento opuesto en el carruaje.

—Sí, y todo gracias a ti y a tu vanidad. —Jordan guardó el reloj en el bolsillo del chaleco—. Tendría que haber dejado que alquilaras un carruaje en lugar de esperar a que decidieras qué chaleco querías ponerte. ¿Y



cuántas corbatas te has probado antes de anudarte la que ahora luces? ¿Diez? ¿Quince?

—Probablemente veinte —respondió Pollock con impasibilidad. Se humedeció un dedo y se lo pasó por encima de un mechón de pelo rubio rebelde que se había apartado de su sitio—. ¿De qué sirve tener mucho dinero si no te lo puedes gastar en corbatas?

—Deberías habértelo gastado en reparar tu maldito carruaje, y de ese modo yo no habría tenido que pasar tanto rato esperándote.

—Relájate, viejo amigo. ¿Desde cuándo te preocupa tanto llegar tarde a un baile para buscar pareja? No estarás buscando esposa...

—No, pero Ian sí. Sólo Dios sabe por qué tiene tanta prisa para casarse, pero le he prometido que lo ayudaré. Se suponía que tenía que llegar a casa de los Merrington antes de que lord Nesfield y su hija Sophie se marcharan, y puesto que ya son casi las once, eso es improbable, ¿no te parece?

Ian Lennard, el vizconde de Saint Clair, era el mejor amigo de Jordan, y prácticamente nunca pedía ningún favor a nadie. A Jordan le dolía fallarle sólo por culpa de la ridícula vanidad de Pollock.

—A Saint Clair no le importará si llegas tarde —adujo Pollock—. No está tan desesperado. Si no llegas a tiempo, él simplemente intentará seducirla en el próximo baile.

—No importa. Dije que estaría allí, y pienso cumplir mi palabra. Siempre cumplo mis promesas.

El carruaje dio una brusca sacudida y el sonido de los cascos de los caballos sobre la calle empedrada llenó el aire. Jordan se relajó unos instantes.

—Pero eso no es lo que te irrita tanto, y lo sabes —replicó Pollock mientras se dedicaba a limpiar las motas de polvo de sus guantes con aire ausente—. Lo que no te gusta es que te alteren los planes, ¿o no? Todo tiene que salir a pedir de boca, y si no es así pierdes la paciencia.

—Cualquiera perdería la paciencia con un dandi como tú —espetó Jordan.

Su amigo frunció el ceño.

—Yo no soy un dandi, pero creo que ir bien vestido es la marca de todo caballero. Además, me gusta vestir bien. Ese es tu problema, Blackmore: no sabes relajarte y disfrutar de la vida.

—Sí, ya lo sé, soy un tipo la mar de aburrido, ¿no es cierto?

—Si tú lo dices... —Cuando Jordan le dedicó una mirada de hastío, Pollock jugueteó nerviosamente con el nudo de la corbata y luego continuó en un tono terco—: Has de admitir que a veces te comportas



como una maldita máquina. Tu vida se consume entre la eficiente gestión de tus fincas y tu participación en el Parlamento. Todo tiene su orden, todo es parte de otro plan.

—Eso no es cierto. —Aunque lo era. A Jordan le gustaba mantener una vida ordenada. Había tenido que soportar tanto desorden de niño que no ansiaba soportar esa clase de vida como adulto. Por consiguiente, era cierto: odiaba cuando las cosas no salían bien simplemente porque un botarate no se comportaba de una forma lógica o precisa.

Aunque eso no era lo que había provocado la reacción de Pollock. Su interlocutor estaba simplemente enojado porque él lo había llamado dandi.

—Además, ¿qué me dices de la forma en que tratas a las mujeres?— prosiguió Pollock con visible enfado—. Nunca he visto a un hombre capaz de iniciar una relación con una amante y acto seguido apartarla drásticamente de su lado porque la mujer ha caído en el error de enamorarse de él. ¡Y todas se enamoran de ti, maldito seas! No se dan cuenta de que tus encantos sólo conducen a una inevitable ruptura sentimental. Todas creen que sientes algo por ellas; siempre consigues que caigan rendidas a tus pies, y luego las alejas de ti con una pasmosa frialdad cuando ellas ya no se contentan con mantener sólo una relación sexual contigo.

Pollock se estaba poniendo más impertinente de la cuenta.

—Aún estás enfadado conmigo por lo de Julia, ¿no es verdad?

—Es mi amiga.

—Querrás decir tu amante. Si no la hubiera rechazado sin pensarlo dos veces, ahora no gozarías de su compañía.

Pollock desvió los ojos.

—De hecho, hemos cortado.

La declaración tomó a Jordan por sorpresa.

—¿Ya?

—Me he cansado de competir contigo para conseguir su afecto.

Jordan parpadeó. Dejar a Julia había resultado particularmente incómodo.

—Pero eso no es por mi culpa. Ella y yo habíamos establecido un pacto bien claro: satisfacción mutua de las necesidades físicas de cada uno y nada más. No puedo sentirme culpable de que ella cambiara de parecer. Yo no cambié.

Por un momento, el aire de la cabina pareció enrarecerse con el repentino silencio incómodo de Pollock, matizado sólo por el traqueteo de las ruedas del carruaje sobre el pavimento.



Desde la relación que había mantenido con Julia, su amistad se había enfriado un poco, aunque Jordan no sabía qué podía hacer al respecto. Él no era quien sufría los males de un desengaño amoroso.

Pollock suspiró.

—No logro comprenderte. El amor no es algo que uno decide apartar de su vida como una desagradable mota en el ojo. No puedes controlarlo del mismo modo que controlas tus asuntos financieros. ¿Jamás has ansiado perder la cabeza por amor?

—¡Uf, no! ¡Qué pensamiento más horrible! ¿Renegar de todo por una emoción tan efímera? ¡Ni hablar! ¿Qué clase de botarate pierde la razón, el buen criterio, y, sí, el control, por el dudoso placer de estar enamorado?

Sólo una vez en su vida había estado cerca de perder el control por una mujer. Era extraño cómo todavía recordaba esa noche en el carruaje con una señorita llamada Emily Fairchild. ¿Qué clase de locura se había apoderado de él? Debía de haber sido la luna llena, tal y como ella adujo. Ésa era la única explicación posible para comprender por qué había estado a punto de seducir a la clase indebida de mujer.

Aunque luego tuvo que pagar su error. Sara, su hermanastra, lo acribilló con mil y una preguntas hasta que él no tuvo otra opción que enzarzarse deliberadamente en una bronca con el endiablado esposo de ella para conseguir que Sara dejara de insistir en buscarle pareja. Qué pena que no hubiera podido alejar de la mente el aroma a lavanda que se desprendía del pelo de Emily ni la visión de ese cuerpo grácil y sugerente. O su forma fascinante de rebatir cuestiones que lo tomaban completamente por sorpresa. Eran poquísimas las mujeres que lograban sorprenderlo.

Por lo menos su encuentro había sido breve, y la ilusión de que él había encontrado a la única fémina en toda Inglaterra capaz de hechizarlo se había desvanecido finalmente. A Jordan no le quedaba ninguna duda de que si veía a la señorita Fairchild de nuevo en plena luz del día —lo cual era del todo improbable— pensaría que era una mujer normal y corriente, nada del otro mundo.

—Jamás comprenderé tu visión cínica del matrimonio, Blackmore — aseveró Pollock—. Pero es obvio que por eso te eligió Saint Clair para su plan. Cualquier otro hombre se sentiría tentado a robarle a su amigo una joven tan particular como lady Sophie tras bailar con ella. Pero tú no, el lord con el corazón de granito no.

—Ríete de mí todo lo que quieras, pero me siento muy a gusto con mi corazón de granito. No sangra, ni se pone nervioso, y no puede ser lastimado.

—Ya, pero se podría romper si alguien lo magullara con un martillo. Un día aparecerá una mujer que te lo hará añicos. Y te aseguro que me muero de ganas de ser testigo de ese día.



—Pues tendrás que esperar largo y tendido —proclamó Jordan, cansado del tema—. Y te aseguro que no será esta noche. Pienso bailar con Sophie sólo para complacer a Ian. Él cree que puedo interceder para que lord Nesfield lo acepte como el pretendiente ideal, con tal de que con ello aleje a Sophie de mis temibles garras. Ian me ha asegurado que el desenlace será fulminante y muy rápido, y eso espero. Estos temas me aburren soberanamente.

—Pues a mí no. Pero claro, yo soy capaz de apreciar a una rica heredera, y en cambio tú no.

Jordan empezó a sentirse irritado ante la insistencia de Pollock en describirlo como un pobre calavera sin remedio.

—Pues yo no busco una esposa para mejorar mi posición social, y en cambio tú sí.

Pollock lo fulminó con una mirada hostil.

—¿Es eso una insinuación de que no poseo ningún título nobiliario ni buenos contactos en los círculos más destacados de la ciudad? ¿Una alusión al hecho de que mi padre era comerciante? Mira, cuando quieres te pones execrablemente pomposo. Como el señorito puede tener a la mujer que desee, se siente superior al resto de los mortales.

La vehemencia en la voz de Pollock lo sorprendió.

—Eso no es verdad. Sabes que prácticamente todas las hijas de los mercaderes de Londres estarían encantadas de llevarte al altar.

—Pero yo no quiero casarme con la hija de un mercader. Tal y como tú has expresado con la más absoluta crudeza, quiero a alguien que pueda mejorar mi posición social.

—¿Por qué? Si ya te mueves en los círculos más destacados.

—Sí, pero quiero una mujer que pueda ser la joya de mi corona, una mujer tan despampanante que mi posición quede asegurada para siempre. Y preferiblemente alguien que me ame a pesar de todos mis defectos.

Jordan no pudo evitar reírse a carcajadas.

—¿Y crees que la encontrarás en la fiesta de los Merrington? Con un montón de vírgenes insulsas y remilgadas y mamás calculadoras?

—A lo mejor. —Pollock retorció la corbata que tanto le había costado elegir, torturándola sin descanso—. Antes de que Saint Clair decidiera fijarse en lady Sophie, ya había planeado probar suerte con ella. —Torció el gesto—. Pero entonces apareció Saint Clair y la cautivó. ¡Si ni tan siquiera está enamorado de ella! Ese tipo sólo busca una esposa dócil. ¡Quién sabe por qué!



Sí, eso era curioso. El mismo Jordan se había preguntado por qué Ian mostraba esa predisposición a encontrar esposa cuanto antes.

—Si yo estuviera en tu lugar, no lo envidiaría por haber conquistado el corazón de Sophie. No digo que no tenga un físico agraciado y buenos modales, pero su padre es la peste personificada. Me temo que Ian se arrepentirá toda su vida del día en que decidió emparentarse con la familia Nesfield.

El carruaje se detuvo delante de la mansión de los Merrington y Jordan volvió a echar un vistazo a su reloj. Al fin y al cabo tampoco habían llegado tan tarde; probablemente lady Sophie aún estaría en la fiesta. De ser así, pensaba quedarse una hora, el tiempo suficiente para encolerizar a lord Nesfield y de ese modo ayudar a Ian en su pretensión de obtener la mano de la muchacha. Después se marcharía al club y daría por concluida esa tediosa historia.

Los dos amigos se apearon del carruaje y entraron en la suntuosa mansión de los Merrington en silencio. El lugar estaba engalanado con flores primaverales y lazos por doquier, todo demasiado repipi y emperifollado para el gusto masculino. Cuando llegaron a la sala de baile, Jordan se detuvo para contemplar la escena que se abría ante sus ojos. Como de costumbre, el baile de los Merrington parecía la bodega de un navío llena de palomas y de cuervos, arrullando y graznando y posándose allí donde les apetecía. Las mujeres, vestidas de blanco, daban vueltas por la pista dejándose llevar por sus parejas, que con los ceñidos pantalones negros de satén y esos chalecos de vivos colores proyectaban aún más la imagen de pajaracos.

Desplazándose por el borde de la pista de baile, Jordan buscó entre la multitud a Ian o a lady Sophie, pero a pesar de que la sala estaba iluminada por un sinfín de velas y de lámparas Argand, lo único que acertó a ver fue un centenar de abanicos abiertos y las colas de los fastuosos trajes femeninos hinchándose al son de la música.

De repente, él y Pollock se vieron rodeados por los amigos de éste último, un grupo de jóvenes solteros que habían asistido al baile con el propósito de encontrar pareja. Durante unos escasos momentos se dedicaron a intercambiar saludos, pero pronto los comentarios se decantaron hacia las comparaciones más sinceras sobre los atributos de las jóvenes casaderas. Jordan quería reír ante algunas de las ocurrencias. ¡Menuda manada de cachorros, todos ellos unos románticos empedernidos!

Si en realidad buscaban esposa, por lo menos deberían elegirla con acierto.

Eso sería precisamente lo que él haría cuando lo acuciara la necesidad de tener un heredero. Buscaría una mujer con experiencia —una marquesa viuda o una dama similar— con gusto y buen juicio, capaz de



hacerse cargo de su casa sin armar demasiado jaleo. Un matrimonio de conveniencia. Puro pragmatismo. Sin ningún enlace emocional.

Lo que no pensaba hacer era casarse con una pazguata recién salida de la escuela que esperaba que él la halagara después de cada palabra que pronunciara y que fuera indulgente con todos sus caprichos. Como las pánfilas de las que los hombres a su alrededor estaban hablando.

Jordan sé empezó a impacientarse con tanta charla estúpida y se dio la vuelta para mirar a Pollock.

—¿Has visto ya a Ian?

—Justo ahora. Está allí, en medio de la pista. —Con la cabeza señaló hacia la pista de baile.

—¿Ian está bailando? Me tomas el pelo. ¡Pero si detesta bailar! Aunque supongo que hará lo que haga falta para asegurarse la mano de lady Sophie.

—¿Lady Sophie? —repitió uno de los congregados—. ¿Es que acaso no os habéis enterado? Lady Sophie está muy enferma, y nadie sabe cuándo podrá abandonar el lecho en el que se halla postrada.

—Creo que te equivocas —apostilló Jordan—. He oído que se marchó de la ciudad la semana pasada, pero Saint Clair me dijo ayer que ya había regresado. Él había planeado pasar a visitarla por su casa.

—Quizá sí que ha regresado, pero no se ha dejado ver ni tan sólo por la calle. Saint Clair está bailando con su prima. Por segunda vez, debería añadir.

—¡Que el diablo me mate! —Así que lady Sophie ni tan sólo estaba en la fiesta, por lo que no hacía falta que él hubiera venido. Bueno, se quedaría sólo el tiempo suficiente para atormentar a Ian por haber perdido la oportunidad de engatusar a la hija de Nesfield y después se largaría al club.

Sólo necesitó medio minuto para vislumbrar a su amigo en medio de la concurrencia de parejas que ocupaban la pista de baile, ya que Ian no pasaba desapercibido. A diferencia de Pollock, que era rubio, bajito y de tez muy pálida, Ian tenía la piel de color aceitunado y destacaba fácilmente por encima de la mayoría de los hombres. Entre los pequeños equinos blancos que constituían la sociedad inglesa, él era ciertamente un bello corcel negro.

Y en cuanto a su pareja... vaya, vaya. Ian siempre se las apañaba por rodearse de las más bellas, ¿no? Desde la posición donde estaba, Jordan no conseguía ver su cara, pero su pelo ofrecía los destellos ricos de un cielo al anochecer, y una figura con la que cualquier joven cachondo soñaría, incluso envuelta en ese satén blanco tan virginal. Por supuesto, él no era ni joven ni cachondo; no se dejaba impresionar por esa clase de



bomboncitos. Prefería a mujeres con trajes de color escarlata... o de luto riguroso.

Cielo santo, ¿de dónde le había venido esa imagen? Era la segunda vez que pensaba en Emily esa noche. Debía de ser cierto lo que algunos decían, que «la primavera la sangre altera».

Sí, debía de ser ése el motivo de su extraño estado emocional notablemente alterado.

El baile terminó y Jordan se abrió paso entre la multitud en dirección a Ian, lanzando una mirada de pocos amigos a una matrona decidida que se le acercó arrastrando a su hija timorata. Al ver cómo la miraba, la mujer se detuvo en seco. Perfecto, al menos la matrona había demostrado ser suficientemente perspicaz.

No debería haber asistido a ese baile. Todas esas arpías se llevarían una idea equivocada del motivo de su presencia en un baile dedicado a los solteros que buscaban pareja y se pegarían a él en masa. Después de hablar con Ian, se marcharía pitando de ese maldito lugar.

Cuanto más se acercaba a la pareja, más crecía su interés por la mujer que iba cogida del brazo de Ian. Para tratarse de una muchacha que acababa de ser presentada en sociedad, se movía con una gracia inusitada. No caminaba con paso indeciso, ni sus gestos parecían apocados. Le daba la espalda —iy menuda espalda más seductora!— y tampoco podía obviar ese trasero tan inactivo. Y de nuevo estaba esa gloriosa melena, apresada en un *chignon* hilvanado de perlas que salpicaban su largo y esbelto cuello.

Jordan juraría que había visto ese cuello antes, y también esa melena. Pero eso era absurdo, claro. Jamás había oído hablar de la prima de lady Sophie, y mucho menos había tenido el placer de deleitarse con la visión de su atractiva figura hasta esa noche.

Entonces la pareja se detuvo en el extremo de la pista de baile, la mujer se giró hacia su acompañante, y Jordan tuvo la ocasión de verla de perfil.

¡Que el diablo se lo llevara! ¡Sí que la había visto antes! Ese perfil le resultaba dolorosamente familiar. La última vez lo había presenciado entre las sombras de la noche, bajo la luz de la luna, cubierto con un antifaz, pero podía jurar que era la misma cara... la misma nariz delicada y la misma sonrisa modesta.

No, no podía ser. ¿Cómo podía estar ella en Londres, en un baile como ése, ataviada con un costosísimo vestido de satén blanco y engalanada con perlas? Estaba imaginando cosas. Los rasgos de esa mujer meramente se parecían a los de Emily, nada más. Y tampoco podía estar seguro de su cara, ya que únicamente la había visto unos breves momentos en la oscuridad.



Sin embargo, esa fémina tenía la misma estatura y la misma figura, la misma forma de hundir la cabeza hacia los hombros cuando sonreía y el mismo cuello de cisne, elegante y seductor. Incluso tenía el mismo color de pelo, aunque en esta ocasión lo llevara recogido de una forma más extravagante. A Jordan el corazón empezó a latirle desbocadamente y sin poderlo remediar aceleró el paso. No podía ser ella. Pero lo era. No podía estar equivocado.

¿Qué diantre estaba haciendo allí?

—¿Emily? —pronunció Jordan con la voz entrecortada cuando los alcanzó—. Emily, ¿de verdad eres tú?

La mujer lo miró a los ojos, con una expresión de sorpresa. Por unos instantes pareció que esos ojos de color esmeralda reconocían a su interlocutor, pero rápidamente se tornaron fríos y censuradores.

—¿Cómo dice, señor? ¿Nos conocemos?

Jordan no se habría quedado más pasmado si ella lo hubiera abofeteado en plena cara con su bolso.

—Por Dios, Jordan —los interrumpió Ian—. Por lo menos espera a que te presente a la dama antes de dirigirte a ella por su nombre de pila. —Ian miró a su amigo y después a la mujer; ambos se estaban mirando fijamente sin pestañear—. Aunque tengo la impresión de que sí que os conocéis, ¿no es así?

—Sí —asintió Jordan al mismo tiempo que ella clamaba acaloradamente:

—¡Desde luego que no!

Jordan la contempló boquiabierto. ¿Cómo podía fingir que no lo conocía?

Ian dijo con una nota de diversión en su voz:

—Puesto que parece ser que existe una evidente confusión en el asunto, será mejor que haga las presentaciones oportunas. Lady Emma, permítame que le presente a Jordan Willis, el conde de Blackmore. Jordan, ésta es lady Emma Campbell, la hija del conde de Dundee y la sobrina de lord Nesfield. —inclinando la cabeza hacia ella para que Jordan no pudiera oírlo, añadió—: No permita que sus toscas maneras la confundan. Cuando pone empeño, es capaz de seducir a la luna para que ésta baje del cielo.

Las muestras de humor de tan desconcertaron más a Jordan, especialmente cuando no vio ninguna reacción por parte de ella ante la mención de su nombre completo y de su título. ¿Lady Emma? ¿Quién diablos era lady Emma? Tenía que tratarse de un error. Esa muchacha no era la hija del conde de Dundee; era Emily Fairchild, la hija del rector. Estaba completamente seguro.



Pero esa noche en el carruaje todo estaba demasiado oscuro, y él había visto su cara sólo unos instantes bajo la luz de la luna. ¿Podía estar tan equivocado?

De cualquier modo, no podía quedarse ahí de pie como un pasmarote, mirándola con la boca abierta. Se inclinó respetuosamente hacia delante y dijo:

—Disculpe, lady Emma, por haberme dirigido a usted de un modo tan descortés. —Se esforzó por expresar una contrición que no sentía—. Mi única excusa es que la he confundido con otra persona. Por favor, disculpe mi error.

La mujer arqueó las cejas con aire de incredulidad.

—¿Otra persona? Dígame pues quién es esa mujer que se llama Emily. —Su tono se volvió más recatado—. No me defraude, lord Blackmore, o le aseguro que jamás lo perdonaré. Por favor, dígame que es una princesa exótica de los mares del Sur. O una cantante de ópera. Me sentiré insultada si se trata de una dama menos interesante.

Era la voz de Emily, los labios de Emily... el pelo rubio oscuro de Emily. Pero no las maneras de Emily. Y sin embargo...

—Entonces me temo que estoy destinado a que no me perdone jamás. Es la hija de un rector —añadió deliberadamente—. Su nombre es Emily Fairchild.

Jordan escudriñó la cara de su interlocutora en busca de una reacción y se alegró al vislumbrar cómo las mejillas de la muchacha se sonrosaban delatándola.

O quizá lo soñó, puesto que el color desapareció tan rápido como había aflorado. Ella sonrió con envanecimiento y exclamó con una voz condescendiente:

—¿La hija de un rector? Lo siento, pero ahora sí que no puedo perdonarlo. Jamás soportaría que me confundieran con la vulgar hija de un rector. No, lo siento, no puedo disculparse.

Ian estaba observando a Jordan con los ojos abiertos como un par de naranjas, pero Jordan no prestaba la más mínima atención a su amigo.

—Entonces deberé reparar mi afrenta. ¿Me concede este baile, lady Emma? No puedo pensar en una forma mejor para zanjar mi horrible error.

La sonrisa se desvaneció de los labios de Emily. Fantástico, la estaba acorralando.

Pero ella recuperó la compostura con sorprendente celeridad. Depositó la mano sobre el codo que Ian le ofrecía amablemente y alegó:

—Me temo que eso no será posible, lord Blackmore. He prometido el siguiente baile a lord Saint Clair, y ya empiezan a sonar las notas del vals.



Por el amor de Dios, ella se negaba a bailar con él. ¡Maldita fuera! ¿Pero qué diantre le había pasado a Emily? Miró a Ian con ojos implorantes.

—Supongo que no tendré que pelearme contigo para bailar con la dama, ¿verdad, viejo amigo?

Ian soltó una carcajada y rápidamente se separó de la mujer.

—La absuelvo de su obligación de bailar conmigo, lady Emma. Ni tan sólo otro baile con su deliciosa compañía es comparable a ver a mi amigo bailar un vals por primera vez en su vida en una fiesta como la de los Merrington, en la que el objetivo es buscar pareja.

Los ojos de Emily destellaron ultrajados mientras Jordan le tendía la mano. Ella miró a Ian con irritación, y luego a Jordan.

—¡Pero... pero... si nos acaba de presentar! ¡No puede hacerme esto! ¡No es decoroso!

Emily también había alegado la misma excusa esa noche en el carruaje. Jordan sonrió, sintiéndose más seguro de sí mismo. Ignorando las protestas de la mujer, emplazó la mano en la grácil cintura que le parecía tan dolorosamente familiar. Seguramente había estrechado esa cintura antes y había visto los mismos labios tiernos temblando como lo estaban haciendo ahora.

Jordan cogió esa mano rígida y la colocó sobre su hombro y repitió las mismas palabras que le había dicho esa noche, en una voz hecha sólo para ser susurrada:

—Cómo si a mí me importara el decoro.

Si ella recordaba esa frase, no lo demostró.

—¡Pero yo sí! —espetó Emily—, especialmente cuando un hombre tan maleducado intenta saltarse las normas de la buena conducta.

Jordan la apresó con más fuerza cuando ella intentó zafarse de sus brazos.

—Lo siento, querida, pero este hombre tan maleducado quiere bailar un vals contigo, y tú accederás. Todo el mundo nos está mirando, y si me rechazas, tu nombre estará mañana en boca de todos.

Su nombre estaría en boca de todos hiciera lo que hiciese.

Jordan ya podía notar el silencio que se había formado entre las parejas que los rodeaban en el momento en que la tomó entre sus brazos. Ian no era la única persona fascinada al ver cómo el conde de Blackmore rompía sus propias reglas acerca de bailar con muchachas virginales. Había sido ese mismo efecto el que Ian había esperado conseguir con Sophie. Y con un poco de suerte, la situación empujaría a Emily a contarle a Jordan toda la verdad.



Él lo supo en el momento en que ella fue consciente de todos los ojos depositados sobre ellos. Su mano delicada temblaba, a pesar de que sus hombros permanecían relajados.

—Ya veo que empezamos a comprendernos —susurró él con suavidad.

Jordan apenas tuvo tiempo de contemplar cómo sus bellos ojos se estrechaban hasta formar un par de rendijas llenas de resentimiento antes de que empezara la música, y él la hizo girar por la pista al son del vals. Lanzándole una sonrisa triunfal, la estrechó de una forma indiscutiblemente indecorosa.

Cuando ella le propinó un fuerte pisotón a modo de respuesta, Jordan no pudo contenerse y se echó a reír. Si ella pensaba que podría engañarlo, estaba loca. De un modo u otro, descubriría qué era lo que realmente sucedía. Y ninguna carga de pisotones inofensivos o de desplantes ridículos lograrían disuadirlo.



Capítulo 5

Ojos hechiceros, que amansan las aguas de los ríos,
Vino, no agua, es lo que amansa al amante:
En la mesa esos ojos brillan,
Turbados, y ardientes de deseo.

CANCIÓN
MARTHA SANSOM

«¡No es posible que tenga tan mala suerte!», pensó Emily mientras Jordan la hacía danzar incansablemente entre la concurrencia de damas y caballeros vestidos de forma tan elegante. ¡Se suponía que él no tenía que asistir a ese baile! ¡Ni que tampoco tenía que reconocerla! ¡Ni bailar un vals con ella! No, definitivamente las cosas no pintaban nada bien.

Emily tendría que haber protestado mis enérgicamente cuando él le solicitó —no, no le solicitó sino que le ordenó— que bailara con él. La repentina retirada de lord Saint Clair la había confundido. ¿Era aceptable que un hombre entregara a otro hombre la mujer con la que pretendía bailar? Le daba la impresión que no. Sin embargo, ¡quién sabía cómo funcionaban las reglas cuando se trataba de hombres como el conde de Blackmore y el vizconde de Saint Clair!

Peor todavía, Jordan era un bailarín fabuloso. En sus sesiones de práctica con el aborrecible lord Nesfield, Emily tropezaba con sus propios pies constantemente. El marqués la regañaba sin parar, y ella aceptaba las culpas sin rechistar, pero ahora se lamentaba de no haberse rebelado. Con Jordan, giraba con la gracia de un cisne. De algún modo que ella no acertaba a comprender, él conseguía que sus pies se sintieran tan ligeros que hasta los pasos del vals parecían tan fáciles y naturales como el mero acto de caminar. Emily se olvidó de contar los pasos, y no perdió el ritmo ni una sola vez.

Maldito sea él por eso, y por estrecharla de un modo tan íntimo. Si la arrojaba más a su cuerpo, la dejaría en evidencia delante de todos. De momento, ya estaba lo suficientemente cerca de él como para fijarse en su mandíbula perfectamente afeitada y en el blasón de la familia Blackmore que descollaba en la aguja de oro de su corbata, y también



para sentir el roce de sus muslos cada vez que daban una vuelta al son de la música.

Como de costumbre, él ofrecía un aspecto apuesto y muy varonil. No iba ataviado con esos horribles pantalones ceñidos de satén tan de moda entre los jóvenes de la alta sociedad, oh, no, esa prenda no encajaba con el conde de Blackmore. Él lucía un costoso traje de lana de cachemira, y su entallado chaleco gris y su corbata beis destacaban más en su simplicidad que cualquiera de los extravagantes chalecos de vivos colores que llevaban los otros hombres en la sala.

¿Era consciente de cómo le afectaba a ella bailar con él? Por supuesto que sí. Deslizaba una de sus formidables manos por su cintura con una vergonzosa familiaridad, y con la otra apesaba la suya obsesivamente, recordándole la noche que habían pasado en el carruaje. Ahora comprendía por qué su padre consideraba que el vals era un baile demasiado escandaloso para la gente decente. Ninguna mujer con un mínimo sentido de la decencia aceptaría gustosamente exponerse a estar tan próxima a un conde tan atractivo y tan viril.

Especialmente después de que él la hubiera besado de una forma tan embelesadora. Los recuerdos afloraban en su mente sin conferirle tregua; se acordaba de cómo le había acariciado el pelo... de su aliento cálido sobre la piel... de su boca besándola en las mejillas y en el cuello, con esos besos tan seductores y excitantes.

¡Por todos los santos, ahora se estaba poniendo colorada!

«Dios mío, por favor, no permitas que él se dé cuenta de mi azoramiento.»

Emily podría haber implorado a la luna con el mismo resultado vano. Cuando se aventuró a mirar a Jordan de refilón, lo vio contemplando descaradamente el color encendido de sus mejillas. Los oscuros ojos del conde parecían no perderse ni un solo detalle. ¡Qué vergüenza!

—Me resulta encantador hacer que te sonrojes, Emily —susurró él con un tono burlón.

—¿Emily? ¿Por qué insiste en pensar que yo soy esa persona?

—Puedes mentir a los demás, pero a mí no me engañas —declaró Jordan en ese tono de voz ronco que ella recordaba tan bien—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué finges ser una estúpida dama escocesa?

Desde luego, ella detestaba tener que mentirle. Sin embargo, no le quedaba ninguna otra alternativa.

—Lord Blackmore, su pequeña broma está empezando a cansarme. No sé por qué insiste en confundirme con esa mujer que se llama Emily Fairfax.



—¡Fairchild! ¡Maldita sea! Su apellido... tu apellido es Fairchild, y no Fairfax, como bien sabes.

—Tampoco hace falta que sea tan irrespetuoso —lo amonestó automáticamente.

La titilante luz de las velas por encima de sus cabezas iluminó la expresión de deleite de Jordan.

—Me parece que ya había oído esa misma frase antes, una noche, en mi carruaje.

¡Santo cielo, había metido la pata por segunda vez!

—¿Su carruaje? No sé a qué se refiere.

La música subió de tono, obligándolo a contenerse para no contestar súbitamente, pero su expresión divertida no se borró de su cara.

Cualquier intento era en vano. ¿Cómo iba ella a salir airosa de esa situación? Toda su vida le habían enseñado a no mentir, y ahora se suponía que tenía que mentir como una experta.

Quizá lo más conveniente sería revelarlo todo y... Sí, y entonces lord Nesfield la ahorcaría. No podía confiar en que Jordan supiera mantener su secreto, puesto que parecía que era un buen amigo de lord Saint Clair. Este último se había pasado la mitad del baile inquiriendo acerca de Sophie y, por lo tanto, de momento era el mayor sospechoso. Era probable que Jordan fuera el compinche del vizconde para ayudarlo a escaparse con Sophie.

—Vamos, Emily, dime de qué se trata —emplazó él tan pronto como la música le permitió hablar de nuevo.

De repente, ella se acordó de las palabras de lady Dundee:

«Lady Emma es tu disfraz; tómatelo meramente como un entretenimiento. No cambiaré a Emily Fairchild».

Sí, ella iba disfrazada; no estaba engañando a nadie. ¿Y qué más daba si tenía que mentirle a él? Esa noche en el carruaje él le había dejado claro que ella no era nada más que una diversión pasajera. Él también se había permitido recrearse con el juego de las apariencias con ella: adulándola, susurrándole palabras dulces al oído, cuando desde el principio era plenamente consciente de que no quería volver a verla nunca más.

Emily le lanzó una mirada gélida.

—Se lo repito, empiezo a hartarme de este juego, lord Blackmore. Por favor, invéntese otro.

Jordan la fulminó con unos ojos implacables, como si intentara amedrentarla para que ella le contara la verdad, pero cuando Emily no dijo nada más, él frunció los labios.



—Muy bien. Me obligas a adoptar medidas más drásticas.

Emily sonrió con picardía.

—¿Ah, sí? ¿Qué piensa hacer? ¿Torturarme? ¿Encerrarme en una mazmorra hasta que confiese lo que usted desea oír?

Por primera vez esa noche, Jordan sonrió, a pesar de que su sonrisa era temiblemente diabólica. Los ángeles debían agitarse cada vez que él exhibía esa sonrisa maliciosa ante mujeres desprevenidas.

—No, se me ocurren otras maneras más placenteras de obtener la verdad de tus labios.

Demasiado tarde. De repente ella se dio cuenta de que estaban bailando en el extremo de la pista, cerca de las cristaleras que separaban la sala de un amplio balcón con el suelo de mármol. En un abrir y cerrar de ojos, él se las había apañado para conducirla hasta allí sin que ella se diera cuenta.

Jordan le hizo dar una vuelta más y de repente Emily se encontró en el balcón. Miró de soslayo hacia la sala de baile, rogando por que lady Dundee la estuviera buscando, pero había demasiadas parejas bailando como para que alguien recabara en su ausencia, especialmente ahora que todo el mundo parecía haber perdido el interés por ella, después de unos minutos de verla bailando con lord Blackmore.

Intentó zafarse de sus brazos, pero él se limitó a estrecharla con más vigor por la cintura y la arrastró hacia la escalinata que conducía a los jardines de la mansión.

—Creí que quería bailar —pronunció ella con un tono airado, aunque su corazón latía con tanta fuerza que pensó que todo el mundo podría escuchar los latidos atronadores—. Se ha portado del modo más indecoroso que uno pueda llegar a imaginar para conseguir que bailara ese vals con usted.

—Yo exijo algo más que bailar un vals contigo. En cuanto a mis intenciones, es evidente que necesitamos estar solos.

Estar solos. La última vez que estuvieron solos, él la besó hasta hacerle perder el mundo de vista. Si la besaba de nuevo, probablemente se desmoronaría y se lo contaría todo.

Pero lady Emma no ofrecería resistencia ante la idea de pasear a solas por el jardín con un conde. Como cualquier muchacha en su situación social, no podía cometer una tontería de ese calibre, no podía rechazar la ocasión de quedarse a solas con un soltero tan codiciado como Jordan.

Intentó centrarse en ese pensamiento y permitió que él la arrastrara hasta los jardines, moviendo las piernas mecánicamente a su lado. No obstante, cuando se detuvieron junto a un roble que los ocultaba de



cualquier mirada curiosa que pudiera estar acechándolos desde el balcón, Emily sintió un momento de pánico.

—Y ahora dime, Emily. —Jordan le soltó el brazo y la miró con la expresión de un hermano mayor que estuviera amonestando a una niña —. ¿Qué es lo que está pasando?

La condescendencia en su voz sólo consiguió que Emily se envalentonara. ¿Cómo se atrevía a tratarla de ese modo, con esa falta de consideración?

—No sé qué es lo que quiere que le cuente, lord Blackmore. Se ha montado una fantasía usted solito. —Acalorada, abrió con un golpe seco el abanico que llevaba colgado de la muñeca con un fino cordoncito y se abanicó con brío—. ¿La hija de un rector? ¿Es eso lo que se supone que soy? ¿Y por qué no se ha decantado por la hija de un exótico gitano nómada? Ser la hija de un rector no me parece un papel interesante.

Jordan no daba crédito a lo que oía, y la miró con absoluta estupefacción.

—¡Maldita seas! —bramó al tiempo que la agarraba por los hombros con rudeza—: ¡Deja de fingir! ¡Sé quién eres!

—Pues yo creo que no. —Lanzándole una sonrisa seductora a pesar de los retortijones de angustia que notaba en el estómago, Emily depositó los dedos en las solapas sedosas del traje de Jordan—. Si realmente supiera algo sobre mí, seguramente perdería todo el interés que siente por esa mujer llamada Emily.

El parpadeó, y luego volvió a escrutar su cara, como si quisiera confirmar si realmente estaba cometiendo un error y se equivocaba de persona. Entonces sus ojos se achicaron peligrosamente.

—¿No te importa si descubro la verdad de la única forma que se me ocurre?

—¿De qué modo?

Jordan la estrechó con resolución por la cintura y la atrajo hacia él.

—Besándote tal y como la besé a ella.

Emily no tuvo tiempo para prepararse antes de que su boca se ciñera sobre la suya. A pesar de que en cierta manera ya se lo esperaba, el tacto de esos labios le produjo un impacto indescriptible. Era exactamente como esa noche en el carruaje... el mismo placer vertiginoso adueñándose de todos sus músculos, la misma sensación deliciosa de calor que le provocaba ese hombre, que era un fruto prohibido para ella. Sin poder resistirse, Emily se derritió entre sus brazos como un trozo de mantequilla en una sartén calentada a fuego lento.



Pero cuando él apartó la boca y murmuró: «Mi dulce Emily» en un tono que no dejaba lugar a dudas de su certeza, a ella se le hundió el mundo a los pies. La sensación de mareo la ahogaba; Emily Fairchild se derretía. Emma Campbell ardía.

—Me llamo Emma —murmuró ella, corrigiéndolo. Entonces lo rodeó con los brazos por el cuello y le ofreció los labios con desfachatez para que él volviera a besarla.

Jordan se puso rígido de repente, aunque no se apartó de ella. Recordando cómo la había besado en el carruaje, Emily abrió la boca y le pasó la lengua ligeramente por encima de los labios, luego introdujo la lengua dentro de su boca, repitiendo las acciones que él había hecho esa noche.

Por un momento, temió haberse pasado de la raya. El cuerpo de Jordan permanecía paralizado, tan falto de reacción como un iceberg mientras ella permanecía de puntitas, besuqueándolo con una vergonzosa impudicia.

Entonces un jadeo abrupto se escapó de la garganta de Jordan mientras él abría la boca sobre la suya, una boca hambrienta, llena de necesidad. Con las manos como dos garras, la atrajo totalmente hasta pegar todo el cuerpo a ella, y su boca inició un asalto tan salvaje y furioso que la dejó perpleja.

Emily se excitó ante tal beso, sintiendo como una sed febril se apoderaba de sus venas. Era fácil convertirse en lady Emma, la descarada niñita mimada con sangre escocesa. Atrás quedaban la tímida incertidumbre y las maneras virginales de Emily Fairchild, alejadas en la distancia como piedrecitas perdidas en el río. Él la incitaba a que le diera más, y ella sólo necesitó esa clara invitación para lanzarse de cabeza a la laguna de la pasión.

Así que cuando Jordan hundió la lengua profundamente en su boca, ella entrelazó la suya e incluso fue más lejos: deslizó la lengua entre los labios abiertos de él para explorar los peligros cálidos y sedosos que le ofrecía esa boca hambrienta. Jordan la besó con más lascivia, como si no pudiera obtener todo lo que deseaba de ella. Sin darle tregua, devoró su boca, y cuando ese acto pareció no satisfacerlo más, estampó unos besos bruscos, posesivos, por su mejilla y a lo largo de su cuello. La piel áspera viril le hacía cosquillas en el cuello, y su aroma a almizcle la embriagaba junto con el dulce perfume de las flores que inundaba el aire del jardín.

Las manos de Jordan se deslizaban con absoluta impunidad por todo su cuerpo, explorándola, desde las costillas hasta los contornos de los labios. Sin sentirse atado por ninguna restricción procedió a besarla en la parte superior del incipiente escote, y fue bajando la boca hasta alcanzar los montículos de sus pechos.



Emily estuvo a punto de apartarlo de un manotazo, sorprendida ante tales muestras de desenfreno, pero se contuvo.

Obligándose a arquear la espalda, le permitió que explorara las curvas más íntimas de sus pechos con esos labios tan firmes y diestros.

Se sentía embriagada por una sensación de placer tan dulce como la miel, una sensación que nacía en la parte inferior de su vientre.

«Por todos los santos, ¿por qué estas perversidades han de ser tan deliciosas?», se decía a sí misma, intentando no perder la cabeza. Cuanto más la acariciaba esa cálida boca, más crecía la necesidad de que la tocara en esas partes más íntimas de su cuerpo que sólo un futuro marido debería poder tocar. No podía respirar, no podía pensar. Rápidamente estaba perdiendo el control de esa batalla.

Entonces Jordan le desató el lazo del escote del vestido y tiró de él hacia abajo con la intención de liberar uno de sus pechos. Oh, eso sí que consiguió despertar una reacción por parte de Emily, quien se sintió profundamente impresionada. Acurrucándose contra el pecho de él, apartó los brazos que aún lo rodeaban por el cuello para cubrirse el pecho por encima del corpiño de forma protectora.

Un millón de reproches se apelotonaron en sus labios mientras él la observaba con unos ojos implacables, varoniles, ardientes de deseo. Entonces Emily se contuvo. Lady Emma no reprocharía a un hombre por comportarse como un hombre.

Necesitó realizar un enorme esfuerzo para perfilar una sonrisa coqueta en los labios y apartar las manos del pecho.

—Dudo que su querida Emily bese así, lord Blackmore.

Frenéticamente rezó por que la tenue luz que iluminaba los senderos del jardín ocultara todos los efectos que esos actos íntimos le estaban provocando. Si Jordan pudiera oír su pulso latiendo tres veces más rápido que de costumbre o intuir sus desesperados intentos de aspirar aire para no ahogarse, él sabría sin ninguna duda que ella no era la típica chica dispuesta a dejarse manosear por un posible buen partido.

Gracias a Dios, Jordan no parecía darse cuenta de su estado. Mientras avanzaba un paso más hacia ella, su expresión se transformó de puro deseo a pura sorpresa.

Rápidamente, Emily abrió el abanico. Abanicándose con fuerza, se separó un poco de él.

—Ya es suficiente, milord. Creo que le he demostrado de sobra que no soy la hija de ese rector. —Cuando él simplemente continuó mirándola con la boca abierta, ella agregó, intentando bordar su papel de chiquilla mimada—: Y ahora, si me disculpa, será mejor que regrese a la sala de



baile antes de que mamá se dé cuenta de que he hecho otra travesura de nuevo.

—¿De nuevo? —farfulló Jordan.

—Pues claro. Supongo que no creerá que es usted el primer hombre al que beso. Mi mamá es inglesa, pero por mis venas fluye también sangre escocesa. Y en Escocia, las chicas gozan de mucha más libertad para... ejem... digamos que para divertirse.

La expresión en los ojos de Jordan no tenía precio. Lady Dundee tenía razón. Flirtear con un hombre —especialmente con uno que había estado a punto de echarla a patadas de su carruaje debido a las ganas que tenía de librarse de ella— resultaba enormemente gratificante.

Antes de darle la espalda por completo, lo miró por última vez por encima del hombro con el semblante divertido.

—Pero no se preocupe. Está usted a la altura del mejor hombre al que he besado, se lo aseguro. —Entonces se alejó de él, sonriéndose para sí con aire triunfal, aunque rezando por que él no la siguiera.

Pero Jordan era completamente incapaz de seguirla.

«¿Pero qué diantre...? ¿Quién diablos es esa mujer?»

Esa seductora que sabía fingir tan bien bajo el cuerpo de Emily se había comportado como una de las típicas chicas fáciles con ganas de cazar a un nuevo pretendiente, en vez de la muchacha inocente y virginal que lo había mantenido desvelado muchas noches durante meses. Se frotó los labios. Todavía podía notar el suave aroma de ella, dulce y penetrante a la vez, y el olor a lavanda que se desprendía de su pelo.

Lavanda... ¡Emily olía a lavanda!

Pero muchas jóvenes usaban agua de lavanda. Además, ¿cómo era posible que la cándida hija de un rector hubiera realizado una comedia tan magistral? ¡Si Emily se escandalizaba ante la idea de decir una mentira piadosa! Y desde luego, Emily no besaba así.

Por todos los demonios, Jordan estaba excitadísimo por culpa de ese beso. Sacó el pañuelo del bolsillo y se secó las gotas de sudor que le anegaban la frente. Si ella era Emily, ¿dónde había aprendido a flirtear y a besar y a excitar a un hombre de ese modo? La habría desflorado allí mismo, en los jardines de los Merrington.

¡Desflorarla! Jordan resopló. Como si esa mujer pudiera ser todavía virgen. Emily Fairchild era sin lugar a dudas virgen, pero tenía serias dudas acerca de lady Emma.

¿O es que acaso ella sólo había intentado confundirlo? Si no hubiera sido por ese beso, habría jurado que esa mujer era Emily. Tenía el mismo



olor y la misma apariencia que Emily. Y estaba relacionada con lord Nesfield.

A Jordan se le heló la sangre. ¡Claro, además había esa coincidencia! Murmurando maldiciones con los dientes apretados, se arregló la ropa para cubrir su prominente erección y se encaminó lentamente hacia la casa. Vislumbró una forma humana entre las sombras de un árbol cercano, pero supuso que se trataba de otra pareja que se estaba haciendo carantoñas arropada en la oscuridad del jardín, y continuó andando, sumido en sus pensamientos.

Si hubiera sido Emily, se habría negado a mentir con la testarudez de una mula. ¿Era posible que Nesfield hubiera obligado a la decentísima hija de un rector a fingir que era su sobrina? Ese tipo debía de tener unos motivos muy poderosos para darle a una persona de baja extracción social como Emily una nueva identidad y una fastuosa fiesta de puesta de largo.

Un pensamiento desagradable emergió en su mente, asqueándolo hasta un límite insospechado. ¿Y si Emily era la amante de Nesfield? Nesfield jamás se casaría con la hija de un rector, pero podría intentar buscarle un matrimonio de conveniencia para que de ese modo él pudiera... como pago por los servicios prestados.

Jordan sacudió la cabeza. Eso era absurdo. Nesfield no podía haberse encandilado tanto de Emily hasta el punto de convertirla en su amante para deshacerse de ella en un par de meses. Y tampoco podía creer que el conde de Dundee y su esposa se avinieran a cooperar en un plan tan retorcido.

Sin embargo, Emily no podría haber hecho eso sin la cooperación de los Dundee. Ni de Nesfield.

El pensamiento de Nesfield y de Emily urdiendo juntos un plan era suficiente como para despertar un mar de sospechas.

¿Cómo podría Emily, la muchacha que le había citado las Sagradas Escrituras y que se había negado a mentir, ser capaz de intervenir en una farsa tan maquiavélica?

¿Pero cómo era posible que dos mujeres se asemejaran tanto? ¿Y cómo podía él sentirse atraído por ambas?

«¡Que el diablo se la lleve, quienquiera que sea!», pensó con amargura mientras subía la escalinata hasta el balcón, luego entró en la sala de baile. Ella lo había sorprendido con su soberbia actuación en el jardín, y luego lo había plantado, dejándolo con unas tremendas ganas de devorarla.

El bullicio en la sala lo pilló por sorpresa. Se detuvo un instante y empezó a buscar a la pequeña descarada entre las parejas en movimiento.



Indudablemente lo había contagiado con algún tipo de enfermedad que hacía que adoleciera por estar con ella; sí, ésa era la única explicación posible a su comportamiento ilógico. Si Jordan tuviera un poco de sentido común, se marcharía de la mansión en ese mismo instante y la apartaría de sus pensamientos.

Pero en lugar de eso, permaneció de pie en el extremo de la sala, repasando a todos los invitados en busca de un pelo engalanado con perlas y un imponente traje blanco, el vestido al que él se había aferrado sólo unos minutos antes en su afán de probar la piel desnuda de esa musa.

—Parece como si te acabaran de propinar un buen golpe en la cabeza con una maza o con otro objeto contundente —comentó una voz familiar a su lado.

Jordan esbozó una mueca de fastidio mientras contemplaba a Ian, que sonreía socarronamente.

—No me han atizado con una maza. Y lamentablemente, el golpe me lo han dado un poco más abajo.

Volviendo a centrar su atención en la sala de baile, Jordan finalmente avistó a lady Emma. Estaba bailando con el joven Radcliffe, tan fresca como una rosa, sin ninguna muestra de arrepentimiento por la escena que acababa de provocar en el jardín. El cachorro la estrechaba entre sus brazos con suficiente ímpetu como para clavarle su cuerpo traidor en la falda. ¡Por el amor de Dios! ¿Dónde estaba la dama de compañía de esa descarada? ¡Alguien tenía que poner freno a su comportamiento ultrajante!

Ian siguió la dirección de la mirada de su amigo.

—No es propio de ti, mostrar ese interés por una joven inocente.

—Esa chica no tiene ni un pelo de inocente, te lo aseguro —espetó él.

—¿Así que ya no crees que sea la hija del rector por la que la confundiste al principio?

—¡Ya no sé qué creer! —Una rabia incontenible abordó a Jordan cuando Radcliffe bajó la cabeza para susurrarle algo al oído y ella se echó a reír.

—Vamos, hombre, me han presentado a su madre, la matrona más formidable que jamás haya visto. ¿Por qué una mujer de la posición social de lady Dundee permitiría que una impostora le usurpara el puesto a su hija, arriesgando la reputación de su esposo y el futuro de sus otras hijas?

Ésa era la cuestión: ¿Por qué?

—No lo sé. Quizá la condesa se ha hartado de Escocia y éste es el juego que ha preparado para librarse del aburrimiento. —Jordan achicó los ojos



—. Y ahora que lo pienso, si lady Emma es escocesa, tendría que tener acento escocés...

—No lo creo, no con una madre inglesa como lady Dundee. La condesa probablemente habrá hecho un enorme esfuerzo durante todos estos años para evitar que sus hijas hablen con acento escocés.

—No puedes eliminar un acento tan fácilmente. Debería quedar como mínimo un deje.

Ian suspiró.

—Aunque lady Dundee fuera tan insensata como para permitir que una impostora pretendiera ser su hija, Nesfield también asegura que esa jovencita es su sobrina.

—Entonces, ¿por qué se asemejan tanto su sobrina y la hija de su rector? —Salvo por su experiencia con los hombres—. ¡Qué extraña coincidencia! ¿No te parece?

—Quizá sí. Pero de todas formas, ¿cómo conociste a la hija de un rector?

—Estaba en el baile de disfraces que organizaron los Dryden en Derbyshire hace dos meses.

—¿Iba disfrazada ella esa noche, con una máscara o algo similar?

Jordan se sintió acorralado.

—Sí —se apresuró a responder—, pero luego la vi sin el antifaz.

—¿Durante cuánto tiempo?

Lanzándole una mirada asesina a su amigo, Jordan volvió a emplazar toda su atención en la pareja que bailaba. Sólo podía imaginar lo que Ian pensaría si admitía que había visto la cara de la muchacha bajo la tenue luz de la luna durante unos escasos minutos.

—A juzgar por tu silencio, supongo que sólo la viste un momento.

—Pero fue suficiente.

Ahora la irreflexiva muchacha estaba bailando con Pollock.

En un repentino ataque de celos inexplicable, recordó las palabras de ese mamarracho sobre su afán por cazar a una rica heredera.

«¡Pues no lo permitiré, Pollock!», se dijo Jordan. Pollock no era para ella. Ninguno de los imberbes presentes esa noche en la fiesta eran para ella. El único que realmente podía flirtear con ella era él, aunque tampoco pensaba dejarse engatusar por un flirteo fugaz y sospechosamente engañoso.

Lamentablemente, su cuerpo tenía otras ideas. Todo lo que le pedía en esos momentos era que la arrastrara de nuevo al jardín y que le hiciera el amor con una furia salvaje.



—Por Dios —dijo Ian con sequedad—, esa hija del rector debió de dejarte una fuerte impresión para recordarla tan vivamente después de un breve encuentro.

Jordan asimiló el comentario especulativo de su amigo con un silencio lúgubre. ¿Cómo podía explicar la forma en que Emily lo había marcado esa noche? Ni tan sólo él mismo lo comprendía.

—Me impresionó lo suficiente como para estar casi completamente seguro de que esa mujer no es lady Emma, sino Emily Fairchild, cómplice de algún plan maquiavélico urdido por Nesfield.

—Mira, ese tipo engreído carece del sentido del humor necesario para tramar una broma de tal magnitud; se cree la figura más relevante y sublime de toda Inglaterra. ¿Por qué se atrevería a cometer semejante estupidez como para poner en tela de juicio su reputación?

—No lo sé. Pero reconozco a la mujer que conocí, y juraría que es ella.

—Por tu bien, espero que te equivoques.

—¿Por qué? —Un horrible presagio lo abordó súbitamente, Ian estaba ahora contemplando a lady Emma, y ante la insistencia de su escrutinio, otro ridículo ataque de celos lo abordó hasta casi asfixiarlo—. No pensarás cortejarla a ella en lugar de a lady Sophie.

Ian lo miró con petulancia.

—Quizá sí. Estoy más que harto de buscar esposa.

Con un fervor que incluso lo sorprendió a sí mismo, Jordan deseó enzarzarse en una pelea con su amigo.

—No obstante, a juzgar por tu expresión asesina, creo que será mejor que no lo intente. No soy de esa clase de hombres que lucharía a muerte por una mujer —concluyó Ian con un tono jovial.

¡Que el diablo se llevara a Ian! ¡Se estaba mofando de él!

—Mira, no me importa si quieres cortejar a esa niñata mimada o no —gruñó Jordan, intentando inútilmente recuperar el control perdido—. Pero no esperes que yo recoja los desechos cuando te demuestre que no me equivoco.

Ian soltó una estentórea carcajada.

—Pues ahora que lo dices, tampoco creo que lady Emma encaje en mis planes. Después de dos bailes con ella, no me cabe la menor duda. Lady Sophie encaja mejor. Lo que yo busco es una esposa fácil de manejar, y no una escocesa descarada con ganas de flirtear. No me apetece pasarme la vida peleándome con sus posibles amantes.

A Jordan no le importaría pelearse con todos sus pretendientes. Después del beso en el jardín, estaba seguro de que lady Emma conseguiría que



incluso el monje más beato abandonara sus votos de celibato. Y Jordan no era precisamente ningún monje.

Pero aunque ella fuera realmente Emily, era mejor no contenerse para no seducirla, ya que si lo conseguía eso significaría que esa fémica era una descocada y no la muchacha inocente por la que la había tomado. Por alguna razón, esa posibilidad lo enfureció. Le gustaba Emily Fairchild tal como era.

—Mírala —bramó Jordan. Acababa de cambiar de pareja; ahora bailaba con el idiota de Wilkins—. Es una actriz incomparable. Pero mi intención es desenmascararla, exponer su juegucito, se trate de lo que se trate.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver eso contigo?

Ian no lo comprendería. Era como descubrir que el unicornio al que uno había idolatrado por sus poderes mágicos era realmente un caballo con un cuerno pegado en la frente. Por eso le entraban ganas de arrancarle el cuerno falso y propinarle una patada a ese caballo de pacotilla.

—Si ella es una impostora, la gente debería saberlo —gruñó Jordan.

—¡Qué tonterías dices! Tú no estás haciendo esto por el bien de la sociedad. Tú quieres a esa chica, y la quieres como jamás has deseado a nadie. Te has encandilado precisamente de la clase de mujer que siempre has evitado. —La sonrisa canalla de Ian se agrandó—. ¡Qué venganza más dulce por parte de todas esas mujeres que han bebido los vientos por ti y a las que has rechazado con tanta frialdad!

—No seas ridículo. No me he encandilado; jamás me he vuelto loco por ninguna mujer.

—Entonces la experiencia te resultará nueva. Cuidado, amigo, dicen que no es fácil darle la espalda al amor. Te aconsejo que protejas tu corazón con capa y espada, si aún estás a tiempo.

—No habrá ninguna necesidad —replicó Jordan—. Tal y como a Pollock le encanta repetir, tengo el corazón de granito. Nadie, y mucho menos una niñata engreída, mimada y descarada, conseguirá cambiar esa certeza.



Capítulo 6

Estas patochadas son muy propias de los hombres.
Pues todos creen que son el ombligo del mundo.

FLORIO,
HANNAH MORE

Escritora y filántropa inglesa

Una hora más tarde, Emily todavía no podía decidir qué era lo que más la incomodaba: si el hecho de haber engañado a Jordan dándole precisamente lo que quería —un interludio lujurioso con una mujer con experiencia— o el hecho de que le hubiera resultado tan fácil hacerse pasar por una descocada.

¿Qué clase de persona taimada podría hacer algo así, mentirle a un hombre y tomarle el pelo de una forma tan... tan escandalosa?

—Está muy silenciosa, lady Emma —dijo una voz a su lado—. ¿Acaso se aburre? Ella miró a Pollock y, tal y como había estado haciendo toda la noche, dijo lo que pensaba que diría lady Emma.

—¡Por supuesto que me aburro! Esta ciudad es demasiado tranquila. En Escocia, las fiestas duran hasta el amanecer, y sin embargo este baile parece que ya llega a su fin. Me siento terriblemente defraudada.

Los dos gallitos que flanqueaban al señor Pollock se rieron a mandíbula batiente. Él la miró con aire burlón; sus ojos brillaban más de la cuenta a causa de la gran cantidad de ponche que había ingerido.

—Sí, y los muchachos escoceses son unos bárbaros, ¿no? Paseándose por ahí sin nada debajo del kilt. Supongo que cuando bailan resultan... ciertamente atractivos para una joven dama, ¿no?

El comentario era decididamente de mal gusto para una muchacha tan joven como ella, y Pollock probablemente era consciente de ello. En lugar de amonestarlo con la debida reprimenda, Emily se contuvo y se limitó a propinarle unos golpecitos con el abanico cerrado.

—Ya veo que entiende lo que digo. Ustedes los ingleses deberían llevar un kilt de vez en cuando. Ciertamente alegraría estas veladas tan tediosas.



Los tres hombres rieron estrepitosamente, y el señor Pollock el que más. A continuación, se inclinó hacia ella y bajó la voz.

—Diga el lugar y la hora, lady Emma, y estaré encantado de lucir un kilt para usted.

Ella ignoró la desagradable implicación que se ocultaba decididamente detrás del comentario.

—Jamás soñaría con verlo ataviado con un kilt, cuando luce una vestimenta tan espléndida.

Su halago pareció complacerlo enormemente, lo cual no sorprendió a Emily en absoluto. El señor Pollock, aunque rubio y apuesto y con cara de niño travieso, era lo que lady Dundee seguramente definiría como un dandi. Su pelo estaba planchado con tanto esmero que ni un solo mechón se atrevía a moverse de su sitio, y a juzgar por el modo tan poco natural en que se movía, Emily supuso que la camisa que llevaba puesta estaba demasiado almidonada. Pensó en la posibilidad de sugerirle un ungüento revitalizador, aunque dudaba que ese sujeto supiera apreciarlo. Además, lady Emma seguramente no sabría nada sobre tales cuestiones, ¿no?

—Me pregunto qué opinará su madre sobre el interés que profesa por las faldas escocesas —murmuró el señor Pollock.

—Oh, mi madre no me entiende en absoluto —terció ella con un tono conspirador—. Estos días se deja guiar por mi tío Randolph, que no es más que un viejo cascarrabias amargado.

Su padre sufriría un ataque de nervios si la oyera utilizar esa clase de jerga, pero en secreto Emily se estaba divirtiendo como una enana escandalizando a ese hatajo de nobles pomposos, especialmente porque sabía que jamás tendría que asumir las consecuencias de su comportamiento ultrajante.

Oh, realmente se estaba convirtiendo en una criatura perversa.

Sin embargo, a Pollock parecía gustarle. El joven arqueó una ceja finamente depilada.

—Después de los breves intercambios de parecer que he mantenido con su tío, no puedo más que darle la razón.

A Emily se le aceleró el pulso. ¿Podría ser él, el taimado amante de Sophie?

—¿De veras? ¿Acaso le ha insultado alguna vez?

—Me prohibió acercarme a su prima.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo reaccionó usted? —inquirió ella, conteniendo la respiración a la espera de su respuesta.

Justo entonces, los dos amigos, hartos de ser ignorados, intervinieron para hacerse visibles.



—Pollock, Blackmore está de nuevo lanzándote miradas asesinas. —Rió maliciosamente uno de ellos—. Esta vez me parece que está enojadísimo.

«Malditos aguafiestas», pensó ella mientras Pollock desviaba la atención hacia sus amigos al tiempo que parecía olvidar la pregunta.

—No le hagáis caso —les dijo Pollock con una visible tensión.

—¿Que no le hagamos caso? ¡Yo no puedo ignorar a ese tipo! He invertido bastante dinero en su última causa, y necesito recuperar ese dinero. Creo que él... —El muchacho se mostró dubitativo, y miró a Emily como si pretendiera pedirle perdón—. Creo que le gusta lady Emma, y a mí no se me ocurriría entrometerme en su camino. —Agarró a su amigo por el codo—. Vamos, Farley, tengo la garganta seca; vayamos a por un poco más de ponche.

Mientras los dos gallitos se perdían de vista, Emily apretó los dientes con rabia. ¿Cómo se atrevía Jordan a atemorizar a los hombres que se le acercaban? ¿Cómo iba a descubrir quién pretendía fugarse con Sophie si los ahuyentaba a todos?

Desvió la mirada hacia el otro extremo de la sala, donde Jordan se hallaba de pie, al lado de un enorme jarrón Ming, bebiendo champán y mirando mal a los dos jóvenes que acababan de marcharse de su lado. ¡Qué ganas tenía de romperle ese fabuloso jarrón en la cabeza! Ese bribón no había bailado con nadie más durante el resto de la velada, y su actitud había despertado aun más comentarios especulativos por parte de muchos invitados acerca del interés que mostraba por ella.

Probablemente lo había hecho adrede, maldito sea.

De repente, él la sorprendió mirándolo, y su mirada asesina se desvaneció. Con una lentitud deliberada, Jordan bajó la vista hasta emplazarla en su escote, y prosiguió repasándola hasta las piernas, como si pudiera ver cada centímetro de piel que su traje ocultaba. Emily tuvo la sensación de que en lugar de mirarla la estaba acariciando con las manos, puesto que su cuerpo se puso tenso y acalorado a causa de un terrible sofoco.

Cuando él acabó de repasarla y volvió a fijar la vista en su cara, sus ojos eran provocativos. Entonces sonrió insolentemente, con irreverencia y, para añadir el último toque insultante a la injuria, alzó la copa en un saludo burlón.

Emily apartó la vista rápidamente y la volvió a fijar en Pollock, mientras se sentía presa de una horrorosa vergüenza.

¡Menudo truhán! Cuando Emily Fairchild había deseado captar su atención, él la había rechazado como si fuera la peste, pero ahora que se había comportado con un poco de impudicia, fingiendo ser lady Emma y besándolo un par de veces, ¡él estaba ahora dispuesto a mostrarle sus



mejores tácticas de seducción! No le extrañaba que lord Nesfield lo tildara de traidor. ¡Era un sinvergüenza! Se merecía que lo embaucaran.

¡Oh! ¡Cómo disfrutaría engañándolo!

—¿Por qué no huye usted despavorido, también? ¿No teme a lord Blackmore? —pinchó a Pollock.

—No. En el fondo somos amigos. —Se inclinó más hacia ella, y sus pálidas mejillas adoptaron un tono encarnado—. Si tiene una pizca de sentido común, lady Emma, le aconsejo que se aleje de él. No tiene ningún interés en una mujer más allá de lo que es obvio. No crea que podrá cazarlo para que se case con usted, porque no lo conseguirá. Precisamente esta noche, cuando veníamos hacia aquí, se jactó de tener un corazón de granito. Por más que usted sea una criatura adorable, dudo que consiga ablandar a ese desalmado. Tenga cuidado y no pierda la cabeza por él.

—No se preocupe. Lo considero terriblemente maleducado, arrogante y pesado. No me interesa. —Qué pena que besara como el mismísimo diablo y que cada vez que la miraba ella sintiera un delicioso escalofrío en la columna vertebral.

—Pues me alegro; pensé que quizá... se sentía adulada por sus muestras de atención.

—De ningún modo. Y si no le importa, prefiero no hablar más sobre lord Blackmore. Ese tipo me provoca una horrorosa indigestión.

El señor Pollock se echó a reír. Entonces empezó a describir su última visita a su sastre, y el comentario consiguió arrancarle una sonrisita a Emily. ¡Cielos, ese muchacho ciertamente ponía mucho empeño en elegir la ropa adecuada! Jamás había conocido a un hombre que pudiera explayarse sobre la confección de un chaleco durante al menos una hora. ¡Qué frívolos que podían llegar a ser! Emily Fairchild no habría dudado en decirle que estaba malgastando su vida con fruslerías.

Lamentablemente, lady Emma tenía que fingir que encontraba la historia enormemente entretenida.

Unos minutos más tarde, mientras Pollock estaba pletórico narrando cómo le había dado una clase magistral a su sastre sobre el arte de confeccionar chalecos, Emily vio a lord Saint Clair que se les aproximaba por detrás. No podía dejar escapar la oportunidad de hablar con el vizconde en privado y determinar si era él el amante de Sophie.

Esperó hasta que Pollock realizó una pausa, y entonces añadió con una voz melosa:

—Siento interrumpirlo, pero ¿verdad que no le importaría ir a buscarme una copa de ponche, por favor? Es que tengo la garganta seca.



—Será un placer. —Él se inclinó con galantería y atravesó la sala con paso presto.

«Perfecto. Esta es la mía», pensó Emily al tiempo que se daba la vuelta y topaba con lord Saint Clair.

El vizconde no era apuesto en el sentido clásico de la palabra: sus cejas negras estaban demasiado pobladas, su complexión era excesivamente robusta y su tez demasiado morena, pero destacaba por encima del resto de los congregados impecablemente vestidos, y no sólo a causa de su gran estatura. Sus ojos, negros como el pecado y terriblemente confiados, conseguían estremecer a cualquier jovencita. Le resultaba difícil imaginar a la pequeña y tímida Sophie con él. Pero claro, también le costaba imaginársela fugándose con cualquier otro muchacho, así que supuso que lord Saint Clair tenía tantos números de ser el temido amante de su amiga como cualquier otro hombre.

La sonrisa que él le dedicó era genuina, aunque posiblemente un poco formal.

—Parece que se ha ganado bastantes admiradores esta noche, lady Emma. Cada vez que me doy la vuelta, la veo rodeada de hombres.

Ella no estaba segura de si podía denominarlos hombres.

Esos tipos se asemejaban más a unos arrapiezos, con sus aspavientos y sus argumentos ridículos sobre qué caballo sería el ganador en las carreras de Roten Row. Era un alivio poder hablar con un hombre que rezumaba inteligencia.

—Oh, estoy segura de que en el próximo baile ya no seré novedad, y no despertaré tanta curiosidad —se apresuró a replicar—. Por lo que he oído, lo que hoy está de moda mañana ya no lo está, depende de cómo sople el viento.

—A veces no es tan evidente. —Un criado pasó delante de ellos con una bandeja con copas llenas de champán, Ian tomó una y se la tendió con gentileza—. He oído que decía que tenía sed.

—Sí.

Emily buscó frenéticamente el modo de sacar a colación el tema de Sophie, pero él la sorprendió abordando una cuestión completamente distinta.

—He venido para pedirle disculpas por el comportamiento de mi amigo. A veces Jordan puede ser... un poco brusco, cuando se trata de mujeres.

El comentario logró que Emily mirara de refilón hacia el conde, quien ahora los miraba a ella y a Ian con cara de haberse tragado un sapo. Deliberadamente le dio la espalda.



—¿Brusco? Por lo que he oído, no le interesan las mujeres salvo por lo que puedan ofrecerle en la cama.

Ian pareció sorprendido ante la escandalosa afirmación.

—Ya veo que ha estado escuchando a Pollock. No dé mucha credibilidad a lo que cuenta; está celoso de Blackmore.

—¿Así que lord Blackmore no se jacta de tener un corazón de granito?

—No tengo ni idea, aunque no me parece un comentario propio de él. No obstante, da igual lo que diga Jordan; su corazón es tan vulnerable como el de cualquier otro mortal. Simplemente ha decidido erigir una coraza para protegerse.

«Qué pena», pensó Emily.

—Habla como si lo conociera muy bien.

—Somos amigos desde la infancia, incluso hemos estudiado juntos en Eton. Son pocas las cosas que no sabemos el uno del otro.

Emily contuvo las ganas de abordarlo con preguntas sobre la vida de Jordan. En lugar de eso, tendría que estar interrogándolo acerca de Sophie. Fingiendo una absoluta falta de interés, remarcó:

—Pues yo creo que es un tipo indolente y aburrido.

Los ojos de Ian brillaron divertidos.

—¿Por qué? ¿Sólo porque la ha confundido con la hija de un rector? No se preocupe por eso. Ya me he encargado de amonestarlo. No volverá a importunarla más con esa tontería.

—¿Me está diciendo que sigue diciendo que soy... esa chica... llamada Emily?

¿Fue la fugaz muestra de indecisión de lord Saint Clair fruto de su imaginación?

—No, claro que no. El vals que ha bailado con él ha conseguido que Jordan abandone esa absurda idea.

Gracias a Dios, el beso había funcionado. Esa farsa ya era de por sí suficientemente difícil, especialmente si Jordan era el mejor amigo de lord Saint Clair.

—De hecho —continuó el vizconde—, creo que muestra el mismo interés por usted que el que demostró por la hija del rector.

El pulso de Emily empezó a latir desbocadamente.

«Debo mantener la calma. Jordan no se siente atraído por mí, sino por esa criatura descocada, por lady Emma. Y él es un fruto prohibido para ambas, ahora más que nunca», se dijo en un intento de sosegar su corazón exaltado.



—Pues a mí no me parece nada interesante, se lo aseguro.—Hundió la mano en el codo que Saint Clair le ofrecía—. Prefiero su compañía a la de él. Al menos usted no se ha pasado toda la noche mirándome con cara de pocos amigos.

—Me siento adulado, lady Emma, pero... —Hizo una pausa.

—¿Pero qué?

—Mi interés se decanta por su prima.

¡Aja! Su flirteo había dado finalmente el fruto deseado. Qué extraño que él le hubiera anunciado su interés por Sophie de un modo tan frío, pero lord Saint Clair tampoco parecía la clase de sentimental recalcitrante con ganas de gritar sus sentimientos románticos a los cuatro vientos.

—¿Y ella, le corresponde? —Emily contuvo la respiración.

Con un poco de suerte, la farsa concluiría esa misma noche si él cooperaba. ¡Cuántas ganas tenía de librarse de ese enorme peso!

—¿Quiere decir que ella no le ha contado nada sobre mí?—preguntó él.

Oh, cielos. Emily pensó frenéticamente en el modo de reorganizar su táctica de ataque.

—Ha de comprender, lord Saint Clair, que hemos tenido muy pocas oportunidades de hablar desde que llegué. Por culpa de la enfermedad que la tiene postrada en la cama, se pasa prácticamente todo el tiempo durmiendo y sólo se levanta para tomar las medicinas.

La preocupación en la cara del vizconde parecía apropiada, aunque no excesiva.

—¿De verdad está tan enferma?

—No —se apresuró a asegurarle—, lo que quería decir es que aunque parece grave, tengo la certeza de que si hace reposo absoluto durante unos cuantos días más se recuperará.

Para una mujer a la que le habían enseñado que mentir era un pecado horroroso, ciertamente había aprendido el arte de hacerlo con suma celeridad. Obviamente, aunque fuera incorrecto, actuar de forma perversa resultaba increíblemente fácil.

Afortunadamente, pudo ahorrarse el engorro de tener que continuar mintiendo cuando lady Dundee emergió entre la multitud y se presentó delante de ellos, como una colosal mamá elefante que se propusiera salvar a su cría de las garras de una fiera salvaje.

—¿Dónde estabas? ¡Mira que eres indisciplinada! ¡Te dije que no te alejaras demasiado de mi lado!

Emily necesitó unos segundos para recordar su papel de hija rebelde, pero su respuesta fue rápida:



—Me niego a seguirte como una niña pánfila, mamá. Mi intención es pasármelo bien, y no me importa lo que opines ni tú ni tío Randolph.

Lady Dundee abrió el abanico y se dio aire furiosamente.

—La simple idea de que una jovencita piense en divertirse antes que en acatar los deseos de su madre es... es... ¿Pero adonde iremos a parar? — La condesa se inclinó hacia lord Saint Clair y le dijo con un tono conspirador—: Por favor, no pierda de vista a mi hija. Se ha mostrado tan solícito con Sophie que supongo que puedo confiar en que será una buena influencia para esta criatura indomable.

—Haré lo que pueda para aplacar sus impulsos achacables a su juventud —repuso lord Saint Clair, lanzándole a Emily una mirada de consideración por encima de la cabeza de la condesa.

Emily se esforzó por ocultar su sonrisa. Obviamente, la condesa también creía que lord Saint Clair era uno de los principales sospechosos.

El señor Pollock emergió súbitamente de entre la multitud y se unió al trío. Llevaba una copa de ponche en la mano.

Miró a Saint Clair con aspecto desabrido y luego se fijó en la copa llena de champán que Emily sostenía en una mano, pero sin dejarse amilanar por la obviedad, le ofreció la copa de ponche.

—Era la última copa que quedaba, lady Emma. Creo que tenía usted razón en cuanto a que esta fiesta está tocando a su fin.

Lady Dundee clavó su mirada penetrante en el señor Pollock.

—Pues claro que está tocando a su fin. Tengo entendido que las fiestas de los Merrington nunca terminan demasiado tarde. Nuestras hijas jovencitas necesitan descansar.

La condesa lanzó una significativa mirada a Emily, para darle a entender que el señor Pollock era otro de los sospechosos. Acto seguido, lady Dundee sonrió a los dos individuos.

—Así que me temo que ha llegado la hora de que nosotras nos retiremos. Nos han invitado a un almuerzo mañana.

—¿Ah, sí? ¿Dónde? —preguntó lord Saint Clair.

Lady Dundee se abanicó con más brío.

—En casa de lady Astramont. ¿Asistirá usted también?

—Si me permite un comentario —intervino el señor Pollock—, lady Astramont es una dama sumamente deprimente. Sólo la gente más tediosa acepta sus invitaciones. Me temo que se aburrirán como ostras.

—Probablemente —dijo lady Dundee moviendo los dedos ensortijados impacientemente—. Pero es una vieja amiga. Celebramos nuestra puesta de largo juntas. No puedo defraudarla con un desplante similar,



rechazando su invitación en una de las pocas ocasiones que vengo de visita a Londres.

—Es una actitud muy generosa por su parte —admitió lord Saint Clair con un tono gentil—. Y deseo que nuestra querida lady Sophie ya no se sienta indispuesta y pueda asistir también.

—Me temo que eso no será posible. Pero estará bien en casa, mientras Randolph y yo llevamos a Emily a ese almuerzo. —Se aferró al brazo de Emily—. Vamos, hija, necesitas descansar. No queremos que tú también caigas enferma.

Lanzando a lord Saint Clair y al señor Pollock una mirada de impotencia, Emily les entregó a cada uno una copa y se alejó con su madre. Tan pronto como estuvieron seguras de que los dos individuos no podían oírlas, susurró:

—¿Cree que lord Saint Clair es el amante de Sophie?

—Es posible, pero pronto lo descubriremos. Ahora que sabe que Sophie estará en casa sola mañana, es probable que intente verse con ella en privado. Eso sería una clara señal de su culpabilidad.

—¿Y cómo piensa evitar que el vizconde descubra que Sophie no está allí?

—No te preocupes por eso, querida. Los criados saben lo que han de decir. Además, Randolph se ocultará cerca de la casa. Sorprenderá a lord Saint Clair si éste intenta alguna jugarreta. —La condesa miró hacia atrás donde los dos hombres todavía se hallaban de pie—. ¿Y qué opinas del señor Pollock? ¿Sospechas de él, también?

—No estoy segura. Ha dicho algo que me ha parecido extraño, algo sobre el tío Ran... quiero... quiero decir, sobre lord Nesfield; ha dicho que en una ocasión le prohibió acercarse a Sophie.

Lady Dundee soltó una risita.

—Ya veo que te has metido completamente en tu papel.

Emily se sonrojó.

—Supongo que sí, pero a veces la odio.

—¿A quién?

—A lady Emma. —Las dos penetraron en el amplio vestíbulo, y Emily echó un vistazo a su alrededor para constatar que nadie la estuviera escuchando, pero el lugar estaba desierto—. La odio por ser rica y por flirtear y por conseguir que todos los hombres se vuelvan locos por ella. —Recordó el cambio en el comportamiento de Jordan hacia ella esa noche, y añadió fervientemente—: No actuarían de ese modo con Emily Fairchild. Ni tan sólo la mirarían.



—No seas tonta; esos muchachos están pululando alrededor de Emily Fairchild. Aunque todo esto no sea más que una farsa, tú representas a dos mujeres. Mira, no lograrías ser lady Emma de un modo tan convincente si su personalidad no fuera latente en ti. —Eché hacia atrás uno de los ricitos de Emily en otro de esos gestos maternos a los que Emily empezaba a acostumbrarse—. Y ahora dime con toda franqueza, ¿de verdad has odiado tanto hacerte pasar por lady Emma esta noche?

Ella hundió la cabeza entre los hombros, demasiado avergonzada para contestar.

—No, pero eso es precisamente lo más horroroso; debería aborrecer ese comportamiento engañoso.

—¿Deberías? ¿De verdad lo crees? Así es cómo se expresa la gente que no tiene criterio propio. Gracias a Dios, tú no estás dentro de ese grupo detestable. —La condesa sonrió y agregó—: No tienes que avergonzarte por disfrutar, ¿lo sabías? La vida está hecha para disfrutarla.

«La vida está hecha para disfrutarla», repitió Emily para sí misma mientras lady Dundee se alejaba para solicitar sus capas y ordenar que prepararan su carruaje. Nadie le había dicho antes nada parecido. Sus padres siempre le habían inculcado la idea de cumplir con el deber y ser útil a la humanidad sin rechistar. Incluso le habían hablado de la importancia de hallar el amor. Pero nadie le había mencionado jamás el hecho de divertirse.

Qué concepto tan innovador.

—¿Se marcha ya, lady Emma? —preguntó una voz melosa a su espalda.

Ella se quedó paralizada. ¿Por qué Jordan se empeñaba en avasallarla de ese modo? ¿O acaso era la forma en que Dios había decidido castigarla por avenirse a intervenir en esa farsa?

Emily estampó una sonrisa forzada en los labios y se dio la vuelta para mirarlo.

—Sí, me temo que la velada se está volviendo demasiado tediosa para mi gusto.

—¡Y yo que esperaba poder gozar de la oportunidad de volver a bailar con usted! —Jordan bajó la voz—. O quizá volver a pasear contigo por el jardín.

Él la escudriñó con una mirada intensa, temerosa, tentadora. Emily notó cómo de nuevo se le desbocaba el pulso. ¡Maldito sea! ¡Ese bribón no debería ejercer un influjo tan poderoso sobre ella!

—Seguramente tendrá cosas más interesantes que hacer que bailar conmigo, como por ejemplo seducir a mujeres de fácil virtud, ignorar a las muchachitas jóvenes, ladrar a las matronas...



Jordan enarcó una ceja.

—Ya veo que alguien va por ahí difundiendo falsos rumores sobre mi persona. Me pregunto quién será. ¿Pollock? ¿O esos imberbes que han estado pululando a tu alrededor durante toda la noche, comportándose como unos patéticos payasos?

—No sé por qué, pero me da la impresión de que está celoso —sentenció ella con una voz edulcorada.

Jordan la traspasó con la mirada mientras su cara se ensombrecía.

—No, no estoy celoso, sólo intrigado. ¿Te has escudado detrás de esos botarates porque no te atreves a enfrentarte a una compañía más sugerente?

—¿Cómo usted, quiere decir? —Emily respiró hondo intentando aplacar las mariposas que revoloteaban alteradas en su vientre a causa de la forma tan insidiosa en que él la estaba mirando—. Mire, no tengo ningún problema en enfrentarme a individuos de su calaña; creía que ya se lo había dejado claro en el jardín.

Emily se arrepintió de sus palabras tras pronunciarlas, ya que la cara de Jordan adoptó un rictus capcioso, con las comisuras de los labios curvadas hacia arriba, esbozando una sonrisa maliciosa, y una mirada que habría tentado incluso a una verdadera santa.

Sus ojos desprendían unos atronadores susurros de seducción, de una forma tan clara que Emily juraría que todo el mundo en la casa debía de haberlos oído. Cuando él se acercó lo suficiente como para que pudiera oler su aroma viril, tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no echarse a correr hacia la calle, temerosa por lo que pudiera suceder a continuación.

Jordan habló con una voz ronca y gutural:

—Lo único que me has dejado claro en el jardín es que tú y yo deberíamos bailar el vals con tu versión particular más a menudo.

Emily notó una desagradable sequedad en la boca. Su versión particular del vals conduciría inevitablemente a la versión particular de él, si cometía el error de volver a quedarse a solas con ese bribón. Y sospechaba que la versión de Blackmore sería mucho más infamante que la suya.

Gracias a Dios, lady Dundee regresó justo en ese preciso momento.

—No sé qué les pasa a estos criados de hoy día. No entiendo cómo no son capaces de... Oh, buenas noches. —Se detuvo al lado de Emily, y achicó los ojos para observar a Jordan con curiosidad—. Me parece que no nos han presentado, señor.

Emily realizó las presentaciones oportunas rápidamente, con ganas de alejarse de él lo antes posible.



—Ya veo que lady Emma es la viva imagen de usted, lady Dundee — Jordan tomó la mano regordeta de lady Dundee y estampó un beso galante sobre ella.

Por todos los santos. ¿Estaba tratando de averiguar de nuevo si Emily era una impostora? ¿O simplemente soltando el típico cumplido formal a lady Dundee?

Fuera cual fuese el caso, lady Dundee sonrió ante su caballerosidad.

—Pues claro que se parece a mí —contestó con voz coqueta, y a continuación recitó la mentira más increíble sobre toda la faz de la Tierra —: La forma de sus cejas, la nariz elegante... la ha heredado de mí, aunque también se parece a su padre. La boca de los Campbell, ya me entiende.

Emily apenas pudo esbozar una sonrisa cuando Jordan analizó sus rasgos con atención para confirmar las palabras de lady Dundee.

—Debo decirle, Blackmore, que en persona no hace justicia a las barbaridades que cuentan sobre usted —continuó la condesa—. Me habían dicho que jamás adula a ninguna jovencita ni a sus mamás. Incluso he oído que prefiere... ejem... sólo a mujeres con experiencia.

Jordan sacudió la cabeza fingiendo una mueca de ultraje.

—¡Vaya con todos esos rumores infundados! Alguien me dijo una vez algo verdaderamente acertado, que es injusto que la gente hable mal de alguien si esa persona no está presente para defenderse. —Le lanzó a Emily una sonrisita obsequiosa—. ¿No está usted de acuerdo, lady Emma?

¡Virgen santa! ¡Era ella quien le había dicho esas palabras cuando habían estado juntos en el carruaje!

—Además —prosiguió él con un tono resuelto—, ni se me ocurriría tratarla a usted ni a su adorable hija de un modo tan abominable, lady Dundee. Lady Emma es la mujer más genuina que jamás haya conocido.

«Tan genuina que es ficticia», clamaba su sonrisa burlona. Emily fingió no captar la indirecta.

Lady Dundee tampoco la captó.

—Sí, mi hija es muy genuina. Todos los hombres opinan lo mismo. Incluso antes de su puesta de largo, tuve que alejar a varios individuos de ella en Escocia porque no eran unos pretendientes nada convenientes.

Jordan recordó la referencia impertinente que ella le había comentado previamente acerca de sus pretendientes, y borró la sonrisa del rostro.

—¿De veras? No me sorprende en absoluto. Lady Emma tiene una habilidad innata para atraer a hombres inadecuados.

Lady Dundee dio unas pataditas con el pie en el suelo con impaciencia.



—Mi hermano diría que usted no es un hombre adecuado, lord Blackmore. Tengo entendido que no aprueba su forma de hacer política.

—Su hermano no aprueba nada de mí. Pero su hermano es un cretino.

El insulto flagrante pilló a Emily por sorpresa. Miró rápidamente a lady Dundee, quien la sorprendió echándose a reír.

—Tiene usted toda la razón del mundo. Siempre lo ha sido. Me alegro de que se haya dado cuenta.

Justo entonces, el lacayo anunció la llegada de su carruaje.

Lady Dundee se arropó con la capa.

—Qué pena que no nos podamos quedar más rato para escuchar sus interesantes opiniones, pero me temo que tenemos que irnos. Vamos, Emma.

La condesa enfiló hacia la puerta, pero antes de que Emily pudiera seguirla, Jordan la cogió por el brazo. Inclinando la cabeza hacia ella, susurró:

—Continuaremos con nuestra conversación cuando tu dama protectora no esté cerca.

La había llamada dama protectora, y no madre. Emily lo miró con altivez, pero al instante se arrepintió de su osadía.

Mirarlo directamente a los ojos siempre resultaba un error. Un hombre tan apuesto debería estar encerrado en una mazmorra, bien lejos de las muchachas castas y puras.

Sin apartar la mirada de ella, Jordan le alzó la mano enguantada y se la llevó a los labios. Cuando estampó un beso en la parte más cercana a la muñeca, Emily sintió un desapacible cosquilleo en todo el cuerpo, como si un centenar de fuegos de artificio hubieran estallado a la vez.

—Tú y yo no hemos terminado —le susurró él con una voz implacable.

—¡Uy, fíjese cómo tiemblo, no sé si podré soportar la espera! —espetó ella con un tonillo sarcástico mientras apartaba la mano bruscamente, luego se giró airadamente para seguir a lady Dundee.

Jordan la contempló mientras se marchaba, obligándose a frenar cada músculo de su cuerpo que le pedía ir detrás de ella y zarandearla hasta que dejara de actuar de esa forma tan abominable. Tenía que ser Emily Fairchild. No importaba lo que todos dijeran, no podía ser esa criatura que se hacía llamar lady Emma.

Esa criatura irritante y perversa que clamaba ser lady Emma, como Emily Fairchild, ella lo había tentado con dulzura.

Como lady Emma, sin embargo... ¿Cómo sería esa fémina en la cama? Jordan imaginó trazando cada línea y cada curva de sus exuberantes



miembros con su boca, soltándole el cabello y embriagándose en esa nube de aroma a lavanda y enredando los dedos en esos lúbricos mechones, llenándose las palmas con sus adorables pechos maduros...

¡Por todos los demonios! ¡Ya volvía a estar excitadísimo!

Ninguna mujer le había hecho perder el control de esa forma, y eso que había hecho el amor con las cortesanas más duchas, las más famosas, las más bellas. Esas mujeres habían colmado sus necesidades, pero él jamás se había consumido pensando en ellas con tanta intensidad, nunca antes, nunca después. Salivaba con tan sólo pensar en gozar del cuerpo de Emily debajo del suyo, con las piernas abiertas invitándolo a penetrarla, deshaciéndose de placer ante las caricias que él le propinaba y gritando su nombre en el momento en que alcanzaba el orgasmo.

Jordan farfulló una maldición entre dientes; avanzó hasta el lacayo y le pidió que avisara a su cochero. ¡Que el demonio se llevara esa adorable carita al infierno! Lo único que quería averiguar era si todo era un montaje o no. ¿Era Emily o no?

¡Tenía que ser Emily! Ninguna otra mujer lo había seducido de esa forma. Era Emily y estaba mintiendo, y él hallaría el modo de desenmascararla.

Su carruaje llegó y él se encaramó de un salto con la mente en plena ebullición, maquinando mil y una estrategias mientras Watkins emprendía el corto trayecto hasta la casa que poseía en la ciudad. Tan pronto como llegó, le ordenó al lacayo que fuera en busca de Hargraves y que le dijera que se personara en el estudio inmediatamente. Cuando el mayordomo entró unos minutos más tarde, Jordan estaba arrodillado en el suelo, rebuscando entre un montón de papeles debajo de la mesa.

—¿Milord? —exclamó Hargraves, echando un vistazo alrededor de la mesa con la expresión alarmada—. ¿Acaso no encuentra alguna cosa?

—¿No recibí una invitación para el almuerzo de lady Astramont hace un par de semanas? —Jordan lanzó a un lado un sobre dorado y asió otro.

—Por supuesto. Está en la pila con el resto de las invitaciones rechazadas. Lady Astramont siempre lo invita. Y usted siempre rechaza su invitación. Este año no ha sido una excepción.

—Pues he cambiado de parecer. —Ante el silencio expectante de Hargraves, Jordan alzó la vista y descubrió a su mayordomo mirándolo con la mandíbula desencajada—. ¿Y bien? Seguramente a esa pesada no le importará si acepto su invitación en el último momento.

—¿Que no le importará? Después de que la dama reciba su nota de aceptación, probablemente se pasará las siguientes horas danzando de alegría por la suerte que tiene de que su señoría haya decidido finalmente honrar su casa con su presencia por primera vez en una década.



Jordan se puso a reír. Hargraves siempre conseguía levantarle el ánimo.

El mayordomo carraspeó antes de volver a hablar.

—Ejem... milord. ¿Puedo preguntarle cuál es el motivo por el que ha decidido asistir al almuerzo de la vizcondesa?

La invitación de lady Astramont apareció de repente delante de los ojos de Jordan, con esa caligrafía aborreciblemente impecable que le hizo recordar cómo lo irritaba esa dama.

Era diminuta y nerviosa como un colibrí, y tenía la habilidad de rodearse siempre de los invitados más aburridos que uno pudiera imaginar.

Pero él asistiría a ese almuerzo. Jordan se levantó y se sacudió el polvo de las manos, luego lanzó la invitación sobre la mesa.

—He conocido a alguien esta noche que piensa asistir a ese almuerzo. —Tenía que agradecerle a Ian esa valiosa información—. Aunque sospecho que a ella no le hará ninguna gracia verme en casa de lady Astramont. —Hasta que no descubriera la verdad acerca de Emily/lady Emma, pensaba perseguirla sin darle tregua, importunándola en cada oportunidad que le brindaran.

Jordan estudió la invitación y luego lanzó un bufido de fastidio.

—¿A las cuatro de la tarde? ¿A quién se le ocurre servir un ágape a esa hora tan ridícula?

—Si me permite mi opinión, milord, no es una hora inusual para esa clase de reuniones sociales.

—Estoy seguro de que tienes razón. Pero a esa hora en que las damas inician el almuerzo, yo estaré muerto de hambre. Pero bueno, no se hable más. De acuerdo, a las cuatro de la tarde. Envía un mensaje a lady Astramont a primera hora de la mañana.

Ahora que el tema estaba resuelto, se inclinó sobre la mesa y escrutó a su criado. Los deberes de Hargraves se extendían más allá de los que realizaban la mayoría de los mayordomos.

Era Hargraves quien vigilaba a su hermanastra cuando ésta todavía vivía en esa casa, y era Hargraves quien encontró a alguien dispuesto a protegerla durante su desastroso periplo en un navío lleno de reclusas hasta Nueva Gales del Sur. Ese hombre también mostraba una increíble habilidad para recurrir a la red de cotilleos de los criados con el fin de averiguar información útil para Jordan en el Parlamento y en cualquier otro escenario.

—Hargraves, ¿tienes contacto directo con alguno de los criados de lord Nesfield?

—No, milord. Esa camarilla se mantiene muy unida y alejada del mundo exterior. Pero eso no quiere decir que no pueda contactar con uno de ellos



si me lo propongo. He oído que su cochero está cortejando a la camarera de los Langley, y ella es la hermana del marido de nuestra querida Mary.

Jordan esbozó una sonrisa victoriosa.

—Ya veo. ¿Significa eso que podrías conseguir una entrevista con el cochero de los Nesfield si fuera necesario?

—Creo que sí.

—Perfecto. Quiero que descubras una información vital para mí.

—Desde luego, milord. Si ese cochero no me cuenta lo que usted necesita saber, lo averiguaré por otras vías.

Eso era precisamente lo que a Jordan le gustaba de su mayordomo: su determinación y perspicacia. La apariencia enclenque y las maneras serviles de su fiel colaborador conseguían que todos bajaran la guardia ante él, y tenía una sorprendente habilidad para sonsacar información relevante y datos comprometedores mediante una táctica muy sencilla: invitaba a sus interlocutores a tomar unas cuantas copas y los emborrachaba hasta que estos no podían levantarse de la mesa, entonces les hacía confesar todo lo que quería. Y lo que era más importante, Hargraves jamás le pedía explicaciones de nada; acataba sus órdenes, y luego se esmeraba por cumplir el trabajo con una sorprendente atención al más mínimo detalle.

Ese hombre tendría que haberse dedicado al espionaje.

Pero Hargraves era mejor que cualquier espía, porque su mejor cualidad era la discreción. Y en la mayoría de los casos que lo ocupaban, la discreción era algo que Jordan valoraba enormemente.

—Mira, Hargraves, ésta es la situación. —Jordan cruzó los brazos por encima del pecho—. Hay una joven que...



Capítulo 7

Somos verdaderamente incansables a la hora de satisfacer las necesidades del cuerpo, pero jamás logramos saciar las del alma.

ABOUT OURSELVES
ELLEN WOOD

Novelista, escritora, periodista inglesa

Ophelia desparramó su orondo cuerpo en el sofá justo enfrente de la silla que ocupaba Randolph, luego liberó sus doloridos pies de los zapatos que los apresaban y los depositó encima de un taburete tapizado con crin de caballo. Ahora estaba pagando el precio por las excesivas horas que había pasado de pie la noche anterior. Y encima su hermano estaba de un pésimo humor. Decididamente, su cuerpo ya no estaba para tantos trotes ni preocupaciones.

—¿Y bien? —La acució Randolph—. ¿Dónde está esa muchacha presuntuosa?

—No tardará en bajar, tranquilo. —Ophelia bostezó—. Tienes que darle tiempo para que descanse, o no realizará bien el trabajo que le hemos encomendado.

—¡Como si realmente estuviera cumpliendo su compromiso! Aún no he oído ni una sola referencia a lo que sucedió en el baile. ¿Es por eso que la enviaste derechita a la cama ayer por la noche, incluso cuando le ordené que me contara todo lo que había sucedido? ¿La estabas protegiendo porque sabías que no había descubierto nada?

—La envié a dormir porque la pobrecita no se sostenía en pie.

—¿Después de una fiesta tranquila que acabó prácticamente después de medianoche?

—No, después de haber soportado tantas lecciones seguidas de baile y un día completo de compras, y por último una fiesta en la que no paró de bailar.

—Y todo a mis expensas, claro.

Ophelia torció el gesto y se inclinó hacia delante para masajearse los pies.



—Mira, si no querías meterte en este lío, no deberías haberme pedido que la preparase con esmero para esas galas. La habría vestido con una ropa harapienta, la habría cubierto de mugre y después la habría dejado tirada en la primera esquina que encontrara a cada evento al que asistiéramos juntas.

Randolph la miró con irreverencia. Jamás había apreciado el particular sentido del humor de su hermana.

—Pues será mejor que esa muchacha tenga algo que contarme cuando baje a desayunar. No pienso costear sus juergas si no puede ofrecerme ninguna información a cambio.

—¿Juergas? —La carcajada seca que soltó Ophelia resonó atronadoramente en la quietud de las primeras horas matutinas en la casa que los Nesfield tenían en la ciudad—. Pues ella lo considera una tortura. —Cuando Randolph la miró enfurecido, con los ojos entrecerrados como un par de rendijas, ella añadió deliberadamente—: Sin embargo, no entiendo el porqué. Si esa chica no quería ser partícipe de semejante farsa, lo único que tendría que haber hecho era negarse. ¿O acaso me equivoco?

Él apartó la vista de ella y frunció los labios con aprensión.

Había llegado el momento de un asalto más directo.

—Randolph, ¿qué le dijiste a Emily para convencerla de que participara en tu plan? Es obvio que ella considera que esta farsa es absolutamente desdeñable. Deberías haberla visto después de la fiesta ayer por la noche; estaba callada, amedrentada, como un ratoncito que hubiera caído en las garras de un temible gato.

—¿Y también se comportó del mismo modo en el baile? Eso no es lo que acordamos, y lo sabes. Quería que ella se mostrara...

—¡Randolph! Cierra tu abominable pico un rato, ¿quieres? —Él la acribilló con una mirada altiva, pero por lo menos se mantuvo callado—. No tienes que preocuparte por Emily. Durante el baile se comportó como una muchachita indomable e insolente, tal como tú querías. Logró que todos los hombres bailaran a su compás, incluso consiguió que la definieran como la criatura más genuina en toda la faz de la Tierra.

—Entonces, ¿por qué estaba atemorizada?

—Porque obviamente encontró la experiencia desagradable y degradante.

Ophelia estaba segura de que el encuentro entre Emily y Blackmore había sido parcialmente responsable del humor sombrío de la muchacha durante el trayecto de regreso a casa, aunque era mejor no sincerarse con Randolph sobre esa cuestión. La condesa había animado a Emily para que



le contara lo que había sucedido entre ella y ese tunante, pero la muchacha había evadido sus preguntas.

Había algo raro en ese asunto, a Ophelia no le cabía ni la menor duda. Y eso suponía un posible problema. Por lo que había oído, Blackmore era capaz de devorar a una pequeña hormiga como Emily y luego escupir los restos sin inmutarse. Ophelia no deseaba ser testigo de esa atrocidad, ya que se estaba encariñando con esa muchacha tan gentil.

—No has contestado a mi pregunta —insistió ella, intentando evitar que Randolph se diera cuenta de la preocupación que tanto la incomodaba—. ¿Por qué Emily ha aceptado ayudar a Sophie a cambio de arriesgarse a destrozarse su propia integridad? ¿Con qué vil amenaza la has convencido?

—¿Amenaza? —El marqués se propulsó hacia delante con la rapidez de una víbora—. ¡Pues claro que he recurrido a una amenaza! Su padre está en deuda conmigo; ése es el argumento que he utilizado para convencerla. —Randolph miró a su hermana con desconsideración y añadió—. Además, estoy seguro de que tú ya habrás interrogado a esa muchacha sobre los motivos que la han empujado a colaborar con nosotros, puesto que siempre metes las narices en temas que no son de tu incumbencia. ¿Qué te ha dicho ella?

La pregunta formulada por su hermano era una clara evidencia de que él le ocultaba algo.

—No ha querido contarme nada, como ya supondrás. Gracias a ti, Emily no se fía de ninguno de nosotros.

Con un gesto de alivio, Randolph se levantó y caminó hacia la chimenea.

—Qué más da. Ella sabe cuáles son sus deberes; no hay nada más que discutir.

Ophelia suspiró. Ya investigaría ese asunto más tarde. Aunque hacía mucho tiempo que había aprendido que acorralar a Randolph entre la espada y la pared no servía de nada, puesto que él era capaz de defenderse con sus dientes y uñas envenenadas si era necesario antes de dar el brazo a torcer. Y por las venas de su hermano corría suficiente veneno como para resultar letal.

Pero ya interrogaría a la muchacha. A Emily no le gustaba mentir, eso era más que evidente. Si Ophelia pudiera ganarse su confianza...

Como si la hubiera conjurado con el pensamiento, Emily apareció en esos instantes en la salita, ataviada con un bonito traje de un suave tono rosado, lista para asistir al almuerzo de lady Astramont. Ophelia pensó que la muchacha tenía muy buen gusto y un sentido del estilo innato que hacía que las cosas resultaran más fáciles.



Emily miró de soslayo a Randolph, que se hallaba de pie junto a la chimenea, dándole la espalda, y acto seguido se dirigió hacia Ophelia y le ofreció una abultada bolsita de gasa de algodón.

—Es para sus pies —dijo en voz baja—. Mezcle estas hierbas con agua caliente. Notará un alivio inmediato en sus pobres pies doloridos.

Ophelia aceptó la bolsita con una sonrisa.

—Gracias, hijita. Eres muy amable por pensar en mí.

Randolph se giró con la vitalidad de un torbellino.

—¿Qué? ¿Se puede saber qué estáis tramando las dos?

Rápidamente Ophelia ocultó la bolsita de estopilla debajo de la falda. Por alguna razón que desconocía, su hermano no aprobaba los métodos medicinales de Emily, aunque todo el mundo podía ver que esa chica tenía talento con esos remedios inofensivos.

—¡No seas maleducado! La muchacha me estaba dando los buenos días. ¡Mira que eres mal pensado!

—Bueno, ya iba siendo hora de que te dejaras ver, jovencita —la amonestó Nesfield con cara agriada—. He estado toda la noche en vela. Siéntate. Quiero un informe completo de lo que sucedió en ese dichoso baile.

Emily se instaló con cuidado en el borde de una butaca para no arrugarse el traje.

—¿Qué es lo que lady Dundee le ha contado?

—Nada, maldita sea. ¿Con quién bailaste? ¿Alguien preguntó por Sophie?

—Veamos, bailé con el señor Pollock, con lord Saint Clair, con lord Wilkins, con lord Radcliffe, con lord Bakely y con el señor Wallace.

«¡Qué extraño que no haya mencionado a Blackmore!», pensó Ophelia. ¿Acaso no había bailado también con el conde? Ahora no estaba completamente segura.

—Todos ellos expresaron su pesar por la enfermedad que sufre Sophie —continuó Emily—, pero sólo lord Saint Clair y el señor Pollock mostraron un interés desmedido. Ambos me preguntaron repetidas veces cuándo volvería Sophie a asistir a eventos sociales. Y tal y como usted ya debe de saber, lord Saint Clair vino a visitarla ayer.

—Sí, ya lo sabía. Y me parece extraño. Ese Saint Clair es un tipo misterioso. He oído que se peleó con su padre por algún motivo que nadie se atreve a comentar. Se marchó de Inglaterra y estuvo ausente, merodeando por Europa varios años, y nadie sabe el porqué. Sólo que regresó el año pasado. Pero he oído unas historias espeluznantes sobre lo que hizo ese individuo mientras vivía lejos de Inglaterra...



«Y por supuesto, Randolph cree cada palabra a ciegas», pensó Ophelia. Su propio hijo había abandonado Inglaterra sin su consentimiento para instalarse en alguna ciudad europea, así que él sospechaba de cualquier otro joven que hubiera actuado del mismo modo.

Randolph empezó a deambular por la sala con paso inquieto, clavando la punta del bastón en la alfombra Aubusson a cada tres o cuatro pasos que daba.

—De hecho, mantuve una breve conversación con él, y le dije que por los rumores que había oído no lo consideraba apropiado para casarse con una jovencita tan ingenua como mi hija. Le dejé claro que no toleraría que festejara con ella. ¿Y sabéis lo que esa insolente sabandija osó contestarme? Que la única opinión que le importaba era la de Sophie. —Resopló con inquina—. Como si una chiquilla de su edad supiera lo que quiere.

Un mozo apuesto, eso es lo único que busca una chica de dieciocho años.

—Eso no es verdad —replicó Emily—. Considero que su hija tiene mucho más sentido común del que usted le acredita como para elegir a un hombre simplemente por su físico agradable.

Ophelia no estaba tan segura de esa aseveración, aunque no dijo nada para no echar más leña al fuego. Tampoco conocía tan bien a su sobrina como para tener una opinión firme al respecto.

—Le tendimos una trampa a Saint Clair —le refirió Ophelia a su hermano—. Le dijimos que hoy asistiríamos al almuerzo que ofrece lady Astramont y que por tanto Sophie se quedaría aquí sola. Si se atreve a venir...

—Si se atreve a venir —la interrumpió Randolph—, lo estaré esperando. Ya veremos cómo se excusa si osa merodear cerca de mi casa sin mi consentimiento. Eso sería una prueba contundente de sus intenciones.

—Intenta no perder la calma —lo previno Ophelia—. No debemos asustar a la presa ni mostrar nuestras cartas prematuramente. Si se difunde el rumor de lo que realmente ha sucedido con Sophie porque te ensañas con un tipo sólo porque se atreve a acercarse a tu casa, nos quedaremos sin la oportunidad de desenmascarar al verdadero amante en el futuro. Puede que Saint Clair reaccione movido por un instinto inocente, en cuyo caso no deberías acercarte a él ni mucho menos increparlo.

—Tranquila, confía en mí; sabré actuar con precaución. —Randolph dejó de pasearse, y luego escrutó a Emily a través de los anteojos—. ¿Y qué me dices de Pollock?

—No estoy segura. Parecía sólo moderadamente interesado.

—Pollock goza de una sustanciosa fortuna, pero carece de un título nobiliario —reflexionó Randolph—. Sabe que jamás aceptaría la pretensión



de un hombre cuyo rango sea inferior al de un vizconde. Sophie se merece lo mejor.

«Sophie merece una buena tunda de azotes por habernos metido en ese atolladero», pensó Ophelia. Sin embargo, a veces la condesa sentía pena por su sobrina. Tener a Randolph por padre no debía de ser nada fácil.

—¿Y si uno de esos hombres está realmente enamorado de ella? —se aventuró a matizar Emily—. ¿Y si Sophie está enamorada de él y...?

—¿Enamorada? Mi querida señorita Fairchild, el amor no afecta al desenlace de esta clase de cuentos. Es un sentimiento pasajero, que pronto desaparece y, entonces, si has elegido a la pareja incorrecta, te encuentras sumido en un mar de amargura y de infelicidad para el resto de tu vida.

¡Cielos! Ophelia se dio cuenta de que su hermano se estaba refiriendo a su propio matrimonio, que había sido un verdadero desastre. Por lo visto, él se había casado enamorado con una muchacha de baja extracción social que no supo estar a la altura de su nueva posición y que logró humillar a Randolph con su irrefrenable vulgaridad. Alumbró a un vástago que sólo supo traerle disgustos a su padre. Al menos tuvo la decencia —según las propias palabras de Randolph— de morir mientras daba a luz a Sophie, y de ese modo lo libró de una vida de constante mortificación.

Lamentablemente, sin nadie más cerca para atraer la atención de Randolph cuando su único heredero huyó de su lado, Sophie se había convertido en el centro de su vida, la única persona a la que podía controlar. Lo mataba el hecho de saber que ella había intentado eludir su control, y por eso precisamente se había tomado la incidencia como una fatal afrenta y había decidido urdir esa maquiavélica farsa.

—De todos modos, lo que Sophie quiera no me interesa —concluyó el patriarca—. Yo sé qué es lo que más le conviene. Ni Pollock ni Saint Clair son unos pretendientes aceptables. Así que no debemos perderlos de vista, ya que ambos son sospechosos. ¿Pero no se te acercó nadie más? ¿Nadie que demostrara interés por ti, aunque no dijera nada sobre Sophie?

Cuando Emily se sonrojó, Ophelia supuso que la muchacha mencionaría a Blackmore, pero en cambio sólo farfulló: «No, nadie más», mientras miraba a la condesa con ojos implorantes.

Ophelia se debatió entre mantener el secreto o proclamarlo, aunque sabía que no tenía elección; de un modo u otro, Randolph averiguaría el interés que Blackmore había demostrado por ella, y entonces armaría un gran jaleo al saber que ellas le habían ocultado ese detalle tan significativo. Además, Ophelia quería ver cómo reaccionaba Emily ante la mención de ese tunante.



—¿Y qué hay del conde de Blackmore? —aludió, fingiendo no haber captado la mirada suplicante de Emily—. Estuvo hablando un buen rato contigo antes de que nos marcháramos.

Mientras Emily se sentía presa de un horroroso bochorno que se expandió hasta sus orejas, Randolph enfiló hacia ella para mirarla a la cara.

—¿Blackmore? —Randolph escupió la palabra con disgusto, al tiempo que propinaba un fuerte golpe en el suelo con su bastón—. ¿Ese desgraciado se acercó a ti? ¿Cómo es posible que te hayas olvidado de mencionarlo, después de lo que sucedió en la fiesta de los Dryden?

«¡Vaya, vaya, qué interesante!», pensó Ophelia.

—¿Qué sucedió en el baile de los Dryden, Randolph?

—¡Ese indeseable bailó con Sophie, eso es lo que sucedió! ¡Él, con su reputación, presumiendo de tocar a una chica virginal como Sophie! Fue un verdadero ultraje, y se lo dije a la cara mientras separaba a mi hija de sus asquerosas garras.

Ophelia podía imaginar la horrorosa escena que su hermano había organizado.

—Lord Blackmore sólo habló conmigo unos instantes, ayer por la noche —protestó Emily—, y ni tan sólo mencionó a Sophie.

—¡Por supuesto que no! —bramó Randolph—. Ese tipo es un zorro viejo, demasiado listo. Pero es más sospechoso que el otro par, os lo aseguro.

—No seas ridículo, Randolph, ¿por qué iba a querer Blackmore escaparse con Sophie? —Era más que evidente que Blackmore había puesto el ojo en una joven, pero Ophelia se apostaba todo el oro del mundo a que no era precisamente en su insípida sobrina—. Ese hombre no es un cazafortunas. Además, puede conseguir a cualquier rica heredera con tan sólo chascar los dedos, así que no tiene ninguna necesidad de soportar tu ira por Sophie.

Randolph se inclinó hacia delante, apoyándose en su bastón, con los ojos refulgentes de malicia.

—No digo que tenga la intención de casarse con ella. Los tipos de su calaña disfrutan desflorando a jóvenes castas y puras sólo por afán de pasarlo bien.

—Oh, Randolph, de verdad... —empezó a reprenderlo Ophelia.

—Crees que exagero, ¿eh? Pero él y yo somos enemigos declarados, y yo lo humillé delante de toda esa gente en el baile de los Dryden. Es posible que haya decidido humillarme arruinando la virtud de mi hija. Es exactamente la clase de actuación que una alimaña como él haría.



Ophelia intentó imaginar a Blackmore humillado por su hermano, quedando en ridículo delante de todos los asistentes al baile de los Dryden. Sin embargo, supuso que en realidad lo que había sucedido era que Blackmore se había reído de Randolph.

—Me parece que has perdido la chaveta por completo, ¿lo sabías? Si Blackmore se hubiera fugado con Sophie y luego se hubiera negado a casarse con ella, el único nombre que habría arruinado habría sido el suyo ante la alta sociedad para el resto de su vida. Nadie toleraría tal comportamiento. Él jamás ha hecho nada parecido, y no veo ninguna razón por la que quiera empezar a actuar de ese modo ahora.

Randolph esbozó una mueca de fastidio ante la aplastante lógica del argumento. Ophelia no daba crédito al ataque colérico y absolutamente irracional de su hermano. Cualquier mentecato sabría que Blackmore no perdería los papeles con tal de llevar a cabo una venganza tan mezquina.

Emily escuchaba la discusión con una creciente curiosidad. Jamás había considerado que Jordan pudiera ser el amante de Sophie, pero unos incómodos recuerdos la asaltaron de repente. Sus besos cuando estaban en el carruaje. Su comportamiento hacia lady Emma en el jardín. Él aseguraba que no tenía ningún interés por las jóvenes virginales, pero se había excedido con tres chicas, si tenía en cuenta sus dos personajes y a Sophie.

Y sin embargo... sus excesos habían sido fruto de un impulso y, en el caso de lady Emma, sin lugar a dudas provocado. ¿Sería realmente capaz de arruinar la reputación de una joven? No se había ni inmutado ante el ataque visceral de Nesfield en el baile de los Dryden.

No podía creer que él fuera capaz de destrozar a Sophie sólo por unas razones tan miserables. No obstante, quizá sí que había intentado fugarse con ella. Después de que lord Nesfield le mostrara su rechazo públicamente, Jordan podría haber planeado la fuga como la única vía posible de asegurar su éxito con Sophie.

Incluso la forma en que Jordan se comportó con ella la noche anterior podría interpretarse de ese modo. Había sospechado de ella, quizá porque temía una emboscada. Si no, ¿por qué se mostraba tan deseoso de desenmascararla? ¿Por qué le importaba tanto si ella era una impostora? Y había asistido a un baile para jóvenes que buscan pareja, lo cual decididamente no casaba con su estilo habitual. ¿Acaso buscaba a Sophie?

Pero claro, él siempre había alegado sin reparos que no quería casarse. ¿Y por qué había besado a Emily y a lady Emma con tanta pasión si amaba a Sophie? El simple pensamiento de imaginar a Jordan enamorado de Sophie consiguió activar el detonador de los celos en su mente. ¡No, no podía ser cierto! Él no podía haberse excedido con ella si realmente amaba a Sophie.



¡A menos que sus excesos no fueran un péfido intento de engatusarla y que ella le contara dónde estaba realmente su amiga! Emily se frotó las sienes ante la inminente sensación de vértigo que la asaltó. Intentar averiguar los verdaderos motivos de Jordan le estaba provocando un terrible dolor de cabeza.

De repente se dio cuenta de que lady Dundee y lord Nesfield la estaban mirando fijamente.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó lady Dundee.

Sophie apartó las manos de la frente y sonrió forzosamente.

—Sí, claro, sólo un poco cansada, eso es todo.

—Escúchame bien, jovencita —ladró lord Nesfield—, Blackmore es tan sospechoso como el que más. Mantén los ojos abiertos con él, ¿me has entendido? Y cuéntame todo lo que haga, cada palabra que te diga. Puedes empezar por contarme qué es lo que te dijo ayer por la noche.

Emily notó cómo se agravaba inmediatamente su dolor de cabeza. Ahora no tendría más remedio que inventar alguna historia; no podía contarle la verdad.

Cuando esa pesadilla tocara a su fin, nunca más se dejaría engatusar en semejante encerrona. Lo prometía, cuando se librara de toda esa farsa asfixiante, nunca más volvería a mentir.

El hecho de engañar constantemente la dejaba sin fuerzas, completamente exhausta.

Lady Astramont demostró ser una mujercita diminuta y nerviosa como un colibrí, con una risita estridente y con unos ademanes exageradamente teatrales. Tan pronto como su mayordomo invitó a Emily y a lady Dundee a pasar al formidable vestíbulo de mármol, la dama las abordó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Oh, qué contenta estoy de que hayas venido, Ophelia! —La mujer tenía una voz quebradiza que hacía juego con su frágil figura—. ¿Cuántos años han pasado? ¿Quince? ¿Veinte? ¡Hay que ver lo bien que te conservas! ¡Si pareces una sílfide de veinticinco años! El aire en Escocia debe de ser muy saludable para la piel.

—No es el aire. Hortense, sino la buena comida escocesa la que me mantiene joven. —Lady Dundee se propinó unas suaves palmaditas en las mejillas regordetas—. Rellena todas las arrugas.

Mostrándose un poco incómoda ante la alusión directa de lady Dundee acerca de su cuerpo orondo, lady Astramont se dirigió rápidamente hacia Emily.

—Y ésta debe de ser tu hija. ¡Pero qué guapa que es! Se parece mucho a ti, ¿no es cierto?



—Oh, sí. —Los ojos de lady Dundee centellearon con malicia—. Es la viva imagen de su madre.

—Eso salta a la vista —sentenció lady Astramont con absoluta franqueza.

Emily tuvo que contenerse para no echarse a reír mientras lady Astramont las guiaba a través del vestíbulo hasta un imponente salón. Emily intentó no mostrarse sorprendida, aunque le resultaba difícil ignorar las increíbles muestras de ostentación en la casa de lady Astramont. Lady Dundee le había explicado que lady Astramont tenía más dinero que sentido común, y eso era ciertamente evidente ante la exhibición vulgar de la riqueza que la rodeaba. Jarrones dorados, estatuas de mármol por doquier, ostentosas cortinas bordadas con hilo de seda de oro... La escena era lo suficientemente brillante como para cegar a cualquier persona.

Emily no pudo evitar pensar cuánta comida se podría comprar para los pobres con todo aquel despilfarro de riqueza.

—Están todos en el jardín —anunció lady Astramont mientras atravesaban el salón en dirección a dos puertas cristaleras talladas en un fino cristal al más puro estilo francés—. Hace un día tan espléndido que hemos dispuesto las mesas fuera. ¡Aunque ni te imaginas lo mejor! Pero bueno, no pienso decirte nada más; ya lo verás con tus propios ojos.

—¿A qué te refieres? —le preguntó lady Dundee.

Lady Astramont se detuvo con aire conspirador y echó un vistazo por encima del hombro antes de bajar la voz y susurrar con un molesto chillido:

—¿A que no te imaginas quién ha aceptado mi invitación? —Se detuvo un instante para crear un efecto de expectación—: ¡Lord Blackmore! ¡El honorable conde en persona! ¡En mi casa! ¡Oh, después de esto, nunca más tendré que insistir tanto para que la gente más destacada de la alta sociedad acepte mi invitación! El conde casi nunca asiste a ningún evento social, y cuando lo hace es únicamente a las galas más distinguidas.

A Emily los latidos de su propio corazón le resonaban atronadoramente en los oídos. ¿Jordan estaba allí? ¡Virgen santa! ¡No estaba preparada para una nueva confrontación! Lo único que acertó a hacer fue mantener la cabeza alzada y la mirada fija en un punto lejano frente a ella cuando notó los ojos intrigados de lady Dundee sobre ella. Jordan había dicho que no habían terminado. Obviamente, pensaba cumplir su palabra.

—¡Es lo más extraordinario que me ha pasado en muchos años! —exclamó lady Astramont con su voccecita estridente—. ¡Y tú estás aquí, mi querida amiga, para ser testigo de este momento tan espectacular! ¿No es maravilloso?

—Sí, maravilloso —contestó la condesa con sequedad—. ¿Ya ha llegado Blackmore?



—¡Oh, cielos, no, todavía no! Eso ya sería pedir demasiado. Estoy segura de que llegará tarde, lo cual es su prerrogativa, por supuesto. Después de todo, ¡es el conde de Blackmore! Pero me envió una nota confirmando que aceptaba mi invitación esta misma mañana, así que tengo la certeza de que vendrá.

Tal y como lady Astramont había augurado, pasó otra hora antes de que el conde hiciera acto de presencia. A pesar de que Emily intentó no prestar atención a su llegada, fue imposible ignorarlo. Su aparición en el jardín con lady Astramont colgada de su brazo tuvo el mismo efecto que si alguien hubiera lanzado una piedra en un lago, al provocar unos círculos de cotilleos y especulaciones cada vez más amplios.

Por lo visto nadie había creído la noticia de lady Astramont de que el conde iba a asistir a un almuerzo que sólo frecuentaban personajes de poca resonancia social. Todos habían asumido que lady Astramont estaba mintiendo en un intento fútil de conferir más prestigio al evento social que ella misma había organizado.

Ahora que el conde estaba allí, el resto de los invitados se pusieron a cuchichear sobre cuáles eran los motivos que lo habían impulsado a asistir al almuerzo. Y puesto que casi todo el mundo había oído que la noche anterior él había bailado con lady Emma, casi todas las especulaciones se decantaron hacia ella.

¡Oh! ¿Por qué no se callaban de una vez? Emily jamás se habría imaginado que su persona pudiera despertar tantos comentarios frívolos entre los chismosos más recalcitrantes de la alta sociedad londinense. Era obvio que esos cretinos se aburrían y estaba faltos de una vida más intensa y activa. ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo era posible que se movieran cada día por una ciudad como Londres y no se dieran cuenta de todo aquello que era preciso cambiar y de toda la gente que necesitaba ayuda? Si fueran capaces de canalizar sus energías en algo provechoso en lugar de regodearse en las mismas historias absurdas una y otra vez, el mundo resultaría un lugar mucho más agradable.

La vocecita estridente de lady Astramont captó toda la atención de los presentes.

—Lord Blackmore, espero que lo encuentre todo de su completa satisfacción. Por favor, pruebe el pato asado; tengo entendido que es su plato favorito. Ah, y qué me dice de un buen trozo de pastel de manzana y...

Mientras la dama seguía enunciando un sinfín de platos succulentos, Emily lanzó una mirada furtiva a Jordan. A pesar de que exhibía un semblante turbado y acongojado, como si llevara unos zapatos que le apretaran demasiado, respondió al recital de la mujer con una sonrisa cortés y murmuró unas palabras acerca de lo contento que estaba de haber podido asistir al almuerzo.



Emily se quedó gratamente sorprendida. Después del modo en que todo el mundo había hablado de él —como si fuera una divinidad personificada— había esperado que Blackmore se comportara de una forma distante y altiva con una anfitriona tan sumisa. A pesar de que no profesaba más simpatía por lady Astramont que la que él pudiera sentir, sintió una pena momentánea hacia esa mujer que demostraba una aceptación innata a ser tratada condescendentemente en su propia casa. Y le gustó que él también se diera cuenta de ese detalle y que por ello procurara tratar a esa señora con afabilidad y cortesía.

Sin embargo, no le gustó cuando unos pocos minutos más tarde Jordan inventó un par de excusas para zafarse del brazo de lady Astramont. Entonces miró a Emily con porte confiado, dándole a entender exactamente el motivo por el que había acudido al almuerzo y después se tomó su tiempo para intercambiar unas palabras con cada uno de los convidados, como un tigre que estuviera jugueteando con su presa.

Jordan esperó hasta que lady Astramont acaparó toda la atención de lady Dundee, la segunda invitada más relevante en el almuerzo, y se la llevó para mostrarle la casa. Sin perder ni un instante, se dirigió hacia Emily, que estaba sentada en una confortable tumbona debajo de un roble.

Afortunadamente, no estaba sola. El señor Pollock, quien aparentemente también había aceptado la invitación en el último minuto, no se había apartado de Emily durante todo el almuerzo. Hasta ese momento, las constantes quejas acerca de la excesiva luminosidad del sol y del repugnante salmón hervido por parte de él la habían fatigado. El señor Pollock mostraba una tendencia a actuar como si su relación fuera mucho más estrecha de lo que ella realmente podía aceptar. Sin embargo, se sintió aliviada de estar con él cuando Jordan se le acercó.

Pollock miró a su contrincante con ademán exacerbado.

—Buenas tardes, Blackmore.

—Buenas tardes, Pollock, lady Emma.

Ella lo saludó asintiendo fríamente con la cabeza.

—¿Dónde está su amigo Saint Clair? —¿Era posible que en esos precisos momentos estuviera cayendo en la trampa que le habían tendido ella y lady Dundee?

—A Ian no le gusta asistir a demasiados eventos sociales.

—Pues no puedo decir que se esté perdiendo gran cosa —replicó Pollock—. Lo que sí que me sorprende es verte aquí, Blackmore. No es nada propio de ti aceptar una invitación de lady Astramont.

—Ni tampoco de ti. Pero me atrevería a confirmar que has venido por la misma razón que yo. —Jordan desvió los ojos hacia Emily—. He venido a



admirar el jardín de lady Astramont, claro. Me han dicho que contiene unas flores absolutamente originales.

Emily se ruborizó ante el comentario impertinente, y Pollock fulminó a Jordan con una mirada nada afable.

—Sí, lo olvidaba, te gusta pisotear las flores más bellas, ¿no es cierto?

—Te equivocas. Aunque sin embargo creo que la flor perfecta necesita estar en un entorno perfecto, y por eso estoy aquí, para corroborar que así sea.

—¡No me digas? ¿Y cuál consideras que es el entorno perfecto? —lo provocó Pollock con saña—. ¿Tenerla bajo tu potestad?

—No, en el campo. —Jordan le regaló a Emily una sonrisa indolente—. Allí es donde han de estar las flores, ¿no opina igual, lady Emma?

Emily lo miró directamente a los ojos y sintió el clamor de todos sus nervios, a punto de estallar a causa de la incontenible necesidad de gritarle que se largara y la dejara en paz. ¿En el campo? ¡Pues claro que sí! ¿Cómo podía un hombre ser tan... tan apuesto y salvaje a la vez? Hasta ese momento, en las pocas ocasiones que había visto al conde éste siempre iba ataviado con una indumentaria de gala, pero ahora, ese traje informal sólo conseguía resaltar más sus atractivos, hacerlo parecer más accesible, incluso para la hija de un rector como ella.

Y más joven, también. Jordan se apoyó en el tronco del árbol como un cándido mancebo en un poema pastoril, con el sol de la tarde ensalzando los reflejos de su pelo cobrizo y confiriéndole una aureola angelical. No obstante, su expresión no tenía nada de angelical. La provocaba, la instaba a enzarzarse en una batalla retórica.

Se creía tan listo... «Di lo primero que se te ocurra, y todo saldrá bien», le había aconsejado lady Dundee. Sí, ese consejo le venía como anillo al dedo con Jordan.

—No estoy segura de haber entendido su enrevesada metáfora acerca de las flores correctamente, lord Blackmore. ¿Se refiere a que debería regresar a Escocia?

—De ningún modo. No creo que Escocia sea el lugar más apropiado para usted. La campiña inglesa me parece más afín a una muchacha con sus... atributos.

Los ojos de Pollock iban de ella a Jordan con una expresión de susceptibilidad.

—¿Estás insultando a la dama, Blackmore? Porque de ser así...

—¿Insultarla? ¡En absoluto! La estoy agasajando con un cumplido. Escocia es un lugar demasiado yermo y frío para una mujer tan adorable



como ella. Nuestra campiña inglesa es más cálida y está mejor preparada para acoger tanta belleza.

—No toda Escocia es yerma y fría —terció ella, con la determinación de no dejar que él dijera la última palabra—. Hay lugares hermosísimos, rebosantes de una vegetación exuberante.

—Yo sólo he estado en Edimburgo y sus alrededores —respondió él—, y he de confesar que no me gustó. Prefiero nuestro paisaje de líneas menos sinuosas, y más sencillas. Inglaterra es menos... agreste e impredecible.

Emily se ruborizó ante la clara referencia a su comportamiento la noche anterior. Todavía estaba convencido de que era una impostora, y estaba decidido a exponerla públicamente.

¡Que el cielo se apiadara de ella!

—Pues yo no he estado nunca en Escocia —intervino Pollock, con un evidente interés en no quedar fuera de la conversación. Le lanzó a Emily una extraña mirada posesiva—. ¿Cómo es su país?

—Eso, descríbanos cómo es Escocia —lo apoyó Jordan con una expresión divertida.

Emily se quedó en blanco... hasta que de soslayo vio a lady Dundee en una de las ventanas del piso superior de la casa. Intentó visualizar algunas de las imágenes que la condesa le había expuesto acerca de su querida Escocia. Lady Dundee le había explicado con minucioso detallismo y perfecta claridad cómo era el castillo de los Dundee y sus tierras. Después de todo, ¿qué era un lugar si no la memoria que uno tenía de él?

Miró a Jordan con altivez, pero en su mente era como si tuviera a lady Dundee a su lado, susurrándole suavemente lo que tenía que decir.

—¿Quiere que le describa cómo es toda Escocia? Eso es imposible, es un territorio muy vasto. Pero el castillo de la familia Dundee en Campbell Glen, que es donde vivo, se erige en la cima de una colina verdísima con unas laderas suaves y sedosas que van a morir a un lago perfecto, de aguas cristalinas.

—Los escoceses no les llaman lagos, como los ingleses, sino que utilizan una palabra especial: *loch* —terció Jordan secamente, como si la hubiera pillado con una incorrección.

—Sí, claro, no pensaba que usted conociera esa palabra escocesa, por eso no he recurrido a ella —prosiguió Emily—. Más allá del loch se alza una imponente montaña donde solíamos jugar cuando éramos pequeñas. El viento y la lluvia han moldeado las rocas hasta conferirles unas formas fantásticas, así que se asemejan a unas gárgolas, y cuando éramos niñas siempre pensábamos que nos observaban mientras nos bañábamos en el *loch*.



—¿Cuando se bañaban? —repitió Pollock—. ¿No está el agua demasiado fría para bañarse?

—Sí, prácticamente todos los meses del año está muy fría. —Clavó la mirada en un punto lejano, perdida en los cuentos que la condesa le había narrado—. Pero en mitad del estío la temperatura es suficientemente cálida. Incluso mamá se baña entonces. Y cuando el sol desaparece detrás de la colina, expandiendo sus dedos de oro y carmesí como si pretendiera acariciar la tierra unos escasos segundos más antes de ocultarse, no existe un lugar más bello en el mundo.

—Oh, qué imagen más bonita —concluyó una voz femenina—. Es como sacado de un sueño.

Sólo entonces Emily se dio cuenta de que su relato había atraído la atención de varias damas, que la miraban con ojos extasiados.

Jordan esbozó una mueca de fastidio.

—Sí, como un sueño, o mejor aún, como un cuento de hadas.

Sin prestar atención a su audiencia, Emily aseveró: —Los escoceses que viven en los confines de ese impresionante valle llamado Campbell Glen afirman que el bosque que se extiende más allá del castillo de Dundee está habitado por hadas. —Bajó la voz hasta transformarla en un susurro —: Los que se han atrevido a adentrarse en el bosque por la noche las han visto; son como miles de luciérnagas, volando en círculos con sus diminutas y finas alas.

Cuando Jordan soltó una risotada incrédula, las mujeres lo miraron con el semblante visiblemente irritado, y después acercaron más sus tumbonas a Emily para continuar escuchando la fascinante historia.

—Cuéntenos más cosas acerca de ese lugar tan espectacular. ¿Usted ha visto las hadas?

—No, me temo que no. —El suspiro general de decepción la impulsó a añadir rápidamente—: Pero he visto sus huellas; unos diminutos círculos en la hierba de la colina.

—¡Oh! ¡Qué maravilla! —exclamó una de las más jóvenes damas—. Siempre he pensado que Escocia era el lugar más romántico del universo.

—Lo cual únicamente demuestra que se ha pasado demasiadas horas leyendo los relatos absurdos de ese patético escritor llamado Walter Scott —la increpó Jordan.

—¿Es que no tiene ni una gota de sangre romántica, señor? —replicó la mujer—. ¿Es incapaz de ver que esa clase de poesía y esas historias enriquecen el alma?

—Sí —la secundó Emily con malicia—. ¿Es que no corre ni una gota de romanticismo por sus venas, lord Blackmore?



—Blackmore no es nada sentimental, ¡así que mucho menos un romántico empedernido! —proclamó Pollock desde su ligera silla de madera—. Ni tan sólo cree en el amor. Justo ayer por la noche me dijo que el amor es una emoción efímera y que únicamente los botarates pierden el control por el dudoso placer de estar enamorados. Señoras, tienen ante ustedes a un hombre que es incapaz de experimentar un sentimiento romántico.

Emily lo miró con curiosidad.

—Me temo que Pollock me ha desenmascarado. —La voz de Jordan era tan gélida y negra como una mina de carbón en pleno invierno—. No pierdo el tiempo ni en poesía ni en sentimientos románticos ni en estupideces similares. En cuanto al amor, es un lujo que no me puedo permitir. Estoy demasiado ocupado para malgastar el tiempo en emociones tan efímeras.

—Entonces su vida debe de ser terriblemente tediosa —comentó Emily con una absoluta sinceridad—. La vida no vale nada si uno no puede gozar de tales lujos. Qué pena que haya personas sin el tiempo oportuno para esos placeres.

Los ojos de Jordan se estrecharon como un par de rendijas, pero Emily no se arrepintió de sus palabras. Alguien debería de habérselo dicho mucho tiempo atrás. Ese tipo no debería ir por la vida creyéndose un ser superior como para reírse de unas emociones tan humanas que el resto de las personas, tanto hombres como mujeres, sentían. No le extrañaba que se hubiera ganado esa fama de frívolo, si procuraba mantener un control tan absoluto de sus propios sentimientos. Los ojos de todos los congregados estaban depositados en ellos dos, pero Emily ignoró a la audiencia, asaltada por una profunda curiosidad por averiguar qué era lo que le había sucedido a Blackmore para convertirse en un témpano de hielo. Debía de haber sido algo muy trágico. O quizá simplemente se trataba de la criatura más extraña en la faz de la Tierra, un alienígena sin la necesidad de amar. Si así era, aún sentía más pena por él.

Cuando el silencio en el grupo se hizo insoportable, Pollock intervino súbitamente:

—Lady Emma, ¿le apetece que demos un paseo por el jardín? Me parece que aún no ha visto las magníficas rosas de lady Astramont.

Emily desvió la mirada de Jordan hasta Pollock y le sonrió.

—Es cierto, no las he visto. Será un placer que me las enseñe.

Pollock le ofreció el brazo y ella lo aceptó con un visible alivio, encantada de poder escapar de las oscuras miradas de Jordan y de sus opiniones amargas. Pero en el momento en que se disponían a alejarse del grupo, Jordan la llamó.

—¿Lady Emma?



Emily se detuvo y giró la cabeza hacia él.

—¿Sí?

—Cuando haya terminado con Pollock, me gustaría hablar un momento con usted a solas.

Jordan lo dijo con una contundencia como si no esperara una negativa por parte de ella. Todos clavaron la mirada en Emily, y le dieron a entender que también esperaban lo mismo que el conde. Después de todo, Blackmore era un soltero muy codiciado. Si quería hablar con ella a solas, era de esperar que Emily abandonara cualquier otro menester con el fin de colmar sus deseos.

Pero ella sabía de qué quería hablar Jordan. Quería engatusarla para que le revelara la verdad, especialmente ahora que había conseguido enojarlo al criticarlo públicamente. ¡Pues no pensaba permitirlo!

—Me temo que eso no será posible, lord Blackmore. Le he prometido a mamá que nos marcharíamos tan pronto como ella acabara de ver la casa de lady Astramont, y ya debe de estar a punto de reunirse conmigo, aquí en el jardín.

Un gesto furibundo ensombreció la cara de Jordan. Era evidente que no estaba acostumbrado a que ninguna mujer lo rechazara; para él la circunstancia era tan extraña como tomar té en la luna. ¡Menudo fiasco! Pero mientras no estuviera seguro de si ella era Emily Fairchild, no se atrevería a ponerla en evidencia.

—En otra ocasión, quizá —remachó él.

—Sí, en otra ocasión. —Sintiéndose más segura de sí misma, se alejó con Pollock.

En otra ocasión, desde luego. Si esa descarada pensaba que se había salido con la suya, iba lista. Antes los burros volarían y los peces viajarían en navíos. Pensaba desenmascararla antes de que cantara el gallo.



Capítulo 8

¿A quién llamamos caballero? Al bellaco, al loco, al bruto. Esos hombres son únicamente dueños de enormes cantidades de oro que se visten con atuendos elegantes.

NATURE'S GENTLEMAN,
ELIZA COOK

Novelista y poetisa inglesa

Unos minutos más tarde, Jordan se marchó de casa de lady Astramont como un huracán después de despedirse rápidamente de su anfitriona. ¡Cómo se atrevía Emma a desairarlo de esa manera delante de un grupo tan nutrido de gente!

Saltó al carruaje y le ordenó a Watkins que lo llevara al club, mientras en sus oídos todavía resonaban las palabras de Emma, provocándole una insoportable quemazón: «Entonces su vida debe de ser terriblemente tediosa». ¡Esa fémina descarada se había compadecido de él! ¡De él! ¡Del conde de Blackmore! ¡Un hombre con más logros en su vida que una docena de caballeros juntos!

Sólo porque no se paseara por la ciudad en un perpetuo estado de envanecimiento como ese pelele de Pollock no significaba que su vida fuera vacía y sin sentido. No, desde luego que no. Era un hombre respetado, incluso envidiado, por todos aquellos que lo conocían.

Quizá se acostaba solo la mayoría de las noches. Y de vez en cuando — ahora más a menudo, desde que su hermana se había marchado de casa al esposarse— tenía la impresión de que su hogar se asemejaba a la cavernosa tumba de un rico faraón. A veces la vida adoptaba esos derroteros. Pero intentar ser feliz a partir de las dudosas promesas del amor sólo traía disgustos; era muy joven cuando aprendió esa triste lección. Si uno buscaba sólo afecto y felicidad y anhelaba algo más que un simple conformismo, estaba abocado irremediablemente a sufrir. Así era la vida.

Sin embargo, la sentencia de Emma había conseguido incomodarlo: «La vida no vale nada si uno no puede gozar de tales lujos». ¡Como si una mujer de su edad pudiera saberlo todo acerca de la vida! Soltó un bufido mientras clavaba la vista en la ventana. La oscuridad empezaba a caer



sobre la ciudad, cubriendo de sombras las calles anegadas de barro, especialmente en esa parte del extrarradio de Londres. Un viejo vendedor ambulante de fresas caminaba en silencio, tirando de una carreta sólo medio llena de fruta con las manos sin guantes. Jordan se fijó en su piel agrietada, desprotegida ante las inclemencias del tiempo. Un poco más lejos, una meretriz se apoyaba en una farola de aceite buscando compañía antes de que el sol acabara de ocultarse en la línea del horizonte.

A pesar de que lo habían educado con todo lujo de riquezas y de privilegios, estaba acostumbrado a presenciar un sinfín de escenas como éstas, especialmente desde que su madrastra, que había luchado duro por reformar el sistema penitenciario y la situación de los más necesitados, se esposó con su padre. A veces se sentía culpable de ser un privilegiado que había tenido la increíble suerte de escapar de tantas penurias. Todos los que se habían librado de una vida tan infortunada deberían sentirse suficientemente satisfechos y no pedir nada más.

Sí, el amor era un lujo, más de lo que Emily... lady Emma... o quienquiera que fuera... pudiera imaginarse. Hasta que Nesfield y lady Dundee no la habían disfrazado y puesto en escena como una marioneta mona, esa muchacha jamás había salido del campo. ¿Qué sabía ella de la naturaleza perversa del amor, de la forma en que algunos hacían promesas para luego incumplirlas?

Jordan cerró los dedos en un puño crispado. Ella no era más que una chiquilla recién salida del cascarón, que se jactaba de poder burlarse y de flirtear y de pronunciar afirmaciones categóricas sobre la vida. Creía que por el hecho de lucir trajes de satén y hablar elocuentemente, porque sus admiradores la aclamaban cada vez que ella abría la boca para contar algo divertido, podía decir lo que quisiera y actuar de un modo irresponsable.

Pues se equivocaba. Con ese comportamiento sólo conseguiría despertar el interés de los personajes más siniestros de esa sociedad retorcida. Si no iba con cuidado, los hombres la tratarían como a una muchacha ligera de cascos, y se vería envuelta en graves problemas.

Si realmente era lady Emma, pronto caería en las redes de algún cazafortunas sin escrúpulos, pero ¿y si era Emily, comprometida en una afrentosa comedia? Jordan frunció el ceño. Nesfield no movería ni un dedo para ayudarla cuando ella se metiera en apuros. No acertaba a comprender qué era lo que se proponía Nesfield —ni lady Dundee, que parecía ser una mujer sumamente inteligente— pero era obvio que ese tipo no había urdido esa farsa para ayudar a Emily. Nesfield sólo la estrujaría para obtener todo lo que quería de ella, y luego la dejaría tirada sin darle nada a cambio. Así que fuera lo que fuese lo que esa chica planeaba conseguir, estaba irremediabilmente abocada al fracaso, por más que ella pensara lo contrario.



Por fin el carruaje llegó al club Brook's. Jordan se apeó y entró rápidamente en el edificio. El Brook's era el club favorito de los caballeros simpatizantes del partido liberal del Parlamento, y casi tan antiguo como el White's, el club del partido conservador que se hallaba justo al otro lado de la calle. Su atmósfera soporífera y su decoración tan recargada generalmente solían paliar su mal humor de inmediato.

Sin embargo, ese día no. Y Jordan no comprendía el porqué. Aquí, entre sus amigos y sus compañeros del Parlamento más afines, tendría que ser capaz de relajarse. No había cerca ni una sola de esas damas pánfilas y bobaliconas amigas de Astramont, con sus absurdos cuentos sobre hadas y sentimientos románticos.

Pero tampoco se hallaba lady Emma. Ella se había quedado en casa de lady Astramont, con Pollock. Pollock era el que disfrutaba de su compañía, y se impregnaba de su aroma a lavanda, y escuchaba su voz melodiosa. ¡Que el diablo se llevara a ese granuja! ¡Y que el diablo también se la llevara a ella! ¿Cómo se atrevía a decantarse por Pollock? Era obvio que lo había hecho para eludir el interrogatorio de Jordan. Tenía que ser ése el motivo. Sin embargo, por más que fuera lady Emma —o simplemente Emily—, nadie más tenía derecho a estar con ella que él, y pensaba dejárselo claro a Pollock la próxima vez que viera a ese desgraciado.

El criado tomó su imponente abrigo y le informó con un tono respetuoso que lord Saint Clair estaba esperándolo en la sala de la biblioteca. Jordan murmuró una maldición entre dientes. Se había olvidado por completo de su cita con Ian.

Cuando entró en la sala de la biblioteca, necesitó unos breves momentos para distinguir al vizconde a causa de la atmósfera cargada del humo de tantos cigarros, pero al final lo avistó en una esquina. Ian se hallaba sentado cómodamente en una butaca debajo de un enorme candelabro de pared, con una pipa en una mano y el reloj de bolsillo en la otra. Alzó la vista y vio a Jordan, luego propinó unas palmaditas nerviosas a la esfera de su reloj mientras su amigo se aproximaba.

Jordan se dejó caer en la butaca situada justo enfrente de él y refunfuñó:

—Ya estoy aquí, así que ya puedes enfundar tu maldito reloj y también esa mirada incrédula.

Ian sonrió burlonamente, cerró la tapa del reloj y se lo guardó en el chaleco.

—Es la segunda vez que pasa, Jordan. Puesto que nunca llegas tarde, sólo puedo imaginar que ya asoman los primeros síntomas de senilidad. Si no vas con cuidado, uno de estos días te sorprenderemos deambulando por las calles con los cordones de los zapatos desatados y hablándote a ti mismo.



—Muy divertido, sí, señor, pero que muy divertido. Ayer por la noche la culpa fue de Pollock, y hoy simplemente me he olvidado. A veces estas cosas suceden, ¿no lo sabías? Incluso a mí. Llevo demasiadas presiones en la cabeza últimamente.

—¿Quizá lady Emma? —Cuando Jordan lo fulminó con una mirada desabrida, Ian agregó—: Me comentaste que pensabas ir al almuerzo de lady Astramont, aunque para serte sincero creí que me tomabas el pelo; en el fondo encuentras a esa muchacha tan irritante como al resto de nosotros.

Jordan tomó un puro de la caja dorada que había sobre la mesita ubicada entre ellos, surtida también con varios ejemplares del Times y otros periódicos. Lo encendió, e inhaló intensamente hasta sentir en los pulmones el efecto catártico del humo.

—Sí, pero Emily Fairchild estaba allí. Y te lo dije, haré lo que sea necesario para desenmascarar a esa impostora.

Ian también inhaló una profunda bocanada y se encogió de hombros.

—¿Y por qué no le escribes simplemente una carta al padre de la señorita Fairchild y le preguntas dónde se aloja su hija en Londres? Si te da la dirección de la casa de Nesfield, entonces sabrás que lady Emma y la señorita Fairchild son la misma persona.

—Ya había pensado en esa posibilidad, pero dudo que obtuviera la respuesta esperada. Es probable que su padre también forme parte del plan. ¿Cómo si no habría accedido a que ella se marchara? Además, en el momento en que ese hombre reciba una carta, se preguntará de qué conoce Emily al conde de Blackmore. Ya sabes cómo son las cosas en esos pueblos pequeños: se hunden en un mar de cotilleos.

—¿Y por qué es ese inconveniente un problema?

—Porque tuvimos un leve encuentro a solas en mi carruaje hace un par de meses.

—¿Tú en tu carruaje y con una chica virginal? —Ian golpeó repetidamente la pipa en el reposabrazos—. Ahora sí que no me queda ninguna duda; estás entrando en esa fase de la vida denominada senilidad. ¿Se puede saber cómo diantre te metiste en semejante situación?

Un miembro del Parlamento se acercó a Ian por la espalda, con aspecto de querer entablar conversación con ellos, pero la mirada desdeñosa de Jordan consiguió que el individuo reanudara la marcha atropelladamente y se alejara de ellos. A continuación, Jordan le refirió a Ian todo lo que había sucedido esa noche, sin mencionar los besos, por supuesto.

—Así que ya ves, no fue culpa suya ni mía, y diría que conseguimos salir de la situación comprometida bastante bien. Pero si escribo una carta a su



padre conseguiré que algunas personas se pregunten qué sucedió esa noche que estuvimos juntos. Y si por alguna posibilidad me equivoco sobre Emily...

—Ah, así que admites que podrías estar equivocado. ¡Por el amor de Dios! ¡Pero si sólo la viste bajo la tenue luz de la luna!

—Lo sé. —Jordan inhaló otra bocanada de humo y recordó con qué detallismo lady Emma había descrito el castillo de los Dundee. No obstante, había algo extraño en ella...—. No creo que me equivoque. Pero no puedo correr riesgos. Si lady Emma no es la señorita Fairchild, no me gustaría destruir la reputación de la hija del rector. La señorita Fairchild que conocí no merece que circulen habladurías malintencionadas sobre su persona.

—Quizá existe otra razón, perfectamente lógica, de la enorme similitud física de lady Emma con tu amiga, la señorita Fairchild.

—¿Ah, sí?

—Lady Dundee nació en esa misma área, ¿no es cierto?

—Sí. Los Nesfield provienen de Derbyshire. Supongo que la condesa pasó su infancia en ese territorio antes de casarse.

—Entonces es posible que ella y los Fairchild sean familia lejana. Son muchos los hijos no primogénitos de la nobleza que deciden entrar en órdenes religiosas. Quizá el señor Fairchild sea el primo de Nesfield o algo parecido. Quizá ésa sea la razón por la que ocupa la rectoría de sus tierras.

Jordan propinó unos golpecitos rítmicos con los dedos sobre el reposabrazos tallado en madera de roble de la butaca que ocupaba. No había pensado en esa posibilidad. Una desapacible sensación de angustia se instaló en su estómago. ¿Y si todo ese tiempo había estado atormentando a una mujer que no era una impostora? A pesar de que ambas muchachas tenían un parecido físico espectacular y demostraban no tener pelos en la lengua para expresar lo que pensaban, lady Emma difería considerablemente de la hija del rector en su actitud con los hombres. Sus flirteos descarados no tenían nada que ver con la firme moral de Emily. Y la forma en que besaba...

¡Por todos los santos! Quizá sí que estaba totalmente equivocado y había cometido un grave error.

—Si lo que quieres es estar seguro, ¿por que no vas a Derbyshire? —continuó Ian.

—Me temo que esa opción también sería indiscreta. Pero podría enviar a Hargraves, si finalmente no descubre ningún dato relevante a través de los criados de Nesfield.

El semblante de Ian se tiñó con una sombra de melancolía.



—No estoy seguro de que logres averiguar nada por esa vía, ni tan sólo con la valiosa ayuda de Hargraves.

—¿Por qué no?

—Mientras estabas en el almuerzo de lady Astramont, fui a casa de Nesfield con el deseo de hablar con lady Sophie. Pero los criados no me dejaron pasar, aduciendo con mucha educación que la señorita estaba demasiado enferma para recibir visitas. ¿No te parece extraño que lleve tantos días enferma?

Jordan exhaló una bocanada de humo.

—No necesariamente. Si hay una mujer joven proclive a estar enferma, ésa es lady Sophie.

—Es cierto, pero creo que su aborrecible padre es el causante de todos sus males. Sospecho que si ella lograra escapar del férreo control de Nesfield, se sentiría mucho mejor. Lamentablemente, no me queda más remedio que pasar por el filtro de su padre, si quiero casarme con ella.

Jordan miró a su amigo con ojos desconcertados. Esa nueva preocupación por parte de Ian de querer casarse a toda costa estaba empezando a inquietarlo.

—Ya verás como dentro de un par de días se habrá recuperado de su convalecencia, y entonces seguro que encontrarás la forma de sortear las objeciones de su padre.

—Cuento con lady Emma para que me ayude.

—¿Lady Emma?

—Si pudiera hablar con ella a solas... Pero para eso necesito tu ayuda.

Jordan contempló a su amigo con curiosidad.

—Estaré encantado de ayudarte, siempre y cuando tú también me ayudes a conseguir hablar con ella a solas.

Ian lo reprendió con una mueca intransigente.

—Mira, si lo que pretendes es seducir a esa muchacha...

—No es ésa mi intención. Simplemente quiero hacerle unas cuantas preguntas.

—Ya me lo imagino —repuso Ian con una risita maliciosa.

—Si no, no podré averiguar lo que quiero.

Ian soltó un suspiro y depositó la pipa sobre la mesa.

—Realmente te has encandilado de ella, ¿no es cierto? Lady Emma/Emily lo consumía, no le permitía pensar en otra cosa; plagaba su sueño, y lo empujaba a comportarse como un perrito hambriento en una



carnicería. Ninguna mujer le había robado el corazón de esa manera en su vida.

Jordan desvió la vista.

—Lo único que deseo es averiguar la verdad, eso es todo.

—Supongo que tus intentonas en la cueva oscura de Astramont no han dado el resultado esperado.

—Así es.

—¿No pudiste acercarte a tu presa? ¿O cuando lo hiciste ella se mostró demasiado astuta para ti? —La sorna con que pronunció la palabra «astuta» hizo que Jordan parpadeara desconcertado.

—Ella se limitó a eludir mis preguntas, si a eso te refieres —espetó Jordan—. Si te mueres de ganas por saber lo que sucedió, pregúntale a Pollock. Él también estaba presente.

—¿Pollock ha sido testigo de este terrible contratiempo? ¡La situación se pone más interesante cada segundo que pasa! Quizá le pediré a Pollock que me ayude con lady Emma, en lugar de confiar en ti.

A Jordan se le escaparon las palabras sin pensar.

—¡Si lo haces, te juro que colgaré a ese elemento patético con sus ridículas corbatas del palo de una bandera!

Ian estalló en una risotada.

—¡Vaya, vaya! ¡Estás celoso!

—¿Celoso? ¿De ese dandi? ¡No seas ridículo!

Pero cuando la sonrisa de Ian se amplió, Jordan se puso a jugar con el cigarro que aún sostenía en la mano; lo extinguió en un cenicero efusivamente, y después se dedicó a buscar otro puro en la cajetilla. No estaba celoso. Simplemente era que le molestaba pensar en una criatura tan exquisita como lady Emma con un idiota como Pollock. Lamentablemente, gracias a su propia representación grotesca, haciendo gala de su mal humor, ella estaba probablemente paseando por los interminables jardines de la mansión de los Astramont con Pollock, en ese preciso momento.

¿Y si realmente era la hija de un lord escocés, que buscaba esposo? ¿Podía posiblemente pensar que Pollock sería el marido ideal, un hombre cuyo mayor entretenimiento era corretear por Londres montado en su faetón, luciendo el último chaleco de vivos colores que acababa de adquirir?

¿Y si Pollock conseguía quedarse con ella a solas? ¿Y si esa desvergonzada le regalaba la misma clase de besos que le había ofrecido a Jordan la noche anterior?



La furia lo cegó. Imaginársela de pie, bajo un cerezo, entre los brazos de Pollock, provocando a ese mequetrefe para que la besara, la acariciara, la...

¡Maldita fuera! ¡Jamás debería haberla dejado con ese desgraciado! Pollock podía ser muy desfachatado cuando quería impresionar a una mujer, y a juzgar por las miradas que le lanzaba a lady Emma en casa de los Astramont, lady Emma era exactamente la clase de mujer a la que Pollock deseaba impresionar.

Bueno, si ella se encaprichaba de Pollock, se arrepentiría. Jordan asió otro puro y lo encendió con cara de malas pulgas. ¡Ya le enseñaría él lo vanidoso y pomposo que era Pollock!

No importaba que hasta dos días antes Jordan hubiera considerado a Pollock un buen amigo. Ahora Pollock era su enemigo. Todo el mundo que se interpusiera entre él y lady Emma —Emily— era su enemigo.

Incluso Ian.

—¿Y bien? —Jordan escrutó a su amigo—. ¿Cuál es tu plan? ¿Me has incluido en él?

—Por supuesto. No puedo perder la oportunidad de verte hacer el ridículo por culpa de una mujer. —Antes de que Jordan pudiera replicar, él continuó—: Mira, esto es lo que he pensado que podríamos hacer...

Era la segunda vuelta que Emily daba con el señor Pollock por el jardín de lady Astramont. Durante el primer paseo, él le había hecho preguntas acerca de su pasión por Escocia. Ella no había sido capaz de desviar la conversación hacia lady Sophie antes de que lady Dundee se les uniera.

A pesar de que Emily quería marcharse, era el momento oportuno para interrogar al señor Pollock, especialmente ahora que Jordan se había marchado. Había conseguido transmitirle a lady Dundee su deseo de quedarse, aunque había necesitado recurrir a mil y una excusas para poder dar una segunda vuelta con el señor Pollock.

Por fin se habían quedado solos. El resto de los invitados se había retirado a uno de los saloncitos de la casa puesto que empezaba a oscurecer. Los jardines habían adoptado un aire más íntimo y exótico. La glorieta añadía una nota más bucólica a la escena, con sus columnas con ninfas y el techo finamente ornamentado. Cuando la pareja se acercó a la estructura, los únicos sonidos que se oían eran unos pasos que se alejaban por el sendero de gravilla y la triste y dulce canción de un ruiseñor.

—Realmente le ha frenado los pies a Blackmore —murmuró Pollock en un tono confidencial—. Supongo que ya no se atreverá a molestarnos de nuevo.

Emily deseaba que eso fuera cierto, pero sospechaba que el comentario del señor Pollock simplemente revelaba sus esperanzas. Lord Saint Clair



tenía razón: ese joven parecía estar resentido con Jordan. No acertaba a imaginar los motivos, a menos que no fuera porque Jordan poseía el título y la posición social que el señor Pollock dudosamente conseguiría en su vida.

Pero, por otro lado, el señor Pollock poseía cosas de las que Jordan carecía. Como por ejemplo, un corazón que no estaba hecho de granito.

—No estaba intentando pararle los pies —confesó ella con honestidad—, lo único que quería era que dejara de mofarse de todo.

—Me temo que eso es una empresa inviable. —Ahora habían entrado en la glorieta. El señor Pollock sacó un pañuelo y quitó el polvo de uno de los bancos de mármol para que Emily pudiera sentarse—. Pero no hablemos de Blackmore; prefiero hablar de usted.

—¿De mí? —Recelosa, ella aceptó el asiento que él lo ofrecía—. ¿Le parece que hay algo que comentar sobre mi? —Emily prefería hablar de Sophie.

El mortecino sol reflejó la expresión pensativa en la cara del señor Pollock.

—Podría recitar las típicas virtudes, como que su pelo es como una espiga dorada y sus labios como rubíes, pero me temo que una mujer de su sofisticación está demasiado acostumbrada a escuchar esa clase de comentarios, y que por consiguiente debe de considerarlos sumamente tediosos.

¿Una mujer de su sofisticación? ¡ja! Si él supiera la verdad...

—Tediosos no, sino ridículos. No soy más que una mujer normal y corriente, con un pelo y unos labios normales y corrientes, estoy segura. —Emily jugueteó inquieta con el abanico que llevaba colgado de la muñeca, preguntándose cómo podía desviar la atención de la conversación hacia los comentarios que a ella le interesaban. Entonces le llegó la inspiración.

—No puedo compararme con mi prima. Esa complexión tan grácil y ese pelo tan sedoso. ¿No le parece que Sophie es preciosa?

—Lady Sophie no puede hacerle sombra. —Ante su sorpresa, él se sentó a su lado y le cogió la mano, luego la estrechó entre sus dedos tan meticulosamente cuidados con las artes de la manicura—. Del mismo modo que a la luna no le queda más remedio que ocultarse cuando emerge el sol, la belleza de su prima queda eclipsada por la suya.

¡Virgen santa! Jamás había oído a un hombre hablar de una forma tan poética; pero se sintió incómoda ante las indiscutibles muestras de adulación. Intentó retirar la mano, pero él la apresó con más brío.

—¡Señor Pollock! ¡Haga el favor de soltarme!



—No hasta que le haya declarado lo que mi corazón siente por usted. — La tenue luz del atardecer proyectaba unas sombras en sus rasgos, pero no ocultaba el destello que emanaba de sus pálidos ojos azules—. Supongo que sentirá algo por mí, o si no, no habría rechazado a Blackmore para pasear conmigo. Y su insistencia en dar una vuelta más a solas conmigo confirma mis conjeturas.

¡Cielo santo! Él había asumido una idea errónea sobre ella.

—Señor Pollock...

—No, no hable todavía. Permítame primero que le diga lo que siento. Sin lugar a dudas tiene un sinfín de pretendientes; sólo le pido que me acepte entre ellos y que me dé las mismas oportunidades que al resto para que podamos conocernos un poco mejor.

¡Menudo desastre!

—Creo que no lo entiendo. Pensé que estaba enamorado de mi prima. —Emily forcejeó para zafarse de sus manos y lo logró—. Jamás imaginé que pudiera sentir esa clase de atracción por mí. ¡Pero si apenas nos conocemos!

Pollock se sentó un poco más cerca de ella en el banco, sin guardar la distancia debida.

—Después de hoy, creo que la conozco lo suficientemente bien. Apenas conocía a su prima cuando decidí cortejarla; pero entonces apareció usted, y ya no pude pensar más en lady Sophie, cuando me di cuenta de que tenía ante mí a la joya más preciada de su familia. La habían mantenido oculta hasta el final... sí, me refiero a usted, un diamante de una calidad excepcional.

Primero flores, luego cuerpos celestiales, y ahora joyas. ¿Acaso ese joven no sabía hablar de un modo más natural? Obviamente, sus sentimientos por Sophie habían sido inconsecuentes, si podía olvidarlos con tanta facilidad. Emily no podía permitir que el señor Pollock siguiera por esa vía, por más que lord Nesfield esperase lo indecible.

—Por favor, no siga. Usted y yo jamás podríamos... quiero decir, no es posible que...

—Ya sé lo que va a decirme —la interrumpió él.

«¡Qué alivio! Porque ni yo misma sé lo que iba a decirle», pensó ella.

—Ya sé que su padre no aceptará que un hombre sin título nobiliario corteje a su pequeña flor. Pero los escoceses no tienen tantos reparos en cuanto a estas cuestiones como nosotros los ingleses. Estoy seguro de que si pudiera transmitirle a su padre que soy capaz de ofrecerle una vida cómoda, ese detalle de la falta de título aristocrático no sería relevante.



Emily se quedó estupefacta ante tal consideración, pero pensó que podía aferrarse a esa excusa para librarse de Pollock.

—Se equivoca. Ese detalle es muy importante, no sólo para mi padre, sino también para mamá, quien tiene la determinación de hallar un buen partido para mí. Cuando se trata de esas cuestiones, ella se muestra muy inglesa. —Cuando Pollock la miró visiblemente desalentado, Emily sintió un agudo pinchazo en el corazón—. Por supuesto, supongo que a estas alturas ya sabrá que a mí no me interesan los títulos ni semejantes banalidades. Es usted un hombre encomiable, y estoy segura de que será un magnífico esposo para otra mujer. Pero no puedo ir contra la voluntad de mis padres permitiéndole que me corteje. Espero que lo comprenda.

Sus intentos por no rechazarlo de una forma tan hiriente y directa sólo consiguieron alentar a Pollock. Su cara pálida se iluminó, y sin dudarlo ni un segundo, la estrechó por la cintura. A Emily se le cayó el abanico que sostenía entre los dedos y éste quedó colgando de su muñeca.

—No me importa lo que opinen sus padres —susurró Pollock, ahora lo suficientemente cerca de ella como para atufarlo con su olor a una perfumadísima agua de colonia—. Si a usted no le importa ese detalle, entonces no se preocupe. No siempre hay que recurrir al permiso paterno para casarse... Ya me entiende... —Pollock enarcó una ceja sugestivamente—. Como ya sabrá, en algunos lugares del país los hombres y las mujeres pueden casarse libremente.

Sus palabras la dejaron sin aliento. ¿En algunos lugares del país? ¿Se refería a Gretna Green, en Escocia, el lugar dónde se reunían las parejas que querían casarse a escondidas de sus progenitores?

¿Le había dicho esas mismas palabras a Sophie?

—Señor Pollock, me parece que se precipita. No me estará diciendo que... no estará insinuando que nos fuguemos, ¿verdad?

—No a menos que no nos quede más remedio, pero le aseguro que no me dejaré amedrentar ante la negativa de sus padres a casarme con usted, dados nuestros sentimientos mutuos.

¿De verdad hablaba en serio? ¿Estaba el señor Pollock tan necesitado de hallar esposa que recurriría a esas tácticas subrepticias para casarse?

Emily se esforzó por hablar con un tono distendido.

—Supongo que estará bromeando. ¿Es ése el modo que tiene de cortejar a una dama, sugiriéndole que abandone a su familia y huya con usted para vivir un futuro incierto?

—Si está cuestionando mi sinceridad, madame, le aseguro que mis intenciones son absolutamente serias. Haré lo que sea preciso. No puedo serle más sincero.



Emily notó un escalofrío a lo largo de la columna vertebral cuando el brazo de Pollock, que ella había tomado por frágil y gentil, la estrechó de una forma posesiva.

—No debería hablarme de tales cosas. —Emily intentó escapar de su abrazo, pero él la agarró con más fuerza. De repente, la alarma se disparó en su pecho—. De verdad, señor, jamás podría ignorar los deseos de mis padres, y desde luego, no sería capaz de fugarme. Si sus deseos son honestos, debería hablar con mis padres como es de esperar.

Pollock la rodeó con el otro brazo también por la cintura, inmovilizándola por completo. Podía ser un dandi, pero sus brazos eran sorprendentemente tenaces.

—Me acaba de decir que ellos jamás aceptarían que la corteje, por lo que eso nos deja sólo una posibilidad. Además, sé que a usted le trae sin cuidado el protocolo de las formas debidas. —Sus rasgos se habían teñido ahora de una furia patente—. La seguí a usted y a lord Blackmore la otra noche, cuando se perdieron en los jardines de la casa de los Merrington. Contemplé cómo lo besaba.

A Emily se le erizó el vello de la espalda. ¿Los había visto? ¡Por todos los santos! No necesitaba dejar volar demasiado la imaginación para darse cuenta de lo que Pollock debía de pensar de ella.

Todas las historias espeluznantes que había oído un sinfín de veces la asaltaron ahora: de hombres abusando de jóvenes mujeres en contra de su voluntad, de hombres tan desesperados por casarse que harían cualquier cosa con tal de conseguir a la mujer que habían elegido. Frenéticamente, barrió con la vista todo el jardín que se extendía más allá de la glorieta, pero no había nadie a la vista. Su plan no estaba saliendo como deseaba.

—No es lo que cree... —empezó a decir.

—Oh, no le recrimino su comportamiento. Blackmore puede ser muy persuasivo. El hecho de que finalmente lo rechazara la otra noche y que haya vuelto a hacerlo hoy habla por sí solo. Indudablemente, usted comprende que él es demasiado frío para una mujer tan apasionada y con unos sentimientos tan profundos. —Pollock extendió los dedos en la parte baja de su espalda—. En cambio, usted y yo estamos hechos de la misma pasta, seguro que se ha dado cuenta. Puedo satisfacer sus necesidades tanto o más que Blackmore.

Apresándola por la barbilla con una mano inflexible, la obligó a alzar la cabeza para poder besarla. Emily notó unos labios húmedos y calientes contra su boca; la sensación fue tan desagradable como si le hubieran arreado un trompazo en los labios con una anguila hervida. Absolutamente asqueada, intentó apartarlo empujándolo por el pecho, pero él se resistió. Intentó apartar la boca, pero esos labios se asemejaban a una babosa pegada a ella, y por lo visto él deseaba tomarse aún más libertades. Su



gruesa lengua ejerció una intensa presión para que abriera los labios, y su aliento excesivamente perfumado casi la tumbó de espaldas.

Un pánico indescriptible se apoderó de ella cuando Pollock asió la punta de su corpiño y tiró de él hacia abajo, pellizcándole el pecho en el proceso. Emily intentó escudarse con los brazos, y cuando vio que esa táctica no funcionaba, le propinó un cachete en el muslo con el abanico cerrado. Él se separó un poco al tiempo que farfullaba una maldición entre dientes.

Emily aprovechó el instante para ponerse de pie y alisarse la ropa desaliñada.

—¡Cómo se atreve, señor Pollock! No le he dado permiso para que me toque de ese modo tan íntimo! —Ella hablaba más como la prudente Emily Fairchild que como la desvergonzada lady Emma, pero no le importaba. ¡No permitiría que ese mentecato se aprovechara de ella justo allí en el jardín!

Los ojos de Pollock adoptaron un brillo porfiado mientras se masajeaba el muslo entumecido.

—Usted le dio permiso a Blackmore. Vi cómo le permitía acariciarla. ¿Qué clase de calentabraguetas es usted?

—¡Yo no le di permiso a Blackmore para que se excediera, se lo aseguro!

—Pues ésa no fue mi impresión. —Su voz era decididamente desagradable. Pollock se incorporó del banco—. Usted estaba arqueando la espalda y gimoteando como una gatita en celo. ¡Y conseguiré que haga lo mismo conmigo, lo juro, antes de que esta noche toque a su fin!

Cuando él avanzó hacia ella, Emily apuntó el extremo de su abanico hacia su escroto como si fuera una peligrosa daga. No sabía mucho sobre la anatomía masculina, pero al menos estaba segura de una cosa: los hombres siempre mostraban mucho cuidado en cubrirse los genitales. Había visto a algunos chiquillos en el pueblo retorcerse de dolor tumbados en el suelo cuando alguien los atacaba precisamente en esa parte. Las varillas de su abanico terminaban en punta al final, y cerrado, se asemejaba a un arma indudablemente letal.

—¡Si da un paso más, se lo clavaré allí donde más duele! ¿Me ha oído?

Pollock depositó la mirada en el arma amenazante, y Emily divisó unas evidentes muestras de alarma en el rostro de su interlocutor.

—No será capaz de...

—Sí que será capaz —atajó una voz femenina desde algún punto cercano. Emily y el señor Pollock giraron la cabeza vertiginosamente hacia la dirección de donde provenían los sonidos, y lady Dundee emergió justo al lado de la glorieta, con una expresión colérica.



—¡Mi hija lleva la sangre de los escoceses en las venas, maldito botarate! ¡No dudará en clavarle el abanico!

La cara de Emily reflejó un gran alivio, pero el señor Pollock se quedó lívido y retrocedió lentamente, como si Emily fuera una serpiente que él acabara de descubrir en el jardín.

—Lady Dundee, no es lo que parece. Yo... yo sólo...

—¡Sé exactamente lo que es, pedazo de zoquete! —Lady Dundee penetró en la glorieta con paso amenazador—. Y puede estar seguro de que no permitiré que vuelva a suceder.

Pollock torció el gesto con petulancia.

—Entonces será mejor que mantenga a esa pequeña zorra bien vigilada. No soy el único hombre que ha estado con ella en esta clase de jardines oscuros.

Emily ahogó un chillido. Por todos los santos, si ese esperpento le contaba a lady Dundee lo de Jordan...

La condesa lo fulminó con una mirada gélida que consiguió bajarle los humos de inmediato.

—Señor Pollock, comprendo que usted se mueve en unos círculos que le quedan demasiado grandes.

El empezó a jugar nerviosamente con el nudo de la corbata.

—Por lo tanto —continuó la condesa con un tono implacable—, si me entero de que ha repetido esas mentiras a alguien... se lo prometo, si me entero de que va por ahí hablando mal de mi hija, incluso a la cocinera de la casa más remota de Inglaterra, me aseguraré de que se convierta en persona non grata en el pequeño cenáculo cerrado de la élite de esta ciudad. A diferencia de mi hija, yo puedo atacarlo con algo más contundente que un abanico. Y para mí será un enorme placer usar mi posición e influencia para degradarlo. ¿Me ha comprendido?

Mientras las mejillas del señor Pollock perdían todo indicio de color, la condesa miró a Emily y le habló con una voz escasamente menos fría:

—Vamos, Emma, tenemos que irnos. No podemos llegar tarde al baile de Winstead.

—Sí, mamá —se apresuró a contestar, casi sorteando todos los peldaños de la glorieta de un solo salto.

Emily notó la mano de lady Dundee sobre su brazo como un yunque poderoso y aplastante que a la vez la arrastraba a través del jardín. Emily comprendía que la condesa estuviera furiosa. La mujer debía de pensar cosas horribles acerca de ella, especialmente después del insidioso comentario del señor Pollock.



—Lady Dundee —dijo cuando finalmente reunió el suficiente coraje para hablar—. Estoy tan avergonzada...

La dama se detuvo a escasos pasos de la puerta de la casa y la atravesó con una mirada incrédula.

—¿Avergonzada? ¿De qué? Ese maldito mequetrefe incorregible... ¡Menudo cretino! Se cree tan astuto que...

La rabia parecía escapársele de los labios mientras desviaba la vista en dirección a la glorieta donde Pollock permanecía sentado en el banco con la cabeza entre las manos. Entonces bajó la voz:

—Aquí la única que tiene la culpa de todo lo que ha sucedido soy yo, por el amor de Dios. Sabía lo que intentabas hacer cuando insististe en dar otra vuelta con él, pero no debería haberlo permitido. ¡Si sólo eres una chiquilla inocente! No tienes ni idea de lo desalmados que pueden ser algunos hombres. En cambio, yo he visto suficientes cosas en la vida como para ser muy mal pensada. He permitido que Randolph envíe un corderito al matadero, y sólo por eso deberían azotarme hasta que me saltaran las lágrimas.

—¡No se culpe! ¡No soy una niña! Sabía los peligros que corría cuando decidí dar otra vuelta. El problema fue que interpreté erróneamente el interés de Pollock. La próxima vez tendré más cuidado.

—No habrá una próxima vez. —La anciana abrió los brazos en toda su amplitud—. He decidido poner punto y final a esta horrorosa farsa. Fue una idea estúpida desde el principio, pero di mi consentimiento porque tú parecías tener ganas de cooperar. Pero ahora se acabó. No pienso quedarme con los brazos cruzados mientras veo cómo una pobre muchacha inocente es sacrificada por culpa de una insensatez que ha cometido mi sobrina.

—¡Pero ahora no podemos detenernos! —Emily conocía a lord Nesfield demasiado bien. ¡Cumpliría su amenaza!

—¡Ya lo creo que podemos! Esta misma noche pienso decirle a Randolph que abandone esta majadería. Tiene a tres posibles sospechosos en el punto de mira. Dejemos que sea él quien descubra al verdadero culpable.

—¡No! ¡No lo permitiré! —Cuando la condesa la miró con la mandíbula desencajada, Emily tartamudeó—: Quiero... quiero decir que... que... le hice una promesa a su hermano, y debo cumplirla.

Lady Dundee la amonestó con la mirada.

—Bobadas. Olvídate de tu estúpido sentido de la lealtad. Estoy segura de que tu padre habrá hecho un enorme esfuerzo para ganarse y mantener su puesto en la rectoría, así que no le debéis nada a mi hermano.



A Emily ya le resultaba demasiado difícil mentir; pero mentirle a lady Dundee era como enredar a su propio padre, una experiencia remarcablemente desagradable. Sin embargo, no le quedaba otro remedio.

—No se trata de lealtad a lord Nesfield, sino de lealtad a Sophie.

—¡Menuda sandez! Cuando te contamos el plan por primera vez, te negaste a participar. Estabas más que dispuesta a dejar que Sophie se casara con el insensato al que ella quería. Sólo aceptaste colaborar después de que Randolph hablara contigo. ¿Qué te dijo? Puedes contármelo, hija mía; yo puedo ayudarte.

Nadie podía ayudarla. Si le contaba a lady Dundee la amenaza, lord Nesfield la entregaría a las autoridades alegando esas terribles mentiras acerca de la muerte de su madre, y ella no disponía de pruebas para refutarlas. Así de simple era el caso.

—No hay nada que contar.

—Sí que lo hay. Cuéntamelo, hijita. No te pasará nada malo. —El tono de lady Dundee era el de una mujer que estaba acostumbrada a que la obedecieran. A Emily le recordó los intentos por parte de Jordan de sonsacarle la verdad. ¡Malditos fueran todos esos lores y damas fascinantes, con sus voces imperantes!

Pero la suerte estaba echada: combatiría contra la condesa igual que había hecho con Jordan. —Usted me prometió que podría disfrutar de unas interesantes veladas en Londres y lucir trajes caros y bailar hasta el amanecer cada noche. ¿Piensa incumplir sus promesas?

Los ojos de lady Dundee casi se salían de sus órbitas.

—Mira, Emily, puedes jugar ese papel de niña impertinente y alocada con los demás, pero a mí no me engañas. Recuerda, sé que no eres la hija frívola de un noble escocés cuyo único objetivo en la vida es pasarlo bien.

—La hija frívola de un noble escocés es parte de mí. ¿No es eso lo que me dijo?

Por lo visto a la condesa no le gustó escuchar sus propias palabras contra ella misma, como un arma arrojada.

—Emily...

—Si le dice a lord Nesfield que no soy apta para esta misión, yo le diré que igualmente quiero hacerlo, y entonces, ¿qué piensa que sucederá?

Lady Dundee cruzó los brazos por encima de su amplio pecho.

—No puedes continuar con esta comedia sin mí, así que ni se te ocurra pensarlo. ¿Qué pensaría la gente si la madre de lady Emma abandonara a su hija justo después de su puesta de largo?



—Eso es, ¿qué pensaría la gente? La madre de lady Emma tendría que o bien inventar una excusa o bien contar a todo el mundo la verdad y destrozarse su propia reputación, la de su hermano, y quizá incluso la de sus verdaderas hijas. —Emily tragó saliva con dificultad—. Sin olvidar, por supuesto, la reputación de Emily Fairchild.

Por un momento que pareció interminable, la condesa se la quedó mirando sin decir nada. Después le dedicó una sonrisa perversa.

—Para ser la hija de un rector, posees una cantidad ilimitada de impudencia.

—Yo no inicié este juego, milady. Usted y su hermano lo hicieron. Pero ahora deseo acabarlo, con o sin usted.

—¿Te das cuenta de que no me dejas ninguna alternativa?

Emily casi se desplomó aliviada.

—De verdad, no tiene que preocuparse por mí. Puedo defenderme sola. Además, el señor Pollock ha sido el único que se ha excedido con tantas libertades. El resto de los hombres que he conocido se han comportado como unos verdaderos caballeros.

—¿Incluido Blackmore?

La percepción de la mujer era acertada. Emily vaciló sólo una fracción de segundo antes de mentir.

—Sí, incluido el señor conde.

Estaba segura de que la condesa la acribillaría con preguntas acerca de qué había insinuado el señor Pollock con su acusación. ¿Qué iba a contestarle? ¿Cómo podría explicárselo?

Sin embargo, lady Dundee no parecía tener ganas de hurgar más en la llaga.

—De acuerdo. Continuaremos como hasta ahora. —Cuando Emily empezó a darle las gracias, la dama añadió—: Aunque a partir de ahora no me separaré ni un instante de ti; no quiero que ocurra otro desagradable incidente.

—Ni yo tampoco —convino Emily con absoluta sinceridad.

Ni tan sólo por lord Nesfield pensaba arriesgarse a volver a sufrir un susto como ése.



Capítulo 9

Nuestros adversarios suelen malinterpretar nuestra rapidez mental, una quimera sin sustancia, y nombrar su propia lentitud con falaces nombres de juicio y solidez...

AN ESSAY IN DEFENSE OF THE FEMALE SEX
MARY ASTEEL,

El tono de la nota que Emily recibió el día después del almuerzo en casa de lady Astramont era formal. El significado que se ocultaba detrás de esas palabras, sin embargo, no lo era.

Por cuarta vez desde que el día anterior por la mañana hubiera llegado esa nota, Emily releyó las palabras garabateadas en el dorso de una hoja con el blasón de lord Saint Clair impreso, intentando leer entre líneas.

Querida lady Emma:

Para mí sería un verdadero honor si aceptara acompañarme al Museo Británico mañana, donde acaban de inaugurar una muestra con varios mármoles de lord Elgin. Supongo que disfrutará con la citada exposición. Pasaré a recogerla a las once de la mañana, si acepta mi invitación.

Su amigo,

IAN, VIZCONDE DE SAINT CLAIR

Emily había enviado una nota aceptando la invitación inmediatamente, por supuesto. No pensaba dejar escapar esa oportunidad. Sin embargo, la invitación la intrigaba, proviniendo de un hombre que proclamaba estar más interesado en su prima que en ella. Dobló la nota y se la guardó en el bolso de mano, luego avanzó hasta lady Dundee, que la aguardaba en el vestíbulo. La condesa estaba ocupada eligiendo una capa entre varias que Carter, el mayordomo, mantenía entre los brazos para ella.

—Quizá lord Saint Clair sólo esté interesado en salir a dar una vuelta conmigo, para que nos conozcamos mejor —comentó Emily.



Lady Dundee alzó ambas cejas.

—Sí, y quizá las hadas realmente existen. Saint Clair intenta algo más que salir a dar una vuelta inocente contigo, te lo aseguro.

—Por supuesto que sí. —Lord Nesfield las había estado observando desde la silla que ocupaba detrás de la mesita del vestíbulo, enfocando a una y a otra con los anteojos mientras éstas departían animadamente. Ahora escudriñaba a Carter.

—Lady Dundee puede ponerse la capa sola. Ya te llamaré si necesitamos tu ayuda.

Se mantuvieron en silencio mientras Carter se marchaba del vestíbulo. Los criados no sabían nada de la farsa de Emily, porque ni la condesa ni el marqués se fiaban de ellos respecto a ese gran secreto. Puesto que jamás habían visto antes ni a lady Dundee ni a sus hijas, los criados habían aceptado sin cuestionar que Emily era la hija de la condesa.

Lady Dundee había incluso inventado una historia para permitir que Emily recibiera las cartas de su padre sin despertar sospechas. Les había dicho a los criados que Emily, una preciada amiga de su sobrina, estaba viajando por el país antes de recalar en Londres, y que por eso habían aceptado guardarle toda la correspondencia que llegara a su nombre. La artimaña le había permitido a Emily contestar las cartas de su padre sin alertarlo de lo que realmente estaba sucediendo. Todo el subterfugio, no obstante, conseguía que fuera difícil hablar cuando los criados estaban cerca.

Tan pronto como Carter se marchó, lord Nesfield dijo:

—La otra noche, cuando Saint Clair estuvo aquí, estuvo preguntando a los criados acerca de Sophie de un modo exhaustivo. Estuve a punto de cometer un error, puesto que llegué a creer que él era nuestro hombre. —Suspiró—. Pero entonces se marchó sin tan sólo intentar sobornarlos con dinero para que le permitieran verla. Lo juro, me encantaría averiguar qué es lo que se propone esa alimaña.

—Hoy lo descubriremos —proclamó lady Dundee.

—No sé cómo pensáis hacerlo —gruñó él—. Si tú no te alejas de ellos, Saint Clair no le contará nada a la señorita Fairchild. Déjala que vaya sola con él. De ese modo nos será más útil.

—¡Randolph! ¡Me avergüenzo de que seas mi hermano! —lo amonestó lady Dundee al tiempo que elegía una capa corta de una blanda lana rematada con unos encajes vistosos y se la entregaba a Emily—. Tú jamás permitirías que tu hija saliera sola sin una dama de compañía. ¿Dónde está tu sentido de la decencia?

El marqués la miró con desdén.



—¡Como si algo de esta cita se pudiera considerar decente! Él piensa llevarla a una exposición de estatuas, por el amor de Dios. Cómo han degenerado las cosas para que se considere aceptable que un joven crea que puede cortejar a una jovencita llevándola a ver unas escandalosas esculturas griegas. No veo por qué una indiscreción más puede ser fatal.

—Eso es porque tienes unas nociones muy peculiares sobre el decoro —lo increpó la condesa—. Permitir que una joven vea las grandes obras de arte te parece escandaloso; permitir que arriesgue su virtud, no.

—Si realmente quieres una dama de compañía, ¿por qué no envías a Hannah? —Hannah era la criada que habían contratado para Emily—. Es una persona tímida; no frenará a Saint Clair, y éste se sentirá cómodo hablando en privado con la señorita Fairchild.

—Eso es precisamente lo que me temo —murmuró lady Dundee apretando los dientes mientras elegía una sombrilla a juego con su traje.

—¿Qué? ¿Qué has dicho? —la interrogó el marqués, estudiándola a través de los anteojos.

—Nada, querido —dijo Lady Dundee guiñándole el ojo a Emily—. Relájate, Randolph; mira, dejaré a Emily unos minutos a solas con ese sujeto, el tiempo suficiente para que le arranque la información que queremos averiguar. Con un poco de suerte, podremos descartar a Saint Clair como sospechoso y centrarnos en Pollock. Tras el almuerzo de lady Astramont, Emily y yo creemos que Pollock es suficientemente capaz de organizar una fuga con Sophie. Ese tipo haría cualquier cosa con tal de casarse con una rica heredera.

—No te olvides de Blackmore —agregó lord Nesfield—. Él también es sospechoso.

Lady Dundee se detuvo en su búsqueda de la sombrilla más adecuada.

—Al principio pensé que era una idea descabellada, pero ahora ya no estoy tan segura. Ha estado merodeando alrededor de Emily con demasiada frecuencia. Sí, supongo que deberíamos considerarlo sospechoso. —Miró a Emily de soslayo—. ¿Te dijo alguna cosa durante el almuerzo de lady Astramont, hijita? ¿Te preguntó por Sophie?

—No tuvimos la ocasión de quedarnos solos —confesó ella con honestidad, rezando por que lady Dundee no hubiera oído lo de su desaire público al negarse a pasear con él. Había considerado la posibilidad de contarle a lady Dundee las sospechas que Jordan tenía acerca de ella, pero ahora temía que eso sólo la impulsara a terminar la farsa y alimentar la rabia de lord Nesfield. No, tendría que soportar todo el peso del secreto sola.

Lady Dundee eligió una sombrilla.



—Qué pena que no pudieras hablar con él. Bueno, ya habrá otra ocasión.

Eso era precisamente lo que Emily temía. Incluso esa cita con Saint Clair la tenía preocupada. Después de todo, lord Saint Clair y Jordan eran amigos. Lord Saint Clair podría haberla invitado sólo para interrogarla en nombre de Jordan.

¿Pero y si Jordan era realmente el amante de Sophie? A pesar de la absurda teoría de lord Nesfield, no descartaba la posibilidad de que Jordan se hubiera encaprichado de Sophie, y la única forma de descubrirlo fuera hablar con él a solas.

Ante el sonido de los cascos de los caballos sobre la calle adoquinada, que de repente cesó, como si los equinos se hubieran detenido delante de la puerta, lady Dundee empujó a Emily hacia el pasillo.

—Rápido, hijita, espera en la sala de estar. No es correcto que Saint Clair te vea aquí de pie, en el vestíbulo, como si estuvieras esperándolo. No querrás asustar a ese hombre, ¿verdad? ¡Oh! ¿Dónde habré dejado mi bolso? ¡De verdad, a veces creo que hacen esos bolsitos demasiado pequeños adrede, para fastidiarme! ¡Carter! ¡Venga ahora mismo!

Lord Nesfield también abandonó el vestíbulo. Emily avanzó por el pasillo cabizbaja, pensando que de buena gana se tomaría uno de esos brebajes revitalizantes que solía preparar.

En ese momento le iría de maravilla, para calmarla y levantarle los ánimos.

Lady Dundee se precipitó hacia el pasillo atropelladamente tras ellos, y muy pronto los tres oyeron el ruido de la puerta principal al abrirse seguido de un murmullo de voces masculinas en el vestíbulo. Luego Carter entró en la sala y anunció a lord Saint Clair.

Tan pronto como el vizconde entró en la estancia, agasajó a Emily con una sonrisa afable. Realmente se comportaba como un tipo encantador casi todo el tiempo, aunque a veces lograba inquietarla. Con su pelo negro y sus ojos aún mas negros, le recordaba a una pantera que había visto una vez en un libro, un animal sigiloso y observador y letal.

Ese día, sin embargo, el vizconde mostraba un talante más animado. Tras los pertinentes saludos, las inclinaciones de cabeza educadas y las cortesías, lord Saint Clair no pareció inmutarse cuando lady Dundee anunció su intención de acompañarlos al museo.

—Así que no gozaré de la compañía de una adorable dama sino de dos. Será un día perfecto. —lan se frotó las manos—. Bien, ¿están listas para admirar esas magníficas tallas de mármol?

Las dos mujeres asintieron, y él les ofreció ambos brazos y las guió hasta la puerta principal. Cuando empezaron a descender los peldaños



hasta la calle, Emily alzó la vista y vio a Jordan, que estaba de pie junto al carruaje... ¡y se trataba de su propio carruaje!

Emily se detuvo abruptamente. Con un abrigo de color marrón chocolate y unos pantalones bastante ajustados a su figura de un color también tostado, Jordan ofrecía un aspecto informal y confiado, y apuesto —para no perder la costumbre—. Tenía los ojos fijos en ella, llenos de un reto presuntuoso. Ella clavó los dedos en el brazo de lord Saint Clair mientras sintió cómo el corazón la amenazaba con escapársele por la boca.

—Espero que no les importe que haya invitado a lord Blackmore para que nos acompañe —adujo lord Saint Clair tranquilamente—. Mi carruaje es demasiado pequeño para acomodar a tres personas de un modo debidamente confortable, y lord Blackmore se ha ofrecido galantemente a prestarme su carroza a cambio del privilegio de permitirle que nos escolte hasta el museo.

«¡Deja de mirarlo como si fueras una pazguata! Eso es precisamente lo que quiere, ponerte nerviosa», se regañó Emily a sí misma.

Ella no se dio cuenta de su paso vacilante en los peldaños hasta que lord Saint Clair dijo en un tono relajado:

—Lady Emma, ¿se encuentra bien?

Intentando recuperar algo de aplomo, forzó una sonrisa en los labios.

—Sí, sí, no es nada; sólo es que tengo un poco de dolor de cabeza, y al salir a la calle y sentir el sol directamente en los ojos se me ha agravado el malestar.

—Si tienes dolor de cabeza, estoy segura de que a lord Saint Clair no le importará posponer la cita —intervino lady Dundee.

—Desde luego —añadió lord Saint Clair, a pesar de que parecía decepcionado—. ¿Quiere sentarse?

Emily deseaba gritar que se quería largar de allí, encerrarse en casa con la excusa de que preferiría no ir al museo a causa de ese terrible dolor de cabeza. Pero si huía de él como una cobarde, Jordan acabaría de convencerse de su identidad impostora.

La sonrisa burlona de Jordan consiguió que se decidiera a responder:

—No, estoy bien. No es un dolor de cabeza tan horroroso. No me perdería esta salida por nada del mundo.

Cuando alcanzaron el último peldaño, lord Saint Clair se dio la vuelta para ayudar a lady Dundee a subir al carruaje, luego la siguió, dejando a Emily con Jordan. El contacto físico mientras él la ayudaba a subir a la carroza fue breve, tan breve que nadie habría considerado que fuera digno de despertar ningún interés, pero Emily lo sintió tan claro como una huella



profunda impresa en todo su cuerpo. Los dedos de Jordan, gentiles pero tenaces cuando se cerraron alrededor de su mano enguantada... sus muslos rozándole la falda... su otra mano reposando en la parte inferior de la espalda, cálida y segura y vergonzosamente familiar.

Al menos Emily no tuvo que sentarse a su lado. Lord Saint Clair había ocupado acertadamente el otro asiento, dejándole sitio para que se sentara al lado de lady Dundee.

Sin embargo, el hecho de tener a Jordan sentado frente a ella no resultó más cómodo. El carruaje era espacioso, eso era evidente, pero no tan amplio como para mantener los pies embutidos dentro de las botas de Jordan lejos de sus pies protegidos por unos finos zapatitos de paseo. Cuando el carruaje se puso en marcha, Jordan estiró una pierna hacia la puerta. Entonces Emily notó cómo le rozaba el muslo con el suyo, un movimiento que a lady Dundee le pasó desapercibido puesto que su falda le bloqueaba la vista.

Emily contuvo la respiración mientras lo fulminaba con una mirada amonestadora. ¿Lo había hecho a propósito?

Jordan la miró fijamente, con unos ojos pecadores y seguros. Oh, sí, lo había hecho aposta. Cuando él sonrió, repasándola lentamente de arriba abajo, ella se sintió a punto de estallar en un ataque de ansiedad.

No importaba que estuviera ataviada con un traje de paseo perfectamente respetable, con una capa corta sobre los hombros y unas gruesas medias de lana debajo de la falda.

No importaba que llevara las manos cubiertas con unos guantes, y un sombrerito que le tapaba prácticamente todo el pelo, dejando ver sólo su carita oval como único trozo de piel desnuda.

Darían igual si hubiera estado totalmente despojada de cualquier prenda. Emily notó la mirada hambrienta repasando cada centímetro de su piel bajo la ropa... como una caricia prohibida. Entonces él le acarició la pierna con la bota, lentamente, deliberadamente, y consiguió que la sangre fluyera por sus venas como un fiero licor que le calentaba cada extremidad de su cuerpo.

Emily encogió la pierna tanto como pudo, pero el muy truhán sencillamente se limitó a extender la suya un poco más, y esta vez la apoyó sobre la de ella con una abierta insolencia. Emily no podía alejarla más sin realizar un movimiento tan brusco que los otros dos acompañantes se hubieran dado cuenta claramente. ¡Maldito sea!

Intentó ignorar el miembro presionado de una forma tan íntima contra ella, intentó decirse a sí misma que eso no significaba nada porque él llevaba unas botas muy gruesas y ella llevaba medias.

Pero cuando Jordan restregó el muslo contra el de ella en otra caricia larga y sensual, Emily notó que el aire se detenía en la garganta y no le



llegaba a los pulmones. Toda su atención estaba depositada en ese delicioso y a la vez terrible contacto entre los dos. Jordan la acariciaba una y otra vez, como si su pierna estuviera haciendo el amor a la de ella con una cadencia plácida y sutil.

Definitivamente, el carruaje era demasiado pequeño. Cuando la próxima caricia de Jordan le despertó una necesidad pecaminosa y acuciante en sus partes más íntimas, Emily se estremeció involuntariamente.

—¿Tiene frío, lady Emma? —le preguntó Jordan en un tono burlón.

Ella le lanzó una mirada implorante, pero él sonrió y deliberadamente deslizó la bota por su pierna, lo cual le provocó a Emily otro escalofrío.

Jordan sonrió.

—¿Quiere una manta? Estoy seguro de que debe de haber una por aquí.

—Estoy... estoy bien, lord Blackmore. Estoy muy... muy cómoda, gracias —acertó a tartamudear Emily.

Lord Saint Clair la escrutó con curiosidad y frunció el ceño cuando vio la expresión de tensión en su cara; Jordan se estaba dedicando ahora a trazar la curva de su tobillo con la bota.

Emily se preguntó si el vizconde se había dado cuenta del comportamiento tan descarado de su amigo.

—¿Por qué no les referimos a las damas la historia de los mármoles que vamos a ver, Jordan? —dijo de repente el vizconde, bruscamente.

Jordan obsequió a Emily con una sonrisa mordaz, sin prestar atención al semblante enojado de su amigo.

Lord Saint Clair vaciló. Entonces, escrutando a Jordan con ojos reprobadores, se puso a explicar:

—Se trata de unos mármoles espectaculares, unas esculturas de un valor incalculable que fueron descubiertas en el Partenón. Lord Elgin las trajo a Inglaterra en la época en que fue embajador en Grecia y las vendió al Museo Británico hace un par de años. Ahora las han expuesto por primera vez, para que todo el mundo pueda verlas.

Jordan torció el gesto y su pierna se puso rígida contra la de Emily antes de replicar:

—¿Cómo que las trajo a Inglaterra? ¡Querrás decir que las robó! Y lo hizo con tanta alevosía como si hubiera entrado furtivamente en una casa por la noche y hubiera robado todas las fornituras de plata.

Era obvio que Jordan y su amigo ya habían discutido ese tema con anterioridad.

Lord Saint Clair clavó la mirada en la falda de Emily y continuó, con una sonrisa irónica en los labios.



—De todas formas, Jordan, Elgin tenía permiso del gobierno otomano para llevárselas.

Jordan lanzó un bufido e irguió la espalda. Al hacerlo, apartó la pierna que tanta incomodidad le causaba a Emily.

—¡Como si alegaras que tenía el permiso de Napoleón! Los otomanos invadieron Grecia del mismo modo que Napoleón invadió Italia. No tenía derecho a desmontar el Partenón. Elgin debería haber pedido permiso a los griegos, pero no lo hizo, y por lo que he oído, a los griegos no les hace ni la menor gracia que se llevara parte del templo.

Ahora que Jordan había cesado de atormentarla, la conversación empezaba a interesarle a Emily.

—No lo entiendo. ¿Lord Elgin sacó los mármoles del Partenón, así sin más, y trajo las esculturas aquí?

—Así es. —Los ojos de Jordan refulgían con furia—. Gracias a Elgin, la mitad del Partenón ha sido desmantelado y está aquí, en Inglaterra. Han cometido una atrocidad imperdonable con ese templo.

—Aun así, Jordan, el edificio ya había sido atacado por los turcos y quién sabe por qué otros exploradores más —apostilló lord Saint Clair—. Además, los griegos no lo estaban vigilando como era debido. Y si no hubiera sido por Elgin, los franceses se habrían llevado esas esculturas.

—Por lo menos los franceses no los habrían tenido abandonados en un cobertizo húmedo y malsano durante seis años para que se deteriorasen como hizo Elgin, mientras intentaba convencer al Museo Británico para que las comprara. ¿Crees que fue una actuación correcta para esas tallas de mármol? A través de mis contactos en el museo, y en particular me refiero al escultor que se dedica a restaurarlas, he sabido que las esculturas estaban en un terrible estado cuando llegaron al museo por culpa de haber estado expuestas al aire húmedo de Londres durante todo ese tiempo. ¿Qué derecho tenía Elgin a destrozar un monumento histórico de enorme importancia sólo con el objetivo de enriquecerse?

—¿Pero cómo es posible que le permitieran cometer tal atrocidad? —inquirió Emily al darse cuenta del terrible atropello.

Jordan lanzó un suspiro disgustado.

—Eso mismo me pregunto yo. Nuestros compatriotas no han hecho nada para censurar a ese demonio.

—No es verdad —contraatacó lord Saint Clair con sequedad—. Tú solo te has dedicado tanto a censurar el caso que ya no hace falta que nadie más lo haga. Me sorprende que hayas aceptado venir con nosotros a ver las esculturas.

—Formo parte del Consejo de Dirección del museo. Me interesa no perderlos de vista para asegurarme de que reciben el trato que se



merecen. —Frunció los labios momentáneamente, y su cara se tiñó de rabia. Entonces miró a Emily, y toda su ira pareció desvanecerse en un instante—. Además, no podía resistirme a la tentación de acompañar a dos damas tan adorables.

Cuando él enfatizó su comentario volviendo a extender la pierna y apoyándola nuevamente contra la de Emily, ella no pudo contenerse y lo miró enojada antes de clavarle el tacón de su delicado zapatito en la punta de la bota —un ataque absolutamente inconsecuente—. Por única respuesta, Jordan hundió la bota detrás de su pantorrilla y la acarició desvergonzadamente hasta la rodilla. ¡Maldito canalla!

Lady Dundee dijo:

—Pues aunque usted no apruebe los métodos por los que estas esculturas han llegado hasta aquí, yo no me avergüenzo de confesarle que tengo muchas ganas de verlas. En Escocia no solemos gozar de una oportunidad tan magnífica para contemplar verdaderas obras de arte, ¿no es cierto, hijita?

A Emily se le ocurrió una idea.

—Oh, no digas eso, mamá. Sólo reafirmarás la opinión tan pobre que lord Blackmore tiene sobre Escocia. —Le dedicó a Jordan una sonrisita beligerante.

—¿Cómo que mala opinión? —preguntó la condesa, achicando los ojos.

Emily se apresuró a enumerar con avidez todos los comentarios insultantes que Jordan había proferido sobre Escocia durante el almuerzo en casa de lady Astramont, con lo cual lo obligó a dar mil y una explicaciones a lady Dundee. ¡Perfecto!

Durante un rato ese bribón no la molestaría; era lo que se merecía por haberse excedido tanto.

Mientras Jordan empezó a excusarse, ella y lord Saint Clair intercambiaron unas miradas victoriosas. Cuando finalmente llegaron al Museo Británico, lady Dundee había recitado poéticamente todas las gestas que habían tenido lugar en tierras escocesas, y los ojos de Jordan chispeaban peligrosamente, como si fuera a estallar de un momento a otro. Emily tuvo que realizar un enorme esfuerzo para no echarse a reír.

Y ella siguió proyectando su aire triunfal cuando lord Saint Clair se dispuso a ayudar a ambas damas a apearse del carruaje. Después, el vizconde le ofreció el brazo a Emily caballerosamente, y Jordan se quedó rezagado con lady Dundee. A Emily le habría gustado besar a ese genio. Obviamente lord Saint Clair se había dado cuenta de cuán molesta estaba ante el improcedente comportamiento de Jordan.

Pero Emily se quedó sorprendida unos minutos más tarde cuando Jordan expresó súbitamente el deseo de mostrarle a lady Dundee un cuadro en



una sección contigua del museo, y lord Saint Clair dijo que él y lady Emma se quedarían contemplando el resto de las obras que se exhibían en la sección donde se hallaban.

A pesar de que no esperaba esa reacción, le pareció sumamente conveniente. No sólo se libraría de Jordan durante un rato, sino que además podría hablar con lord Saint Clair en privado.

Tras asegurarse de que los otros dos acompañantes habían abandonado la sala, lord Saint Clair la guió hasta una de las secciones donde se exhibían las esculturas del Partenón. Emily contuvo la respiración cuando vio la primera: una cabeza de caballo tan intrincadamente tallada que incluso se podía apreciar cada uno de los pelos de su crin, así como los músculos de la mandíbula del equino, tan tensos que parecían reales.

¡Qué maravilla! Casi se atrevía a afirmar que había merecido la pena soportar la falta de decoro de Jordan por ver esas tallas.

Los dos pasearon por la sala para admirar primero la escultura decapitada de dos mujeres cuyas túnicas rasgadas no dejaban espacio a la imaginación, y luego la cariátide, una escultura completa de una mujer que había servido como columna en el Partenón.

Entonces lord Saint Clair finalmente se decidió a hablar.

—Se parece un poco a Sophie.

—Sí, así es. Son los ojos; son tan inocentes...

Ian acarició el mármol brevemente, y luego apartó la mano.

—¿Cómo está?

—Ah, mucho mejor.

—Lleva enferma varias semanas. He intentado visitarla un par de veces, pero no se ha dignado a recibirme. —Mantenía el ceño fruncido—. ¿Sabe su prima que usted iba a venir hoy aquí conmigo?

—Sí, claro.

—¿Y no le ha dado ningún mensaje para mí, ninguna palabra...?

Emily consideró la posibilidad de inventarse algo romántico, pero pensó que cuanto más silencio guardara en torno a la figura de Sophie, más necesidad tendría él de confesar sus sentimientos.

—No. —No pudo resistirse y añadió—: Estaba dormida cuando me marché.

Ian se pasó los dedos por el pelo.

—Ayer fui a visitarla, mientras usted y lady Dundee se hallaban en casa de lady Astramont. Los criados ni tan sólo me permitieron verla. ¿Qué clase de enfermedad tiene, que ni le permiten recibir visitas?



Su preocupación parecía tan genuina que Emily se sintió fatal. ¿Y si realmente era él, el malogrado amante de Sophie? ¿De verdad sería tan terrible dejarlos que estuvieran juntos? Lord Saint Clair no parecía un mal tipo, por más que lord Nesfield opinara todo lo contrario.

—El hecho de que se niegue a recibir visitas no es porque la enfermedad sea tan terrible; es sólo por su vanidad femenina, se lo aseguro —mintió Emily—. ¿Qué joven lozana y bella desearía que sus amigos la vieran con un aspecto pálido y enfermizo, y sin poder lucir sus trajes más vistosos?

Ian frunció los labios.

—No me parece una actitud nada propia de lady Sophie. Jamás me ha parecido una chica frívola. Le confieso que jamás he conocido a una persona más sencilla y más íntegra. Precisamente de ahí radica mi deseo por cortejarla.

«¿De ahí radica su deseo por cortejarla?, ¿porque es una persona sencilla e íntegra?», la forma de expresarse de lord Saint Clair se asemejaba más a la de un hombre que tuviera intención de adquirir la mejor vaca del establo que a un hombre enamorado. Quizá se había apresurado al juzgar los sentimientos del vizconde.

—Además —prosiguió él—, no me fío del padre de su prima. Creo que es capaz de mantenerla encerrada, alejada de cualquier visita, con tal de evitar que su hija se enamore de alguien que no sea del agrado de lord Nesfield.

El corazón de Emily empezó a latir más deprisa. Sus palabras estaban tan cerca de la verdad que le parecía imposible que fueran accidentales. ¿Qué debía decirle? ¿Cómo iba a conseguir que ese hombre le contara algo más? Tenía que estar segura de que era el hombre que buscaban antes de delatarlo a lord Nesfield.

Emily intentó una vía más directa.

—¿Me está diciendo que la relación entre mi prima y usted ha ido tan lejos como para que su padre tenga que recurrir a medidas tan drásticas?

Ian tensó la mandíbula, con los ojos aún fijos en la estatua. ¡Virgen santa! ¿Cómo podía ella confirmar nada si no podía verle los ojos? Emily contuvo el aliento, aguardando la respuesta con ansiedad.

De repente, Ian suspiró cansado.

—Ya no sé ni lo que digo. La última vez que la ví, estuvimos a punto de hablar de matrimonio. Entonces su padre se presentó bruscamente y nos interrumpió, y ya no he vuelto a verla. No sé qué pensar.

¡Cielo santo! ¡Tenía que ser él! Emily se sintió más aliviada. Ya no tendría que continuar con su falsa identidad; muy pronto podría desvincularse de esa horrenda mentira.



Aunque quizá se estaba precipitando. Necesitaba más evidencias.

—¿Ha hablado con mi tío Randolph sobre sus sentimientos?

—No me atrevo a hacerlo, primero quiero estar seguro de qué es lo que ella siente por mí. Y tras el silencio de estas semanas me pregunto si no me habré equivocado y ella no me corresponde. Si ni tan sólo le ha comentado a usted, su propia prima, que yo...

—¡Oh! ¡Sí que lo ha hecho! —Lord Saint Clair no podía sentirse tan descorazonado, o jamás averiguaría si él era el amante de Sophie—. Hablamos largo y tendido sobre usted después de mi primer baile.

—¿Ah, sí? ¿Y qué le dijo?

—Ejem... bueno, no puedo contárselo. —Mientras buscaba una excusa atropelladamente, le dedicó una sonrisa tímida—. Sophie jamás me perdonaría que le contara sus secretos.

Ian la escrutó con descaro, y en las profundidades de sus ojos negros, ella descubrió un indicio de sospecha.

—¿Me está tomando el pelo, lady Emma?

Emily notó un desapacible escalofrío en la espalda. Esa era la faceta de él que ella había intuido, su cara oculta más peligrosa.

—De ningún modo. Pero si usted no se atreve a ir a ver a mi tío para expresarle lo que siente, no veo por qué yo debería contarle los secretos de mi prima. No sería justo, especialmente cuando mi tío no siente ninguna simpatía por usted.

Ian se la quedó mirando fijamente, como si estuviera debatiendo contarle algo o no.

—Tengo que confesarle una cosa. —Cuando él hizo una pausa, ella contuvo la respiración—. Verá...

—¡Ah, estáis aquí! —exclamó una poderosa voz femenina. Lady Dundee acababa de irrumpir en la sala, seguida de cerca de Jordan—. Pensábamos que os habíamos perdido.

Emily fulminó a la condesa con la mirada. ¡Había estado tan cerca...! ¡Maldición! ¡Estaba segura! ¡Lord Saint Clair había estado a punto de contarle su plan para fugarse con Sophie!

Y ahora, por culpa de los instintos ultra protectores de lady Dundee, tendría que empezar de nuevo desde cero a labrarse la confianza del vizconde. ¡Se habría echado a llorar de rabia!

Lady Dundee parecía no darse cuenta del ataque de ansiedad de Emily, ni tampoco de la aflicción de Saint Clair. Avanzó con paso firme, moviendo los brazos como si pretendiera abarcar con ellos todo el edificio.



—¡Qué maravilla! ¡Estoy tan contenta de que nos haya invitado, Saint Clair! —Le lanzó a Emily una sonrisa distendida—. ¿No estás de acuerdo, hija mía?

—Sí, mamá.

Lady Dundee suspiró.

—Pero ahora, después de tanto caminar, me siento verdaderamente agotada.

—Quizá sería conveniente que descansara un rato antes de que reanudemos la visita —se apresuró a proponer lord Saint Clair rápidamente, de nuevo con un tono encomiable y cortés, al tiempo que le ofrecía el brazo a la condesa—. Tengo entendido que han habilitado una zona de descanso en la sala contigua.

Lady Dundee hundió la mano en el codo que el vizconde lo ofrecía, pero antes de ponerse en movimiento, expresó su contrariedad.

—Oh, Dios mío, debo de haberme dejado el echarpe en alguna de las salas que hemos visitado. Pero ahora no recuerdo exactamente dónde. ¿Te importaría ir a buscarlo, Emma?

—En absoluto, mamá.

—Será mejor que lord Blackmore te acompañe. Él se acordará de los sitios por los que hemos pasado.

Con una sonrisa picara, Jordan le ofreció el brazo a Emily, y ella ni tan sólo pudo protestar, ya que «su querida mamá» la estaba empujando a ese fatal encuentro a solas con él. La condesa mostraba estar en plena forma ese día, organizando a uno y a otro, para que Emily pudiera llevar a cabo las interrogaciones pertinentes.

Oh, si lady Dundee supiera lo que ella había hecho...

Con una agobiante sensación de culpa, Emily permitió que Jordan la llevara a la siguiente sección. ¡Oh! ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo iba a frenar a ese bribón?

Tan pronto como los otros dos acompañantes desaparecieron de la vista, Emily intentó apartar la mano de su brazo, pero él no se lo permitió: depositó la otra mano encima de la suya para evitar que se soltara y la retuvo con firmeza.

—Me temo que tu madre empieza a caerme muy bien. —Jordan se inclinó para susurrarle al oído—. Es evidente que ella sabe qué es lo que más te conviene. ¿O, quizá debería decir, que sabe quién es el que realmente más te conviene?

¡Maldito truhán! Emily echó la cabeza hacia atrás y le dedicó una sonrisa airada.



—No se adule tanto a sí mismo, lord Blackmore. Mamá puede pensar que es usted el pretendiente ideal, pero yo no.

—¿De veras? Nadie te ha obligado a venir hoy. Incluso llegué a temer que te negarías, con esa burda excusa del dolor de cabeza.

Mientras atravesaban la sala rápidamente, Emily dedicó todo su interés en buscar el echarpe. En cambio él no.

—Ambos sabemos por qué te provocho dolor de cabeza —murmuró Jordan.

—¿Porque es pesado y arrogante e insufriblemente tedioso, quizá?

Jordan se echó a reír ante la ultrajante mentira, luego le acarició la mano, empezando por la punta de su guante corto hasta alcanzar los dedos, y después resiguiéndolos hasta las puntas en una caricia que la dejó sin aliento.

—Te provocho dolor de cabeza por la misma razón que te he provocado esos temblores en el carruaje. —Hizo una pausa—. Porque consigo hacerte recordar, ¿verdad?

—¿Recordar qué? —Emily apartó la mano de su brazo bruscamente y lo miró a la cara—. ¿Las carantoñas que me hizo en el baile un par de noches atrás?

Sus miradas se encontraron, y él no apartó la vista; sus ojos burlones adoptaron un tono oscuro y seductor.

—No, no me refería a esa fiesta.

¡Maldito sea él por sus sospechas y sus insinuaciones! ¡Jamás debería haber consentido quedarse a solas con ese bribón!

Emily se giró sulfurada y enfiló hacia la salida de la sala.

—¡No pienso quedarme aquí, escuchando sus tonterías! ¡Seguiré buscando el echarpe de mi madre sola!

Jordan la agarró del brazo y la obligó a desplazarse en otra dirección, sin borrar esa sonrisa endiablada de su cara.

—Entonces me temo que vas en dirección contraria, bonita. Lady Dundee y yo no hemos estado en esa sala. Inténtalo por aquí.

La puerta hacia donde él la guiaba era más pequeña que las demás, y se hallaba cerrada. Seguramente, si Emily no hubiera estado tan alterada, se habría dado cuenta de que había un vigilante apostado en la entrada, y que éste se inclinó con porte deferente al ver a Jordan. Incluso seguramente se habría sorprendido al ver cómo el vigilante abrió la puerta con una llave cuando ambos se acercaron.



Pero tan pronto como penetraron en la sala cavernosa y la puerta se cerró tras ellos, Emily supo que había cometido un terrible error. No había nadie en esa estancia.

Estaban completamente solos.



Capítulo 10

¿Quién no es capaz de caer en la trampa de sufrir un engaño, tras haber confiado en alguien?

LOVE ON
ELIZA COOK,

Novelista y poetisa inglesa

«Excelente», pensó Jordan cuando la puerta se cerró tras él. Como de costumbre, su plan había salido a la perfección. Gracias a lady Dundee y su inexplicable ayuda, había salido más que bien, ahorrándole el problema de tener que recurrir a una excusa elaborada para llevar a Emily hasta allí. Ella lo había seguido sin rechistar.

Sin embargo, ese estado no duraría mucho. En esos mismos instantes, ella acababa de volverse confusa hacia la puerta. Cuando oyó que el vigilante la cerraba con llave, sus adorables ojos se abrieron como un par de naranjas, y sin perder ni un segundo, le recriminó visiblemente ofendida:

—Pero... pero... ¿Se puede saber qué está haciendo? ¿Se ha vuelto loco? ¡Ordénele que abra la puerta! ¡Ahora mismo!

—Cálmate. No es lo que crees. Esta sala no está abierta al público que viene de visita al museo, por lo que la puerta ha de permanecer cerrada con llave. El vigilante abrirá cuando estemos listos para marcharnos. Lo único que tenemos que hacer es dar unos golpecitos para que nos abra.

—¡Yo estoy más que lista para marcharme!

Emily se abalanzó hacia la puerta, pero él la detuvo antes de que pudiera alcanzarla.

—No puedes irte sin antes ver esto.

Jordan le hizo una señal con la cabeza hacia su espalda, y ella desvió la vista en esa dirección, con el cuerpo totalmente rígido.

Entonces se quedó paralizada, y entreabrió la boca con admiración.

—Dios mío. —La expresión de sorpresa se plasmó en su cara mientras mantenía los ojos fijos en la gran pieza rectangular de piedra que



descansaba sobre una enorme tabla de madera que hacía las veces de tarima, colocada contra la pared—. Cielos, es... es...

—Un centauro —concluyó él—. Es una metopa, formaba parte de uno de los frisos del Partenón.

Emily dio un paso adelante, y él la soltó, observándola mientras se aproximaba a la obra de arte. El panel individual de mármol debía de medir más de un metro de ancho por un metro de alto. La mitad izquierda estaba cubierta por una fina tela de muselina, pero el centauro decapitado en la mitad derecha estaba tallado en altorrelieve y parecía como si tuviera la intención de escapar de la piedra.

—El friso fue extraído de la parte sur del Partenón —precisó él, procurando mantener un tono impassible—. Es asombroso, ¿no te parece? Pensé que te gustaría verlo.

—¡Desde luego! Es... es... lo mejor que he visto hasta este momento.

Jordan sonrió al ver su palmaria alegría. A pesar de que ése había sido el cebo para lograr que bajara la guardia con él, le agradó constatar que ella sabía apreciar la excepcionalidad de la pieza que lo había cautivado la primera vez que la vio.

—Es una escena de una batalla entre los centauros y los lapitas —aclaró él.

—¿Puedo tocarla?

—Por supuesto.

Emily alargó la mano por encima de la mesa hasta apoyarla suavemente sobre los flancos de mármol del centauro.

—Es tan... tan real. Si incluso se pueden apreciar las costillas debajo de la piel, como si fuera una criatura viva.

—Sí, es una talla de una excepcionalidad sin igual. —Jordan se le acercó hasta colocarse a su lado—. Por eso quería que la vieras.

Mientras ella examinaba la metopa, él se dedicó a observarla abstraído. Hablando de obras excepcionales, esa fémina era la criatura más excepcional, más bella que cualquier hombre pudiera desear. Su piel rivalizaba con el mármol por su fina blancura, y las curvas aparentes bajo su traje lo hacían salivar. Jordan tuvo que realizar un enorme esfuerzo para que sus dedos no adoptaran la iniciativa de tocarla.

¿Por qué las mujeres siempre se vestían con esas telas tan vaporosas y delicadas que hacían que uno se las imaginara como unos sabrosos pastelitos rellenos de frutas exóticas recubiertas de una crujiente pasta de hojaldre? ¿Acaso no sabían las pasiones que despertaban?, ¿cómo los hombres deseaban arrancar las numerosas capas de tela para probar el centro caliente y jugoso de ese pastelito?



Y todos esos malditos encajes, como azúcar glasé. ¡Por Dios! ¡Iba cubierta de encajes blancos de la cabeza a los pies! Le colgaban de las mangas del vestido y del delicado echarpe dispuesto graciosamente alrededor del corpiño. ¡Incluso su capa estaba rematada con esos adornos tan fastidiosos! Y ese sombrerito que tanto detestaba porque ocultaba ese pelo lascivo, también llevaba varias tiras de puntilla.

Emily alzó la vista para mirarlo, con la expresión todavía llena de admiración.

—¿Por qué está aquí encerrado? ¡Deberían exhibirlo junto al resto!

Jordan necesitó unos segundos para recordar de qué estaban hablando.

—¿La metopa? Ah, sí, la están restaurando. Tras tantos años oculta en el cobertizo del jardín de Elgin, estaba en muy mal estado. Supongo que aún tardarán varias semanas antes de poderla exponer al público.

—Entonces, ¿por qué tenemos nosotros acceso a dicha maravilla?

—Tal y como te he comentado antes, formo parte del Consejo de Dirección del museo.

—Ah, claro. Por eso el vigilante lo ha dejado pasar. —Una sonrisa de satisfacción se perfiló en sus labios—. No sé cómo darle las gracias por usar su influencia para dejarme ver una pieza tan singular. —Volvió a acariciar la escultura con suavidad, y Jordan tuvo que contenerse para no dejar escapar un suspiro lujurioso tan intenso que probablemente la habría sobresaltado.

¡Oh! ¡Cómo ansiaba que esos dedos lo tocaran a él, lo acariciaran a él! Lo deseaba con tanto ardor como jamás había deseado nada en el mundo.

—Mira —le dijo Jordan con suavidad al tiempo que le cogía la mano. Lentamente, le desabrochó el guante y se lo quitó para dejar expuestos sus delicados dedos—, podrás notar mejor el tacto si lo acaricias sin guantes. —Emplazó la mano sobre el mármol, deseando fervientemente colocarla sobre una parte de su cuerpo que destacaba por el mismo grado de dureza.

Emily se puso visiblemente rígida cuando Jordan no apartó la mano. Para él, la escultura había dejado de existir; sólo era consciente de la delicadeza de esos huesos, de la forma de esos dedos debajo de los suyos, de cómo a ella se le había acelerado el ritmo de la respiración.

Se quedaron unos momentos así, unidos por la mano, cada uno tan consciente del otro que el silencio en la habitación parecía atronador.

Entonces Emily retiró la mano con un suave movimiento, y Jordan se vio obligado a soltarla. Ella mantuvo la mirada fija en el mármol mientras murmuraba:



—Es una verdadera pena que esta belleza haya estado abandonada en un cobertizo. Es tan... tan bonito.

Jordan clavó la vista en sus mejillas sonrosadas y se fijó en su cándida sonrisa, tan frágil y suave como el mármol.

—Sí, increíblemente bella —murmuró, luchando contra su insidioso deseo de abrazarla y besarla hasta perder el sentido.

Por Dios, ¡cómo la deseaba! Pero no podía asustarla antes de conseguir su objetivo principal. Carraspeó nervioso y dijo:

—¿Te gustaría ver el resto... la parte oculta bajo la tela?

A Emily se le iluminaron los ojos.

—¡Oh, sí, por supuesto! Quiero... quiero decir, si eso está permitido, claro.

La arrebolada alegría que emanaba de su cara hizo que, por un momento, Jordan se sintiera culpable. Había planeado jugarle una mala pasada con la intención de averiguar la verdad.

Haciendo caso omiso a la voz de su conciencia, asió la punta de la muselina que cubría el resto del mármol y fijó la vista en Emily mientras tiraba de la tela. No tenía que mirar la metopa para saber lo que ella estaba presenciando; la había elegido aposta a causa de la figura cubierta.

Bajo la tela apareció la escultura decapitada de un lapita.

Parecía como si estuviera agarrando al centauro por la crin, posiblemente preparándose para cortar esa cabeza que la naturaleza ya se había encargado de cercenar de la piedra. El cuerpo del hombre estaba esculpido de forma sublime, con cada músculo y cada costilla cincelados con una perfección admirable. Alrededor del brazo llevaba enrollada una espléndida capa, con cada pliegue y arruga perfilados con una impresionante maestría.

Salvo por la capa, la figura se exhibía desnuda de la cabeza a los pies.

No había forma de ignorar ese hecho. Y si, tal y como pensaba, ella era Emily Fairchild, su reacción sería ostensible.

Y ciertamente lo fue: ella abrió la boca, sus ojos se agrandaron al tiempo que el rubor se extendía desde las mejillas hasta el escote, lo cual llenó a Jordan de una enorme satisfacción. Era Emily, ¡tenía que serlo!

Tras un momento de silencio ante la súbita emoción inicial, ella acertó a decir en un susurro:

—Cielos, es magnífico.

«¿Magnífico?» Jordan se contuvo para no soltar una estentórea carcajada.

—¿No estás escandalizada?



Ella se encogió de hombros.

—¿Y por qué habría de estarlo? Soy escocesa, y en mi país los hombres no llevan nada debajo del kilt, ya sabe, la típica falda distintiva de los clanes escoceses.

¡Una sorpresa tras otra! ¿Cómo podía Emily hablar de kilts con tanta naturalidad?

Cuando ella se dedicó a observar la estatua con una patente atención, Jordan sintió unos celos incontrolables.

—Esta parte de la escultura aun parece más real que la otra —comentó él, visiblemente perturbado.

—Claro, es que este hombre está muy bien hecho.

«¿Muy bien hecho?» ¿Se refería a que estaba bien dotado.

—Así que su desnudez no te incomoda —insistió él, incapaz de dar el tema por zanjado.

—En absoluto. No debemos avergonzarnos de nada referente al cuerpo humano. Los griegos lo sabían, pero nosotros no parecemos tan sabios como esa civilización.

No era posible que se mostrara tan serena ante las circunstancias. ¡Era del todo impensable! Entonces Jordan achicó los ojos cuando se percató de que ella estaba apoyando la mano en la mesa como para mantenerse firme. ¡Aja! ¡Simplemente estaba fingiendo que no estaba escandalizada! Pues no pensaba darse por vencido; la pondría en otro apuro para desenmascararla:

—Te refieres a: «Desnudo salí del vientre de mí madre y desnudo volveré allá», ¿no? —Jordan contuvo la respiración, esperando su reacción ante la cita del Antiguo Testamento.

—Supongo que sí. ¿Qué poeta dijo esa frase? ¿Lord Byron, del que todo el mundo habla estos días?

¡Byron! ¿Ella pensaba que era Byron? Emily Fairchild habría reconocido el pasaje bíblico de inmediato; él, en cambio, se había pasado horas buscándolo en la Biblia que tenía en casa y que jamás leía. Pero lady Emma...

Emily desvió nuevamente la mirada hacia la escultura y la posó sin ruborizarse en el miembro flácido del lapita. Jordan tuvo que contenerse para no echarse a chillar como un energúmeno. Su propio miembro viril ofrecía toda la erección que le faltaba a esa figura de piedra.

¡Por todos los demonios del infierno! No podía creer que se estuviera refrenando para no mostrarse escandalizada, e incluso no daba crédito a que no hubiera reconocido la frase de la Biblia que él acababa de citar..



¡Pero de ninguna manera Emily Fairchild observaría las partes privadas de un hombre con esa patente curiosidad!

Ian debía de tener razón. Esa chica era precisamente quien o legaba ser: lady Emma. Probablemente era una pariente lejana de la hija del rector, nada más.

Jordan no sabía si sentirse decepcionado o entusiasmado.

Si ella no era Emily, entonces él no se había equivocado con la hija del rector y su pureza. La joven no lo había engañado; probablemente continuaba enclaustrada en la rectoría, leyendo versos de la Biblia. Y Emily era la mujer a la que quería. ¿O no? ¿Quizá la mujer que quería estaba en esos momentos delante de él? Observó cómo lady Emma retrocedía unos pasos de la escultura para contemplar mejor toda su magnificencia, y súbitamente lo invadió una necesidad lasciva tan poderosa como antes. ¡Cielo santo! ¡Todavía se sentía atraído por esa descarada! ¿Cómo era posible, si ella no era su Emily?

Porque era exquisita, con una forma de pensar más propia de un hombre y un cuerpo decididamente femenino. Tentaba todos sus sentidos y avivaba las necesidades más perversas de su miembro viril. Y no era una mojigata. No tenía que ir con cuidado con ella, como había tenido que hacer con Emily. Lady Emma no era una joven inocente y virginal.

Ella suspiró con una sonoridad tan sensual que Jordan sintió cómo se acrecentaba la incontrolable excitación de su cuerpo.

—Supongo que será mejor que regresemos con mamá antes de que nos eche encima a todos los vigilantes del museo. —Enfiló hacia la puerta, pero él la agarró por el brazo y la retuvo.

—No te vayas todavía, Emma —pronunció suavemente.

—No puedo permitir que mamá esté intranquila...

—En el baile de los Merrington no te mostraste tan preocupada por la reacción de tu madre. Por lo que recuerdo, te daba igual lo que ella pensara.

Emily fijó la vista en su cara, y él reconoció en sus ojos el temor, incluso algo más: pánico. ¿Qué le había pasado a la joven descocada que había conocido?

Como si pudiera leer los pensamientos de Jordan, le dedicó una repentina sonrisa obsequiosa.

—Seguro que no mostrará tanta templanza cuando mamá avise a la mitad de los vigilantes del museo para que rastreen el edificio en mi busca.

—Tampoco me quedaré impasible si no me das un beso antes de irte. — La atrajo hacia él, con la misma furia con la que latía su corazón—. Sólo



uno. He asumido muchos riesgos innecesarios para poder tener la oportunidad de volver a besarte. Seguramente no me decepcionarás ahora, comportándote como una timorata.

La agarró por la barbilla suavemente, luego deslizó el dedo pulgar por encima de su labio inferior humedecido, y notó cómo ella respiraba con más dificultad. También lo deseaba. Fingía lo contrario, pero lo deseaba. El deseo era como una fuerza primaveral entre ellos, naciendo de él y reflejándose en ella.

—No juega limpio —susurró Emily, con los ojos desmedidamente abiertos a causa de la agitación.

—Tienes razón, jamás juego limpio. —Entonces cerró su boca sobre la de ella.

Emily intentó frenar el beso, pero él le acarició la cabeza con sus manos poderosas, le quitó el sombrerito y lo lanzó al suelo. Después la inmovilizó para explorar sus labios. Eran tan cálidos... placenteros... lúbricos, como un pedazo de mazapán calentito, recién salido del horno. Y no lo suficientemente eróticos como para satisfacer su repentina, dolorosa e insoportable sed.

Jordan ejerció presión con la lengua contra su tierna y adorable boca, sintiéndose eufórico cuando ella entreabrió los labios y jadeó. Entonces introdujo la lengua en la calidez aterciopelada, y creyó morir de placer al constatar la forma en que ella lo aceptaba.

Pero aún le supo a poco. Después de días de abrasarse en las llamas del deseo soñando con ella, Jordan ansiaba más, necesitaba más. Bajó las manos para estrecharla por la cintura y atraerla hacia su cuerpo, pegándose a ella desde el pecho hasta los muslos mientras que con las manos recorría libremente sus costillas, su cintura y sus caderas.

La besó con brusquedad durante un largo rato, con todo el ardor de un hombre que jamás se había comportado de un modo tan selvático. Ella no era la clase de mujer que siempre lo había atraído. Era una joven soltera, aunque sin un pelo de inocente. Y no era Emily.

Sin embargo, siguió besándola. Y cuando ella deslizó sus gráciles brazos alrededor de su cintura, Jordan jadeó. Entonces la acorraló entre su cuerpo y la mesa que tenía justo detrás. No se detuvo ni un solo instante a pensar lo que hacía, ni puso fin al beso acalorado. Se limitó a tumbarla sobre la mesa y se acomodó entre los muslos que ella había separado con toda naturalidad bajo la falda amplia.

Una pasión demoníaca se había apoderado de él, aniquilando cualquier pensamiento lógico o de decoro. Tenía que tocarla, probarla, acariciar esas piernas, esos brazos y esos pechos que lo volvían loco.

Emily apartó los labios de él, con el semblante asustado.



—¿Qué está... estás haciendo?

—Jugar con fuego —murmuró Jordan, y luego volvió a apoderarse de su boca.

«Fuego», pensó Emily mientras Jordan deslizaba sus enormes y diestras manos a lo largo de su costado hasta alcanzar la cintura, y luego continuaba descendiendo por encima de los muslos. Sí, fuego... un montón de carbón ardiendo en una impresionante pira. Así se sentía ella... con un calor insoportable en los pechos, en el vientre, en el lugar secreto entre las piernas. La boca y las manos de Jordan provocaban chispas incendiarias por todo su cuerpo, y como una víctima insensata, se entregó a ese placer celestial.

Abandonándose a la imperiosa necesidad de tocarlo, Emily deslizó los dedos por el pelo cobrizo que se le antojaba como una serie de llamas oscuras bajo la luz del sol del mediodía que se filtraba por las ventanas. Su pelo espeso era suave y sedoso, completamente diferente a las manos duras y firmes que se estaban tomando tantas libertades con su cuerpo.

«Que Dios se apiade de mí», pensó para sí misma mientras él deslizaba una mano por debajo de su falda y se dirigía sin temor a perderse hacia las ligas que sostenían sus medias sujetas a los muslos, avivando el fuego por donde pasaba. Jamás debería haber permitido que la besara. Jamás debería haber recurrido a las maquiavélicas armas de la seducción para engañarlo ante los repetidos intentos por parte de él de desenmascararla.

Había funcionado; finalmente él la había llamado Emma, y no Emily.

Pero ahora empezaba a arrepentirse del elevado precio que se veía obligada a pagar por su jueguito infame. Lady Emma era salvaje e indomable. Lady Emma deseaba que un hombre la manoseara, la besara. La perversa lady Emma había asumido el control de la situación.

Y con los instintos de un seductor nato, Jordan se había dado cuenta. Ahora no actuaba con la reticencia que había mostrado con Emily Fairchild esa primera noche en el carruaje sino que estaba transgrediendo todos los límites. Con una de sus manos le acariciaba el muslo de la forma más sensual que uno pudiera imaginar, mientras que mantenía la otra apoyada en la fina cintura de Emily, pero no por mucho tiempo. De repente se retiró hacia atrás para alzar la mano en busca del lazo que mantenía su echarpe fijo sobre su corpiño.

—Será mejor que nos desprendamos de este pedazo de tela tan inútil —murmuró mientras lo desataba y lo echaba a un lado para dejar al descubierto la parte superior de sus pechos.

Emily notó que le faltaba el aire. Jordan mantenía la ardiente mirada fija en su magnífico escote, que ahora ofrecía una deliciosa vista de sus pechos realzados por el corsé que los comprimía y que apenas lograba contenerlos, como si pretendieran escapar del vestido. Sabía que lo más



decoroso sería cubrirse con las manos, pero en cambio no las apartó del pelo de Jordan. Partiendo del hueco de la base de su garganta, él lentamente trazó una línea con el dedo índice hasta hundirlo entre sus pechos.

—No... no deberías ser tan... descarado, Jordan.

—¿Descarado? —resopló él—, aún no te he demostrado ni la mitad de descarado que puedo llegar a ser. —Introdujo el dedo entre el corpiño y la blusita interior como si de un garfio se tratara, y arrastró la tela de muselina hacia abajo. Uno de sus pechos emergió libremente, como si estuviera aliviado de que lo hubieran rescatado de ese minúsculo espacio donde se hallaba encorsetado.

La cara de Emily mostraba toda su consternación a causa de lo que acababa de suceder. Sin perder ni un segundo, bajó la mano hasta el corpiño, pero él la apresó entre sus dedos mientras que con la otra mano alcanzaba el pecho expuesto. La miró con unos ojos tan potentes como el opio e igual de hipnóticos.

Sin decir nada, le frotó el pezón con el pulgar, y ante el tacto sedoso, éste pedacito de piel se puso duro como una piedra.

—Virgen... santa —farfulló ella cuando él volvió a frotarlo y acariciarlo. Maldito sea ese tunante tan seductor. Qué sensación más... adorable...

Emily no podía soportar mirarlo, contemplar el triunfo en su cara. Y aunque entornó los ojos, no lo detuvo para que dejara de manosearla. La acuciante necesidad de experimentar sus caricias superaba con creces todo atisbo de modestia, y las exquisitas sensaciones conseguían que las rodillas le temblaran como un flan.

A continuación, Jordan se apoderó nuevamente de su boca con un beso sensual, y ella lo aceptó con abandono, como si estuviera en medio de un dulce estado onírico. Emily estaba tan relajada como un gatito dormido, salvo que ella no estaba dormida. Estaba totalmente despierta, y muy excitada, más excitada que en toda su vida.

En algún recodo del torbellino salvaje en el que había caído, sin ninguna posibilidad de recuperar el control, Emily se dio cuenta de que una mano de Jordan intentaba liberar su otro pecho mientras que la otra jugueteaba por encima de la liga para acariciar la parte interior de su muslo con una delicadeza exquisita. Ante esa caricia tan íntima, ella renunció a cualquier intento de resistencia. La pérfida lady Emma la había finalmente poseído, llenándola de una fiera necesidad de sentir esas viriles manos sobre su cuerpo.

¿Cómo era posible que hubiera pasado tantos años en una completa ignorancia de lo que un hombre podía hacer... podía tentar a una mujer a hacer? Creía morir de placer ante el exiguo tacto de esos dedos sobre sus



pezones, con cada caricia fugaz, con cada movimiento dulce y tormentoso.

Los labios abiertos de Jordan se separaron de los suyos para trazar una retahíla de besos sobre sus mejillas, sus párpados entornados, sus sienes. Emily no podía pensar ni moverse ni hacer nada más que tocar y dejarse tocar. Su mundo se había encogido hasta abarcar únicamente ese delicioso intercambio de arrumacos. El olor a polvo de mármol y la recia mesa de madera debajo de sus propios dedos doblados eran los únicos vínculos con el mundo físico que se extendía más allá de ese cuerpo varonil.

Entonces la ávida boca de Jordan trazó un sendero hacia uno de sus exuberantes pechos, y antes de que pudiera darse cuenta, él lo estaba devorando mientras que continuaba masajeando su otro pezón con el pulgar y el índice.

¡Virgen santísima! ¡Qué desfachatez! ¡Qué pecaminoso!

Qué delicioso. Emily soltó un gemido al tiempo que arqueaba la espalda, permitiendo que él succionara su pecho tan fuertemente que casi se cayó de la mesa del absoluto abandono al placer.

—Jordan —suspiró mientras alzaba las manos para cogerlo por los hombros—. Cielos... Jordan... esto es... es... es...

—¿Escandaloso? —murmuró pegado a su pecho.

—¡Celestial!

Él se separó un poco de ella, sonriendo maliciosamente.

—Eso es lo que más adoro de ti, que no te avergüenzas de gozar de unos momentos de placer —argumentó mientras apartaba las manos del cuerpo de ella sólo el tiempo suficiente para despojarse del abrigo y lanzarlo sobre la mesa, luego se desabrochó el chaleco.

En algún lugar en las profundidades de su mente enfebrecida, Emily registró que no era decoroso que él se quitara el abrigo. Pero entonces Jordan le estrechó las manos y las guió hasta el interior de su chaleco para que reposaran sobre sus costillas, y la necesidad de explorar ese cuerpo masculino del mismo modo en que él estaba explorando el suyo se tornó prácticamente dolorosa. Deseando que él se quitara la camisa de lino, Emily pasó unos dedos curiosos por el lateral de su torso, palpando cada músculo en el trayecto. Eran tan firmes como los esculpidos en la figura desnuda que tenía justo detrás, duros y viriles.

Cuando con sus manos alcanzó la cintura, Jordan jadeó, y luego procedió a desabrocharse los dos botones de los pantalones. Agarró la mano sin guante de Emily y la introdujo dentro de la bragueta.

—Tócame —susurró, con una mirada tan ardiente que ella apenas se pudo resistir—. Tócame como lo has tocado a él.



—¿A... a él?

—A la estatua. —Su voz era gutural, anegada de necesidad, mientras le empujaba la mano hacia abajo, hasta alcanzar una cosa larga y dura que se pegaba a las calzas—. El centauro.

—Yo no... lo he tocado así.

—Da igual, como si lo hubieras hecho —musitó él—. Has conseguido que me ponga celoso de esa maldita estatua.

La confesión la encantó. Seguramente no era decoroso poner la mano sobre su miembro erecto, y todavía menos por dentro de los pantalones, pero ansiaba tocarlo como si con ello le fuera la vida. Además, esa estatua había despertado su curiosidad. Tímidamente, cerró los dedos alrededor de su pene, y éste, duro como una barra de hierro, cobró vida entre sus manos, impulsándose él solito hacia delante. Emily lo soltó perpleja.

—No, no me dejes —masculló él, y volvió a agarrarle la mano y de nuevo la llevó hasta su miembro viril. A Emily se le secó la boca mientras la mano de Jordan la incitaba a acariciarlo—. Por Dios, sí, así, no pares.

Él se arqueó hacia su mano un par de veces, con los ojos cerrados y una expresión de incontenible necesidad.

Pero cuando ella lo apresó con más vigor, con curiosidad para ver el efecto, Jordan abrió los ojos al instante y le apartó la mano al tiempo que profería una maldición en voz baja.

—Uf, esa sensación es demasiado placentera; no creo que pueda soportarlo mucho más tiempo. Será mejor que pares.

La mirada voluptuosa de él se cruzó con la de ella cuando Jordan asió el extremo de su falda y se la alzó hasta las rodillas.

—Ahora es tu turno; te toca a ti —susurró con una sonrisa burlona que a Emily le heló la sangre.

¿Qué quería decir?

Jordan se lo demostró. Llevando las manos hasta sus muslos, empezó a acariciarla muy suavemente por encima de las ligas. Entonces ella notó cómo él le abría la ranura de las enaguas con los dedos. Intentó cerrar las piernas, pero el cuerpo inamovible ubicado entre ellas lo evitó.

—Jordan, no sé si sabrás que...

La primera caricia consiguió que diera un respingo. La segunda la hizo suspirar. A la tercera, ella deseaba más, e impulsaba las caderas hacia arriba, como si quisiera separarse de la mesa en un intento de pegarse más a sus diestros dedos.

—Cielo santo, Jordan... Jordan...



—¿Sí, Emma? —Volvió a acariciarla, y ella jadeó—. ¿Te gusta? ¿Te estoy dando placer?

—Por todos los santos...

Cualquier otro comentario que pretendía escapar de sus labios se vio frenado por el beso apasionado que él le dio. La manoseó sin piedad, hasta llevarla al borde de la locura. A Emily no le importaba lo que pudiera ser de ella. Estaba entre los brazos del hombre al que había deseado locamente durante semanas, y ese hombre precisamente le estaba mostrando el significado de la pasión. El resto de pensamientos carecía de fuerza al lado de esa evidencia.

Lo agarró por los hombros, con unos dedos tensos mientras él le arrancaba jadeos de los labios y contorsiones de ese magnífico cuerpo. Cuando Jordan deslizó un dedo dentro de ella, ya nada podía escandalizarla. Eso era lo que tanto había anhelado, lo que quería. Y era delicioso. Le gustaba... ¡Le encantaba!

—Mmm... Si supieras cómo deseaba hacerte esto desde el primer momento en que te vi —susurró él con una voz profunda—. Quería tocarte, tenerte entre mis brazos como ahora, estar dentro de ti, mi dulce, mi adorable Emma.

A ella esas palabras le provocaron un delicioso escalofrío en la espalda.

—No he dejado de pensar en ti desde que te besé —continuó sincerándose él fervientemente, mientras su dedo se hundía más adentro de ella.

Aunque Emily no acertaba a comprender el motivo, notó como su pubis se humedecía excesivamente, por lo que a Jordan no le costó tanto penetrarla con el dedo.

—¡Y todos dicen que no eres romántico! —susurró mientras se agarraba a sus hombros con más fuerza—. ¡Qué equivocados están!

Jordan hurgó dentro del pasaje húmedo y resbaladizo entre sus piernas con unas caricias insolentes.

—Esto no tiene nada de romanticismo, bonita. Esto es puro deseo, así de simple. Eso es lo que siento por ti.

Emily necesitó unos breves segundos para asimilar las palabras que acababa de escuchar en medio de la neblina que enturbiaba su mente, pero cuando lo hizo, se quedó helada. Se apartó de él para mirarlo a la cara.

—¿Qué... qué has dicho?

Jordan le lamió el lóbulo de la oreja, mientras que con su dedo seguía embistiéndola.

—He dicho que siempre te he deseado. Seguramente ya lo sabías.



Sus palabras tuvieron el mismo efecto que un cubo de agua fría que alguien le acabara de verter sobre la cabeza. Todos los impulsos irrefrenables y vergonzosos que ella sentía se desvanecieron en un abrir y cerrar de ojos.

¡Maldito bribón! ¡Había creído que él la quería, que sentía algo especial por ella, pero sólo... sólo la deseaba! Estuvo a punto de desmayarse. ¡Qué necia que había sido!

Frenéticamente, lo agarró por los brazos, en un intento de inmovilizarlo.

—¿Se puede saber qué diantre estás haciendo? —refunfuñó Jordan cuando ella lo obligó a retirar las manos de debajo de la falda. La mirada de incredulidad en su cara era exactamente lo que ella merecía por haber sido tan estúpida.

—¡No me toques! —chilló Emily, angustiada—. ¡Aparta tus sucias manos de mí!

—¡Maldita seas, Emma! ¿Qué mosca te ha picado? ¿Qué tonterías son esas? —rugió Jordan mientras intentaba abrazarla.

—¡No son tonterías! —De un manotazo le apartó las manos; acto seguido, se bajó de la mesa de un brinco y salió disparada hacia la pared opuesta de la sala y le dio la espalda—. ¡No permitiré... no puedo hacer algo tan vergonzoso! ¡No está bien!

Mientras las lágrimas de vergüenza y de rabia se agolpaban en sus ojos, Emily había puesto toda su atención en su falda e intentaba alisarla, intentando no pensar en las cosas que le había permitido hacer. ¡Y todo porque había sido tan estúpida como para pensar que él realmente sentía algo especial por ella! Se habría entregado totalmente a Jordan si hubiera pensado que él estaba enamorado de ella.

Pero no, Jordan jamás se enamoraba de nadie. Él no, con su corazón de piedra. Sólo había sido lujuria, nada más. ¡Por el amor de Dios! ¡Ni tan sólo había sido una lujuria hacia ella, sino hacia lady Emma! Y todo porque él había pensado que esa mujer escocesa tendría experiencia como esas... esas mujeres de fácil virtud con las que él se acostaba. ¡Menudo asqueroso!

—Emma, no hay nada de qué avergonzarse en el acto de hacer el amor —espetó él mientras avanzaba hacia ella.

Depositó las manos sobre sus hombros temblorosos, pero ella las apartó de un manotazo.

—Sí, claro, tú no tienes de qué avergonzarte —susurró herida—. Pero aunque pienses que soy una descocada, tengo que cuidar de mi reputación. Y si pierdo la virtud...

—¿Perder la virtud? —la atajó él sarcásticamente—. ¿No te parece que ya es un poco tarde para preocuparte de esa cuestión?



Emily pensó que se iba a ahogar del horror que amenazaba con estrangularla.

—No me dirás que lo que hemos hecho... que ya no soy...—Ella sabía algo sobre cómo una mujer perdía su virginidad, pero no con gran detalle. Él le había metido los dedos dentro. ¿Era eso lo mismo que...?—. ¿Me has... desflorado?—preguntó directamente, aterrorizada ante tal posibilidad.

—¡Pero qué diantre...! ¿Es que no lo sabes?

—¡Claro que no lo sé! —chilló Emily con un ataque de ansiedad—. ¡Jamás había estado con un hombre como... como... bueno, de ese modo! ¿Cómo voy a saberlo?

A Jordan se le desencajó la mandíbula, mientras su semblante se iba tiñendo de una sombra de frustración.

—Pensé que... Por la forma en que actuaste en el jardín, por la forma en que me besaste... ¡Por Dios! Por la forma en que te estabas comportando ahora, las cosas que me has dejado hacer, pensé que...

—¡Lo he hecho porque pensaba que sentías algo por mí!—estalló ella iracunda, y al instante se arrepintió de la confesión—. Yo sentía una gran curiosidad, y tú te mostrabas tan... tan...

—Persuasivo. —Su voz intentaba recuperar algo de aplomo—. Sí, tengo un talento innato para la persuasión. Y te deseaba, Emma. Todavía te deseo. Pero no hay nada más. Si crees que este pequeño encuentro derivará en matrimonio...

—¡Oh! ¡Por el amor de Dios! —espetó ella, recordando su primera vez en el carruaje—. ¡Jamás he conocido a un hombre que esté tan obsesionado en que las mujeres sólo pretenden tenderle una trampa para casarse con él! —La ira la descontroló—. ¡Yo no te he traído hasta aquí! ¡Yo no soy la que te ha pedido un beso! ¡Por si no te has dado cuenta, no me han faltado pretendientes desde que llegué a Londres! ¡No necesito tender una trampa a un pobre desventurado para casarme con él!

Por un momento, él se quedó perplejo. Luego achicó los ojos, y susurró con una voz gélida:

—Tú ya me habías dicho eso antes, Emily.

Ella quiso replicar, pero entonces se quedó helada. Había usado exactamente esas mismas palabras la primera vez que estuvo con él, en el carruaje. Y ahora Jordan acababa de llamarla Emily, y no Emma.

Notó una dolorosa sensación de angustia en el corazón.

¡Cielo santo, la había pillado! Lo había conseguido porque había conseguido sacarla de sus casillas y ella había olvidado su papel. ¡Maldito sea, una y mil veces! ¡Maldito sea! Ahora no podía retractarse de sus



palabras ni inventar ninguna excusa expiatoria. Le resultaba imposible fingir un papel en esos momentos, cuando sus emociones estaban a flor de piel y él se hallaba de pie, ante ella, con las manos cerradas en un puño amenazador.

Con cara de pánico, ella se precipitó hacia la puerta.

—¡Emily, no! —exclamó él al tiempo que se abalanzaba sobre ella.

Pero llegó tarde para evitarlo. Rezando por que el vigilante estuviera todavía apostado al otro lado de la pared, Emily golpeó furiosamente la puerta y gritó:

—¡Queremos salir! ¿Nos abre la puerta, por favor?

—Enseguida, milady —repuso una voz amortiguada por el grueso de la pared.

Con cara de alivio, Emily clavó la vista en la cerradura mientras oía el sonido de una llave. Entonces Jordan la acorraló contra la puerta y su cuerpo con tanta tenacidad que ella pudo notar su miembro erecto pegado en la espalda.

—¡Que el diablo te lleve, Emily! ¡Tenemos que hablar! —susurró a su oído.

Ella sacudió la cabeza violentamente.

—¡Suéltame! ¡No quiero hablar contigo nunca más! —La puerta se entreabrió unos milímetros y ella siseó encolerizada—: ¡Suéltame o me pondré a gritar!

Jordan vaciló, con el aliento cálido e insidioso pegado a su mejilla. Ella notó que el vigilante ejercía presión intentando abrir la puerta, pero Jordan aún la mantenía apresada, obstruyendo la puerta con su peso.

—Milady, creo que hay algo que está bloqueando la puerta; me parece que está atrancada —gritó el vigilante a través de la pequeña hendidura.

Emily giró la cabeza para fulminar a Jordan con una mirada, como retándolo a ver si se atrevía a continuar obstruyéndole el paso.

Entonces la soltó, profiriendo una maldición entre dientes, y ella se apartó de la puerta, que se abrió de golpe.

El vigilante miró a ambos con ojos desconfiados.

—¿Va todo bien, milady?

Emily se esforzó por hablar con naturalidad.

—Sí, muy bien, gracias. —Sin perder ni un segundo más, salió de la sala, agradecida de que no hubiera nadie en esa parte del museo en ese momento.

—¡Un momento! —gritó Jordan a su espalda.



Ella se detuvo, plenamente consciente de la mirada curiosa del vigilante.

—¿Y bien?

—Ejem... Se ha dejado el sombrero y los guantes, señorita Fairchild — apostilló Jordan con un tono crispado.

Emily se dio la vuelta lentamente, incapaz de mirarlo a los ojos. Él le entregó los complementos y ella los aceptó sin preocuparse por corregirlo. Era absurdo continuar fingiendo con él. Ahora él sabía quien era.

De repente fue consciente de la tremenda magnitud que implicaba el hecho de haber sido descubierta. No podía alejarse de él sin más; tenía que intentar salvar la situación. Le lanzó al vigilante una mirada significativa.

—Disculpe, señor, ¿le importaría dejarnos a solas un momento, por favor?

El vigilante acribilló a Jordan con una mirada desconfiada.

El hecho de que el vizconde se presentara sin abrigo ni chaleco seguramente demostraba que ahí dentro había pasado algo más que una simple admiración de las obras griegas. Pero el trabajador del museo se abstuvo de hacer ningún comentario.

Tras un rápido asentimiento de cabeza hacia Emily, se dio la vuelta con la intención de marcharse.

—De acuerdo, pero estaré en la siguiente sala, señorita, por si me necesita.

Mientras el individuo se alejaba unos pasos, ella se obligó a mirar a los ojos pétreos de Jordan.

—He de pedirte un favor. Ya sé que no tengo ningún derecho a hacerlo, pero te pido que... —Tragó saliva y clavó la vista en las manos—. Te pido que no le cuentes a nadie tus... tus sospechas acerca de mí.

—Ya no se trata de sospechas, Emily.

—Lo sé. Pero sólo tú sabes la verdad, y yo...

—¿La verdad? —Avanzando hacia ella, Jordan bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. No sé cuál es la maldita verdad. Lo único que sé es que te estás haciendo pasar por la hija de lady Dundee. No sé ni el porqué ni...

—No puedo contártelo.

Él la traspasó con la mirada.

—¿Y se puede saber por qué diantre no puedes contármelo?

Emily se puso un guante, luego volvió a forzarse para mirarlo a los ojos.



—Es... complicado. Pero por favor, créeme, tengo buenas razones para actuar así. Si le revelas la verdad a alguien —tus amigos, tus criados, o a quienquiera— no sólo destrozará mi vida sino la de varias personas. —Se tragó el orgullo—. Te lo pido por favor; si realmente sientes un poco de aprecio por mí, no se lo cuentes a nadie.

Jordan tensó la mandíbula.

—Quieres que guarde silencio, pero tú te niegas a darme respuestas. ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Por qué te dejas manipular por Nesfield y por su hermana? ¿Qué propósito se esconde detrás de este pérfido engaño? ¡Si me lo cuentas, te juro que mantendré la boca cerrada!

Sí, claro que lo haría, salvo con su buen amigo, lord Saint Clair. Ella y lady Dundee estaban tan cerca de descubrir quién era el amante de Sophie que Emily no podía correr el riesgo espantando al sospechoso número uno. Ni sufriendo la ira de lord Nesfield.

—Lo siento, Jordan, no puedo decírtelo. Hay más personas implicadas en este secreto.

—¿Y si me niego a mantener el silencio hasta que me lo cuentes todo?

Las lágrimas pujaban por escaparse de sus ojos, pero ella luchó valientemente para contenerlas. No dejaría que él la viera llorando. ¡De ningún modo!

—Entonces, la primera persona a la que perjudicarás será a mí. ¿No es suficiente con que ya me hayas... desflorado? ¿Tienes que arruinar toda mi vida?

Los rasgos de la cara de Jordan se llenaron de remordimiento, y su voz se apaciguó.

—No te he desflorado. Todavía eres virgen.

—Bueno, al menos algo es algo —repuso Emily en un susurro—. Pero eso no cambia nada. De todos modos, no puedo revelarte los motivos de esta farsa.

—¡Maldita sea, Emily! ¡Cuéntamelo! ¡Ahora mismo!

Ella le lanzó una mirada implorante.

—¿Por qué te importa tanto este tema? No es de tu incumbencia. —Jordan no le había dado ningún indicio que le hiciera pensar que estaba interesado en Sophie, así que no había motivos para continuar sospechando de él, por más que lord Nesfield opinara lo contrario—. No saldrás perjudicado de ninguna manera si guardas mi secreto. ¿De verdad me odias tanto como para ponerte en evidencia con tu obcecación enfermiza de desenmascaramme? ¿No piensas descansar hasta que me destruyas por completo?

La expresión de Jordan era inescrutable, severa.



—Mira, Emily, no te odio. Jamás podría odiarte, y te aseguro que no pretendo perjudicarte de ningún modo.

—Entonces guarda mi secreto.

—¿Por qué no puedes confiar en mí y contarme la verdad? ¿Acaso no te he demostrado lo que siento por ti?

¿Cómo se atrevía él a decir esa mentira ahora, después de lo que acababa de suceder?

—Oh, sí, claro, ya he oído de tus labios lo mucho que te importo: «Esto no tiene nada de romanticismo, bonita. Es puro deseo, así de simple» — recitó ella con amargura, repitiendo las palabras de Jordan—. Tú sólo me deseas, nada más.

Emily se estremeció con un escalofrío al sentir el incisivo dolor helado en sus venas.

—Aun peor, tú ni siquiera me deseas a mí, isino a la impúdica lady Emma! ¿Y aún pretendes que confíe en ti, poniendo mi futuro en tus manos? ¿Cómo te atreves? —Las lágrimas empezaron a rodar por su cara, y ella las secó con el dorso de la mano furiosamente—. ¡No tienes ningún derecho a pedirme ese sacrificio, pedazo de... de animal!

Jordan resopló y su expresión dejó de ser de intransigencia y pasó a reflejar culpa mientras daba un paso hacia delante para situarse al lado de Emily.

Rápidamente, ella retrocedió y tartamudeando dijo:

—Yo... yo... será mejor que... que... me vaya. Preferiría no... no quedarme más rato. —Le dio la espalda y se precipitó hacia la salida de la sala.

—¡Por favor, Emily! ¿No podemos hablar de esto? —clamó él a sus espaldas.

Ella no contestó y siguió andando con paso atropellado al tiempo que murmuraba una ferviente oración: «Por favor, Dios mío, haz que Jordan no me delate. Si haces que él no abra la boca, jamás cometeré ninguna barbaridad similar a la que acabo de hacer, lo juro».

Emily sólo esperaba que Dios escuchara las plegarias de las mujeres disolutas.



Capítulo 11

Comportarse como un verdadero amigo requiere unos sentimientos más profundos que llenar con crédito y complacencia cualquier otra faceta o capacidad en la vida social.

PICTURES OF PRIVATE LIFE
SARA ELLIS,

Misionera y escritora inglesa

Ophelia miró a Saint Clair perpleja mientras se incorporaba del banco donde se hallaba sentada.

—¿Qué quiere decir, con que no los encuentra? ¡En alguna parte deben de estar!

El vizconde parecía compartir su inquietud.

—He buscado por todas las salas y ni rastro de ellos. —Le tendió el echarpe entretejido con hilo de seda—. Afortunadamente he encontrado su echarpe. Estaba dos salas más allá.

Por supuesto que estaba allí, donde la condesa lo había dejado expresamente. ¿Pero dónde se había metido esa muchacha? ¡Maldito sea Blackmore! Ese canalla... Tendría que haber imaginado lo que sucedería, especialmente después de ayer. Y ahora la carcomía el remordimiento. Era ella quien esta vez había metido a Emily en esa disyuntiva.

—Cuando pille a ese tunante... —murmuró lady Dundee al tiempo que se precipitaba hacia la salida de la sala.

Saint Clair la siguió con porte apesadumbrado.

—Primero déjemelo a mí. Se lo juro, no tenía ni idea de que estuviera tramando algo así. Jordan no suele comportarse de un modo irresponsable; incluso muchos afirman que a veces peca de ser demasiado pragmático. Pero está obsesionado con esa absurda idea de que su hija es...

Cuando Saint Clair se calló, ella se detuvo y lo agarró por el brazo.

—¿Qué absurda idea?

Ian se pasó la mano por el pelo, incómodo.



—Nada, una tontería.

—¡A ver! ¡Dígame qué pretende Blackmore de mi hija!

—De verdad, es una ridiculez, sólo es que...

—Hola, mamá —saludó una voz animada a sus espaldas—. Me temo que no hemos encontrado tu echarpe. Lo hemos estado buscando por todas partes.

Ophelia se dio la vuelta y vio a Emily y a lord Blackmore que se acercaban, separados uno del otro unos cuantos pasos. A pesar de que la muchacha estaba sonriendo, su sonrisa era manifiestamente falsa. Llevaba el sombrerito torcido y la cara sofocada. Y Blackmore lucía un semblante tan fiero como el de las tallas de los soldados que la condesa acababa de admirar.

Había sucedido algo, algo grave. Una inmanente tensión se desprendía de ellos, tan potente como un rayo exterminador.

—¿Pero se puede saber dónde os habíais metido vosotros dos? —inquirió Ophelia, fulminando con una mirada amenazadora a Blackmore.

Blackmore le regaló una mirada insolente y la condesa estuvo a punto de perder la paciencia y reprenderlo sin miramientos allí mismo.

Fue Emily quien respondió, con unas palabras que se escaparon a borbotones por su boca.

—Siento tanto que te hayas preocupado, mamá... Al ver que no encontrábamos el echarpe, nos pusimos a preguntar a los vigilantes, pero ellos tampoco lo habían visto, así que volvimos al carruaje a ver si te lo habías dejado allí. ¿No es cierto, lord Blackmore?

Él vaciló unos instantes mientras fruncía más —si eso era posible— el ceño.

—Sí —respondió tajantemente con un monosílabo—. Sí, claro, fuimos hasta el carruaje.

Era la mentira mas abominable que jamás le habían dicho. Pero si no habían ido al carruaje, ¿cómo era posible que hubieran desaparecido sin dejar rastro?

Ophelia alzó el echarpe.

—Saint Clair lo ha encontrado. ¡Qué extraño que no lo vierais! Sólo estaba dos salas más lejos.

Emily no podía mirarla a los ojos.

—Sí, qué extraño. —Se quedó pensativa unos instantes y después añadió—: Ah, ya lo entiendo. Debe de haber sido la sala en la que no hemos entrado porque lord Blackmore ha dicho que no habíais estado allí.



—Le lanzó a Jordan una sonrisa incierta—. ¡Menudo despistado! Ya le dije que deberíamos buscar por todas las salas, pero usted insistió en...

Jordan la atravesó con unos ojos implacables y los músculos de su mandíbula se tensaron visiblemente.

—Exactamente, soy un tipo muy insistente. Y nunca ceso hasta que consigo lo que me propongo.

Las mejillas de Emily adoptaron un súbito tono encarnado mientras ella volvía a poner toda su atención en la figura de Saint Clair.

—Bueno... de todos modos, me temo que tendremos que concluir esta visita, lord Saint Clair. Es por este terrible dolor de cabeza que me asalta...

—Por supuesto. Debería haber insistido en cambiar el día de nuestra salida en el momento en que dijo que no se encontraba bien. —Ilan fulminó a Jordan con ojos reprobadores—. No es conveniente ser tan insistente, ¿no te parece, Jordan?

Los dos hombres empezaron a mirarse con porte beligerante hasta que Ophelia carraspeó. Puesto que nadie iba a decir la verdad, y puesto que todos parecían estar más que dispuestos a enzarzarse en una contienda por unas cuestiones que no discutirían en voz alta, lo más conveniente era regresar a casa.

—Muy bien, entonces, supongo que uno de ustedes, caballeros, debería ir a pedir que preparasen el carruaje.

—Ya iré yo —gruñó Blackmore, y acto seguido se alejó del grupo con paso rabioso, como si fuera un animal que se retiraba enojado después de no haber conseguido morder a su presa.

Tan pronto como desapareció de la vista, Emily se relajó visiblemente. Saint Clair la tomó del brazo y la guió hacia donde Blackmore acababa de marcharse, con lady Dundee detrás rezagada unos escasos pasos.

Ilan miró a Emily con preocupación.

—¿Está usted bien, señorita? Parece un poco azorada.

La obsequiosa sonrisa instantánea de Emily le pareció al vizconde demasiado constreñida.

—Estaré bien tan pronto como llegue a mi casa y me tumbe en mi cama con un paño frío en la frente. No se preocupe.

—¡Cómo no voy a preocuparme! Primero su prima se pone enferma y ahora usted —replicó él, exaltado—. Es posible que se haya contagiado del mismo mal.

«Sí, eso es; un mal denominado "hombres"», pensó Ophelia. Parecía que todas las mujeres se ponían enfermas por la misma causa; los nervios que sufrían por el excesivo acoso a que las sometían los hombres, excepto su querido Edward, por supuesto.



¡Oh, cómo echaba de menos a Edward! Sabía que su marido no aceptaría que interviniera en ese maquiavélico plan, así que no le había comentado nada acerca de la farsa. Sin embargo, deseaba que hubiera ido a Londres con ella. Ese asunto empezaba a volverse más espinoso cada día que pasaba, y no podía recurrir a él para pedirle consejo. Edward había demostrado ser un excelente observador a la hora de juzgar a las personas; seguramente él habría sabido qué hacer con Saint Clair y con Blackmore.

El viaje de regreso a la mansión de Randolph transcurrió en un silencio tan abrumador que Ophelia se concentró en escuchar el ruido de los cascos de los caballos sobre la calle empedrada. Pero el silencio no consiguió amortiguar el aire de rabia contenida entre Blackmore y Emily, que se expandía con unas vibraciones como las que provocaba una púa sobre una cuerda.

De un modo u otro pensaba averiguar qué era lo que había pasado en ese rato que Emily había estado a solas con Blackmore. Esta vez, Emily no la disuadiría tan fácilmente.

«¡Uf! ¡Qué ganas tenía de llegar a casa!», se dijo Ophelia mientras se despedían de Blackmore. Estaba deseosa de perder de vista a esos dos hombres tan exaltados. Tan pronto como entraron en la mansión, le aseguró a Saint Clair que no tema que preocuparse más por lo sucedido y que había sido un placer pero que ahora era mejor que se marchara. Aunque el vizconde lanzó una indirecta sobre su deseo de ver a Sophie, ella lo ignoró y soltó un suspiro de alivio cuando éste se marchó con aire tenso, descorazonado, incluso un poco enojado.

Aunque quería hablar con Emily antes de que Randolph acorralara a la muchacha. Carter se acercó a ella antes de darle tiempo a pedirle a Emily que la siguiera hasta la salita.

—Hay un tal señor Lawrence Phelps esperándola, milady.

Pensé que sería más apropiado esperar a que el señor vizconde se marchase para anunciárselo. Es muy extraño. El joven asegura ser el primo de la señorita Emily Fairchild. Por supuesto, le he dicho que la señorita Fairchild vendrá pronto para quedarse unos días con lady Sophie, pero el joven insiste en que la señorita Fairchild ya está aquí y solicita verla. La está esperando en la salita.

—Gracias, Carter —dijo Ophelia, despidiéndolo con una significativa mirada. Tan pronto como el criado se marchó, se volvió hacia Emily—. ¿Es cierto que el señor Phelps es tu primo?

—Sí —suspiró Emily—. Es abogado y vive aquí, en Londres. Papá debe de haberle escrito contándole que yo estaba en la ciudad. ¿Qué hago? Si hablo con él, los criados sospecharán.



Y tampoco puedo explicarle lo que estoy haciendo. Es muy recto y con una moral incorruptible, y es más que probable que se lo contara a mi padre.

—¿No has conseguido sonsacarles nada a Saint Clair ni a Blackmore? ¡Vaya contrariedad! ¿Hasta cuándo tendremos que continuar con esta comedia? —Ophelia miró inquieta hacia la puerta cerrada de la salita.

—Usted nos interrumpió justo en el instante en que Saint Clair iba a confesarme algo importante —susurró Emily—. Estoy prácticamente segura de que es él el hombre que buscamos. Pero no tengo la absoluta certeza. Necesito más tiempo.

Ophelia se quedó meditando un momento.

—De acuerdo, ya me encargaré yo de tu primo.

—¿Qué piensa decirle?

—Ya lo verás. —Hizo una seña con la cabeza en dirección al comedor, que era la habitación contigua a la salita—. Puedes escucharlo todo desde ahí dentro, si quieres. Ahora ve; no queremos que tu primo se ponga impaciente y salga y te sorprenda aquí en el pasillo.

Emily asintió rápidamente y luego corrió hacia el comedor.

Ophelia esperó hasta que Emily hubo desaparecido, entonces entró en la salita y lo que vio la dejó sin aliento: el joven estaba fisgoneando entre las cartas que había sobre una mesita rinconera. Él se dio la vuelta vertiginosamente, y al hacerlo derribó el abridor de cartas, que cayó estrepitosamente al suelo.

—Buenas tardes, señor Phelps. Soy lady Dundee. Espero que no haya encontrado nada desapacible entre nuestra correspondencia.

La cara del joven reflejaba una enorme vergüenza. Se inclinó para recoger el abridor de cartas, pero cuando se puso erguido de nuevo, cualquier señal de mortificación había desaparecido de su rostro.

—Buenas tardes, milady. Sólo me preguntaba si mi prima estaba recibiendo sus cartas.

Admirando en secreto su insolencia, la condesa avanzó hasta su butaca favorita y se sentó, acto seguido le indicó a él que hiciera lo mismo.

—Estamos guardando el correo de su prima para entregárselo cuando llegue. Le prometí que así lo haría.

Él se acomodó en la silla que ella le había indicado.

—No lo entiendo. La carta de mi tío afirmaba que Emily estaba en la ciudad y que se alojaba en la casa de lord Nesfield con lady Sophie. He pensado en darle una sorpresa, pasando a visitarla, y en lugar de eso el criado me ha soltado un cuento chino de que está en el campo.



¡Vaya con el cachorrito impertinente! La condesa examinó al joven más detenidamente. Era apuesto, sin la típica mirada sobria y altiva de algunos abogados, y le sostenía la mirada sin parpadear. Tenía la apariencia de un hombre acostumbrado a hurgar en una miríada de hechos para averiguar la verdad. Un tipo inteligente, sin duda. Sería un hueso duro de roer.

Aun así, Ophelia no había alcanzado su merecida fama en la buena sociedad por nada. Su don más especial era hacer circular con absoluta naturalidad historias exageradas o falsas.

—La señorita Fairchild estuvo aquí. Pero ella y Sophie se marcharon hace dos días para visitar a una dama que vive en el campo. Creo que no regresarán hasta dentro de un par de semanas.

—Mi tío no me dijo nada al respecto.

Ella se inclinó hacia él con aire conspirador.

—¿Puedo hablarle con franqueza, señor Phelps?

—Por supuesto.

—No se lo dijimos. La señorita Fairchild temía que su padre no la dejara ir, puesto que una jovencita que se dedica a tales frivolidades es... digamos más aceptable en mi círculo que entre la gente con un código de conducta tan estricto como el de su padre. —Cuando el señor Phelps mostró una clara indignación, ella se apresuró a añadir—: Esa mujer es una dama absolutamente respetable ahora, no me interprete mal. Pero antes de casarse con su esposo, el conde, era... —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Una actriz. Y ya sé lo que los curas opinan de esas cosas.

Los ojos del joven se abrieron como un par de naranjas.

—¿Ha permitido que su sobrina y mi prima vayan a visitar a una mujer de dudosa reputación sin solicitarle permiso a mi tío? ¿Quién las acompaña, quién es su dama de compañía? ¿Por qué no ha ido usted con ellas?

—Oh, iré dentro de un par de días, pero mi hermano está con ellas. Están en buenas manos, no se preocupe. —Sólo rezaba por que Randolph no regresara del club White's antes que el señor Phelps se marchara.

El abogado se acomodó en la butaca y la miró directamente; con suspicacia.

—Qué extraño que lady Sophie se haya marchado de la ciudad justo en medio de la temporada en que ha sido presentada en sociedad.

—No es usual, lo admito, pero en este caso estaba totalmente justificado. —Pensó rápidamente en una excusa—. Verá, Sophie ya no tiene que exhibirse en las fiestas de la alta sociedad, puesto que ha aceptado casarse con uno de sus pretendientes.



—Gracias a Dios, él no se movía en esos círculos selectos como para saber que ella estaba mintiendo.

El joven se quedó unos instantes sobrecogido. Luego sus pálidos ojos azules brillaron bajo las negras cejas fruncidas.

—¿De veras? ¡Pero si, como quien dice, acaba de llegar a la ciudad!

Ophelia se encogió de hombros.

—No es tan extraño, con una chica tan bella como mi sobrina. De hecho, su prometido es uno de los invitados de esa dama, y también se aloja en la casa solariega de nuestros queridos amigos.

Él apartó la vista y la clavó en el fuego un momento como si estuviera considerando las palabras de la condesa.

—Comprendo. —Entonces volvió a posar la mirada en la señora—. Gracias por esclarecerme la situación, lady Dundee.

Ophelia también se levantó.

—No hay de qué. Ah, y no olvide pasar a visitarnos cuando la señorita Fairchild regrese.

—No se preocupe, lo haré. —Enfiló hacia la puerta con la condesa siguiéndole a escasos pasos, entonces se detuvo en seco y sugirió—; ¿Por qué no me da la dirección de la casa donde Emily se aloja? De ese modo podría escribir a mi prima y decirle que pasaré a verla cuando regrese.

Realmente, ese joven se estaba poniendo pesado. ¿Tenía algún otro interés más profundo por Emily? Después de todo, a veces los primos se casaban entre ellos.

Aun así, su interferencia se le antojaba excesivamente inconveniente, ahora que estaban a punto de descubrir la verdad.

Ophelia hizo gala de toda la dignidad que pudo y se excusó:

—Estoy segura de que su prima tendrá muy poco tiempo para leer cartas durante su estancia en esa magnífica finca, y tampoco me atrevería a importunar a la anfitriona obligándola a aceptar la correspondencia que pudiera llegar a nombre de la señorita Fairchild. Por eso convenimos en que guardaría sus cartas aquí. —Dio un paso hacia la puerta y la abrió para él—. Le comentaré su interés cuando la vea dentro de un par de días.

—Estoy segura de que ella le escribirá tan pronto como disponga de un rato libre.

Él se la quedó mirando como si fuera a decir algo, pero se limitó a saludarla con una inclinación cortés de cabeza.

—De acuerdo, lady Dundee. Siento haberla molestado. Esperaré a recibir noticias de mi prima.

—Me parece una idea muy acertada. Buenas tardes, señor Phelps.



Ophelia observó cómo Carter le mostraba el camino hasta la salida, y luego se dejó caer pesadamente en el sofá, con el corazón amenazándola con escapársele del pecho. ¡Uf! ¡Realmente esperaba que ésa fuera la última vez que tuviera que ver a esa impertinente criatura! Se estaba volviendo demasiado vieja para esa clase de trotes.

Emily entró precipitadamente en la estancia.

—¡Gracias a Dios que se ha ido! Lo ha hecho muy bien. No creo que sospeche nada, ¿no?

En realidad Ophelia pensaba que ese chico sí que sospechaba, pero no se lo podía decir a la pobre muchacha, no cuando Emily tenía tantos conflictos en la cabeza.

—Creo que por el momento nos hemos librado de él.

—Sí. —Emily esbozó una sonrisa brillante, aunque visiblemente forzada—. Entonces supongo que puedo retirarme a descansar. Ya sabe, este insidioso dolor de cabeza...

Ya se había dado la vuelta hacia la puerta cuando Ophelia dijo:

—Espera un momento, hijita. Antes de que subas a esconderte en tu alcoba, quiero hablar sobre lo que ha sucedido en el museo.

La espalda de la muchacha se puso rígida como el palo de una escoba.

—No ha pasado nada. Ya se lo dije, lord Saint Clair...

—Sabes perfectamente bien que no me refiero a lord Saint Clair.

A Emily se le encogió el corazón cuando se giró para mirar de nuevo a la condesa. Había esperado poder rehuir el tema, rezando por que lady Dundee no le preguntara nada. Debería haber supuesto que no iba a ser tan fácil.

La condesa dio unas palmaditas sobre el cojín que había a su lado, en el sofá.

—Ven, siéntate y cuéntame lo que ha sucedido con Blackmore.

Emily estuvo tentada de rebelarse. ¿Acaso no había tenido suficiente por ese día? Con tan sólo pensar en su encuentro con Jordan le entraban ganas de llorar. Esas hercúleas manos, tan duchas, sobre su cuerpo... ¡Las cosas horrorosas que ella le había permitido hacer! Cada momento había sido una tortura deliciosa. Y saber que no había significado nada para él... No, jamás sería capaz de revelar esa vergüenza a lady Dundee.

Por otro lado, necesitaba consejo. ¿Y si Jordan la delataba públicamente? ¿Qué iba a hacer entonces? La única persona que podía ayudarla en ese tinglado era la condesa. No le cabía la menor duda de que si se lo contaba a lord Nesfield sería un verdadero desastre.

—¿Y bien? —inquirió lady Dundee, dispuesta a no tirar la toalla.



Con porte receloso, Emily ocupó el asiento al lado de la condesa. Quizá ya iba siendo hora de que le explicara por qué Jordan mostraba tanto interés en ella. Podría contarle la verdad sin revelar lo que había sucedido esa tarde.

—Lord Blackmore y yo visitamos una sección privada del museo.

—¡Lo sabía! Todas esas majaderías acerca del carruaje... ¿Ha intentado sobrepasarse contigo? Lo juro, si lo ha hecho, lo estrangularé y...

—Él no deseaba quedarse a solas conmigo por ese motivo. —Hizo una pausa y tragó saliva—. Verá, él sabe quién soy realmente.

La condesa se quedó traspuesta.

—¿Qué? ¿Pero cómo... cómo es posible?

Incapaz de mirar a lady Dundee, Emily explicó cómo conoció a Jordan: lo que había sucedido la noche de la fiesta de disfraces y cómo él la había reconocido después. Emily le aseguró que había intentado disuadirlo por todos los medios, pero que él estaba decidido a desenmascararla. Sin entrar en detalles acerca de lo que habían hecho, le contó a lady Dundee que Jordan finalmente la había acorralado con mucha presión y que había descubierto su verdadera identidad en el museo.

—Así que ya lo ve —concluyó ella, con la vista clavada en sus manos—. Su interés por mí radica sólo en un obcecado deseo por desenmascaramme. Y hoy, gracias a mis numerosas meteduras de pata, lo ha conseguido.

Emily esperó el chaparrón de amonestaciones por parte de la condesa. ¿La sermonearía por no haberle revelado la verdad antes? ¡Dios mío! ¿Se atrevería a irle con el cuento a lord Nesfield?

Cuando la condesa no dijo nada, Emily no lo pudo soportar más. Alzó la vista, esperando ver a la mujer con un inclemente aspecto de censura. Pero la condesa estaba sonriendo. ¡Por el amor de Dios! ¡Sonriendo!

—Vaya, vaya, qué interesante. Así que el conde sabía quién eras desde el principio, ¿eh? ¿Y no se lo ha contado a nadie? ¡Qué extraño!

—No es que lo supiera, sino que lo sospechaba. No creo que se atreviera a contárselo a nadie si no estaba completamente seguro.

—Mmm... Pero hoy ha averiguado que estaba en lo cierto. ¿Y dices que le has suplicado que no se lo cuente a nadie?

—Sí, aunque no sé si lo hará.

—No ha dicho nada esta tarde, ¿no es así?

—Eso es verdad. —Emily consideró el hecho, luego sacudió la cabeza—. Por otro lado, no es la clase de individuo al que le guste realizar anuncios públicamente. Si se lo cuenta a lord Saint Clair, lo hará en privado. Será



mejor que vigilemos meticulosamente al vizconde; su comportamiento nos indicará si sabe algo.

Lady Dundee irguió la espalda.

—Cuando tú y Blackmore desaparecisteis, Saint Clair me expresó su intención de invitarnos a la ópera esta noche. Ha reservado un palco. Pensé que sería una buena idea, así que acepté. ¿Qué opinas? ¿Te sientes con fuerzas para asistir?

—Sí, por supuesto. Entonces podremos determinar si Jordan... quiero decir... lord Blackmore... le ha dicho algo. Prefiero ir y saber cómo está la situación que quedarme con la duda.

—¿Y si Blackmore también asiste?

Emily alzó la barbilla.

—No importa. No le tengo miedo.

Pero sí que le tenía miedo. Tenía miedo de no poder controlar las pecaminosas necesidades que él despertaba en su cuerpo, miedo de estar cayendo en un pozo profundo de pecado del que no fuera capaz de salir jamás. Y miedo de que él la delatara públicamente. Jordan le había dicho que sí que sentía algo por ella, pero ¿qué significaba eso? Ya le había dejado claro que no era la clase de hombre que se dejaba amedrentar por algo tan ridículo como un sentimiento de pena.

—Estás enamorada de él, ¿no es cierto? —sentenció lady Dundee suavemente.

Los ojos de Emily se agrandaron.

—¿Enamorada? ¡Por supuesto que no! ¿Cómo iba a enamorarme de un hombre que pertenece a una clase social muy superior a la mía? ¡Él jamás podría casarse conmigo! ¡Por todos los santos!, si incluso cuando él creía que yo era lady Emma, no mostraba ningún interés más allá de... —Se detuvo y se puso colorada.

—¿Más allá de la atracción física, quieres decir? —Lady Dundee apoyó los pies en una banqueta—. ¿Eso es lo que crees? Confía en mí, hijita, un hombre de su clase no se desplaza por toda la ciudad detrás de una mujer sólo porque esté cachondo. Puede ir a otros lugares para saciar sus necesidades.

—Me sigue por todas partes porque quiere delatarme —terció Emily con amargura.

—¿De veras? Pues a mí me parece que se toma demasiadas molestias simplemente para probar que una persona irrelevante es una impostora. ¿Qué ganará con eso?



—No lo sé. Me he estado formulando esa misma pregunta un millón de veces. Supongo que el hecho de que me esté riendo de sus amigos con esta farsa ofende su sensibilidad moral.

—¿Sensibilidad moral? ¿Blackmore? Por lo que he oído, se reserva su sensibilidad moral para sus esfuerzos reformistas en el Parlamento. En privado, carece de todo sentido moral, como el resto de sus amigotes. No, ese hombre está interesado en ti por otros motivos... me apuesto lo que quieras.

—Entonces la dejaré en la ruina, porque yo ganaré la apuesta —rugió Emily irritada.

—Eso ya lo veremos. Esta noche. Y recuerda, si se lo ha contado a su amigo, no es culpa tuya.

—Sólo deseo que su hermano opine lo mismo. —Un repentino terror se apoderó de su corazón—. ¿No le contará a lord Nesfield nada de esto, verdad?

—Por supuesto que no. Randolph no lo comprendería y se lo tomaría fatal, como de costumbre. Y tú no te preocupes más por esa cuestión, ¿me has oído? —Lady Dundee se la quedó mirando fijamente durante unos momentos sin pestañear, antes de añadir—: Y ahora vete, sube a tu habitación y descansa, hijita. Necesitarás reponer fuerzas para esta noche. Tú y yo ya arreglaremos este lío, no te preocupes.

Una repentina sensación de gratitud hizo que Emily agarrara la mano regordeta de la condesa y la besara.

—Gracias, lady Dundee, por no revelar mi secreto a su hermano. Y por no insistir en que termine esta farsa.

Los ojos de la condesa brillaron divertidos.

—¿Terminar esta farsa? ¿Ahora que se está poniendo tan interesante? ¡Desde luego que no! —Emily se incorporó y se dirigió a la puerta, y lady Dundee añadió—: ¡Ah! ¡Otra cosa más, querida! Esta noche ponte el traje rojo de terciopelo.

Emily se ruborizó. Había jurado que nunca se pondría ese escandaloso vestido.

—Es demasiado... escotado. ¿No le parece poco apropiado para una jovencita que acaba de ser presentada en sociedad?

—¡Bobadas! Esta noche vamos a la ópera. Todo el mundo se engalana vistosamente. Y ahora vete y sé una niña buena. Todo saldrá bien. Ya lo verás.

Con las manos hundidas en los bolsillos de su imponente abrigo, Jordan se paseaba con porte taciturno por la avenida Strand. Tras ver desaparecer a Ian en la casa de lord Nesfield, Jordan había abandonado el



carruaje a la merced de su amigo, para que éste pudiera regresar a su casa, y había decidido estirar un rato las piernas.

Jan pensaría que lo que pretendía era esquivar la inevitable discusión acerca de lady Emma. Era cierto, pero no era la razón principal para separarse de su amigo en ese momento. Caminar un rato lo ayudaría a superar la frustración y la rabia que lo consumían; en esos precisos momentos se sentía tan tenso que necesitaba tomar el aire.

¿Qué iba a hacer respecto a Emily? No podía delatarla, no después del modo en que ella se lo había suplicado. Parecía tan desesperada, tan asustada... Se jugaba toda su fortuna a que la habían obligado a participar en esa horrible comedia contra su voluntad.

¿Pero por qué motivo? ¿Qué podía ser tan importante para que Nesfield y lady Dundee se decidieran a actuar con tanta alevosía? ¿Con qué amenaza la habían convencido para que colaborase? La Emily Fairchild que había conocido en Derbyshire era la muchacha más cándida y más honesta que nunca había visto; la más sincera, la menos marrullera, la mujer más genuina que jamás había conocido. Engañar no era su estilo.

Sus motivos para hacerlo debían de ser enrevesados, puesto que no era una chica que se dejara convencer fácilmente.

Excepto cuando se trataba del arte del amor ¡Por todos los demonios! El sentimiento de culpabilidad volvió a asaltarlo, consiguiendo que se sintiera tan sucio como un cerdo. La forma en que ella lo había mirado cuando él soltó ese comentario sobre su virtud... esa mirada le había hecho tanto daño como si le hubieran clavado una estocada por la espalda. Emily se había entregado a él de un modo tan increíblemente inocente que ni tan sólo sabía si había perdido la virginidad o no.

En ese aspecto, Jordan había sido un verdadero cretino, más ciego que un verdadero ciego. Cualquiera botarate se habría dado cuenta de que los flirteos de lady Emma no eran más que unos intentos desesperados por ocultar su identidad. Sin embargo, su verdadera identidad había sido más que obvia desde el principio: sus miradas, la forma de rehuirlo desde el principio. Si incluso lo había llamado Jordan en esa maldita sala en el museo. Él jamás había instado a lady Emma a dirigirse a él por su nombre de pila, en cambio, sí que le había pedido a Emily que lo hiciera. Pero aunque el uso que ella había hecho de su nombre se le había quedado grabado en algún sitio de la mente, no le había prestado la debida importancia. ¿Por qué? Porque ansiaba creer que ella era lady Emma. Emily Fairchild era inaccesible, pero lady Emma era una conquista fácil. Había deseado a Emily tanto que finalmente había decidido creer que ella era alguien más para que así pudiera seducirla.

¡Y había estado a punto de desvirgarla! Casi había destrozado su reputación, porque no había querido reconocer la verdad.



Un carruaje pasó con gran estruendo a su lado y Jordan lo ignoró, hasta que los caballos se detuvieron unos metros delante de él, y una voz gritó:

—Pensé que te encontraría deambulando por la calle. Sube, Jordan.

Alzó la vista y descubrió a Ian, que sostenía la puerta abierta, invitándolo a subir.

—Déjame en paz. No estoy de humor para soportar sermones ahora.

Jordan reemprendió la marcha, pero Ian se apeó del carruaje y lo agarró por el brazo.

—Me importa un bledo si estás o no de humor. Sube al carruaje, o te obligaré a subir con una patada en el culo.

—¡Cómo te atreves! —Jordan lo miró sulfurado y alzó los puños provocadoramente en dirección a la barbilla de su amigo. Estaba listo para enzarzarse en una pelea, y en ese momento le traía sin cuidado quién fuera su contrincante.

La expresión determinada de Ian se alteró ante la visión del porte beligerante de Jordan.

—No seas ridículo. Este problema deberíamos arreglarlo en privado, y no en plena calle.

La necesidad de golpear algo, cualquier cosa, se había apoderado de Jordan con una fuerza incontenible. Pero Ian tenía razón. Una pelea pública entre dos caballeros aparecería en los periódicos y levantaría especulaciones indeseadas acerca de los motivos por los que estaban peleándose justo después de haber sido vistos con Emily y lady Dundee. Prefería no atraer la atención hacia la figura de Emily.

Sin pronunciar ninguna palabra más, bajó los puños y entró en el carruaje, dejándose caer pesadamente en uno de los asientos.

Ian también entró y le ordenó a Watkins que los llevara a su casa, luego se giró para observar a Jordan.

—¿Qué es lo que ha sucedido entre lady Emma y tú en el museo?

—No es de tu incumbencia —ladró Jordan.

—Mira, fui yo quien la invitó. Soy responsable de lo que haya podido pasarle...

—No ha pasado nada.

—¿Me estás diciendo que le desarreglaste el sombrerito y que le ensuciaste la parte trasera de la falda con polvo de mármol por un simple accidente? —Cuando Jordan lo fulminó con una mirada letal, Ian añadió—: ¡Oh, sí, claro que me he dado cuenta! ¡De eso y de otros pormenores! Como por ejemplo, que lady Emma ha regresado sin el echarpe que al principio llevaba alrededor del corpiño. Me extraña que lady Dundee no se



haya percatado de ese detalle. Te lo juro, si has comprometido a esa dama...

—¡No la he comprometido! —Aunque había estado a punto de hacerlo y, sinceramente, le habría encantado hacerlo. Jordan notó cómo se cerraba el nudo que se le había formado en la garganta hasta casi ahogarlo. ¿Era tan obvio, lo que había sucedido?—. ¿Por qué estás tan preocupado por la entrañable lady Emma? Pensé que era lady Sophie la que te interesaba.

—Y lo es. Pero lady Emma me cae bien, y no quiero ver cómo le haces daño.

—Ni yo tampoco, créeme.

Ian se frotó la barbilla con aire pensativo.

—Veamos, ¿todavía crees que es la hija del rector que finge ser una dama?

El impulso de contarle la verdad a su amigo era casi incontrolable. Pero Emily le había implorado que no lo hiciera, con lágrimas en los ojos. No, no podría soportar verla de nuevo llorar.

—No. Era una idea estúpida, nada más.

—Así que eso significa que esa chica ya no te interesa.

—Yo no he dicho eso —contraatacó Jordan.

Por supuesto que todavía le interesaba. No pensaba delatarla, pero nada conseguiría detenerlo en su intento por descubrir qué poderosa razón albergaba Nesfield para subyugar a Emily de ese modo tan cruel. Actuaría con discreción y sumo cuidado, pero averiguaría la verdad. Alguien tenía que rescatarla de ese infierno, antes de que la humillaran públicamente. Obviamente, su padre no la estaba ayudando.

—A ver si lo he comprendido —resopló Ian con cansancio—. Sientes interés por una mujer soltera y sin compromiso, y de buena posición social.

Las palabras «soltera y sin compromiso» captaron su atención. Jordan miró a Ian con el ceño fruncido.

—No es lo que estás pensando. Disfruto con su compañía. Es una mujer intrigante y simpática, eso es todo.

—Mentiroso. Gracias a su mera simpatía, has... —Ian alzó la mano, y empezó a enumerar señalando uno a uno sus dedos—: llegado tarde a una cita, has asistido al almuerzo de una mujer a la que detestas, has intentado seducir a la citada señorita simpática en medio de un museo abarrotado de gente, lo cual significa que si os hubieran pillado, la gente te habría censurado y a ella la habrían vilipendiado, has amenazado a tu mejor amigo. —Hizo una pausa—. ¿Me olvido de algo?

—Sí, de mi puño a punto de partirte la mandíbula —refunfuñó Jordan.



—Eso es, o sea, que has amenazado dos veces a tu mejor amigo. Explícame, ¿qué ha pasado con el genuino conde de Blackmore?

—Muy divertido, sí señor. En cuanto a eso de intentar seducirla, cualquier hombre que se precie de tener ojos en la cara lo intentaría.

—Pues yo no lo he intentado. —Ilan se inclinó hacia delante—. ¿Estás enamorado de ella?

—¡Por todos los demonios del infierno! ¡Menuda pregunta! —Estampó una sonrisa cínica en los labios—. ¿Cómo te atreves a preguntarme algo así? ¿Al hombre con el corazón de granito, tal y como Pollock me definió?

—Pollock es un mercenario disfrazado de romántico. En cambio tú eres un romántico disfrazado de mercenario. A menos que me equivoque, estás colado por lady Emma.

—Pues estás completamente equivocado. Lo único que siento por ella es una lujuria incontenible. Ya pasará.

Una voz resonó súbitamente en su cabeza: «Tú sólo me deseas, nada más... ¿Y aún pretendes que confíe en ti, poniendo mi futuro en tus manos? ¿Cómo te atreves? ¡No tienes ningún derecho a pedirme ese sacrificio, pedazo de... de animal!».

¡Que los demonios se llevaran a esa fémina testaruda! ¡Una cosa no tenía nada que ver con la otra! ¡Claro que podía confiar en él! Él era todo un caballero, ¡faltaría más! La ayudaría si ella le contaba la verdad. Tras la evidencia de esa primera noche en el carruaje, Emily debería saberlo y no ponerlo en tela de juicio.

«Sí, claro, después de que prácticamente la sedujeras en el museo sin pararte a pensar qué consecuencias podía eso tener para ella. ¡Y Emily es tan inocente que ni tan sólo sabía si aún era virgen cuando le introdujiste el dedo, por el amor de Dios! Soy tan digno de confianza como una víbora venenosa.»

Sin embargo, tenía que ayudarla. Ella era infeliz con la situación; cualquier idiota podía verlo. De alguna manera tenía que ayudarla a salir de esa encerrona.

—Con que sólo lujuria, ¿eh? —repitió Ilan, irrumpiendo en sus pensamientos—. Entonces debe de ser una situación muy ardua para ti, me refiero a revolotear cerca de esa chica «tan simpática», puesto que eres demasiado caballeroso como para seducir a una muchacha inocente sin asumir después el compromiso de casarte con ella, y ya que no profesas ningún interés en la posibilidad de casarte...

—En eso tienes razón —murmuró Jordan entre dientes. Ese era precisamente el motivo por el que debería mantenerse a distancia de ella. Aunque le resultaba imposible, dadas las circunstancias.



Jordan fijó la vista en la ventana, aliviado al ver la casa de Ian a escasos metros.

—Bueno, parece que ya hemos llegado, amigo. ¿Piensas asistir a algún baile esta noche?

Por fortuna. Ian no hizo ningún comentario acerca del abrupto cambio de tema.

—No lo sé, ¿y tú?

—Quizá sí. —Si le preguntaba a Ian si sabía adónde iba a ir Emily esa noche, seguramente su amigo lo atormentaría sin piedad—. Todavía no tengo planes.

El carruaje se detuvo.

—Si aceptas un consejo... Si lo único que te atrae de lady Enma es su físico, lo más conveniente será que te mantengas alejado de ella.

—¿Consejo? Eso suena más a una orden que a un consejo.

Ian saltó del carruaje y cerró la puerta con brío.

—Tómalo como quieras.

—Lo haré. —Jordan dio unos golpecitos en el techo de la cabina—. ¡A casa, Watkins!

¿Mantenerse alejado de ella? ¡Y un cuerno! Mientras Watkins retomó la marcha, Jordan resopló con rabia. Ian siempre había sido muy galante con las mujeres, pero esta vez se estaba metiendo en tierras pantanosas. Emily no era de la incumbencia de Ian. Ella sólo era de él, de nadie más. Y descubriría qué era lo que esa fémina se llevaba entre manos aunque supusiera la última cosa que hiciera en su vida.

Tras varios minutos de reflexión, Jordan fraguó un plan.

Tan pronto como llegó a su casa, entró corriendo en el vestíbulo y llamó a Hargraves a viva voz.

El mayordomo apareció en un periquete, y se puso también a correr tras su señor mientras Jordan subía de dos en dos las escaleras hasta el segundo piso, donde estaba su despacho.

—¿Sí, milord? ¿Necesita algo?

—Haz las maletas. Te vas de viaje. —Jordan abrió la caja fuerte y sacó un fajo de billetes.

Hargraves parpadeó un par de veces.

—¿Ahora?

—Tan pronto como estés listo.

—¿A donde voy?



—A Willow Crossing.

El mayordomo tosió discretamente mientras Jordan contaba los billetes.

—Ejem... ¿No es ésa la localidad de la que es oriunda la señorita Fairchild? ¿La mujer que usted cree que finge ser lady Emma?

—No lo creo. Lo sé. Ella misma me ha contado la verdad hoy.

—¡No me diga!

—Sí que te digo. Por desgracia, no me ha contado los motivos. —Dejó de contar los billetes—. ¿No has descubierto nada más, aparte de lo que me contaste esta mañana acerca del día en que lady Dundee y su hija llegaron a Londres?

—Pues sí. No es gran cosa, pero quizá usted sabrá cómo sacar partido de esa información. Parece ser que lady Sophie no se halla en la casa que los Nesfield tienen en la ciudad. Hace varias semanas que no la han visto. Dicen que enfermó y que la trasladaron a una de las casas que la familia posee en la campiña inglesa, pero se supone que los criados no han de comentar esa cuestión con nadie.

—Qué curioso. —¿Tenía la farsa de Emily algo que ver con Sophie y su enfermedad? ¿Pero cómo?

—Y algo más, milord. Cuando pregunté acerca de la señorita Emily Fairchild, me dijeron que pronto llegaría a Londres de visita. Les han dicho a los criados que la señorita se halla de viaje por el país y no puede recibir correo, por eso le guardan todas las cartas que recibe, aunque todos creen que es un poco raro que su padre le escriba tantas cartas cuando ella no puede contestar.

—¡Eso sí que es un notición, Hargraves! Me apuesto lo que quieras a que su padre no sabe el lío en el que está metido su hija. Podré usar ese dato. —No quería amenazar a Emily con contárselo todo a su padre todavía; ella jamás se lo perdonaría.

Pero recurriría a esa amenaza si era necesario. Alguien tenía que cuidar de esa chica.

—Nesfield le está haciendo chantaje con algún motivo que desconocemos —murmuró pensativo—. No sé de qué se trata, pero quiero que hagas indagaciones. Por eso quiero que vayas a Willow Crossing. No has descubierto nada aquí, así que tendrás que probar suerte allí, a ver qué es lo que averiguas. No te importa un viajecito por la campiña inglesa, ¿verdad?

—En absoluto. Llevo tiempo deseando escapar una temporada de la ciudad, milord.

—Perfecto. Quiero que partas hoy mismo. Pasa unos días en esa localidad, haz preguntas. Pero sé discreto. No le digas a nadie que trabajas



para mí, ¿entendido? Sólo descubre lo que puedas acerca de las familias Fairchild y Nesfield. Supongo que no necesitarás mucho tiempo, en una localidad tan pequeña como Willow Crossing.

—Haré lo que pueda, milord. Cuento conmigo.

—Siempre lo hago.

Y mientras Hargraves estuviera en Willow Crossing, Jordan procuraría averiguar la verdad desde allí. Por más que Emily protestara, no consentiría que se enfrentara sola a ese problema. A partir de ese momento, ella podría contar con un aliado.



Capítulo 12

Asistir a la ópera, igual que embriagarse, es un pecado que conlleva su propio castigo con él.

CARTA DE 1775, A SU HERMANA
LAS CARTA DE HANNAH MOORE
HANNAH MOORE,

Escritora, reformista y filántropa inglesa

Emily jamás había asistido a la ópera. Willow Crossing contaba con una vieja orquesta que actuaba en las fiestas de la localidad, así como con un grupo de actores ambulantes que a veces representaban alguna comedia de Shakespeare. Pero ópera no, seguro.

Por eso no sabía nada sobre Las bodas de Fígaro, compuesta por Mozart. Afortunadamente, a pesar de que era una ópera italiana, la producción era en inglés. Así pues, no sólo podía comprender la historia sino que además estaba disfrutando como una niña pequeña, extasiándose con la música como lo que realmente era: una simple chica provinciana entusiasmada. ¡Las voces sonaban tan claras, tan perfectas! La orquesta no cometía ningún error, ini tan sólo con las notas más altas!

Su regocijo se veía acentuado por el hecho de que lord Saint Clair no había mostrado ningún indicio de conocer su oscuro secreto. Cuando comprobó que el vizconde se estaba comportado como de costumbre, Emily se había relajado, especialmente porque había acudido a la cita sin Jordan. Quizá el plan aún saldría bien, después de todo.

Quizá Jordan se sentía satisfecho por el mero hecho de haberse demostrado a sí mismo que estaba en lo cierto en cuanto a su identidad. Por primera vez desde el baile en casa de los Merrington, Emily se sintió libre de poder disfrutar de lo que la ocasión le deparaba.

El personaje llamado Cherubino, un mozalbete interpretado por una mujer, se puso a cantar un aria, y Emily se inclinó hacia delante, admirada. ¿Cómo podía una mujer tan diminuta modular esos extraordinarios sonidos? Las habilidades musicales de Emily dejaban bastante que desear, pero le encantaba escuchar. Al final del segundo



acto, su cara había reflejado igual número de alegrías que de penas a causa del argumento.

En el interludio, los tramoyistas hicieron descender el magnífico candelabro con sus cientos de velas en medio de la platea, y lady Dundee se levantó de su asiento.

—Veo que lady Merrington está aquí esta noche. Iré a charlar un rato con ella.

—La acompañaré —anunció lord Saint Clair al tiempo que se incorporaba de su asiento—. Estas sillas no están hechas para hombres con las piernas tan largas como las mías. —Le ofreció el brazo a Emily caballerosamente—. ¿Viene, lady Emma?

Las notas suaves y elegantes de un violín resonaban en el palco, y ella suspiró de placer.

—¿Les importa si me quedo aquí a escuchar la música?

Lord Saint Clair se contuvo para no reír.

—Es sólo el interludio, lady Emma.

—Ya, pero es una melodía maravillosa, ¿no le parece?

Lady Dundee le lanzó una sonrisa indulgente.

—Claro que lo es, hijita. Vamos, Saint Clair, dejémosla que se solace con la música.

Emily sonrió agradecida, luego volvió a poner una vez más toda su atención en el escenario, donde los músicos estaban tocando un dueto para violín y arpa. También le gustaba el sonido del arpa. Recordó que su maestra en Willow Crossing tenía un arpa, aunque el sonido de sus notas no fuera tan puro ni dulce como el que ahora la embriagaba. Existían ventajas de vivir en la ciudad. Cuando regresara al pueblo echaría de menos esos privilegios.

Oyó la puerta que se abría tras ella, pero no dejó de prestar atención a la música; supuso que era lady Dundee, que había vuelto para buscar algo que había olvidado. Entonces, una voz profunda la saludó.

—Buenas noches, Emily.

Súbitamente se quedó helada. Jordan. Él estaba allí.

Notó cómo se le aceleraba el pulso y cómo el corazón pujaba por escapar de su pecho. ¡Oh, maldito corazón traidor! ¿Por qué se había enamorado de ese bribón?

Emily oyó más que vio cómo él avanzaba hasta la parte frontal del palco. Jordan se alzó la parte inferior de su traje de cola y se sentó a su lado. Ella irguió la espalda, sin atreverse a mirarlo después de las intimidades que habían compartido esa tarde. Se secó las manos



sudorosas en la falda y deseó fervientemente que se marchara, pero cuando él no dijo nada, no pudo resistirse a mirarlo de soslayo.

Como de costumbre, lucía un traje impecable y una corbata inmaculada. ¿Por qué no podía llevar ropa que le viniera grande, o tener las manos feas y llenas de callosidades o algo parecido para que ella consiguiera repudiarlo de asco? No, Jordan tenía que ser perfecto en cada detalle. El conde perfecto; guapo, pero prohibido, que besaba como el mismísimo diablo, y que ahora tenía en sus manos su propio futuro.

Jordan la miró a los ojos y Emily bajó la vista rápidamente, avergonzada de que él la hubiera sorprendido escrutándolo de aquella manera.

Entonces él carraspeó nervioso.

—Estás preciosa esta noche. Aunque me atrevería a decir que tu vestido es un poco... ajustado, ¿no crees?

Jordan hablaba como si hubiera estado haciendo gárgaras con pinchos. ¿Y qué quería decir con eso de «un poco ajustado»? ¿que era demasiado rellenita para ese traje?

Lo miró con porte indignado.

—Lady Dundee dijo que era adecuado para lucirlo en la ópera.

Jordan bajó la vista hasta su espléndido escote, que dejaba ver una considerable parte de sus pechos aplastados e hinchados, como casi el resto de vestidos de las mujeres que había visto esa noche. Tragó saliva y apartó los ojos para volverlos a clavar en su hermoso rostro.

—Para algunas mujeres quizá, pero en ti, este traje resulta letal.

¡Por todos los santos! ¿Qué insinuaba? Ahora que estaba seguro de que ella no era más que la hija de un rector, ¿pensaba que no tenía derecho a exhibir ropas tan primorosas? ¡Menuda soberbia!

—Si has venido con la intención de insultarme, será mejor que te marches.

—¿Insultarte? ¡No te estaba insultando! Al menos, no era mi intención. —Jordan suspiró—. No me rechaces todavía, por favor. Me ha costado muchísimo averiguar dónde estabas esta noche.

—¿Te ha costado muchísimo? Estoy segura de que tu amigo te ha contado que íbamos a la ópera.

—Mi querido amigo —espetó él con un tono sarcástico— no me ha dicho nada. He estado buscándote en dos bailes, una fiesta, y en otro baile previamente. Al final no me ha quedado más remedio que ir a casa de Ian e interrogar a sus criados para averiguar adonde había ido él, y por consiguiente, dónde estabas tú.

Emily notó que su corazón irresponsable volvía a acelerarse más de la cuenta.



—¿Has ido a todos esos sitios en mi busca?

—Tenía que hablar contigo. Esta tarde hemos dejado un tema sin zanjar.

Emily se esforzó por ocultar su decepción. Claro, ése era el motivo por el que la había estado buscando por todos lados, ¿por qué otra razón saldría a buscarla?

De todos modos, perfecto, ella también necesitaba hablar con él. ¿Pero cómo abordar la cuestión?

—Te has perdido la mitad de la ópera.

—No. He estado en mi propio palco. Tengo uno alquilado todo el año, principalmente para mi hermana, cuando está en la ciudad. —Señaló hacia un palco enfrente, con las cortinas entrecerradas. Su voz se tornó más dura—. Me he pasado todo el rato viendo cómo todos los hombres te admiraban con la boca abierta.

¿Eran celos, lo que se desprendía de su tono? Emily suspiró. Por supuesto que no. Jordan jamás se sentiría celoso de ella, ni de ninguna otra mujer, para ser más precisos.

—¿Y por qué no has venido a este palco, a disfrutar de la ópera con nosotros?

—No sabía si tu querida madre lo consentiría, después de lo que ha sucedido esta tarde. Supongo que debe de estar preparada para despedazarme vivo.

¿Debía decirle que lady Dundee sabía que se habían conocido en el baile de máscaras? No, mejor que no. Probablemente entonces Jordan se sentiría motivado a acribillar a la condesa con mil y una preguntas para averiguar qué era lo que realmente pasaba.

—Ella no... no sospecha nada —mintió.

Jordan desvió la vista hacia los otros palcos del teatro y se propinó unos golpecitos en la rodilla con los dedos. Parecía nervioso.

—Qué extraño. ¡Tan sí que ha sospechado; se ha pasado la mitad de la tarde sermoneándome por jugar con una jovencita inocente.

Ella se quedó helada.

—¿Y tú le has contado el motivo... quiero decir, nuestra conversación sobre...?

—No. —Jordan volvió a mirarla a la cara, con unos ojos incuestionablemente solemnes—. No le he contado nada. Por eso estoy aquí, para asegurarte que mantendré el secreto.

Emily se sintió de repente aliviada, muy aliviada, tanto que estuvo a punto de echarse a reír históricamente.

—¡Uf! ¡Gracias a Dios! ¡Estaba tan preocupada!



Jordan frunció el ceño.

—No pensarás que me habría atrevido a venir a verte para ponerte en evidencia delante de todo el mundo sin antes saber qué es lo que sucede.

—Ya no sé qué creer. Hasta ahora has mostrado tanta... tanta insistencia en descubrir mi identidad que me parecía lógico que quisieras que todos supieran...

—Vaya, vaya; por lo que veo no me tienes en muy buena consideración, ¿verdad? —Jordan se puso en pie y empezó a deambular por la pequeña zona en la parte delantera del palco—. Mira, querida, deberías haber confiado en tus tácticas femeninas. Tus lágrimas y tus súplicas han sido muy efectivas, le lo aseguro. No estoy hecho de piedra.

—¡No era ninguna táctica! —Herida por esas palabras tan l rías, Emily contraatacó—: Además, el señor Pollock dice que te jactas de tener un corazón de granito, así que supongo que estás hecho de piedra, ¿no es cierto?

Él se giró hacia ella sulfurado y achicó los ojos.

—¿Pollock? ¿Ese imbécil aún te está haciendo la corte? Sólo te ha dicho eso porque me tiene manía, ya me entiendes.

—¿Ah, sí? ¿Nunca te has jactado de tener el corazón de granito ante él?

Jordan apretó los dientes con crispación, y después apartó la vista para dirigirla otra vez hacia los palcos.

—De acuerdo, quizá sí que se lo he dicho, o algo parecido. Pero no soy tan malo como él pretende hacerte creer. Sólo porque no me desmorono ante las lágrimas de una mujer no significa que no me afecten las adversidades. No soy el calavera desalmado por el que me has tomado.

Jordan parecía insultado de que ella pudiera sentir pena por su persona.

—Ya lo veo —repuso Emily, suavizando el tono—. Al menos, mantendrás mi secreto.

—Sí, pero aún quiero saber por qué te ves obligada a fingir de este modo. Puedes confiar en mí. Te lo juro. Sólo porque intentara seducirte esta tarde no significa que...

—¡No quiero hablar sobre esta tarde! —Virgen santa, Emily no podía soportar que él le rememorase lo que había sucedido. Dejó el bolsito en el asiento que había a su lado, se levantó y se precipitó hacia la parte posterior del palco cercana a la puerta—. Será mejor que te marches.

Jordan la siguió.

—Emily, sólo intentaba decirte que no volverá a suceder.

—Lo sé. Ahora que ya sabes quién soy, no osarás tocarme, ¿no es verdad? Tú sólo querías a lady Emma, no a mí.



—¿Se puede saber de qué diantre estás hablando?

¡Cielo santo, había hablado más de la cuenta!

—Nada, no tiene importancia; olvídalo.

Jordan la agarró del brazo.

—Obviamente, no se trata de algo sin importancia, o no lo habrías mencionado. No creerás que te besé esta tarde sólo porque pensaba que eras lady Emma.

—¡No importa! —Emily se esmeró por mantener un tono sosegado, sin nervios, aunque por dentro estaba a punto de estallar—. Lo... lo comprendo. De verdad, lo entiendo. Estás acostumbrado a mujeres más sofisticadas. Pensaste que era una chica fácil, así que intentaste seducirme. Pero ahora que mi falta de experiencia es... tan dolorosamente patente, no tengo que preocuparme, tú mismo lo has dicho: no volverá a suceder.

—Si yo mismo pudiera creer esas palabras... —Se pasó los dedos por el pelo—. Sólo existe un problema con tu teoría, Emily. Sabía quién eras esta tarde y, sin embargo, te deseaba con locura.

Ella sacudió la cabeza enérgicamente.

—No, pensabas que era lady Emma, esa... esa chica atolondrada de Escocia.

—Intenté convencerme a mí mismo de que eras lady Emma porque entonces podría permitirme conseguir lo que realmente quería... o sea, hacerte el amor. No siento deseo alguno de desflorar a ninguna mujer, y pensé que lady Emma no era virgen, así que no habría ningún inconveniente.

Cuando ella pestañeó, Jordan la atrajo hacia la zona de los asientos no usados en la parte más sombría del palco que quedaba oculta de posibles miradas curiosas gracias a la cortina de terciopelo.

—Pero a quien realmente quería era a Emily Fairchild, te lo prometo. Y todavía quiero a Emily Fairchild. Esta noche he observado cómo los hombres salivaban al mirarte, y por ese mero motivo, por mirarte de un modo tan ignominioso a causa de tu llamativo vestido, habría sido capaz de retarlos a duelo uno por uno.

—¡No sigas! ¡Deja de decir esas tonterías sólo para hacer que me sienta mejor! —Emily giró la cara; las lágrimas volvían a amenazarla con aflorar inclementemente—. ¡No soy tan tonta como para no darme cuenta de cuándo alguien siente pena por mí!

—¿Pena por ti? —Él la acorraló contra la pared, y después le alzó la barbilla para obligarla a mirarlo a los ojos—. ¿Pena por ti? ¡Por todos los demonios del infierno! ¿Pero es que no te das cuenta del efecto que



provocas sobre mí? Si no estuviéramos en un sitio público, en estos momentos te aseguro que no nos hallaríamos hablando acaloradamente. Te habría arrancado esa maldita pieza de seducción que llevas puesta. Estaría deleitándome con la visión de cada centímetro de tu cuerpo. Estaríamos tumbados en el suelo, y te estaría besando en cada rincón de tu cuerpo que puedas imaginar y en algunos que ni te imaginas. No te marcharías de aquí siendo todavía virgen, te lo aseguro.

Ahora ella no dudaba de sus palabras, rematadas con su mirada hambrienta, su voz ronca, su respiración acelerada. El cuerpo de Jordan estaba notablemente caliente, comparado con la fría pared contra la que ella apoyaba la espalda desnuda.

Unas ricas notas de arpa resonaron en su conciencia, a un ritmo tan frenético como su propio pulso. Aunque, en realidad, su pulso latía más rápido.

Entonces Jordan deslizó la mano por su cuello en una caricia tan tierna que a Emily se le erizó el vello de los brazos y su pulso acabó de enloquecer. Con mucha lentitud, él arrastró uno de los largos dedos por su garganta y por su escote hasta detenerlo entre sus pechos, que subían y bajaban exageradamente, por más que ella intentara controlar la respiración.

Jordan introdujo un dedo en el borde del corpiño.

—Por todos los demonios. Si estuviéramos en otro lugar y no aquí... si estuviéramos solos...

No tuvo que decir nada más. Si estuvieran solos, él le arrancararía el corpiño y le lamería los pechos, jugaría con ellos como había hecho esa misma tarde. ¡Oh! ¡En qué mujer más desvergonzada se había convertido! También ella lo deseaba, con todas sus fuerzas y con todo su cuerpo.

Jordan dejó caer la mano para cogerle la suya y guiarla hasta la protuberancia que destacaba en la parte superior de sus pantalones.

—¿Notas esto? —masculló—. Así te deseo. Jamás puedo mirarte sin excitarme. No importa si finges ser Emma o la maldita reina de Inglaterra. Sigues siendo Emily, la mujer a la que no he dejado de desear desde el primer día en que te conocí, y que es tan cruel que no me deja conciliar el sueño. Desde esa primera noche en el carruaje, no he parado de pensar en...

¡Menuda retahíla de mentiras! Emily apartó la mano apresuradamente.

—Esa noche en el carruaje me echaste casi a patadas; no querías saber nada de mí.

Jordan se inclinó hacia delante hasta rozarle la oreja con la boca.

—¿Entonces por qué te besé? —Le estampó un beso húmedo en plena oreja, y luego otro en el lóbulo, y a continuación fue apenas rozando una



senda de piel sensible hasta llegar al hombro. Jordan olía a jabón y a tabaco. Y a deseo. Pura y simplemente a deseo. Emily sintió unos escalofríos en la espalda.

Él continuó con una voz implacable:

—Te lo aseguro, no beso a mujeres que no desee. Y sabía que no debía hacerlo, no debía desearte.

—Porque soy la hija de un rector, en otras palabras, soy una plebeya, una muchacha de baja extracción social.

—¡No! —rebató él con firmeza—. Porque eres dulce e inocente y virgen.

Emily giró con brío la cabeza hacia él. Sus bocas estaban separadas sólo por escasos milímetros, tan cerca que ella prácticamente podía probar el aroma a vino que emanaba de su respiración.

—¿Y qué hay de malo en desear a una muchacha virgen?

—No podía ocultar la pena en su voz—. La mayoría de los hombres se sentirían encantados ante tal posibilidad.

—Las vírgenes son unas criaturas peligrosas. Son mujeres que creen en el amor y en los sentimientos románticos y todas esas monsergas que hace tiempo decidí olvidar. Una virgen espera que un hombre le venda su alma al diablo por ella, y yo no puedo hacer ese sacrificio. No sería feliz, lo sé.

No había nada más efectivo que escuchar la verdad para echar a perder una situación que prometía un final apasionante. Emily se clavó las uñas de los dedos cruelmente en las palmas de las manos para no ponerse a llorar.

—Oh, sí, claro, lo olvidaba. Eres el hombre del corazón de granito, ¿no? Tú sólo te mueves por el... deseo.

Jordan la miró a los ojos y, por primera vez, ella pensó que él vacilaba. A continuación, su cara adoptó nuevamente ese semblante inescrutable.

—Exactamente. Veo que finalmente me comprendes.

Emily lo apartó de un empujón.

—¡Nunca te comprenderé! ¿Cómo puede un hombre vivir sin amor, sin las emociones más cálidas? ¿Cómo puedes levantarte de la cama cada mañana con ese peso en tu conciencia?

—No me cuesta nada levantarme de la cama, te lo aseguro. No necesito amor para poder funcionar durante todo el día. Eso es algo que descubrí cuando era muy joven.

—¿Qué quieres decir?

Su expresión se tornó tan dura como un vaso de cristal opaco.



—No he venido aquí a departir sobre lo que siente mi corazón. Eso no tiene nada que ver con el hecho de que puedes confiar en mí. Quizá no sea un idiota sentimental, pero soy un hombre decente, honorable, que detesta verte metida en esta farsa tan burda. Quiero ayudarte, Emily. Puedes confiarme tus secretos. Haré todo lo que esté en mis manos para protegerte de Nesfield y de lady Dundee.

La cara de Emily se tiñó con una nota de alarma.

—¿N... Nesfield?

—Es obvio que te están haciendo chantaje. Tú no accederías a intervenir en un despropósito como éste por las buenas. Y puedo ayudarte a deshacerte de ellos. Sé cómo puedo hacerlo.

Ahora Emily se ahogaba de pánico. Si Jordan empezaba a cuestionar a Nesfield...

—¡Nadie puede ayudarme! ¡Y mucho menos tú! ¡Por favor, Jordan, olvídate de este tema!

—No puedo.

—¿Por qué no? —Emily cerró los puños con crispación a medida que se acercaba más a él—. No es de tu incumbencia. Todo se acabará muy pronto. Entonces regresaré a Willow Crossing y desapareceré de tu vida, y tú no tendrás que molestarte por mí nunca más.

—¡Maldición, Emily! ¡No estoy molesto! ¡Lo único que pretendo es ayudarte!

—¡Pero yo no quiero tu ayuda! ¿Por qué no puedes meterte esa realidad en tu dura cabezota? ¡La única forma de ayudarme es dejarme en paz de una vez!

—¿No piensas decirme qué es lo que pasa?

—¡No! —Emily bajó la voz—. Por favor, prométeme que no interferirás. ¡No debes interferir!

—No interferiré. Pero tampoco me quedaré al margen.

—¡Maldito seas, Jordan! ¿Por qué muestras ese interés enfermizo en arruinar mi vida?

—No quiero arruinar tu vida. Estoy intentando evitar que la arruines tú misma. —Señaló hacia su vestido—. Este... este papel parece que tiene por objetivo que te muestres como una muchacha desvergonzada, una fresca. Eso es mucho más peligroso de lo que te imaginas, ¡especialmente si flirteas con otros hombres de la misma forma que lo hiciste conmigo!

Emily deseaba acogerse a esa nota de celos que parecía despuntar en su voz, pero sabía que se equivocaba.

—¡El único hombre peligroso para mí eres tú!



—¿De veras? ¿Y Pollock? ¿No te ha tocado? ¿No ha intentado sobrepasarse contigo?

La pregunta la tomó tan desprevenida que se ruborizó sin poder evitarlo.

—Me lo temía —refunfuñó él—. ¡Que el diablo se lleve a ese hijo de...!

—¡Pero controlé la situación! —lo atajó ella—. No soy tan estúpida ni tan boba como opinas. ¡Sé defenderme de tipos de su calaña!

Jordan soltó una estentórea risotada.

—Sí, ya me lo has demostrado esta tarde.

Emily se sonrojo aún más. ¿Cómo se atrevía a recordarlo el modo tan impúdico en que se había comportado?

La música del interludio había tocado a su fin, y ahora ella podía oír el rumor de la gente que regresaba a ocupar sus asientos. Lady Dundee volvería muy pronto, junto con Ian. Emily no podría seguir lidiando con Jordan y con ellos a la vez. Además, estaba cansada de sus insinuaciones.

Con un visible aire indignado, ella avanzó hasta la puerta y la abrió.

—¡Márchate! ¡Vete y no vuelvas a acercarte a mí!

Jordan echó un vistazo hacia la concurrida platea, luego se dirigió hacia ella. Al llegar a la puerta se detuvo y la traspasó con una mirada inflamada.

—Me marchó... por ahora. Pero recuerda, no pienso dejarte en paz; no hasta que llegue al fondo de esta cuestión.

Y con esa declaración, abandonó el palco con paso firme y decidido.

Ophelia decidió que Saint Clair no sabía nada acerca de la identidad de Emily. Le había dado al vizconde numerosas oportunidades para hablar acerca de ello, pero él no había comentado nada. Así que Blackmore había mantenido el secreto de Emily. ¡Qué interesante!

Ambos regresaban al palco cuando ella divisó a Blackmore, saliendo precisamente del palco. La condesa se detuvo en seco y agarró a Saint Clair por el brazo.

—¡Fíjese!

Saint Clair siguió la dirección de su mirada y se puso rígido de inmediato.

—Maldita sea. Lo siento, lady Dundee. Iré a buscarlo y le diré que no es bien recibido...

—¡Ni se le ocurra!

Él la miró con la boca abierta.



—¿Qué quiere decir? Después de lo que ha sucedido hoy, pensé que...

—Pues entonces ha pensado mal. Me gusta Blackmore. Y me parece que está interesado en mi hija.

—Bueno, probablemente sí que se podría expresar en esos términos —murmuró Saint Clair.

—Creo detectar un hilo de sarcasmo en su voz. ¿Me esta insinuando que me equivoco?

—Ni mucho menos. Yo soy el primero que no me quedo impasible ante una bella mujer, pero... bueno...

—Su interés es meramente físico. ¿Es eso lo que intenta decirme?

lan parecía incómodo ante la pasmosa franqueza de lady Dundee.

—No estoy seguro, aunque eso es lo que él alega.

—¡Bobadas! Los hombres siempre alegan que sólo están interesados en el aspecto físico. Con ello mantienen su orgullo intacto. No quieren que nadie piense que podrían estar enamorados de una simple mujer. Después de todo, Blackmore es un tipo muy orgulloso.

Saint Clair sonrió.

—Sí, y «enamorado» es una buena palabra para definir lo que Jordan parece sentir por lady Emma. Pero estar enamorado de una mujer y hacer algo al respecto —me refiero a algo honorable, claro—, son dos cosas bien distintas.

—¿Me está diciendo que él se atrevería a seducir a mi hija y que luego no aceptaría la responsabilidad que eso conlleva?—La condesa contuvo la respiración. De ser así, esos encuentros privados entre ellos tendrían que acabar. Emily no estaba preparada para hacer frente a la poderosa máquina de seducción de un hombre como Blackmore, y Ophelia no estaba interesada en enviar a esa muchacha de vuelta a su casa con la virtud arruinada.

—No lo creo. Él siempre se ha mantenido alejado de las muchachas castas y puras.

—Pues en esta ocasión no parece que esté muy dispuesto a mantenerse alejado de mi hija; supongo que estará de acuerdo conmigo en que eso es evidente.

Saint Clair se quedó pensativo unos instantes.

—Le doy la razón. —Ladeó la cabeza y miró a la condesa—. Lady Dundee, ¿pretende usted cazar a Jordan para que se case con su hija?

—¡Pues claro! Emma está enamorada de él. Y si mi hija quiere a un hombre, haré lo que tenga que hacer para pillarlo.



Era lo mínimo que podía hacer por Emily, después de implicarla en el lío de Sophie.

—¿Enamorada de él? ¿Ella misma se lo ha confesado?

—No. Lo negó airadamente. Esa chica no sabe interpretar los impulsos de su propio corazón. Pero conozco bastante bien a las mujeres jóvenes, y me apuesto toda la fortuna de mi esposo a que está enamorada de ese bribón.

Saint Clair se frotó la barbilla.

—Debo confiar en sus instintos maternos en este caso. Y también es posible que él esté enamorado de ella.

Los ojos de Ophelia se iluminaron.

—¡Qué me dice!

—Él también lo niega. Pero jamás lo he visto actuar de esa forma con ninguna mujer. No soporta perderla de vista, ni tampoco puede dejar de hablar de ella.

—¡Aja! Bien, entonces ambos tenemos que hacer algo al respecto.

—¿A qué se refiere?

Ella hizo una pausa para mirar a Saint Clair con ojos expertos. Incluso en el pasillo tenuemente iluminado, no se podía negar que el vizconde era un hombre muy apuesto, con un aspecto un poco canallesco y seductor. Era alto —Ophelia sentía predilección por los hombres altos—, y esbelto. Y lo más importante, poseía todas las cualidades de un verdadero caballero: cortesía, tacto y sentido del humor. Ciertamente, a veces se mostraba un poco taciturno, como si sostuviera solo todo el peso del mundo sobre los hombros. Pero ella sospechaba que Saint Clair sería un buen esposo para cualquier mujer, incluso para una niña pánfila como Sophie.

En cuanto a los temores de Randolph acerca de su carácter... ¡Bah! La condesa simplemente creía que eran infundados. Sí, algunas veces Saint Clair parecía un poco... bueno... peligroso, pero también lo había parecido Edward, y al final había sido un magnífico esposo.

Sin embargo, antes de tomar el gigantesco paso de confesarle dónde se hallaba Sophie, quería estar más segura de su decisión. Y había una forma de hacerlo que, al mismo tiempo, le proporcionaría a Blackmore la posibilidad de cortejar a Emily formalmente.

Lady Dundee echó un vistazo a la concurrencia que los rodeaba, agarró a Saint Clair por el brazo y lo empujó hacia un palco cercano y vacío.

—¿Le gustan las diversiones, Saint Clair?

—¿En qué clase de diversión está pensando?



—En una fiesta con cena incluida. O un aperitivo al mediodía. Ya me entiende, una de esas recepciones tan interesantes. Usted posee una casa en la ciudad, ¿no es cierto? No le costaría nada organizar algún encuentro interesante. Yo misma lo organizaría, pero parecería sospechosamente una celestina. Y si dos personas que de ninguna otra manera tomarían la iniciativa para verse reciben una invitación para asistir a esa recepción, nadie podrá echarle las culpas a usted de ser un manipulador, ¿no le parece?

—Ya, pero...

—¡Me encantaría ver su casa! Si sus intenciones con Sophie son tan serias como parecen, no dudaré ni un segundo en recomendarlo a mi hermano como el pretendiente ideal.

Ian achicó los ojos.

—Ya entiendo. Y... ¿cree que su sobrina también estaría interesada en ver mi casa?

—¡Oh! Estoy segura de que le encantaría... si estuviera en Londres. Pero mi hermano la ha enviado a un lugar alejado de la ciudad, para mantenerla a salvo de algunos pretendientes que no eran de fiar.

La expresión en la cara del vizconde no tenía desperdicio.

—¿Como yo, se refiere? ¡Maldita sea! ¡Sabía que había algo extraño en ese cuento de su larga enfermedad!

—Sí, bueno, a veces Randolph muestra propensión por las decisiones categóricas. —Le regaló una mirada vivaz—. Pero mire, le confesaré un secreto: si yo decido que un hombre no es adecuado para mi sobrina, puedo ejercer una influencia directa sobre la decisión de mi hermano. O, al contrario, si defiendo a un pretendiente, no dude que la historia acabará en boda, ya me entiende.

Ian la observó intrigado.

—Lady Dundee, ¿me está intentando hacer chantaje para que organice una cena en mi casa?

—¡De ningún modo! Simplemente me limito a señalar las magníficas ventajas que usted, mi querido amigo, y mi hija podrían obtener de esa fiesta. —Cuando él pareció reflexionar sobre la propuesta, ella añadió—: Y eso me permitiría analizar el potencial de Blackmore, para ver si puede ser un buen esposo para mi hija.

Una sonrisa socarrona arrugó los labios de Ian.

—Es usted muy maquiavélica, sí señora; toda una dama, pero muy manipuladora.



—Gracias. Hago lo que puedo para organizar la vida de mi familia y al mismo tiempo asegurar la máxima felicidad para ellos y los mínimos inconvenientes para mí.

Ian soltó una carcajada.

—Muy bien. No pienso interferir en sus maquinaciones. Necesito un aliado, y Jordan claramente necesita una esposa, aunque se niegue a admitirlo. Puesto que ésta es su idea, ¿tiene alguna propuesta en cuanto a quién deberíamos invitar? Además de usted, lady Emma y Jordan, por supuesto.

—Al señor Pollock, por ejemplo.

—¿Pollock? ¿Por qué?

—Blackmore parece celoso del interés que ese tipo muestra por mi hija, ¿no cree? —Eso era sólo una suposición, claro.

Su verdadera razón para incluir a ese mequetrefe en la fiesta era confirmar de una vez por todas si Pollock era el amante de Sophie. Rezaba por que no lo fuera; no podía soportar la idea de que ese sujeto pasara a convertirse en un miembro más de la familia.

—Yo de usted no me fiaría de dejar a Pollock demasiado cerca de lady Emma —adujo Saint Clair con una mirada pertinaz.

—Lo sé, pero Blackmore ya se asegurará de que ese hombre la trate con respeto, ¿no cree?

—Supongo que sí. —La insistencia en su semblante se desvaneció—. Y bien, entonces, ¿algo más?

—¡Oh, tengo un millón de sugerencias! Pero ahora será mejor que regresemos al palco antes de que Emma se pregunte dónde estamos. Ya examinaremos más tarde el resto de los detalles.

Había llegado la hora de terminar con esa farsa. Y antes de que todo tocara a su fin, Ophelia planeaba asegurarse de que Emily no se marchara a su casa con las manos vacías.



Capítulo 13

Uno ha de elegir en la vida entre el aburrimiento y el tormento.

CARTA A CLAUDE ROCHET, 1800
MADAME DE STAËL

Una fiesta con cena incluida! ¡Fantástico! Jordan todavía no podía creerlo. De un salto se apeó de su carruaje delante de la casa de Ian, sacudiendo la cabeza ante el extraño comportamiento de su amigo. Antes de ausentarse durante varios años de Inglaterra, Ian siempre había preferido recluirse en la finca que tenía fuera de la ciudad. Jordan no recordaba que su amigo hubiera organizado una fiesta jamás. Esa repentina muestra de sociabilidad era del todo inaudita.

Pero claro, después de todo. Ian estaba buscando esposa. Jordan nunca pensó que vería el día en que Ian asistiría a fiestas cuyo objetivo era permitir que los solteros bailaran y conocieran a las chicas casaderas. Muy pronto Ian estaría casado, y ya no compartirían más tardes relajadas pescando en la finca de Jordan, ni horas debatiendo acerca de la política en la sala de la biblioteca del club Brook's. Ian ya no estaría para esas labores.

No necesitaría a sus amigos, porque dispondría de una esposa que le haría compañía, que compartiría su vida y sus pensamientos.

Una esposa que alejaría al aburrimiento de su existencia.

El pensamiento dejó a Jordan consternado. Al menos había descubierto una cosa positiva en el matrimonio: suponía el fin de la soledad.

¿O no? Su madre siempre había estado sola, dolorosamente sola. Y su padre también. El matrimonio no siempre acababa con la soledad. A veces provocaba una soledad aún más terrible, la clase de soledad que se derivaba del hecho de convivir con una persona desconocida.

Suspiró. Sólo le pedía a Dios que Ian supiera elegir a la esposa adecuada, que encontrase a alguien que no lo despreciara. Jordan no podía desear que ninguna pareja tuviera que soportar la clase de matrimonio de sus progenitores.



La puerta se abrió cuando alcanzó el último peldaño de las escaleras de mármol, y un lacayo tomó su imponente abrigo y su sombrero de copa. Jordan escuchó una risa femenina familiar que provenía de la salita del piso superior y, súbitamente, notó un cosquilleo en el estómago. ¿Ella estaba allí? Habían pasado dos días desde la última vez que había hablado con ella, a pesar de que la había visto en varias recepciones. Pero si ella estaba allí...

¿Cómo era posible? Seguramente Ian, con todos sus instintos protectores, no la habría invitado. Sin embargo, notó un frío sudor en las palmas de las manos cuando el criado lo guió hasta el piso superior. Y cuando entró en la salita y vio a Emily rodeada de un corro de hombres, bebiendo vino y relatando historias y riendo con una embriagadora elegancia femenina, se le secó la garganta.

Sí, ella estaba allí, haciendo que todos los hombres se derritieran en su presencia como de costumbre. ¡Por el amor de Dios! ¿Por qué lady Dundee no hacía algo en lugar de quedarse sentada observando a Emily con una enorme indulgencia? ¿Acaso esa maldita bruja se divertía viendo cómo un hatajo de idiotas traidores acosaba a una muchacha indefensa?

Al menos el vestido de Emily era recatado esa noche, a diferencia de aquella pieza de seducción escarlata que había lucido en la ópera. En esta ocasión iba engalanada con unos rimbombantes pliegues de satén de color rosa pálido, que conferían a sus labios y a sus mejillas el aspecto de un pétalo de rosa suave y sonrosado. Unos tallitos rematados con flores blancas de naranjo ensortijaban su pelo dorado como una aureola luminosa, y una fila de perlas también blancas descansaban entre sus pechos con un brillo orgulloso. Esa imagen despertó la envidia de Jordan, porque si de alguna cosa estaba seguro era de que en esos momentos no se sentía nada orgulloso. No, para estarlo ansiaba gozar de la oportunidad de hundir la cabeza entre esos dos suaves montículos de carne.

—¡Vaya, vaya! ¡Pero si es nuestro querido amigo, el señor conde en persona! —exclamó una voz fría. Jordan apartó la vista de la deleitable imagen para fijarla en Pollock, que se hallaba de pie al lado de la ventana, con una copa de vino de un delicadísimo cristal en una mano igual de delicada—. Bienvenido, Blackmore. Te estabas perdiendo un excelente vino de Borgoña. —Pollock alzó la copa, luego desvió la vista hacia Emily—. Y también una compañía de lo más exquisita.

¿Pollock? ¿Allí? ¿Ian se había vuelto loco? ¿Acaso no se daba cuenta de que Pollock bebía los vientos por Emily? ¡Oh! ¡Cómo le gustaría atizarle un puñetazo en plena cara a ese dandi simplemente por el hecho de atreverse a mirarla con tanta desfachatez!

Aunque pareciera milagroso, Jordan se esforzó por contestar con un tono distendido.



—Buenas tardes, Pollock. Si hubiera sabido que estabas aquí, me habría apresurado a venir antes. No me gustaría perderme el último relato fascinante acerca de la última visita a tu sastre.

Ante su sarcasmo, las damas se echaron a reír como ratitas, los caballeros esbozaron una mueca divertida y lady Dundee le lanzó una sonrisa calculadora. Sólo Emily no le hizo caso. En lugar de eso, le dio la espalda deliberadamente.

Pollock hizo un gesto despectivo con una mano a la que visiblemente había aplicado manicura profesional.

—Al menos sé lo que las damas desean escuchar. Tú las aburres con tus historias acerca de magníficas reformas sociales.

—Ah, sí, claro. No es conveniente que debatamos ningún asunto importante, como por ejemplo qué hemos de hacer para alimentar a los pobres y ofrecer un sueldo decente a la clase obrera. Es mucho más interesante departir sobre los patrones hechos a medida de tus vistosos abrigos.

—¿Cómo te...? —Pollock estaba tan indignado que apretó tanto la copa que sostenía en la mano que el fino cristal se rompió entre sus dedos crispados—. ¡Maldito seas, Blackmore! ¡Mira lo que me has hecho hacer!

La estancia se quedó sumida en un incómodo silencio. El resto de los invitados presenciaban la escena con horror, sin saber qué hacer ni hacia dónde mirar. No era una buena forma de empezar una fiesta.

Pollock contempló su mano, ahora llena de trozos de cristal.

—¡Cielo santo! ¡Estoy sangrando! —Y era cierto, un hilillo de sangre brotaba intermitentemente de su mano e iba a morir sobre la alfombra persa de lan, donde la sangre y el vino de Borgoña se mezclaban en una mancha roja—. ¡Que alguien me ayude! ¡Avisad a un médico, por favor!

Emily se dio la vuelta rápidamente y se desplazó hasta el lesionado.

—Déjeme ver esa herida.

Pollock se resistió inicialmente, pero ella le inmovilizó la muñeca y sacó un pañuelo.

—¡Estese quieto de una vez! ¡Se ha cortado una arteria! ¿Quiere morir desangrado?

Él se puso lívido, con un color macilento en la cara que presagiaba un inminente desmayo. Emily le arremangó la camisa y le aplicó un torniquete en la parte superior del brazo, anudando el pañuelo con fuerza.

La reacción sensata de Emily y su falta de aversión por la sangre tomó a Jordan por sorpresa, hasta que recordó la noche en que se habían conocido, cuando ella le había dado a Sophie un elixir y las dos muchachas habían hablado sobre la afinidad que Emily sentía por la medicina.



—Venga aquí —le ordenó ella, llevando a Pollock hasta el sillón—. Tengo que extraerle los cristales que aún tiene clavados en la mano. Me temo que se ha hecho un buen corte; es posible que deba darle algún punto de sutura. —Eché un vistazo a la estancia y finalmente clavó la vista en Ian, quien intentaba calmar a sus invitados—. Lord Saint Clair, necesitare algunas toallas y trapos limpios, un cuenco con agua caliente, una aguja y un poco de hilo desinfectado. Pídale a la cocinera un diente de ajo, una ramita de romero o de menta. Y traiga un poco de brandy. El señor Pollock lo necesitará.

Ian llamó a un criado y le transmitió las instrucciones de Emily, luego volvió a ocuparse de los invitados aturcidos, que ahora empezaban a formar un corro alrededor de la silla donde Emily se había sentado.

—¿Romero y ajo? —espetó Pollock, mientras ella inclinaba la cabeza para inspeccionarle la mano—. ¿Es que piensa preparar una sopa?

—El ajo y el romero son dos desinfectantes muy efectivos. Preferiría el eucalipto, pero dudo que lord Saint Clair tenga un árbol de eucalipto a mano —murmuró Emily.

—¡Qué sabrá una chica como usted sobre medicina! No es exactamente el pasatiempo más apropiado para la hija de un conde.

Jordan notó cómo se le helaba la sangre en las venas. Había una vaga sospecha en el tono de Pollock. Ese desgraciado no podía saber la verdad, sin embargo...

—Seguramente habrás oído hablar del interés que profesan los escoceses por la medicina —contrarrestó Jordan—. Me parece que es muy propio de ellos, incluso de las mujeres, adquirir nociones sobre remedios naturales. ¿No es así, lady Dundee?

La condesa enarcó una ceja.

—Sí, es cierto. Mi Emma ha aprendido de los mejores médicos. Está usted en buenas manos, señor Pollock.

—¡Nunca había oído nada parecido sobre los escoceses! —refunfuñó Pollock. Emily le extrajo un trozo de cristal, y él apartó la mano instintivamente—. ¡Ay! ¿Es que piensa matarme o qué?

—¡Lo haré si no se queda quieto! ¿Prefiere que vayamos a buscar a un doctor? Porque mientras esperamos a que llegue, se desangrará irremediabilmente.

Pollock tragó saliva y se encerró en un silencio lleno de resentimiento. El criado entró en la sala portando todo lo que Emily había pedido, e Ian se ofreció con acierto a llevarse a las damas a dar una vuelta por la casa para que de ese modo no tuvieran que presenciar la desagradable intervención. Los otros hombres también se marcharon con ellas, y lo mismo hizo lady



Dundee. Sólo Jordan se quedó. No pensaba dejar a Emily a solas con Pollock ni un minuto.

—¿Qué? ¿Has decidido quedarte para divertirme, viéndome sufrir? — pinchó Pollock a Jordan.

—No. Pero lady Emma quizá necesite ayuda.

—Eso, haga algo útil. —Emily se dirigió a él por primera vez en esa noche con una voz clara y calmada. Después le pasó un trapo—. Rómpalo en varias tiras, por favor.

—¡Cómo se le ocurre encomendarle semejante tarea! ¡Ese energúmeno es capaz de impregnarlo de veneno! —murmuró Pollock airado.

Jordan mordió la punta del trapo con los dientes y luego tiró de la tela hasta romper una tira.

—Pues no sería una mala idea. Si te envenenara, el mundo se libraría de un hombre tan torpe y patoso como tú, que eres capaz de cortarte una vena con una copa de vino.

—¡Maldito arrogante! —exclamó Pollock, intentando incorporarse del asiento.

—¡Ya basta! ¿Queréis dejaros de comportar como dos niños en edad escolar? —Emily empujó a Pollock con fuerza para que volviera a sentarse—. No me está ayudando mucho, señor Pollock. —Miró a Jordan con porte indignado—. Ni usted tampoco. Todo esto es por su culpa, ¿lo sabía? Si no lo hubiera provocado...

—¿Cómo iba a saber que este cretino no sabría aceptar una simple broma? —replicó Jordan tranquilamente mientras le pasaba a Emily las tiras de tela.

Ella las tomó sin dejar de mirarlo con reproche. Machacó el romero y el diente de ajo con los dedos y aplicó la pulpa triturada sobre la herida, luego le aplicó un vendaje encima con las tiras de tela y dijo:

—No era una broma. Era únicamente otra muestra de la intolerancia y arrogancia que usted demuestra por todos aquellos que no estamos a su misma altura social.

Las palabras de desprecio consiguieron que Jordan se quedara estupefacto. ¿Era eso lo que ella opinaba de él?

Pollock los observó a los dos y una sonrisa maligna se fue perfilando en sus labios.

—Exacto, lady Emma. Veo que conoce bien a este individuo. Nos mira al resto de los pobres mortales con altivez. Y es evidente que no comprende a los hombres con gustos refinados como yo. —Le estrechó la mano a Emily mientras ella acababa de vendarle la herida, y clavó la mirada en



sus pechos con una desfachatez intolerable—. O a mujeres tan diligentes como usted.

Unas peligrosas llamas de celos se activaron en el pecho de Jordan. Y cuando ella se quedó rígida, sonrojándose de la cabeza a los pies, las llamas se avivaron aún más.

Rápidamente, Emily acabó de taparle la herida y murmuró:

—El criado se ha olvidado del brandy y supongo que estará muerto de dolor. Iré a buscarlo.

Tan pronto como desapareció de la vista, Pollock se recostó en el sofá y le lanzó a Jordan una mirada desafiante.

—Veo que estaba equivocado. Es muy buena enfermera, ¿no crees? Tiene unas manos de oro.

Jordan apenas podía ver a su interlocutor a causa del velo de ira que le nublabla la vista.

—No te acerques a ella, Pollock, ¿me has oído? No es tu tipo.

Pollock sonrió, examinando la mano vendada con un fastidioso interés.

—Y supongo que crees que sí que es tu tipo.

—Lo único que digo es que no te acerques a ella. Nada más.

—Mira, si ella me lo permite, me acercaré. Ya lo ves, las mujeres no pueden mantener las manos alejadas de mí.

—No seas ridículo —terció Jordan con desprecio—. A ella le divierte ayudar a idiotas como tú.

Pollock lo fulminó con una mirada asesina, maligna.

—¿De veras? ¿Es eso lo que ella estaba haciendo esa noche que os vi juntos en el jardín de lady Astramont?

A Jordan se le heló la sangre. Se dijo a sí mismo que Pollock estaba mintiendo para vengarse por haberlo puesto en evidencia delante de todos los invitados de Ian. Pero entonces se acordó de Emily, que se sonrojaba cada vez que le mencionaba a Pollock, y de lo que le había comentado acerca de los excesos de ese desgraciado...

—¿Sabes? Emma besa como un ángel —remarcó Pollock—. Y esos pechos, que piden a gritos que alguien los acaricie...

—¡Maldito bastardo! —Jordan alcanzó a Pollock en tan sólo dos pasos agigantados y lo alzó del asiento—. ¡Mantén tus sucias manos lejos de ella!

Pollock sonrió perversamente.

—No me digas que te has enamorado. Pero si esa chica es más mi tipo que el tuyo. Al menos, yo pretendo casarme con ella.



Las palabras tuvieron el mismo efecto que un cubo de agua fría sobre su cabeza. «Al menos, yo pretendo casarme con ella.» ¿De veras Pollock pensaba casarse con ella? ¿Incluso cuando averiguara su verdadera identidad?

Y lo más importante, ¿ella se casaría con Pollock? ¿Por qué si no habría permitido que ese tipo la tocara, si no era con la intención de cazar a un esposo adinerado?

¡No! ¡No podía creer que Emily fuera capaz de actuar de ese modo! ¡Eso era imposible!

Soltó a Pollock con brusquedad sobre el sofá al tiempo que bramaba:

—¡Desaparece de mi vista, antes de que te despedace para no volver a oír nunca más tus asquerosas mentiras!

—Con que mentiras, ¿eh? —murmuró Pollock taimadamente mientras se alisaba el traje de gala—. Quizá deberías preguntarle a lady Emma qué es lo que hicimos en el jardín de lady Astramont después del almuerzo. —Se encogió de hombros—. O quizá será mejor que no lo hagas, puesto que seguramente no te gustará la respuesta.

Jordan volvió a avanzar hacia Pollock expeditivamente.

La alimaña se puso de pie de un salto y una carcajada cruel se escapó de sus labios.

—Así que el hombre sin sentimientos finalmente ha encontrado a su media naranja, ¿eh? Perfecto. Espero que ella te parta ese corazón desalmado. —Acto seguido, Pollock se dio media vuelta sobre sus propios talones y abandonó la sala.

Jordan se quedó de pie, con las palabras de Pollock aún resonando en su mente. No era más que una sarta de mentiras, nada más. Ella no permitiría que Pollock la manoseara. ¡No era posible!

La fuente de su tormento cometió el grave error de entrar en ese preciso instante en la estancia, con una botella de brandy en sus manos tan blancas como lirios. Emily se quedó sorprendida al verlo solo.

—¿Dónde está el señor Pollock? Pensé que le iría bien tomar unos sorbos de brandy para paliar el dolor.

—¡Qué gentileza por tu parte para un tipo tan desconsiderado como él! —espetó Jordan—. Me pregunto por qué te preocupas tanto por el dolor del señor Pollock.

—No me gusta ver a nadie herido. En casa siempre me he dedicado a curar a los que se lesionaban, es mi especialidad.

—¿Y eso también les confiere la confianza de sobrepasarse contigo?

Ella se puso rígida.



—Si te refieres a lo que sucedió entre tú y yo en el museo...

—Me refiero a lo que sucedió entre tú y Pollock en casa de lady Astramont, ¡maldita sea!

Emily se puso lívida.

—¿Él... él te ha contado eso?

No lo negaba. No había protestado. Sólo se mostraba culpable y avergonzada. Jordan se sintió como si le acabaran de arrancar el corazón con una horqueta.

—¡Oh, sí, Pollock se ha mostrado más que feliz de jactarse de cómo te besó y te manoseó!

—¡Eso no es verdad! —Ella lo miró confundida—. Quiero decir... bueno... no es eso lo que realmente sucedió...

—A juzgar por tu angustia, veo que él me ha contado la verdad. Y dime, ¿cuántos hombres más te han manoseado?—Las palabras le dejaron a Jordan un amargo sabor en la boca.

La furia vino a reemplazar la confusión que se había apoderado de Emily.

—¡Cómo te atreves! Es aceptable que tú te excedas conmigo, aun cuando me has admitido sin reparos que no tienes ninguna intención de casarte. Pero nadie más puede tocarme, ¿no es así? ¿Sólo tú puedes disfrutar de mi cuerpo?

—Si albergas alguna estúpida esperanza de que Pollock pretenda casarse contigo, será mejor que lo olvides. Cuando le digas quién eres realmente, no se acercará más a ti. ¡Me apuesto lo que quieras a que no me equivoco!

—¡Gracias por recordarme de nuevo que pertenezco a una clase social inferior! —espetó ella amargamente—. Soy lo suficientemente buena para que tú me manosees, pero no soy lo suficientemente buena para que te cases conmigo, ¿no es eso? ¡No te preocupes, Jordan, no tengo ninguna intención de olvidar mi posición, ni contigo ni con el señor Pollock!

De repente, Jordan se dio cuenta de cómo sus palabras habían sido malinterpretadas, al ver cómo Emily se daba la vuelta sulfurada y abría la puerta.

—¡No, Emily! ¡Mi intención no era...!

Pero ella ya estaba saliendo por la puerta, con la cabeza erguida con tanta altivez que le pareció un milagro que no se separase de su elegante cuello delicado. Maldiciéndose por ser tan burro, Jordan se precipitó tras ella, mas entonces avistó a Ian y al resto de los invitados, que bajaban las escaleras de la segunda planta. Rápidamente se escondió en uno de los saloncitos. Lo último que le faltaba ahora era tener que mantener una



conversación educada cuando los celos amenazaban con hacerlo estallar con la fuerza de un toro salvaje.

Oyó a un criado en el vestíbulo, anunciando que la cena estaba servida. Entonces Ian propuso:

—¿Por qué no bajamos todos al comedor a disfrutar de la cena? Iré a buscar a los demás.

Jordan echó un resuelto vistazo a la sala, en busca de un lugar donde ocultarse; pero no lo encontró. Antes de que pudiera mover ni un solo pie, Ian ya estaba entrando en el salón.

El vizconde también repasó la estancia con la mirada, visiblemente perplejo.

—¿Dónde está Pollock? ¿Y lady Emma?

—¡Quién sabe! —No pudo evitar hablar con un tonillo condescendiente—. Probablemente ella ha ido tras él para reconfortarlo del único modo que una mujer es capaz de hacer. Búscalos en una de las alcobas.

Ian enarcó una ceja.

—No puedes ocultar tus celos, Jordan. Sabes perfectamente bien que lady Emma no se encerraría en una alcoba con Pollock.

—¿Ah, no? —Jordan clavó la mirada en la chimenea, sintiendo un repentino impulso de propinar una patada a las ascuas—. Pues Pollock no opina lo mismo. Me ha dado a entender que ha estado a punto de seducirla.

—Pollock dirá lo que sea con tal de provocarte. Y lo sabes. Solo se trata de una burda mentira.

—Entonces, ¿por qué no lo ha negado ella?

—¿Te has atrevido a repetir las palabras de Pollock en su cara?

Ante el tono incrédulo de Ian, Jordan se enfrentó a su amigo.

—Sí, ¿qué pasa?

—¡Por todos los demonios, Jordan! ¿Es que acaso no tienes ni una pizca de sentido común cuando se trata de mujeres respetables?

—¡No! —bramó él—. Por si no lo recuerdas, no estoy acostumbrado a tratar con mujeres de esa clase.

—Pues para que te enteres, no es correcto acusar a una mujer de noble alcurnia de un comportamiento liviano, a menos que te propongas insultarla deliberadamente. Y menos aún que le digas que te has enterado de ese chisme por medio de un botarate como Pollock, y que encima te lo has creído.



Jordan intentó defenderse remitiéndose a las palabras que Emily había contestado:

—Ella ha admitido que ha estado a solas con él.

—¿Y también ha admitido que él la ha tocado?

—No exactamente. Pero ella se sonroja cada vez que menciono el nombre de ese desgraciado.

—Ya veo. Y ésa es tu evidencia. Me gustaría que pudieras escucharte a ti mismo. Si cualquier otro hombre te hubiera contado esa borricada, te habrías desternillado. —lan sacudió la cabeza—. Y de todos modos, ¿por qué te importa tanto ese detalle? Si no tienes ningún interés en casarte con esa muchacha, ¿por qué te molesta tanto que Pollock la corteje?

Jordan hundió las manos en los bolsillos. Emily lo había atacado con el mismo comentario.

—Él no es una buena influencia. Y lo sabes. Se aprovechará de ella, y luego se negará a casarse. —«Cuando se entere de quién es en realidad»—. Y cuéntame una cosa que me tiene intrigado: ¿Por qué has invitado a ese degenerado?

lan dudó antes de contestar.

—De hecho, invitar a Pollock fue idea de lady Dundee. Yo no lo habría hecho, pero ella insistió.

¡Demontre de condesa! ¿Y si lady Dundee y lord Nesfield secundaban una idea tan absurda como que Emily se casara con Pollock?

—¿Qué tiene que ver la condesa con todo este asunto?

—Fue idea suya que organizara esta cena. Me prometió que me recomendaría a Nesfield como pretendiente ideal para Sophie. Pero primero quería contrastar mi potencial como esposo adecuado.

Las palabras de lan pillaron a Jordan por sorpresa.

—¿Qué quieres decir? ¿Ha avanzado tanto la relación entre lady Sophie y tú? ¿Cómo es posible, si hace semanas que no ves a esa chica?

—Eso no cambia nada. Mis intenciones respecto a ella siguen siendo serias.

Jordan recordó lo que su mayordomo le había contado esa misma mañana.

—Creo que hay algo que deberías saber, mi querido amigo.

Cuando Hargraves estuvo cuestionando a los criados de Nesfield acerca de lady Emma, descubrió que lady Sophie no se halla en Londres. Ha estado ausente durante varias semanas. Ni tan sólo creo que esté enferma.



—Sí, lo sé.

—¿Lo sabes?

—Me lo contó lady Dundee. Parece ser que Nesfield ha decidido alejar a su hija de la ciudad para protegerla de tipos despreciables como yo. —lan sonrió—. Pero la condesa considera que su hermano está loco. Dice que si le demuestro que soy digno de ella, encontrará la forma de sortear las objeciones de Nesfield.

—Ah. —Ahora empezaba a entenderlo todo. Sólo a un tipo tan abominable como Nesfield se le ocurriría tomar una decisión tan drástica, y sólo a una mujer como lady Dundee hacer lo que le diera la gana. Así que la ausencia de Sophie no tenía nada que ver con la farsa de Emily... O quizá era que la condesa y el marqués no deseaban la intromisión de Sophie hasta que no concluyeran su plan.

¡Pero cuál era su plan?

«Invitar a Pollock fue idea de lady Dundee.» Entonces, la trama tenía algo que ver con Pollock; si no, ¿por qué Emily se habría acercado a ese tipo? Y ahora que caía en la cuenta, ella había pasado mucho tiempo con Pollock en esa primera fiesta.

La imagen de Pollock y de Emily juntos consiguió que Jordan se estremeciera de asco.

—¿Estás bien? —inquirió lan—. Te has puesto muy pálido.

—Sí, estoy bien; sólo es que estoy hambriento.

—Entonces supongo que lo más acertado será que bajemos a cenar.

Jordan siguió a lan hasta el pasillo. Tenía hambre, sí, hambre de saber qué diantre sucedía.

Por lo menos ahora había encontrado una vía para presionar a Emily para que le contara la verdad. Oh, sí. Le había preparado una pequeña sorpresa, y pensaba dársela cuando tuviera la ocasión de quedarse a solas con ella. Y ni todas las lágrimas ni súplicas del mundo conseguirían disuadirlo esta vez.

Emily miró de soslayo hacia el otro extremo de la mesa del comedor, donde Jordan se hallaba sentado al lado de una joven viuda muy atractiva y decididamente elocuente. Gracias a Dios que Jordan no le prestaba atención a esa belleza, sino que se dedicaba a departir con otro caballero. Quizá esa odiosa mujer lograría convencerlo para que los dos abandonaran la fiesta juntos lo antes posible. Emily se alegraría de ello. De verdad.

—Seguro que le gustaría arrancarle los ojos a esa señora, ¿no? —le susurró el señor Pollock al oído.



Maldito sea lord Saint Clair por haberla colocado al lado de Pollock. Se suponía que la hija de un conde no debía sentarse al lado de un simple hombre sin título nobiliario. Quizá lord Saint Clair no sabía esos detalles del protocolo por el hecho de que todavía era soltero. Le había comentado que era la primera vez en su vida que organizaba una cena. Sin embargo, lady Dundee debería de habérselo comentado cuando estaban todos reunidos en la sala de estar.

El vizconde no había cometido ningún otro error con el resto de los comensales, no, claro que no. Por eso Jordan estaba sentado entre lady Dundee y la hermosa condesa. La condesa a quien Emily soñaba con arrancarle los ojos, a pesar de que jamás admitiría a nadie semejante barbaridad.

—No tengo ni idea de qué está hablando —mintió abiertamente al señor Pollock mientras se concentraba en cortar un trozo de carne asada.

—La viuda alegre sentada al lado de Blackmore. Es su tipo, ya me entiende.

La mano de Emily emplazada sobre el cuchillo tembló nerviosamente. Entendía perfectamente lo que quería decir. Esa mujer era ideal para Jordan: sensual y libidinosa y obviamente disponible, a juzgar por la forma en que propulsaba sus enormes pechos hacia la cara de él y se arrimaba a su hombro. ¡Muy bien! ¡Pues que la viuda alegre se quedara con el trofeo! Puesto que ese hombre sólo parecía querer gozar de la compañía de furcias, lo tenía bien merecido.

—Sé que usted y yo no hemos empezado con muy buen pie —volvió a susurrar Pollock—, pero le propongo que dejemos atrás esos pequeños incidentes. Le prometo comportarme con usted de un modo más caballeroso que Blackmore. —Apoyó la mano vendada en el muslo de Emily—. Cualquier hombre que prefiere una vajilla vulgar antes que una delicada pieza de porcelana es un cretino.

Ese pesado jamás tirabala toalla, ¿verdad? Emily depositó el cuchillo sobre la mesa lentamente, después deslizó la mano hasta ocultarla bajo el mantel y estrujó la mano vendada de su interlocutor hasta que consiguió que éste gimoteara de dolor.

—Señor Pollock, si vuelve a tocarme, le estamparé una delicada pieza de porcelana en la cabeza. ¿Me ha entendido?

Emily le alzó la mano y la dejó caer sobre sus pantalones, luego volvió a concentrarse en la comida que tenía en el plato.

—Se está reservando para él, supongo —se lamentó Pollock con un tono desabrido mientras se masajeaba la mano—. Pues para que lo sepa, Blackmore no se casará con usted.

—Lo último que desearía en este mundo sería casarme con lord Blackmore.



¡Qué gran mentira! Se había pasado los últimos días intentando convencerse a sí misma de que le traía sin cuidado lo que él pensara o hiciera, que no le importaba la falta de interés que Jordan demostraba hacia ella como su posible futura esposa. Y todo el tiempo había sabido que sí que le importaba. Quería arañarle la cara a esa viuda atractiva y ricachona. Quería amonestar a Jordan por su frialdad y por el absoluto control de sus emociones. Quería odiarlo por creer todas esas cosas desagradables que probablemente Pollock le había contado acerca de ella.

Pero no podía odiarlo. Si esa historia hubiera sucedido en otro lugar y en otra época, si ella fuera rica y perteneciera al mismo estamento social que él, lo habría arriesgado todo por él.

¡Maldito sea ese tunante!

Como si él pudiera oír sus pensamientos, Jordan alzó la vista y la miró. Primero lanzó un vistazo fugaz a Pollock, y luego se centró en ella. Su mandíbula se tensó visiblemente. Después giró la cabeza abruptamente y se inclinó hacia la viuda para susurrarle algo al oído que la hizo reír.

Emily se sonrojó, preguntándose qué debía de estar diciéndole a esa furcia y, peor todavía, que debía de estar haciéndole. ¿Estaba manoseando a la viuda por debajo del mantel como Pollock había intentado hacer con ella? ¿O le estaba proponiendo quedar con ella a solas más tarde? Sintió que se le encogía el estómago.

Le pareció que pasaba una eternidad antes de que la cena tocara a su fin, y otra eternidad antes de que ella y las otras mujeres pudieran retirarse a la salita de estar y escapar de los hombres. ¡Qué alivio, poder estar lejos de todos ellos! ¡Cuando esa farsa interminable tocara a su fin de una vez por todas, no hablaría con ningún hombre nunca más! Sin lugar a dudas, traían más problemas que alegrías.

Lamentablemente, apenas había tenido tiempo de acomodarse en una confortable silla cuando un hombre se plantó a su lado. Todas las damas observaron al lacayo, que le tendía un pañuelo y le decía:

—Olvidó esto en el comedor, señorita.

—No, no es mío... —Empezó a decir Emily mientras cogía el pañuelo. Entonces vio el monograma de Blackmore y notó cómo crujía el trocito de papel oculto en su interior—. Uy, perdón. Sí que es mío. Gracias.

Aguardó hasta que todas desviaron la atención hacia otros menesteres, entonces abrió con cuidado la nota en su regazo.

Invéntate cualquier excusa para ausentarte unos minutos. Te espero en el pasillo. Tengo que comentarte algo urgentemente.



Apretando los dientes con rabia, Emily formó una bola con el papel. Podía imaginar lo que Jordan quería comentarle. Sin lugar a dudas deseaba atacarla con más insinuaciones insidiosas sobre ella y el señor Pollock. ¡Menudo caradura! ¿Acaso pensaba que con un solo chasquido de dedos ella lo seguiría corriendo?

Sí, eso era lo que indudablemente creía. Y con una buena razón. Jordan podía hacerle chantaje con el hecho de que sabía su verdadera identidad y de que podía delatarla cuando le diera la gana si ella no bailaba al son de su música; claro, ése era su chantaje.

Emily esperó hasta que lady Dundee se puso a hablar con otras señoras, entonces murmuró a la dama que tenía sentada más cerca que iba un momento al excusado.

Afortunadamente, nadie se fijó en ella cuando abandonó la sala cautelosamente.

Y allí estaba él, en el pasillo, tal y como había prometido, apoyado contra la pared con las manos hundidas en los bolsillos de su traje. Jordan se separó de la pared y la escudriñó con una mirada cuyo objetivo era desmoronar todas sus defensas.

Ella se arropó con su estola con aire protector.

—¿Qué quieres?

Agarrándola por la mano, la guió por el pasillo hasta alejarla un poco de la sala.

—Tenemos que hablar. Pero ahora no. Mañana por la mañana pasaré a buscarte para salir a dar un paseo a caballo. Y tú aceptarás venir conmigo, ¿entendido? Encuentra el modo de librarte de tu criada y de lady Dundee. Tú y yo tenemos pendiente una charla larga y privada, para que finalmente me cuentes toda la verdad.

—¿Ah, sí? ¿Por qué crees que estaré más dispuesta a hacerlo ahora de lo que podía estarlo ayer?

Jordan coronó sus labios con una sonrisa enigmática.

—Porque ahora sé más cosas sobre lo que te propones. Tiene algo que ver con Pollock, ¿no es cierto? Si no me cuentas la verdad, le contaré a Pollock todo lo que sé. —Su sonrisa se desvaneció abruptamente—. Con ello seguramente conseguiremos terminar con toda esta maldita farsa.

Así que él había averiguado más cosas, ¿eh? ¿O simplemente estaba echando un farol, a ver si acertaba? Emily cruzó los brazos sobre el pecho, intentando ocultar su visible temblor.

—Cuéntale lo que quieras. No me importa. Mañana no pienso salir a dar un paseo contigo y mucho menos contarte nada.

La boca de Jordan se tensó hasta formar una fina línea crispada.



—Muy bien. Hablaré con Pollock por la mañana. Pero primero iré a ver a Nesfield. Sé que él está detrás de todo esto. Quizá él no comparta tu impasibilidad cuando le diga que estoy planeando revelarle a Pollock tu verdadera identidad.

El semblante de Emily se tiñó de horror. ¡Lord Nesfield! Si se lo contaba a lord Nesfield...

—¡No puedes hacerlo! ¡No puedes! —protestó ella, desmoronándose y dejando ver su abatimiento—. ¡Por favor, Jordan, no lo hagas!

—¿Por qué? Dímelo, y tendrás mi silencio asegurado.

Ella estuvo tentada a hacerlo, tentada a contárselo todo. Pero eso no era posible. Cuando le explicara que Sophie era la causante del enredo, Jordan se daría cuenta de que Ian también podía estar comprometido. Jamás se atrevería a arruinar las esperanzas que su amigo albergaba de ser feliz. Iría igualmente a ver a lord Nesfield, y entonces Nesfield no dudaría en ejecutar su amenaza.

El pensamiento la hizo estremecer.

—No... no puedo.

—Entonces mañana iré a ver a Nesfield.

—¡Pero me prometiste que guardarías el secreto! ¿Qué clase de hombre honorable reniega de sus promesas?

Jordan esbozó una mueca de fastidio.

—La clase de hombre que ve la clase de peligro en el que le estás metiendo. La clase de hombre que quiere protegerte de tipos como Pollock y Nesfield.

—¿Pollock? De eso se trata, ¿no? Estás celoso de Pollock y de los otros hombres que se me acercan, así que tú...

—¡No estoy celoso! —bramó él. Pero su pose rígida y su expresión ultrajada traicionaban sus palabras—. No importan mis razones. O me lo cuentas todo o iré a ver a Nesfield. Es así de simple. —Cuando ella lo fulminó con la mirada, pensando frenéticamente qué podía hacer para disuadirlo, él añadió—: Tienes esta noche para tomar una decisión. Pero mañana por la mañana...

—¡Mañana por la mañana destrozará mi vida!

Jordan tensó la mandíbula.

—No seas tan dramática. Cualquier relación entre tú y Pollock sería más letal que mi intervención moderada.

¿Intervención moderada? ¡Oh! Si él supiera la verdad...



—No es... tan horrible como te imaginas, te lo aseguro. Sabes perfectamente que jamás me metería en algo verdaderamente desagradable.

—¿De veras? Veamos, ¿qué es lo que realmente sé de ti? Eres adepta a las comedias, y puedes recitar las Sagradas Escrituras cuando te conviene. —La repasó de arriba abajo—. Y tienes un talento innato para conseguir que los hombres anhelan estar contigo. Eso es todo lo que sé. Has jugado con Pollock, y sólo Dios sabe si también has jugado conmigo. ¿Y para qué? ¡Explícamelo!

—Haces que... que este asunto parezca tan... tan sórdido.

—Desde mi punto de vista, es verdaderamente sórdido.

¡Maldito sea! Jordan tenía derecho a sospechar de sus intenciones, pero ¿qué más podía contarle? ¿Cómo escapar de esa situación tan peliaguda?

De repente, una voz los interrumpió desde el otro extremo del pasillo.

—¿Blackmore, eres tú?

Era lord Saint Clair. Emily lanzó a Jordan una mirada implorante.

—No te preocupes. No le contaré nada a Ian. Pero mañana revelaré tu identidad a quien me dé la gana. —Avanzó con paso indolente hacia su amigo, como si acabara de mantener una conversación insípida con ella—. Ahora mismo iba a verte, Ian. Lo siento, pero tengo que marcharme.

—¿Tan pronto? ¿No te apetece quedarte para el baile?

—¿Has organizado un baile y todo? ¡Cielo santo, Ian! Me parece tan extraño en ti...

El vizconde se encogió de hombros.

—Quizá me he pasado demasiado tiempo alejado de la alta sociedad.

Jordan parecía desalentado.

—O quizá estás permitiendo que ciertas personas te influyan demasiado. —Cuando lord Saint Clair lo traspasó con una mirada de reproche, él añadió—: De todos modos no puedo quedarme. Tengo unos asuntos pendientes, ya me entiendes.

Lord Saint Clair desvió los ojos hacia Emily.

—No, no te entiendo, pero supongo que eso da igual, porque de todos modos harás lo que quieras, como de costumbre.

Jordan volvió a mirarla, con una sonrisa porfiada en los labios.

—Buenas noches, lady Emma. Mañana pasaré a buscarla a las diez, no lo olvide.

Ella lo asesinó con la mirada. ¿Olvidarlo? ¡Jordan sabía perfectamente bien que no lo olvidaría! Jamás lo perdonaría por ese chantaje. ¡Jamás!



Lord Saint Clair acompañó a su amigo hasta la puerta, luego regresó al pasillo, donde Emily continuaba sin moverse, con las manos jugando nerviosamente con su estola.

—Lady Emma, ¿se encuentra bien? —Con unas grandes muestras de gentileza. Ian apartó la punta de la pobre estola maltratada de sus dedos crispados—. ¿Acaso mi amigo le ha dicho algo que la ha importunado?

—¡Su amigo siempre me importuna! ¡En este preciso instante, daría lo que fuera para que me sirvieran su cabeza en una bandeja de plata!

Ian soltó una sonora carcajada.

—Un sentimiento muy sanguinario, tratándose de una dama.

«¡Pero yo no soy una dama, ése es el problema!», pensó ella desmoralizada.

Qué pena que no pudiera sincerarse con lord Saint Clair. Recuperando el aplomo que era de esperar de lady Emma, lo miró con petulancia.

—Los escoceses somos gente sanguinaria. Y no soportamos a los arrogantes lores ingleses que se meten en asuntos que no son de su incumbencia.

—Espero que mi amigo no haya vuelto a sacar a Pollock a colación.

Emily agrandó los ojos expresivamente.

—¿Jordan le ha contado eso? ¡Oh! ¡Olvide mi petición de su cabeza servida en una bandeja de plata! ¡Prefiero que la cuelguen del palo mayor!

—Cálmese, lady Emma. Me he topado con él cuando aún estaba sulfurado y me lo ha contado todo sin tan sólo parpadear. Pero la he defendido ante él, se lo aseguro, y le he recordado que Pollock es sólo un pobre idiota. Jordan normalmente ignora las mentiras de ese botarate, pero se muestra incontrolablemente celoso cuando se trata de usted. Debería sentirse adulada: ninguna otra mujer ha conseguido ponerlo celoso.

—Sí, muy adulada —replicó ella con un marcado tono de desánimo—. ¿Qué mujer no desearía contar con las atenciones de un hombre que no quiere casarse con ella y que sin embargo muestra bastante audacia como para ponerse celoso ante cualquier hombre que le sonrío? —Las lágrimas inundaron sus ojos y Emily las maldijo al tiempo que le daba la espalda a lord Saint Clair para ocultar la cara. No debería haber hablado tanto. Ahora él probablemente averiguaría sus verdaderos sentimientos respecto a Jordan.

—¿Qué quiere decir, con eso de que no quiere casarse?

Emily se secó los ojos con la punta de la estola.

—Ya sabe lo que quiero decir. Todo el mundo sabe que Jor... que lord Blackmore sólo se deja acompañar por mujeres con cierta experiencia



como esa... esa condesa viuda, y que tiene un corazón de piedra. —Su voz delataba su rabia incontenible, y por más que se esforzaba no conseguía recuperar la calma—. Está muy orgulloso de su inmunidad a las emociones normales y corrientes que tenemos el resto de los mortales. ¡Por el amor de Dios! ¡Si incluso se jacta de no sentir esas emociones!

Lord Saint Clair se mantuvo callado durante un largo momento. Entonces apoyó la mano en su brazo.

—Eso es cierto. Pero creo que se jacta precisamente porque tiene miedo de esas emociones. No es tan insensible como usted piensa.

—Sí que lo es —susurró ella, recordando su fría negativa a considerar sus súplicas.

—Lady Emma, ¿quiere que le cuente algo sobre la vida de mi amigo? Quizá la ayude a comprender su extraño comportamiento.

—¡Nada conseguiré hacer que lo comprenda!

—De todos modos, venga conmigo a mi estudio, por favor. Me parece que le interesará la historia que tengo que contarle.

Ella asintió con la cabeza, visiblemente abatida, y accedió a seguirlo por el pasillo. De acuerdo, escucharía lo que lord Saint Clair quería contarle, aunque estaba segura de que nada de lo que le dijera conseguiría hacerla cambiar de opinión. Jordan era uno de esos hombres completamente huecos, sin nada en su interior. Cuanto antes aceptara esa dolorosa verdad, mejor para todos.



Capítulo 14

La mejor manera de vencer la tentación es rendirse a ella.

MYSTIFICATIONS
CLEMENTINA STIRLING GRAHAM

Escritora escocesa

Unas horas más tarde, Emily mantenía la vista fija en la ventana del carruaje, pensando en lo que lord Saint Clair le había contado respecto a Jordan.

Demasiada tristeza, demasiado dolor para un chiquillo.

Ahora comprendía por qué él evitaba dejarse llevar por los sentimientos. En su lugar, posiblemente ella también habría hecho lo mismo.

—Estás muy callada esta noche, hijita —dijo lady Dundee—. ¿No crees que la cena ha sido muy interesante?

—Supongo que sí. —Se le ocurrió un repentino pensamiento—. ¿Ha conseguido alguna declaración de lord Saint Clair? Tengo muchas ganas de que se acabe esta farsa. —Si lady Dundee había descubierto algo concluyente, entonces podrían referírselo a lord Nesfield. Lord Nesfield adoptaría las medidas necesarias y, finalmente, Jordan ya no podría intervenir en su destino.

Sí, lord Nesfield adoptaría las medidas necesarias: vilipendiar a lord Saint Clair. Emily se mordió el labio inferior. Entonces Jordan sí que la detestaría, ¿no? Estaba ayudando a lord Nesfield a destruir las esperanzas de su amigo.

—Me temo que no —contestó lady Dundee, con los ojos destellantes de un júbilo irritante—. Tendremos que continuar con esta comedia un poquito más.

Emily quería echarse a chillar.

—¡Pero no podemos! Lord Blackmore ha empezado a atar cabos y está convencido de que el asunto tiene algo que ver con el señor Pollock, y ahora me amenaza con contárselo todo al señor Pollock.

La dama no parecía demasiado alterada ante la noticia.



—¿De veras? ¿Blackmore ha dicho eso?

—Sí. Ha dicho que me daba esta noche para considerar su propuesta. Mañana por la mañana pasará a buscarme para salir a dar un paseo, y si todavía me niego a contarle la verdad, le revelará al señor Pollock mi verdadera identidad. ¡Maldito chantajista! No dude que el señor Pollock se regodeará humillándonos a todos públicamente. Pero lo que es peor, eso alertará a lord Saint Clair y frustrará fulminantemente todas nuestras expectativas de averiguar si realmente él es el amante de Sophie.

Lady Dundee movió la mano con desdén.

—Oh, Blackmore no cometerá semejante majadería. Te amenazará, pero no actuará. No mientras tú estés implicada.

—Me temo que se equivoca. Especialmente después de lo que he averiguado esta noche. —Se dio la vuelta para mirar a lady Dundee—. Dígame una cosa. Usted debe de tener la misma edad que habría tenido la madre de Jordan si todavía estuviera viva. ¿La conoció? ¿Cómo era?

—¿Lavinia? Era una libertina, eso era. Le volvían loca los hombres y las fiestas, y nunca prestaba atención a los consejos de sus padres. De todas formas, he de admitir que yo también era un poco alocada como ella.

—¿Y el padre de Jordan?

—¡Uy, él era todo lo contrario! Sin lugar a dudas, no fue un acierto casarse con ella. Él era un tipo muy serio. A diferencia de su hijo, no malgastaba el tiempo con... mujeres de la noche. En otros aspectos, sin embargo, sí que se parecen mucho. Él era un defensor acérrimo de las políticas reformistas y prácticamente nunca asistía a ningún evento social. Todo el mundo se quedó francamente sorprendido de que, de entre todas las mujeres, Lavinia fuera la que lograra cautivar su corazón hasta el punto de que él decidiera casarse con ella.

Emily vaciló un momento, preguntándose si debía contarle lo que lord Saint Clair le había revelado. Pero estaba tan necesitada de consejo, y sabía que podía confiar en que lady Dundee no se iría de la lengua... Además, necesitaba que la condesa fuera consciente de la gravedad de la situación.

—De hecho, el padre de Jordan se vio obligado a casarse con la madre de Jordan. Un día se quedaron solos, y el conde se dejó llevar por sus impulsos carnales y ellos... bueno... ya me entiende. Entonces ella descubrió que estaba embarazada, así que tuvo que casarse con el conde a la fuerza.

—¡Bobadas!

—¡Es cierto! ¡Me lo ha contado lord Saint Clair! Jordan se lo contó cuando eran niños. Según lord Saint Clair, lady Blackmore detestaba tanto el hecho de haberse tenido que casar a la fuerza que por eso empezó a



beber más de la cuenta, e hizo que la vida de Jordan fuera un verdadero calvario.

—Oh, no niego que el padre de Blackmore dejara probablemente embarazada a Lavinia. Ella era una muchacha muy guapa y muy precoz. Y tampoco dudo que ella fuera la clase de madre que describes. Casada con un hombre que se pasaba las noches hablando sobre la poesía de Llorado y que probablemente no lograba satisfacerla, Lavinia era la clase de mujer capaz de echarse a la bebida. Esa desdichada contaba con pocos recursos para crear sus propias vías de diversión.

Su voz se tornó más triste.

—Aun así me apuesto toda mi fortuna a que fue ella la que sedujo al conde, y no al revés. El padre de Lavinia era un simple baronet, y además con poco dinero. El conde era un buen partido para ella. Supongo que ella pensó que sería muy divertido casarse con un conde... hasta que finalmente lo consiguió.

Emily reflexionó acerca de esa explicación durante unos minutos, durante los cuales el crujido de las ruedas del carruaje fue el único sonido audible. Entonces suspiró.

—Si eso es cierto, sólo consigue agravar las cosas. Lord Saint Clair dice que ella siempre le echó la culpa de su desdichada vida a Jordan, al hecho de haberse quedado embarazada cuando aún era soltera. Ella solía decirle que él le había arruinado la vida, que su existencia era un calvario por su culpa.

Lady Dundee frunció los labios.

—¡Qué cosa más terrible decirle eso a un pobre niño indefenso! Lavinia jamás aceptó asumir la responsabilidad de sus propias acciones.

—Por eso él no quiere entregar su corazón a nadie. En su experiencia, abrir el corazón a alguien es peligroso, incluso desastroso. —Jordan debía de considerar que la farsa en la que ella estaba implicada era muy sospechosa. Probablemente le traía reminiscencias de las tramas en las que su maquiavélica madre se había visto envuelta. En cierta manera, tenía razón—. Así que no dudará en llevar a cabo sus amenazas. Sé que lo hará.

—Pero él ya ha empezado a abrirte un poco su dolido corazón, ¿no es cierto? Todavía está por ver si revelará tu secreto o no. Y no creo que se atreva. —Le regaló a Emily esa mirada misteriosa de nuevo—. Y si lo hace, no pasa nada. Seguramente precipitará el resultado.

—¡No lo comprende! ¡Intenté decirle que me traía sin cuidado si se lo contaba al señor Pollock, pero entonces dijo que también intentaría sonsacarle la verdad a su hermano! ¡Es muy persistente!



—Deja que Blackmore hable con Randolph. ¿Qué más da? Incluso puede ser una solución positiva a todo este embrollo: Randolph se verá obligado a concluir esta locura. Entonces podré convencerlo de que acepte a Saint Clair como el pretendiente más conveniente para Sophie.

La voz calmosa de la condesa únicamente consiguió amedrentar más a Emily.

—¡Oh! ¡Ni se le ocurra! ¡Sabe perfectamente bien que su hermano no aceptará al vizconde! ¡Y entonces me echará la culpa por haber echado a perder sus planes! ¡Jamás me lo perdonará!

—¡Bobadas! ¡Pero bueno! De todos modos, ¿y qué si no te perdona? — Cuando la mujer vio el estado de ansiedad de Emily, agregó—: Si lo que te preocupa es la estabilidad laboral de tu padre, no temas. Supongo que Randolph te ha amenazado con despedir a tu padre, por eso estás tan preocupada, ¿verdad, pequeña?

Lo único que Emily acertó a hacer fue quedársela mirando sin pestañear, y se puso a jugar nerviosamente con el tapizado satinado del asiento con una visible mueca de frustración.

—No te preocupes por eso. Aunque Randolph se atreviera a cumplir su amenaza, cosa que dudo, ya me aseguraría yo de encontrarle a tu padre otra parroquia que le proporcionara la misma vida cómoda y atractiva que disfruta ahora. —Sonrió y le dio unas palmaditas a Emily en la mano—. Así que ya lo ves, no tienes que preocuparte por nada. Déjalo todo en mis manos.

¿Que no se preocupara por nada? Lord Nesfield ansiaba ver cómo la ahorcaban, ¿y no tenía que preocuparse? ¡Cómo deseaba poderle contar sus pesadillas a la condesa! Pero lord Nesfield le había jurado que sólo mantendría su silencio si ella también mantenía el pico cerrado. Estaba horriblemente atrapada entre la curiosidad de lady Dundee y la obsesión de Jordan.

—Así que no te preocupes en absoluto por lord Blackmore, hijita — continuó la condesa, aparentemente convencida de que había hallado la solución para todos los problemas de Emily—. Ya esquivaremos la tormenta si habla con Pollock o con Randolph.

Emily sólo se atrevió a sonreír con falsedad y a asentir con la cabeza. Por esa vía no obtendría la ayuda que necesitaba. Tendría que descubrir otra forma de salir del atolladero.

¿Pero cómo?

El carruaje aminoró la marcha hasta detenerse por completo, y los sonidos de los caballos y de unas voces estridentes las tomaron por sorpresa. Lady Dundee asomó la cabeza por la ventanilla.



—Oh, hijita, parece que el baile en casa de la señora Crampton está muy animado. Fíjate en todos esos carruajes que bloquean la carretera. Me temo que tendremos que realizar la última parte del trayecto a pie.

Desde donde estaban casi se podía ver la casa de la familia Nesfield, así que el paseo no resultaría penoso, especialmente porque contaban con la ayuda de los lacayos que las ayudarían a sortear los puntos más concurridos. De hecho Emily se sintió aliviada de poder respirar aire fresco. Oh, cómo le habría gustado que fuera el aire impoluto de Willow Crossing, y no la atmósfera cargada y contaminada de Londres. Necesitaba aclarar las ideas, planear alguna solución viable.

Las dos damas emprendieron el camino a través de los equinos y de los carruajes, intentando no ensuciarse los vestidos.

—Oh, hijita, creo que tenemos para rato —se lamentó lady Dundee mientras un cochero gritaba a uno de sus amigos—. No conseguiremos dormir con todo este jolgorio. Qué pena. Te iría muy bien descansar para estar bien fresca mañana por la mañana, cuando lord Blackmore venga a buscarte. —Miró a Emily de soslayo—. No sé si eres consciente de ello, pero él sólo te atormenta porque está enamorado de ti.

—¿Enamorado de mí? —estalló Emily sin poder contener la furia—. ¡Y yo que la había tomado por una mujer inteligente! Es obvio que se equivocaba, que lo que interpretaba como sabiduría no es más que una señal de locura.

—A veces la locura y la sabiduría convergen; la locura puede ser un síntoma de sabiduría. Aquellos que saben la verdad no siempre están dispuestos a aceptarla. —Sonrió y bajó la voz para que el lacayo que caminaba a su lado no la oyera—. Pero en este caso, no soy ni sabia ni loca; lo único que digo es lo que cualquier mujer a mi edad sabe: los hombres son unas criaturas peculiares muy diferentes a nosotras, hija mía. Por más que anhelan algo con todas sus fuerzas, no les gusta admitirlo. Ningún hombre acepta que necesita a una mujer. Pero puesto que sí que nos necesitan, y para algo más que para un simple revolcón, su único recurso es acosarnos hasta marearnos, proclamando en todo momento que sólo pretenden saciar sus deseos carnales.

—Pues es verdad. Lord Blackmore sólo quiere saciar sus deseos carnales —susurró Emily—. A veces es como si estuviera enfadado conmigo porque me desea y no puede tenerme.

—Estoy segura de que eso es parte del problema, si bien sospecho que aunque estuvieras dispuesta a acostarte con él para darle lo que realmente busca, Blackmore continuaría sintiéndose insatisfecho.

Emily se sonrojó ante la franqueza de la condesa. Lady Dundee se equivocaba. Jordan sólo quería una cosa de Emily. Si se lo daba, él se marcharía sin mirar atrás y la abandonaría.



Desanimada, intentó erguir la espalda para no perder la compostura. ¡Eso sería exactamente lo que él haría! ¡Abandonarla!

Jordan le aseguraba que estaba preocupado por ella, pero ella sabía que él sólo quería descubrir la verdad porque estaba celoso. Y sus celos derivaban de la imposibilidad de poder saciar sus deseos. Él ansiaba acostarse con ella, pero se reprimiría si eso significaba tener que acabar casándose con ella.

Así que... ¿Y si le ofrecía lo que él quería, dejándole claro que no esperaba nada a cambio? Quizá, después de que Jordan saciara su sed, abandonaría esa absurda obsesión de querer saberlo todo. Entonces su interés por ella menguaría y, con ello, su interés por esa maldita farsa.

—Emily, ¿has oído lo que te he dicho? —insistió lady Dundee.

Sintiéndose presa de un repentino pánico de que la condesa pudiera averiguar la posible salida indecorosa que fraguaba, bajó la vista y la fijó en la calle empedrada, fingiendo prestar atención a sus propios pasos en la oscuridad para no tropezar.

—Sí.

—Te he dicho que aunque le dieras lo que él quiere, continuaría sintiéndose insatisfecho.

—Comprendo lo que dice. —Aunque Emily no se lo creía. Durante demasiados años Jordan se había tenido que escudar en una coraza hecha a medida para no sentir nada por nadie excepto deseo carnal. Después de tanto tiempo únicamente satisfaciendo su apetito sexual, no iba a cambiar ahora. No, si le daba lo que buscaba, se libraría de él.

¿Pero a qué precio?

Al llegar a la casa de los Nesfield, Emily entró detrás de lady Dundee, con la mente hecha un lío a causa de tantos pensamientos alborotados. Si le ofrecía su cuerpo a cambio de su silencio, salvaría a su padre. Y arruinaría su futuro. Incluso podría quedarse embarazada, como la madre de Jordan.

Bueno, lo único que podía hacer era rezar por que eso no sucediera. Y si pasaba, sería un precio menor a pagar que tener que acabar entre rejas. Comparados con los planes que lord Nesfield tenía para ella, una noche con Jordan no conllevaría tantos riesgos. Y tenía que ser esa misma noche, antes de que Jordan cumpliera sus amenazas.

Un súbito pensamiento desapacible emergió en su mente. ¿Y si él se negaba a aceptar su oferta?

Carter la ayudó a despojarse de la capa corta, y Emily miró con ojos desesperados hacia su traje de satén de corte modesto y color infantil que la hacía parecer tan virginal como la hija del rector que realmente era. Jordan jamás estaría de acuerdo con esa visión. Él se había contenido para



no tocarla ni besarla en la ópera, aun cuando era evidente que la deseaba, y todo por su aversión hacia las jóvenes inocentes y las complicaciones que éstas podían conllevar a su vida.

Emily irguió la espalda. Muy bien, entonces no sería la Emily Fairchild pura y recatada, la que fuera en su busca: sería lady Emma. Las acusaciones de Jordan unas horas antes en casa de lord Saint Clair le habían dado a entender que él albergaba serias dudas acerca de su verdadero carácter. Recurriría a esas dudas para obtener su propio beneficio. Esa noche pensaba hacerle una oferta a Jordan que no podría rechazar, aunque ello supusiera tener que seducirlo e incluso perder su virginidad.

¿O acaso sólo estaba pensando en esa posibilidad porque lo deseaba? ¿Porque ansiaba experimentar lo que se sentía al hacer el amor con el único hombre al que realmente había deseado en toda su vida?

No, no podía ser tan perversa. No, simplemente era la salida más viable a su problema, o mejor dicho, la única salida viable a su problema.

Carter cerró con llave la imponente puerta de roble macizo detrás de ellas, y el sonido vibró en la mente de Emily. ¿Cómo conseguiría salir sigilosamente de esa fortaleza y encontrar el camino hasta la casa de Jordan? ¡Virgen santa! ¡Si ni tan sólo sabía dónde vivía!

Desde la calle llegaban las voces apagadas de los cocheros de los carruajes de alquiler.

«¡Claro! ¡Los cocheros de los carruajes de alquiler!», pensó Emily, esbozando una sonrisa.

—Anda, hijita, vete a la cama, a ver si consigues descansar unas horas —la apremió lady Dundee.

La sonrisa en los labios de Emily se desvaneció. Si algo seguramente no conseguiría esa noche sería descansar.

Jordan estaba tumbado cómodamente en la *chaise longue* de su estudio, en mangas de camisa y sin botas, y con un vaso de brandy en una mano mientras que en la otra sostenía un libro que intentaba leer acerca de unas interesantísimas propuestas reformistas. Sin embargo, no lograba concentrarse. Finalmente, depositó el libro en el suelo y se quedó contemplando el techo.

Mañana lo sabría todo. Ella se lo contaría todo. El miedo que había visto reflejado en su cara no le dejaba lugar a dudas. No le gustaba tener que asustarla, especialmente cuando no tenía ninguna intención de cumplir sus amenazas. Le habría gustado obtener la verdad por otra vía menos artera, pero eso le parecía imposible. Y tenía que poner punto final a esa cacería a la que ella se veía expuesta, con todos esos hombres intentando aprovecharse de ella. Aunque Pollock le hubiera mentido o sólo la hubiera besado una vez, ese despreciable intentaría aprovecharse de nuevo si se



le presentaba la ocasión. Y probablemente tendría oportunidad de hacerlo si Emily continuaba manteniendo contacto con él. No, no podía continuar así. Jordan la obligaría a terminar con ese despropósito antes de que ocurriera un desastre.

Unos golpecitos secos sonaron en la puerta y lograron sacarlo de su estado de ensimismamiento.

—¡Largo! ¡He dicho que no quería que nadie me molestara!

—Lo siento, señor, pero es que hay una damisela que desea hablar con usted —replicó el criado, con la voz tensa.

Una damisela. Jordan depositó el vaso a un lado y soltó un bufido. Así era como los criados se referían a las meretrices que frecuentaba, pero seguramente ninguna de ellas se atrevería a venir a su casa a verlo. Y en los últimos meses, únicamente había traído a una viuda ardiente a su casa esporádicamente. Desde que había conocido a Emily.

Emily. ¡Como si cualquier otra mujer pudiera captar su atención ahora!

—Dale algo de dinero y dile que se marche —ordenó implacable.

—Ya lo he intentado, milord, pero se niega a aceptarlo. Le he dicho que usted no quería que nadie lo molestara, pero insiste en verlo. Dice que se llama Emily, y que usted tenía mucho interés en verla.

Jordan se incorporó de un salto. ¿Emily? ¿Allí, en su casa? ¿Se había vuelto loca?

En un instante, Jordan se plantó en la puerta y forcejeó para abrirla.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? ¡Maldito seas! ¡Tráela aquí! ¡Rápido!

El criado asintió y se marchó atropelladamente para ejecutar las órdenes, sin borrar de su rostro la enorme sorpresa ante la inesperada reacción de su amo. Jordan contempló sus pies sin botas, y luego la silla donde había lanzado la corbata y el chaleco. ¿Debía volvérselos a poner? ¿Debía como mínimo simular que ésa no era la situación más escandalosa a la que ella se había expuesto en toda su vida?

¿Y qué sentido tenía fingir decoro a esas alturas? Si Emily estaba tan desquiciada como para venir a verlo sola y arriesgar su reputación sólo para suplicarle que no la delatara, entonces merecía que él la escandalizara.

—La señorita Emily —anunció el criado.

Jordan se giró hacia la puerta al tiempo que el sirviente la invitaba a pasar, y se le desencajó la mandíbula. ¡Por todos los demonios del infierno! No era muy probable que ella fuera a escandalizarse porque él estuviera a medio vestir. Sólo hacía falta mirar cómo ella iba vestida.



El traje escarlata de la ópera, el que había deseado rasgar. Sólo que esta vez aún era peor, ya que Emily no llevaba nada debajo: ni enaguas, ni corsé, y probablemente tampoco blusita interior. Mientras ella entraba en la estancia, la sinuosa falda de terciopelo se le pegó a las piernas y a sus deliciosas curvas como si fuera un fino papel que envolviera el regalo máspreciado que cualquier hombre soñara con recibir el día de su cumpleaños.

Excepto que no pensaba abrirlo; no le estaba permitido abrirlo, maldición. Jordan suspiró con pesadez, intentando inútilmente recuperar el aliento mientras ella se le acercaba. Su aroma a lavanda lo sedujo como una nube de tentación, y lo único que pudo hacer fue quedársela mirando con la boca abierta.

—¿Eso es todo, milord? —inquirió el criado.

—Sí —respondió con un hilito de voz—. Y esta vez sí que me enfadaré si alguien viene a molestarme, ¿entendido?

Emily se sonrojó pero no dijo nada mientras el criado se marchaba y cerraba la puerta tras él.

—¿Se puede saber qué diantre estás haciendo aquí? —explotó él—. ¿Cómo has averiguado dónde vivo?

Ella tragó saliva.

—Me he escapado por la ventana y he venido en un carruaje de alquiler. El cochero sabía tu dirección.

—¿Has venido en un coche de alquiler? ¿Te has vuelto loca? ¡Has tenido una inmensa suerte de que no te hayan agredido!

—Iba cubierta por una capa hasta que he llegado, pero tu lacayo ha insistido para que se la entregara.

—Mañana mismo mataré a ese mamarracho —murmuró indignado. Nadie debería verla así jamás. Nadie excepto él, naturalmente.

Intentando recuperar el aplomo, Jordan se recordó a sí mismo los motivos por los que probablemente ella había venido. Se dirigió a la *chaise longue*, cogió el vaso de brandy y tomó un buen sorbo del fuerte licor, como si esperase que eso lo ayudara a paliar el tremendo fuego que sentía en la parte inferior del vientre. Pero su intento no dio resultado. Sólo una cosa podía calmar ese fuego, y a pesar de tenerla delante de sus narices, ataviada con el traje más seductor que nunca había visto, era un fruto prohibido.

Se negaba a mirarla. Si lo hacía, no respondía de sus acciones.

—Supongo que has venido vestida de ese modo porque crees que conseguirás hacer que desista de mi propósito.

—No.



La suave cadencia del monosílabo lo pilló por sorpresa. Se giró expeditivamente hacia ella.

—¿No deseas hacerme desistir de mis planes?

—Bueno, lo cierto es que... he venido para... hacerte una propuesta. —A Emily le temblaban la barbilla y las manos, pero se mantuvo con el porte orgullosamente erguido, como si estuviera vestida con el traje más recatado de lana gruesa que uno pudiera imaginar—. En la ópera dijiste que me deseabas, ¿no? Pues bien... —Dudó unos instantes, como si intentara reunir el suficiente coraje para continuar. Entonces deslizó las manos a lo largo del cuerpo—. Soy toda tuya.

Por primera vez en su vida, Jordan no tuvo fuerzas para contestar. Seguramente ella no pretendía decir lo que él suponía que pretendía decir. No, no era posible que la virginal hija de un rector se le estuviera ofreciendo en bandeja en su propia casa.

Ante su silencio espectral, ella se puso más nerviosa.

—Te entregaré mi cuerpo libremente por una noche. A cambio, has de prometerme que no hablarás con lord Nesfield ni con el señor Pollock. —Inspiró aire profundamente, y luego pronunció las siguientes palabras a borbotones—: No espero nada a cambio. No quiero que te cases conmigo. Simplemente quiero que mantengas mi secreto.

¿Ella estaba decidida a perder su virginidad sólo para mantener su secreto? Por un momento, Jordan consideró la oferta y todo lo que suponía. Podría rasgarle ese vestido y acariciar cada una de esas curvas celestiales. Podría solazarse con esos pechos tan dulces, separarle las piernas y hundirse en las profundidades de ese cuerpo increíble con impunidad. Finalmente podría saciar su sed. Finalmente.

Después de todo, nunca había pensado en ir a ver realmente a Nesfield; sólo había sido un farol para presionarla.

Pero si aceptaba su oferta, perdería la única oportunidad de convencerla para que le contara la verdad. No podía echar a perder su plan. Emily le estaba ofreciendo su cuerpo porque estaba totalmente desesperada, y no porque deseara acostarse con él. Ella continuaba siendo tan recatada como en su primer encuentro. Si ni tan sólo parecía capaz de dejar de jugar nerviosamente con el maldito vestido, y sus ojos barrían el estudio como si buscaran los monstruos que la acechaban desde detrás de las estanterías abarrotadas de libros.

¡Que el demonio se la llevara por tentarlo de ese modo!

—¿Tu trama significa tanto para ti que estás dispuesta a «prostituirte» a cambio de mantener el secreto?

Emily pestañeó ante la engorrosa palabra, pero no pareció disuadirla de su propósito.



—Sí. La finalidad de mi farsa es más noble de lo que crees, y si tú lo echas todo a perder antes de que... —Una rabia incontenible emanó de sus ojos, pero desapareció rápidamente—. Tienes que creerme. Mucha gente sufrirá si hablas con lord Nesfield. Y sí, haré lo que sea para intentar evitar ese desastre. —Se llevó las manos a la cabeza y empezó a quitarse las pinzas que apresaban su melena en un gracioso moño. Cuando hubo concluido, una cascada dorada se desparramó sobre sus hombros—. Te daré todo lo que quieras.

A Jordan le temblaban las rodillas como un flan a causa del imperioso deseo que se había apoderado de su cuerpo. El aroma a lavanda lo embriagaba, y cuando Emily sacudió su larga melena, pensó que alguien lo había transportado súbitamente al mismísimo paraíso celestial.

O a un paraíso diabólico.

—¿Por qué clase de hombre me has tomado? —acertó a farfullar, intentando tanto convencerla a ella como a sí mismo—. ¿De verdad crees que me aprovecharé de tu inocencia por una razón tan ilícita?

—No te... preocupes por eso. —Ella alzó la barbilla con petulancia—. No hay para tanto.

A Jordan se le heló la sangre. Seguramente no la había oído bien.

—¿Qué quieres decir?

Emily suspiró sonoramente.

—No temas por mi inocencia. No soy tan pura como crees.

—No te creo; estás mintiendo.

—¿Por qué no? ¿Por qué crees que he logrado hacerme pasar por lady Emma de un modo tan convincente? Incluso tú no estabas seguro de si realmente era la hija del rector. ¿A cuántas vírgenes conoces que se comporten como yo? —Sacó el pecho hacia delante provocativamente para que él admirase el magnífico escote en el que sus pechos parecían clamar a gritos que alguien los liberase de esa prisión de terciopelo—. ¿Crees que me atrevería a lucir un vestido como éste en casa de un hombre soltero?

Ahora estaba comportándose como lady Emma, ¿no? La precoz lady Emma. La viciosa lady Emma. Todo formaba parte de su papel teatral, ¿verdad?

Se acercó a él sinuosamente y le quitó el vaso de brandy de la mano y lo depositó en la mesa contigua. Entonces apoyó la fina mano sobre su pecho y empezó a desabrocharle la camisa.

—Vamos, Jordan, seguro que te has preguntado si soy... si no soy virgen. De no ser así, no habrías creído las patrañas del señor Pollock.



—No... las... creí —murmuró él con la voz entrecortada, aunque su garganta se había encogido súbitamente hasta formar un minúsculo pasaje por el que prácticamente no pasaba suficiente aire para dejarlo respirar. Si ella no se apartaba de él pronto...

Otro botón. Y otro.

—Sí que lo hiciste, y no ibas equivocado.

Los celos lo abordaron sin que pudiera remediarlo.

—¿Así que dejaste que te besara?

Ella no se atrevía a mirarlo a los ojos.

—Él me besó, sí, y... me tocó.

—¿Es él el tipo que...?

—No, por supuesto que no. —La mano de Emily se quedó quieta sobre su camisa—. Eso sucedió antes de que viniera a Londres. No lo conoces.

La mentira despertó las sospechas de Jordan, aunque ella no parecía haberse dado cuenta. Continuó desabrochándole la camisa, arrimándose tanto como podía a él para ofrecerle un plano incomparable de su magnífico escote, con esos pechos que subían y bajaban precipitadamente con cada nueva respiración.

Al menos ella podía respirar. Él, en cambio, hacia rato que había desistido del intento.

—¿Quién te desvirgó? —Jordan sabía que ella estaba mintiendo. Tenía que estar mintiendo. Cuando Emily se encogió de hombros, él la instó a contestar—: ¿Tu primo, quizá? ¿Él que te escoltó al baile de los Dryden?

—¡Por supuesto que no!

Su reacción ultrajada confirmaba las sospechas de Jordan. «Ella sólo está fingiendo», se dijo a sí mismo. Prefería creer en esa posibilidad antes de considerar que se había equivocado a la hora de juzgarla.

Emily alzó la vista y captó cierto recelo en sus ojos, entonces añadió obcecadamente:

—Lawrence es muy puritano. Nunca se atrevería a tocarme. —Con una sonrisa seductora, deslizó la mano dentro de su camisa para acariciarle el pecho. El contacto de los dedos sobre su piel desnuda fue increíble, como si lo estuviera acariciando un ángel—. No importa quién fuera ese hombre. No siento nada por él. Es a ti a quien deseo. Siempre te he deseado, sólo a ti.

Emily se inclinó para estampar un beso en su pecho, y él se sobresaltó bajo esa caricia. Si ella estaba actuando, estaba bordando el papel.

—No puede ser verdad. Sé que eres...



—¿Virgen? ¿Estás seguro? Tal y como has dicho antes, ¿qué sabes realmente de mí?

¡Por todos los demonios del infierno! Ella le estaba nublando el juicio. Emily le rozó las costillas levemente con la mano, y Jordan contuvo la respiración. Si ella era la mujer que alegaba, entonces no había ningún inconveniente en hacerle el amor. Allí. Esa misma noche. Se mostraba tan deseosa de acostarse con él que no dudaría en darle todo lo que ella quisiera.

Pero ella no ardía en deseos; únicamente estaba fingiendo que estaba excitada, del mismo modo que había hecho en el museo. Y desde luego era muy buena actriz. Ahora había empezado a deslizar lentamente los dedos hacia su cintura, de un modo tremendamente sensual, y Jordan deseó que continuara bajando, más abajo, aún más abajo.

Emily le dedicó una sonrisa hechicera.

—Disfrutemos el uno del otro del modo que siempre has anhelado. Entonces podrás olvidarte de toda esa tontería de ir a ver a lord Nesfield y crear un cúmulo de problemas.

Su comentario le recordó el motivo por el que ella estaba realmente allí. Jordan le inmovilizó la mano bruscamente.

—No aceptaré tu propuesta. No creo que no seas virgen. No lo creo.

Por un momento a él le pareció ver un atisbo de temor en su cara, pero éste desapareció tan rápidamente que no estuvo seguro de lo que había visto. Ahora ella lo miraba con ojos de gatita en celo, la mirada de una mujer deseosa de iniciar un gozoso juego de seducción.

—Entonces no me queda otra opción que convencerte. —Tomándolo por sorpresa, Emily emplazó la mano sobre el bulto que sobresalía en sus pantalones. Su miembro viril, tan traidor como siempre, se sobresaltó ante la caricia. Jordan soltó un bufido mientras el semblante de ella se cubría de pura satisfacción femenina. Ese papel que desempeñaba se estaba volviendo peligrosamente real.

Lo tanteó con los dedos a través de los pantalones, acariciándolo de un modo muy íntimo, con una maestría que lo dejó perplejo, y como consecuencia su pene se puso más duro que una barra de hierro. Profiriendo maldiciones en voz baja, Jordan volvió a inmovilizarle la mano y la apartó de sus partes tan sobreexcitadas. ¡Que el demonio se llevara a esa pérfida descocada! ¿Cómo era posible que supiera lo que tenía que hacer para tentar a un hombre de esa manera?

Jordan la agarró por los hombros y escrutó su cara en busca de algún indicio delator de inseguridad, pero no lo halló. Una lenta sonrisa se perfiló en los labios de Emily al tiempo que lo rodeaba por la cintura con las manos y luego mostraba la audacia de deslizar ambas manos hasta



emplazarlas sobre sus glúteos. Entonces los estrujó, y él casi se corrió de placer allí mismo.

—¿Y bien? ¿Quieres que continuemos? —inquirió ella con un tono cargado de erotismo.

A Jordan el cuerpo se le había rebelado. Su cuerpo clamaba el derecho a gozar, puesto que estaba necesitado y sediento y listo para hacerle el amor a Emily en el suelo. Ella se le estaba ofreciendo en bandeja, y si Dios no se personaba en su auxilio inmediatamente, no le quedaría más remedio que aceptar su oferta. Ahora.

Jordan la estrechó entre sus brazos y la besó con todo el deseo que había ido creciendo en su interior desde el primer día en que la vio. La suave respuesta por parte de ella, el modo en que su cuerpo se fundió y su boca se abrió bajo la suya, lo llenó de un instinto tan posesivo, tan viciosamente posesivo, que lo asustó. ¡Santo cielo! ¡Qué gusto! Su aroma, voluptuoso y atrayente como un imán... podría conseguir que cualquier hombre perdiera la cabeza. Jordan introdujo la lengua salvajemente dentro de esa boca tan cálida, y supo que se había vuelto loco de atar, ante la incapacidad de separarse de esa fémina.

El cuerpo de Emily ondulaba contra el suyo de un modo tan fluido como si se tratara de una gatita. Casi podía escuchar su ronroneo mientras lo abrazaba por el cuello y ensartaba los dedos en su pelo para atraerlo más hacia ella.

Entonces el reloj dio las doce, y los dos se quedaron quietos. Era medianoche, y el ruido de las campanadas había interrumpido el oscuro sortilegio en el que estaban cayendo irremediablemente.

Jordan apartó la boca de ella, miró hacia el reloj, y luego repasó con la vista toda la estancia sombría. No sabía si sería capaz de aguantar ni un segundo más antes de poseerla, pero pensó que ella se merecía un trato más especial.

—Ven —la invitó mientras la guiaba hacia la puerta.

—¿Adonde vamos?

—A mi alcoba. No quiero hacerte el amor aquí en el suelo, como si fuéramos un par de salvajes.

Emily se detuvo en el umbral de la puerta.

—¿Significa eso que aceptas mi propuesta? ¿Mantendrás tu silencio?

Sus palabras le recordaron incómodamente el motivo por el que ella estaba actuando de ese modo. La miró a los ojos, deseando tener la fortaleza necesaria para rechazarla pero sabiendo que eso era del todo imposible. Un solo vistazo a su melena revuelta, sus labios encarnados y sus ojos provocadores fue suficiente para conseguir que se olvidara de cualquier escrúpulo.



—¿Mantener el silencio? ¡Sería capaz de amordazarme la boca para siempre con tal de pasar una noche contigo!

El triunfo se reflejó fugazmente en los ojos de Emily. Entonces colocó un dedo sobre la boca de Jordan y trazó la línea de sus labios con un gesto sensual que consiguió encender una llama de lujuria en su cuerpo viril.

—Se me ocurren otras formas más sugerentes de emplear tu boca.

Él le mordió el dedo suavemente, y después lo succionó de un modo tan sensual que Emily jadeó de placer. Cuando lo soltó, Jordan estaba más excitado que antes, si eso era posible.

—A mí también se me ocurren otros usos más interesantes. Ven conmigo, y te los demostraré.



Capítulo 15

Los vicios son detestables; reniego de ellos en todas mis tertulias, y me encantaría prohibirlos por completo, de no ser que seguramente lo único que obtendría sería un montón de asientos vacíos en mi salita de estar.

CAMILLA
FANNY BURNEY
Novelista inglesa

La alcoba de Jordan no era lo que Emily había esperado. Sí, tenía una impresionante cama con dosel, perfecta para una noche apasionada, con unas sugestivas cortinas de damasco, tan azules como el cielo al anochecer, que colgaban de la rica estructura de madera de caoba.

¿Pero dónde estaban los cuadros obscenos, las esculturas eróticas cuya función era incitar los impulsos más libidinosos? Para un hombre que se pasaba las noches entre los brazos de furcias y de viudas alegres, su alcoba era sorprendentemente sobria y estaba habilitada con poquísimos muebles: sólo una mesita de noche despejada y un escritorio como únicos complementos de la cama.

—Bueno, ya estamos aquí —anunció Jordan, y el sonido retumbó sonoramente en los oídos de Emily.

—Sí. —¡Virgen santa, era cierto! Estaba en su alcoba, sola con él.

—Déjame que te ayude a quitarte el vestido. —Jordan se le acercó por la espalda y le apartó el pelo hacia un lado para desabrocharle el traje. Emily notó cómo la prenda se desprendía de su cuerpo, dejando entrever su espalda. Se estremeció en parte por el frío y en parte por la vergüenza que sentía. Cuando él la había besado unos minutos antes en su despacho hasta hacerle perder el sentido, ella se había olvidado de la barbaridad que estaba a punto de cometer. Pero ahora que él la estaba desnudando, no podía ignorar la realidad. Después de que se acabara esa esperpéntica alucinación, su reputación quedaría irremediabilmente dañada para siempre.

Por un hombre que preferiría tragarse un sapo antes que casarse.

De todos modos, tampoco era que Emily pudiera imaginarse casada con él. Si una cosa había conseguido con esa visita inesperada había sido ser



plenamente consciente de la diferencia abismal de sus distintas situaciones sociales. Sólo esa alcoba era dos veces más grande que todas las habitaciones de la rectoría juntas, ¡y ésta era su casita en la ciudad, habría que ver el resto! Probablemente Jordan poseía más de una finca en la campiña inglesa. Su esposa tendría que ser una estupenda anfitriona, una mujer con unas capacidades sociales excepcionales con las que Emily jamás habría soñado.

Una mujer como Emily sólo sería apropiada como amante. Incluso probablemente tampoco estaría a la altura de esa posibilidad. La forma en que él le estaba desabrochando los botones y desatando las numerosas cintas de su traje demostraba una amplia experiencia de la que ella carecía. Obviamente, había desabrochado muchos vestidos femeninos.

En cambio, para ella era la primera vez que un hombre la desvestía. Si lograba mantenerse impasible sin que él se diera cuenta de su inexperiencia, sería un milagro.

Por supuesto, cuando él la penetrara descubriría la verdad. Le habían dicho que perder la virginidad implicaba sangrar y sufrir dolor. Emily no podría ocultar la evidencia. Pero cuando llegara ese momento, ya no sería relevante. Las dos únicas razones por las que Jordan rechazaba a una joven casta y pura eran porque no le atraían las mujeres sin experiencia y, además, por su temor a verse forzado a casarse. Dadas las circunstancias, el segundo motivo quedaba descartado.

Pero el primero...

Emily debió de ponerse muy rígida o hacer algún movimiento inconsciente que reveló sus temores, ya que él se detuvo sin acabar de desatarle todas las cintas del traje.

—¿Qué pasa?

—¿A qué te refieres? No... no pasa nada.

Jordan la obligó a darse la vuelta para mirarla a los ojos.

—Te comportas como si fuera la primera vez que te desnuda un hombre.

Ella tragó saliva.

—No seas ridículo —dijo con una risa vulgar—. ¿Cómo quieres que haya gozado del placer de hacer el amor sin que antes no me hayan desvestido? Sólo es que... me preocupa no estar a la altura de lo que esperas de mí. Después de todo, has estado con muchas mujeres, o eso es lo que dicen.

Como una antorcha incandescente, su mirada se desplazó hasta el traje entreabierto.



—Ninguna como tú. No miento, Emily, sería imposible que me defraudaras esta noche.

Acto seguido la estrechó entre sus brazos y la besó en los labios, haciendo que se olvidara de todo lo que la rodeaba excepto de él. Jordan tenía un sabor dulzón, con ese cálido aroma de brandy en los labios que lograba disipar todos sus temores. Le bajó el vestido hasta dejarle los hombros al descubierto, y por fin la pieza escarlata de seducción cayó gloriosamente al suelo, dejando a Emily arrojada únicamente por una blusita interior que le llegaba hasta las rodillas.

—Mía —susurró él en un tono ronco, como un hombre hambriento que estuviera marcando la posesión del único pedazo de pan que había caído de la carreta del panadero—. Toda mía. —Y su beso oscuro y seductor fue una clara repetición de la palabra.

Suya. Ella deseaba ser suya, aunque sólo fuera por una noche. Desde el momento en que Jordan se subió a ese carruaje con ella, Emily había sentido en su interior una extraña sed insaciable que había permanecido aletargada hasta entonces. Su primer beso la había librado de todo escrúpulo y la había lanzado a un mar embravecido lleno de tentaciones espectrales que no le resultaba nada familiar. Ahora ya no podía dar marcha atrás: ansiaba sumergirse en ese mar. Quizá eso sería lo único que obtendría de él, pero valdría la pena; estaba segura de que una noche de locura con Jordan le dejaría una huella imborrable en el corazón.

Mientras él buscaba su complicidad jugando con su boca, Emily hundió las manos dentro de su camisa para saborear la calidez de su piel. Era tan distinta a la suya, tan áspera, cubierta de pelo y con esos músculos firmes y poderosos...

Jordan profirió un suspiro gutural y apartó los labios. Sus dedos se enredaron en las cintas de la blusita, intentando desatarlas para luego tirar de la prenda hacia abajo hasta que logró que ésta cayera en el centro de su traje escarlata como una camelia rodeada de rosas. Estaba totalmente desnuda.

Incapaz de ocultar la vergüenza que la asaltaba, Emily intentó pegarse a él, pero Jordan la frenó con las manos.

—Quiero mirarte. Déjame que te mire.

Ella se puso más colorada que un tomate maduro. Nadie, ni siquiera la criada en casa de su padre, la había visto nunca completamente desnuda. La habían educado bajo la estricta idea de que no estaba bien quedarse desnuda salvo por el tiempo necesario para bañarse y vestirse. Sus padres le habían recitado a menudo el pasaje de la Biblia en el que Noé maldecía a su vástago más joven por haber presenciado su desnudez.



Sin embargo, mientras Jordan continuaba contemplándola con una admiración palmaria, todas esas reglas estrictas, toda su vergüenza de transgredirlas, se desvaneció.

—Eres exquisita —proclamó él con una voz ronca llena de necesidad—. No puedes ni suponer cuántas veces te he imaginado así... Y lo lejos que mi imaginación estaba de la realidad...

Fue lady Emma la que contestó, ya que seguramente Emily no se habría atrevido a ser tan descarada.

—¿Qué tal si constatamos si mi imaginación se queda corta, comparada con la realidad? —bromeó, estirando los brazos para separarle la camisa de los hombros.

Emily se quedó maravillada de su propia audacia. Era sorprendente cómo la mirada felina y de aprobación de un hombre podía estimular a una mujer para que ésta se comportara de una forma tan impúdica. Pero a Jordan no parecía importarle. Sin perder ni un segundo, él mismo se quitó los pantalones, y luego los calcetines y el calzón, y se quedó tan desnudo como ella.

Desnudo. Y completamente impasible. Emily aspiró aire profundamente ante la sorprendente visión, y él se puso a reír.

—¿Y bien? ¿Estoy a la altura de tu imaginación?

¿Acaso había algo que criticar en ese espléndido cuerpo? Jordan tenía un pecho destacadamente amplio salpicado por un fino vello de color rojizo que le proporcionaban el aspecto de las antiguas y valiosas figuras de bronce. Su cintura no mostraba signos de flacidez, y entre sus muslos robustos...

Emily apartó la vista rápidamente de ese punto y volvió a fijarla en su cara, procurando ocultar los signos de alarma.

—Supongo que no me defraudarás.

¿Era eso lo que realmente suponía? ¡Pero si la partiría en dos cuando la penetrara con esa... esa... enorme tranca! Obviamente, no había comprendido bien cómo iba eso del apareamiento. Seguramente las mujeres no estaban hechas para acomodar un pene tan enorme. Seguramente Dios había cometido un error al crear el miembro viril de Jordan.

¿Cómo podía estar preocupada por el hecho de que Jordan arruinara su honra, si lo que en realidad iba a hacer era matarla?

Pero ya era demasiado tarde para escapar, demasiado tarde para protestar y convencerlo de que le había mentado, que no tenía experiencia alguna en esos asuntos. Jordan la había estrechado entre sus brazos y ahora la estaba invitando a tumbarse en la cama con unas intenciones



más que evidentes, puesto que había arrimado el miembro viril a sus muslos.

—Así que supones que no te defraudaré, ¿verdad? Ya me lo dirás después, mi querida Emily. Cuando te haya hecho el amor.

«Después de que me hayas hecho el amor, probablemente estaré muerta», pensó ella, con un ataque de pánico justo antes de que él acabara de tumbarla en la cama y le separara las piernas para arrodillarse entre ellas.

Los ojos de Jordan eran como dos llamas ardientes, mientras apresaba las manos de Emily y las inmovilizaba a cada lado de su cabecita. El movimiento la dejó completamente expuesta como nunca antes lo había estado, y su pánico se incrementó cuando él bajó la cabeza hasta sus pechos. El instinto de apartarlo de un manotazo se materializó en su mente... hasta que el emplazó la boca sobre su pezón y empezó a lamerlo con unas caricias tan exquisitas como delicadas.

Emily se quedó paralizada debajo de él. ¡Oh, cielo santo! Cuando Jordan le hacía esas caricias, le costaba creer que fuera un monstruo capaz de matarla. Al menos no con dolor.

No, el placer era su arma, la que él sabía utilizar de un modo recurrente. Emily sentía que cada trozo de piel que la boca de Jordan rozaba ardía instantáneamente de excitación, con un placer secreto. Y su boca estaba en todas partes... chupándole cada pecho hasta que ella se arqueó debajo de él, y luego trazando una línea hacia su vientre para entretenerse lamiendo su ombligo. Los pelitos del bigote y de la barba que empezaban a pinchar a esas entradas horas de la noche, después de no haberse afeitado durante todo el día, le arañaban la piel, pero eso también era una nota de seducción que le recordaba que él era un hombre y que ella era una mujer de la cabeza a los pies.

Con los dedos entrelazados y sin permitirle que movilizara los brazos, Jordan continuó marcando una senda de besos a lo largo de la parte inferior de su vientre con una lengua y unos labios muy habilidosos. Él conseguía que fuera totalmente consciente de su cuerpo, tratando cada surco y cada montículo y cada llanura con un mimo excepcional que conseguía arrancarle jadeos de gusto. Emily jamás se habría imaginado que la boca de un hombre pudiera proporcionar tantos placeres eróticos.

Ni tanta tortura. Jordan lograba que deseara cosas a las que era incapaz de poner nombre, que ciertas partes de su cuerpo se inflamaran hasta límites insospechados y de un modo totalmente desconocido para ella. Él a su vez también parecía estar excitadísimo, porque su respiración era entrecortada y los músculos de su cara estaban tensos a causa de unos evidentes esfuerzos por no perder el control.



Emily no sabía de qué intentaba no perder el control, pero si eso era tan sólo el inicio de un maravilloso juego de seducción, supuso que no alcanzaría a ver el final.

Entonces él la tomó por sorpresa, estampándole un beso en el pubis. Emily estuvo a punto de incorporarse de la cama atropelladamente. Mientras lo contemplaba escandalizada con fascinación, él le soltó las manos para poderle apartar el vello rizado que ocultaba sus pliegues más delicados, y luego le propinó otro beso húmedo.

Algo se encogió en su interior, algo que le provocó una perversa sensación de acuciante necesidad.

—¿Qué... qué estás haciendo? —Le preguntó sin poderlo evitar.

Jordan le dedicó una sonrisa enigmática.

—¿Ningún hombre te había hecho esto antes?

¿Qué se suponía que debía contestar? ¿Era posible que todos los hombres se comportaran de esa forma tan ignominiosa en la cama? La tersa descripción que su madre le había dado acerca del acto de hacer el amor no contenía ninguna referencia a esos actos tan obscenos.

Gracias a Dios, él mismo le proporcionó la respuesta:

—Por lo visto no. —La acarició con la boca nuevamente, esta vez hurgando entre sus pliegues hasta que Emily sintió un hormigueo que se acrecentaba con cada lamida de la peligrosa boca sobre ese trozo de piel tan sensible. Se agarró a la colcha de damasco para evitar atraerlo más hacia ella; eso habría sido una muestra evidente de su naturaleza descocada.

Pero no pudo ocultar los gemidos de placer que se le escapaban inexorablemente de los labios.

—Sí... Oh... Mmm... Cielos, Jordan... Jordan...

—¿Te gusta? ¿Te da placer, mi querida Emily? ¿O prefieres que pare?

—¡No! —Frunció los labios avergonzada de su impudicia, pero propulsó las caderas hacia esa boca tan diestra—. Quiero decir... no lo sé... Por favor, Jordan... por favor..

Él no se detuvo. Había hundido la lengua dentro de ella y la embestía sin piedad, llevándola hasta tal límite de placer que Emily pensó que no podría soportarlo. Demasiada tensión... sí, demasiado... No sería capaz de soportarlo...

Entonces todo sucedió vertiginosamente: una oleada de placer fue creciendo en su interior, anegando cada miembro y cada músculo y cada vena. El orgasmo le arrancó un grito brutal mientras su cuerpo se convulsionaba hasta que finalmente se desplomó sobre la cama sintiendo una sensación reconfortante.



Cuando se recompuso y fue capaz de volver a pensar con cordura, vio a Jordan que la contemplaba con una sonrisita de pura satisfacción masculina. Ella también estaba sonriendo, y no podía borrar ese gesto de complacencia del rostro. Sentía cada parte de su cuerpo deliciosamente relajado y lánguido...

—Así que suponías que no te defraudaría, ¿verdad? —se jactó Jordan mientras se inclinaba hacia ella y plantaba las manos a cada lado de sus hombros. Unos bellos mechones de color cobrizo le caían sobre la frente, y su cara exhibía una imagen de puro deseo—. Pues ahora veremos si tú no me defraudas a mí, preciosa.

La sensación de placer que embriagaba a Emily se desvaneció en un abrir y cerrar de ojos mientras notaba el miembro viril erecto de Jordan moviéndose entre sus piernas hasta que encontró la entrada y se propulsó hacia el interior.

¡Cielos! ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¡No lo sabía! ¿Qué esperaría él de ella?

—Por todos los dioses del universo, estás tan tensa...—murmuró Jordan mientras continuaba hundiéndose lentamente dentro de ella, con los ojos entrecerrados en un patente estado de satisfacción.

«Tensa» no era la mejor palabra para describir lo que Emily notaba. Él la llenaba por completo, y ella no podía pensar en nada más. Sorprendentemente, su cuerpo parecía ensancharse para acomodarlo. Sin embargo, la presión era... excesiva, casi insoportable.

Seguramente la parte que ya estaba dentro era lo único que su cuerpo podría albergar de esa enorme tranca. Seguramente él no podría hundir su pene más en su interior. Y sin embargo lo consiguió, penetrándola más y más hasta que Emily pensó que la partiría en dos. Ella se movió incómoda debajo de él, en un intento de hallar una postura que no le provocara esa extraña sensación tan... tan... intrusiva.

De repente, Jordan le propinó una embestida que pareció rasgar algo dentro de ella, y Emily lanzó un grito de dolor. Él se quedó inmóvil, con los ojos abiertos como un par de naranjas, mirándola con horror.

—¡Dios mío! ¡Maldita sea! ¿Qué...?

Su mandíbula se tensó visiblemente mientras Emily lo contemplaba con unas evidentes muestras de culpabilidad.

—Me has mentido. Por todos los demonios del infierno, ¡me has mentido!

Ella asintió cabizbaja, sintiéndose un poco más aliviada al saber que ya no tendría que seguir fingiendo.

—Lo siento —susurró.



—Creo que el daño ya está... hecho. Pero puedo parar...

—¡No! —Si Jordan se detenía, probablemente pensaría que no tenía por qué mantener su palabra para cumplir el trato. Desesperadamente, se aferró a sus caderas para anclarlo más profundamente dentro de su cuerpo—. Termina lo que has empezado, por favor. ¡Me lo has prometido!

Los ojos de Jordan brillaban de perplejidad.

—Pero te he hecho daño. Tendría que haber ido con más cuidado.

—Siempre duele la primera vez.

—Eso dicen —espetó él.

Emily movió un poco las caderas, sorprendida al constatar que había desaparecido parte de la incómoda presión.

—De verdad, no es tan terrible.

Jordan cerró los ojos como si sintiera un dolor angustioso.

—Si no paras de moverte, te juro que acabaré lo que he empezado.

—Perfecto. —Cuando él volvió a abrir los ojos, visiblemente atormentado y todavía sintiéndose furioso, ella se arqueó hacia él de nuevo y susurró—: Te deseo, Jordan. Virgen o no, te deseo... con todas mis fuerzas... por favor...

La rabia lo abandonó súbitamente.

—Entonces adelante, preciosa. Intentaré no volver a hacerte daño.

La única respuesta de Emily fue alzar un poco la cabeza para poder besarlo en la boca. Jordan suspiró excitado y le devolvió el beso, introduciendo la lengua en las profundidades de su boca mientras empezaba de nuevo a moverse dentro de ella.

Esta vez no hubo dolor y la tensión incómoda inicial resultaba ahora más llevadera; se había transformado en una dulce tensión que se incrementaba en su interior, como la que había sentido cuando él la había lamido en sus partes más íntimas. Mientras se acrecentaba esa sensación, Emily notó una necesidad incontrolable de impulsar las caderas hacia él.

Al hacerlo, Jordan apartó los labios de los suyos y jadeó.

—Dios mío, Emily... cómo puedes ser tan inocente... y tan impúdica a la vez... Eres... eres sorprendente...

—Tú también.

Sorprendente y maravilloso. Sentirlo dentro, hundiéndose en ella, poseyéndola, era una sensación tan increíble que Emily se sentía encantada —iencantada!— de haberse entregado a él.

Jordan la consumía con unos ojos fieros y posesivos.



—Ahora sí que eres mía. Mía. Toda mía.

—¡Sí! —Ella siempre sería suya, sucediera lo que sucediese después de esa noche. No podría ser de nadie más.

Lo estrechó fuertemente entre sus brazos, intentando impregnarse de la sensación de su piel áspera, el suave aroma a almizcle que emanaba de él, el increíble placer que su cuerpo le proporcionaba. «Amor mío», pensó, dolorosamente consciente de esa gran verdad. Sí, lo amaba. Siempre lo había amado. Y después de esa noche, cuando todo acabara, seguiría amándolo.

Pero no podía decírselo. Él no anhelaba amor «ni sentimientos románticos ni estupideces similares», así que en lugar de abrirle el corazón, Emily decidió cerrar los ojos y disfrutar de sus vigorosas embestidas, que la transportaban inevitablemente hacia un sueño irreal...

—Sí, así, preciosa —susurró Jordan mientras cabalgaba sobre ella a un ritmo casi frenético—. Sí, así, así... ¡Emily!

Luego se hundió dentro de ella tan profundamente que Emily pensó que había alcanzado el mismísimo centro de su alma. Y en ese momento, la tensión detonó dentro de ella con una explosión de luz y un orgasmo impresionante. Todavía seguía arqueada contra él, con los dedos clavados en su espalda, cuando Jordan gritó su nombre y se corrió dentro de ella.

Por un momento, el mundo dejó de existir. Sólo estaban ellos dos en el firmamento, con los cuerpos unidos, suspendidos en una dulce burbuja de éter que les confería seguridad o intimidad.

A continuación, Jordan se desplomó sobre ella. Y mientras Emily flotaba recuperando lentamente la conciencia, saciada de placer, se dio cuenta de que el sueño de hadas había tocado a su fin. Ahora. Para siempre. Jamás volvería a gozar de él.

Por eso volvió la cabeza hacia un lado y lloró.

Al principio Jordan era sólo consciente de la más maravillosa sensación de plenitud que jamás había experimentado en toda su vida. Emily era completamente suya. A pesar de sus temores por ella, había accedido a hacer el amor con él entregándose del modo más entusiasta que hubiera podido imaginar. Estaba seguro de que le había dado placer. ¿Y ella? Ella le había dado un placer insuperable.

Hundió la cara en su grácil cuello, maravillándose una vez más de la suavidad y de la delicadeza de su piel. Entonces oyó los sollozos.

¡Estaba llorando! Jordan se apartó de ella alarmado. ¡Por todos los demonios! ¡Le había causado más daño del que se había figurado!

Alargando un brazo hacia ella para acariciarla con su mano temblorosa, le dijo:



—He intentado no hacerte daño, preciosa, lo siento, de verdad que lo siento.

Ella sacudió la cabeza desesperadamente, luchando por recuperar el aliento entre los sollozos incontrolables.

—No... no me has... hecho daño.

La tensión en el pecho de Jordan se amortiguó.

—¿Entonces por qué lloras?

Secándose las lágrimas con el reverso de la mano, Emily alzó los ojos enrojecidos y lo miró.

—Porque ha sido tan... tan maravilloso. Y ya nunca podré volver a hacer lo mismo.

Una carcajada se escapó de los labios de Jordan antes de que él pudiera evitarlo.

—Ni tan sólo yo puedo hacer nada para revivirlo. Me temo que una mujer sólo puede ser desvirgada una vez en la vida.

Las palabras que él mismo acababa de pronunciar tan animadamente, hicieron que Jordan recapacitara: sólo una vez. Había hecho lo impensable, había desflorado a una mujer. Esperó a que la rabia estallara dentro de él, la noción de traición que ella había conseguido despertar engañándolo de una manera tan pérfida como ninguna otra mujer había hecho. Y sin embargo, lo único que sintió fue una poderosa sensación de felicidad.

—No... no me refería a eso... a la... a que... me hayas desvirgado — tartamudeó Emily. Él sofoco la ahogaba hasta tal punto que tuvo que apartar la vista de nuevo—. Me refería a que tú y yo no volveremos a hacer el amor.

—No veo por qué no. —Jordan le acarició la melena dorada, una extraña paz se había adueñado de él mientras adoptaba la única decisión posible. Siempre había sabido cómo reaccionaría si alguna vez acababa haciendo el amor con una mujer como Emily. Pero no se había imaginado que pudiera sentirse tan satisfecho de la solución—. Es cierto que tendremos que ser discretos hasta que nos casemos, pero después...

—¿Casarnos? —Ella se incorporó y se sentó en la cama, y cruzó los brazos sobre el pecho en un inútil intento de falsa modestia—. ¡No te casarás conmigo, Jordan! ¡No puedes!

Su reacción lo sorprendió.

—Por supuesto que puedo. Y lo haré, ahora que te he desflorado. No soy tan canalla como para deshonar a una mujer y luego deshacerme de ella enviándola de vuelta a casa con su papá.



—No tienes que casarte conmigo, te lo dije al principio. Hemos hecho un trato, eso es todo. Era la única forma que se me ocurrió de comprar tu silencio.

Emily se levantó de la cama y se dirigió rápidamente a recoger la blusita interior para ponérsela. Jordan se quedó contemplando el vestido rojo de satén que aún yacía extendido en el suelo.

«Un trato, eso es todo.» Las horribles palabras retumbaron en su mente. ¿De veras ella lo veía de ese modo?

De todos modos, no importaba cómo lo viera ella; eso no cambiaba la situación. Jordan se sentó, deseando que Emily no hubiera abandonado la cama con tanta premura.

—Vamos, sé sensata. Tenemos que casarnos. Es la única manera de salvaguardar tu reputación.

—Nadie lo sabe. No pretendía hipotecar ni tu vida ni la mía.

—Pues ahora ya es demasiado tarde. —Saltó de la cama y se le acercó. La estrechó entre sus brazos, y a pesar de que ella se mantuvo rígida, se dejó abrazar—. No puedo dejarte marchar ahora de mi vida así, por las buenas. ¿Y si descubres que estás embarazada? —Agarrándola por la barbilla, la obligó a alzar la cara y contempló su rostro preocupado—. ¿Serías capaz de privar a esa criatura de su padre?

—No, pero... no creo que eso suceda, ¿no? Nosotros sólo... quiero decir, sólo ha sido una vez...

—Créeme —la atajó Jordan con amargura, pensando en sus padres—, sólo se necesita una vez para engendrar un hijo.

Emily se puso lívida.

—Ya me encargaré de ese problema si sucede. Pero no aceptaré que te cases conmigo. Sé que debes pensar que lo había planeado todo para cazarte, pero de verdad, no he venido aquí esperando casarme contigo.

—Lo sé.

—Pensé que... que estarías encantado de poder gozar de mí sin ninguna obligación. No esperaba nada más. De verdad, no lo esperaba. ¡Jamás te obligaría a casarte!

Jordan no sabía si sentirse adulado o encantado ante su frenético empeño por convencerlo.

—Te creo, bonita. —La arrulló entre sus brazos—. Te estoy pidiendo que te cases conmigo porque es lo que quiero. Quiero casarme contigo.

—No, no es verdad. Me has dicho un millón de veces que no te interesan las mujeres castas y puras.



—Ya sé lo que dije. Si las circunstancias hubieran sido distintas, no habría buscado una virgen, pero puesto que te he desflorado, el honor impera que me case contigo.

Ella se zafó de él, con aire herido.

—¿Honor? ¿Por eso quieres casarte conmigo? ¿Para mantener el honor?

—Mira, Emily... —empezó a decir él con voz serena mientras volvía a abrazarla.

Pero ella lo apartó de un manotazo, agarró el vestido y se lo llevó hacia el pecho como si fuera un escudo.

—¡Me río de tu honor!

Jordan frunció el ceño, buscó las calzas y se las puso. Era evidente que la conversación había adoptado el cauce de una larga discusión, y eso era lo último que quería en esos momentos. Lo que deseaba era volverla a arrastrar hasta la cama para hacerle de nuevo el amor.

Sin embargo, parecía evidente que ella no estaba dispuesta. Obviamente, Emily anhelaba que él se le declarase pronunciando algún ridículo voto de amor. ¡Pues iba lista! No pensaba hacerlo. Ya era suficientemente trágico que estuviera tan obsesionado con esa fémina como para que incluso el pensamiento de casarse con ella le acelerase el pulso y sus manos adolecieran pensando en el momento en que podría acariciarla de nuevo. Ese era todo el poder sobre él que Jordan deseaba conferirle.

—Nos casaremos, Emily —terció él tajantemente mientras avanzaba hacia ella—. Es la única forma de resolver este compromiso.

—¡No hay nada que resolver!

—¿Cómo que no? Vamos, Emily, estabas tan desesperada por comprar mi silencio que incluso te has arriesgado a arruinar tu futuro para conseguirlo. Diría que son muchas las cosas que tenemos que resolver, y lo lograremos por una vía muy fácil; casándonos. Nesfield no podrá tocarte entonces.

Emily estrujó el vestido frenéticamente.

—¡No lo comprendes! ¡Tengo que continuar con mi farsa, y no debes detenerme! ¡No permitiré que me detengas!

—¿Por qué? —La agarró por los hombros—. ¿Qué puede ser tan importante como para que estés dispuesta a ir tan lejos?

Por un momento, él pensó que Emily iba a contárselo. Parecía abatida, como a punto de sincerarse. Entonces su rostro volvió a adoptar ese aspecto inflexible y movió la cara para dirigir su mirada hacia la puerta situada a la espalda de Jordan.



—Deja que me marche. A menos que pretendas encerrarme aquí como tu prisionera, mi intención es marcharme. Ahora.

Jordan clavó sus dedos crispados en sus hombros, luchando por no dejar que lo vencieran las inmensas ganas que sentía de zarandearla hasta hacerla entrar en razón.

—¿Qué tengo que hacer para demostrarte que eres la única mujer en mi corazón? Una vez me dijiste que no confiabas en mí porque lo único que sentía por ti era lascivia. Pero te he pedido que te cases conmigo. Si eso no te demuestra que puedes confiar en mí y contarme la verdad, ¿qué tendré que hacer para demostrártelo?

Ella se zafó nuevamente de sus brazos.

—No es una cuestión de si confío o no en ti. Si.. si te lo cuento, me arriesgaré a sufrir una deshonra más terrible que cualquier otra barbaridad, incluso más que perder mi virginidad. Mucho más de lo que puedas llegarte a imaginar.

—Nesfield. ¡Que el diablo se lleve a esa víbora! ¡No permitiré que te haga daño! ¿Me has entendido?

—No puedes detenerlo.

Él la apartó a un lado y avanzó con pasos agigantados hacia su ropa, desperdigada por el suelo.

—Eso ya lo veremos —espetó mientras se vestía.

—¡No! —Emily acabó de ponerse el vestido y luego corrió tras él y lo agarró por el brazo—. No, Jordan, ¡no te metas con él!

—Esa alimaña se está aprovechando de una joven inocente. ¡No pienso dejar que se salga con la suya!

—¡Me lo prometiste! —gritó ella mientras se aferraba a su brazo—. ¡Dijiste que si me acostaba contigo, mantendrías tu silencio!

Jordan se quedó quieto, contemplando la carita pálida y el pánico en sus ojos. El vestido desabrochado —ese maldito traje escarlata— pendía de su cuerpo de un modo tan desmayado que Jordan acertaba a ver la punta ribeteada de su blusita interior, y bajo ella, uno de sus cremosos pechos hinchados.

—Yo he cumplido mi parte —argumentó ella con voz temblorosa—. ¿No piensas cumplir la tuya?

¡Que el demonio se llevara a esa fémina obcecada! No podía negarse cuando sabía el enorme sacrificio que ella había hecho para comprar su silencio. Y sin embargo... Emily le había pedido que no les dijera nada ni a Pollock ni a Nesfield, imaginaba que ella consideraría que también infringiría su acuerdo si hablaba con lady Dundee.



De todas formas, había una persona con la que podía hablar, alguien que podría hacerla entrar en razón y hacerle ver las ventajas de casarse con él.

—De acuerdo. —Cuando ella lo miró con ojos recelosos, Jordan le puso bien el vestido para que ocultara sus tentaciones más obvias—. No le diré nada ni a Nesfield ni a Pollock, si ése es tu deseo.

—Sí, ése es mi deseo.

—En cuanto a lo de casarme contigo...

Emily colocó un dedo sobre sus labios.

—No sigas con esa cuestión, por favor. No espero que hagas un sacrificio tan enorme por una cuestión de honor caballeresco.

—No sería un sacrificio —susurró él, y lo decía sinceramente.

—De todos modos, no tienes que casarte conmigo. —Cuando él se puso rígido, Emily agregó—: Por favor, no hablemos más de eso. Sólo quiero marcharme, antes de que descubran mi ausencia. El coche de alquiler me espera fuera...

—No pienso permitir que recorras media ciudad en un coche de alquiler a estas horas de la noche —la atajó él con firmeza—. Te llevaré a casa en mi carruaje.

—¿Y si alguien nos ve juntos y averigua...?

—¿A las tres de la madrugada? Nadie nos verá. Y si eso te hace sentir mejor, me detendré a una corta distancia de la casa de Nesfield.

Ella lo miró aliviada.

—Gracias. Para serte sincera, no deseaba regresar con ese... ese horroroso hombre que conduce el coche de alquiler. Me parece que estaba un poco beodo.

—No me extraña. Y ahora, ¿por qué no te quitas ese vestido y te aseas un poco? —Jordan señaló la palangana con agua sobre el tocador—. Estoy seguro de que podrás utilizar uno de los trajes de mi hermana para regresar a tu casa luciendo un aspecto menos... provocativo.

Emily se sonrojó, y él tuvo que hacer un esfuerzo por no sonreír abiertamente. Incluso después de haber perdido su virginidad, ella conseguía ser tan casta y pura como siempre.

—Mientras te vistes —añadió él—, despertaré a mi cochero.

«Y le diré que se prepare para un viaje, un largo viaje.» Porque... por más que ella pensara lo contrario, la noche aún no había tocado a su fin.



Capítulo 16

Si toda la gente buena fuera inteligente,
Y toda la gente inteligente fuera buena.
El mundo sería un lugar más agradable
Mucho más de lo que jamás podríamos soñar.

THE CLEVER AND THE GOOD
ELIZABETH WORDSWORTH

Educadora inglesa

Emily subió al carruaje de Blackmore y se sentó recatadamente en el borde del asiento encarado hacia delante. El traje que se había puesto le venía un poco ajustado y era demasiado largo —la hermanastra de Jordan debía de ser una mujer alta y esbelta—. Pero al menos no exhibía tanta piel como con el otro vestido.

Jordan entró unos escasos momentos más tarde y se sentó a su lado. Tras ordenar a Watkins que se pusiera en marcha, le estrechó la mano cariñosamente.

—Pareces cansada. Ha sido una larga noche para ti, ¿verdad?

—Sí. —Lo cierto es que se sentía exhausta. El juego de la seducción proporcionaba sus placeres, pero resultaba indudablemente agotador.

Jordan cerró la cortina y la cabina quedó sumida en una absoluta oscuridad. Entonces, cambiando de posición para quedar sentado con la espalda contra la pared, la invitó a acomodarse sobre su regazo y a apoyar la cabeza en su pecho.

—¿Por qué no descansas un poco? Ya te despertaré cuando lleguemos.

La envolvió con los brazos y ella se relajó. Lo único que Emily quería era cerrar los ojos unos minutos.

—¿Te hago daño? —le preguntó ella.

—No. Además, probablemente sea la última vez que pueda estrecharte entre mis brazos de esta manera.

Unas lágrimas traidoras inundaron los ojos de Emily, y se sintió agradecida de que él no pudiera verlas en la oscuridad. Sí, era la última



vez. A pesar de que solazarse en ese abrazo era una indulgencia que apenas podía soportar, tampoco se atrevía a romper la magia del momento.

Pero Emily dudaba que fuera capaz de quedarse dormida. Demasiadas cosas habían pasado, tantas cosas en las que pensar...

Le pareció que había transcurrido sólo unos segundos cuando se despertó sobresaltada por un ruido sordo. Una debilitada luz grisácea se filtraba en el carruaje a través de las cortinas, ensombreciendo el brillante color dorado de los cojines de brocado.

Sin embargo, la luz era suficiente para alumbrar el interior de la cabina con claridad, y entonces recordó que unos escasos instantes antes la misma escena estaba totalmente a oscuras. Debían de estar acercándose a la calle donde se hallaba ubicada la casa de la familia Nesfield, que estaba bien iluminada con lámparas de aceite.

Otro ruido sordo sonó a su espalda y Emily se movió para mirar a Jordan. Cielos, estaba roncando. Eso era lo que la había despertado. Sonrió. Aunque roncar era un ejercicio de lo más corriente, no se habría imaginado que el conde de Blackmore roncara. Se suponía que los condes no roncaban. Ni estornudaban ni comían ni hacían ninguna de las actividades que realizaban el resto de los humanos.

«Se supone que tienen criados que hacen esas cosas por ellos», pensó Emily con ironía.

¿Quién habría imaginado que acabaría intimando con un conde y que incluso escucharía cómo roncaba?

Le tocó la mejilla, áspera con la barba crecida tras todo un día sin afeitarse, y contempló extasiada sus rasgos relajados mientras dormía. Un repentino calor en el vientre la obligó a apartar la mano con rapidez. Era demasiado tentador contemplarlo así, pensar en la falsa ilusión de poderlo ver cada mañana a su lado...

No podía creer que él le hubiera pedido que se casara con él. Había pensado que Jordan estaría encantado de no tener que casarse con ella después de hacerle el amor. Obviamente, había malinterpretado su carácter por completo. Si hubiera pensado que podría reaccionar de ese modo, ¿habría estado dispuesta a ofrecerse a él como lo había hecho?

Mirando su boca tan sinuosa, suspiró. Sí. Estaba demasiado enamorada. No se arrepentía ni de un solo momento de la noche que habían pasado juntos. Ahora comprendía por qué muchas jóvenes caían tan fácilmente en las redes de hombres perversos. Si otros hombres eran la mitad de adeptos a las artes de seducción que Jordan...

Por un momento, se imaginó cómo sería su vida si se casara con él. Podrían hacer el amor siempre que quisieran. Durante el invierno podrían retozar bajo las mantas, besándose y acariciándose y haciendo todas esas



cosas escandalosas que él le había hecho por la noche. Durante el verano, podrían hacer el amor en el jardín...

Emily se ruborizó. ¿Cómo podía pensar en semejante obscenidad? Hacer el amor al aire libre, donde todos pudieran verlos... ¡Qué pensamiento más liviano! Demostraba lo bajo que había caído.

Sin embargo, nada había cambiado desde el día anterior. Él continuaba siendo un lord prohibido para ella. Quizá Emily podía ignorar que pertenecían a dos clases sociales distintas, y que él se hubiera pasado toda la vida renegando del matrimonio, e incluso el hecho de que él no la amara... pero todavía existía un motivo concluyente por el que no podía casarse con él.

Su farsa. Cuando Jordan descubriera por qué había fingido ser lady Emma, cuando descubriera que Nesfield quería arruinar los planes de boda de lord Saint Clair, la repudiaría con aprensión. ¿Cómo podría perdonarla por traicionar a su amigo y engañarlo a él?

Con un suspiro, se liberó de los brazos rígidos de Jordan, se deslizó sin hacer ruido de su regazo y se acomodó en el asiento de enfrente. Apartó la cortina, esperando ver el brillo de las lámparas de aceite en la calle mojada por la lluvia.

Pero no vio una calle empedrada, ni casas bajo un juego de sombras nocturnas como bestias amenazadoras aguardando el amanecer. Ya estaba amaneciendo —el cielo estaba encapotado, pero sí, amanecía—. Y lo único que podía ver a través de la polvareda levantada por las ruedas del carruaje eran kilómetros y kilómetros de campos verdes vallados con setos.

Emily descorrió las cortinas por completo, sintiendo un pánico creciente en su pecho. ¡Virgen santa! ¡No estaban en Londres! ¡Estaban en el campo!

—¡Despierta, Jordan! —exclamó asustada, inclinándose hacia delante para zarandearle el brazo—. ¡Tu cochero se ha vuelto loco! ¡Estamos lejos de la ciudad!

Los ronquidos de Jordan cesaron abruptamente, y él abrió sus vidriosos ojos azules para intentar enfocarlos en el rostro que tenía delante.

—¿Qué diantre...?

—¡No estamos en Londres! ¡No sé cuántos kilómetros hemos recorrido, pero está amaneciendo, y eso significa que seguramente nos hemos alejado bastante! ¡Tienes que ordenarle a tu cochero que dé la vuelta! Si no llego a casa de Nesfield antes de que alguien descubra mi ausencia... —La desesperación se adueñó de ella.

Jordan se sentó, luego resopló.



—Por todos los demonios, todavía tengo las piernas adormecidas. —Se las frotó con ambas manos.

—¡Todo tú te has quedado dormido, maldito seas! —Lo agarró por un brazo—. ¡Espabila! ¡No hay tiempo que perder! ¡Ordénale que se detenga y que dé la vuelta!

—¿A quién?

Si hubiera tenido su bolso a mano, le habría atizado con él en plena cabeza.

—¡A Watkins! ¡Tu cochero desquiciado que nos ha llevado fuera de la ciudad!

Como si finalmente comprendiera lo que ella le había estado intentando decir durante los últimos minutos, Jordan desvió la vista hacia la ventana.

—¡Anda! ¡Pues tienes razón!

El estallido de exasperación hizo que Emily gritara estridentemente:

—¡Pues entonces deténlo, por el amor de Dios! ¡Ordénale que dé la vuelta!

—No puedo.

—¿Qué quieres decir con que no puedes? ¡Por supuesto que puedes!

—Cuando a Watkins se le mete en la cabeza la idea de salir a dar un paseo lejos de la ciudad, no hay quien lo detenga. Lo único que podemos hacer es relajarnos y disfrutar del trayecto.

—¡No seas ridículo! Tú puedes... —Emily se detuvo en seco, y achicó los ojos. Jordan parecía la mar de tranquilo. Obviamente, ese canalla había planeado ese viaje—. ¿Adonde vamos?

—No tengo ni idea.

—¡Maldito seas, no es el momento más oportuno para gastar bromas! ¡Contesta! ¿Adonde vamos?

Jordan la miró a los ojos, con el semblante impasible y relajado.

—Tienes razón, no es el momento más oportuno para bromas.

—¿Adonde vamos?

—Al norte.

La breve respuesta la dejó perpleja.

—¿Al norte?

—Tal y como te dije antes, vamos a casarnos.

Emily necesitó unos instantes para asimilar la información. Pero cuando lo hizo, irguió la espalda con el semblante ofendido.



—¿Me llevas a Gretna Green? ¿Contra mi voluntad? Maldito... ¡Maldito canalla! Eres un mentiroso, un... un...

—Vigila, bonita, estás hablando con tu futuro esposo —la acalló con una sonrisa burlona.

Ella golpeó el techo de la cabina con el puño.

—¡Detenga el carruaje, Watkins! —gritó—. ¡Deténgalo ahora mismo!

El vehículo continuó avanzando.

—No se detendrá a menos que se lo ordene yo —aclaró Jordan—. Además, ¿qué sacarías si él te dejara aquí tirada, en medio de la carretera? ¿Regresarías andando a Londres?

—¡Si no me queda más remedio, lo haré!

—Quizá sería más conveniente que dejaras de ladrar como un perrito rabioso. Sabes perfectamente bien que la única solución para tu comprometida situación es casarte conmigo.

—¡No puedes forzarme a decir «sí, quiero», delante de un cura! ¡Tendrás que llevarme hasta la iglesia a rastras! ¡Y te aseguro que no pararé de gritar y de patear y de pedir auxilio!

Jordan se quedó perplejo ante su vehemencia. Entonces achicó los ojos.

—Si no me queda más remedio, lo haré —repitió las palabras que previamente había pronunciado ella.

Un rugido de rabia se escapó de la garganta de Emily mientras buscaba frenéticamente algo que lanzarle a la cabeza a ese botarate. Se abalanzó sobre el sombrero y los guantes de piel de Jordan, pero él fue más rápido y los cogió primero, mientras la alarma hacía mella en sus rasgos varoniles.

Emily acababa de alzar uno de los almohadones cuando él la agarró por las manos.

—¡Tranquilízate de una vez, Emily! ¡Ni que fuera a llevarte a la horca!

Ella cesó en el forcejeo repentinamente, y se derrumbó sobre el asiento resoplando con inquina. ¿Cómo reaccionaría lord Nesfield cuando se enterase de su desaparición? ¿Cuánto tiempo tardaría en pensar que se había fugado? Y después, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que ese tirano decidiera tomar cartas en el asunto?

—No sabes lo que has hecho —susurró abatida.

Él le estrujó las manos con afecto.

—Cuéntamelo, por favor. Te lo prometo: haré cualquier cosa con tal de liberarte del control de Nesfield.

Emily alzó la vista hacia él, dividida entre una tremenda necesidad de explotar y contárselo todo y la certeza de que no podía hacerlo. Si le



contaba las amenazas de lord Nesfield, Jordan daría media vuelta y regresaría a Londres encolerizado y amenazaría al marqués con alguna provocación que acabaría seguramente en un duelo. Lord Nesfield la tenía sometida con un yugo del que no podía escapar, y ni las más despreciables amenazas por parte de Jordan conseguirían cambiar esa realidad. Sin lugar a dudas, la intromisión de Jordan sólo instigaría al marqués a cumplir su promesa. No había nada que Jordan pudiera hacer para detenerlo.

Aunque Jordan tuviera mucha influencia en las altas esferas, no podría combatir contra los eventos que habían derivado en el triste desenlace de la muerte de su madre. Ni contra los extraños entresijos del destino que la habían sometido inevitablemente a las exigencias de lord Nesfield.

Aunque se moría de ganas de contárselo, no podía. No debía.

Su único recurso era o bien convencerlo para que regresaran a Londres... o encontrar una forma de escapar antes de llegar a Gretna Green. Después de todo, el trayecto iba a ser largo, así que se verían obligados a realizar paradas periódicamente. Entonces sería cuando intentaría escapar. Y si lo lograba pronto, aún sería capaz de regresar a Londres antes de que fuera demasiado tarde y reparar el daño...

Emily contempló su cara expectante. Mientras tanto, tendría que entretenerlo para que dejara de interrogarla.

—Vamos, ¿por qué no me lo cuentas todo? —la acució él.

—Mira, ya no importan los motivos que me impulsaron a intervenir en esa farsa.

Jordan torció el gesto, como si fuera consciente de lo cerca que había estado de que Emily le revelara la verdad.

—Para mí sí que importa.

—Te lo contaré, pero no ahora.

—¿Cuándo?

¿Qué podía decirle para calmarlo hasta que consiguiera escapar? La respuesta se le ocurrió en un golpe de genialidad.

—Te lo diré cuando estemos casados.

Una sombra de sospecha cubrió sus ojos.

—¿Así que has cambiado de parecer? ¿Aceptas casarte conmigo?

Emily odiaba mentirle, especialmente sobre esa cuestión tan solemne, pero ¿qué alternativa le quedaba?

—Sí.

—¿Por qué?



Ella alzó los brazos en un gesto desmayado.

—Porque no me das ninguna otra alternativa, pedazo de zoquete. Me considero una persona lo suficientemente práctica como para darme cuenta que de nada sirve luchar contra ti. Así que me casaré contigo. — Cuando él continuó observándola con cara de escepticismo, Emily añadió mordazmente—: Aunque no esperes que aplauda ni que muestre alegría.

Jordan frunció los labios.

—No hace falta que lo digas como si estuvieras dictando tu pena de muerte.

—Lo siento. Pero es que... esta decisión alterará totalmente mi vida. — Espero que sea para mejor. —Soltándole la mano, se reclinó sobre el asiento acolchado—. De todas formas, no hay ningún motivo por el que debamos esperar a estar casados para que me cuentes la verdad, y lo sabes.

—Cuando estemos casados, sabré que puedo confiar en ti. Entonces no tendré miedo de revelarlo todo.

Los ojos de Jordan brillaron peligrosamente.

—¡Por todos los demonios del infierno! Sabes perfectamente que puedes confiar en mí ahora.

A Emily le partió el corazón ver el semblante herido de Jordan, especialmente ahora, con ese aspecto tan impropio de un conde, con el pelo despeinado y con cara de sueño. Pero no le quedaba otra alternativa.

—Por favor —pronunció ella suavemente—. Ya has ganado la partida. ¿Qué importa si tienes que esperar una semana o dos para escuchar mi triste historia?

Una luz extraña emanó de los ojos de Jordan.

—¿Una semana o dos? No, supongo que tienes razón.

Emily se relajó y apoyó la espalda en el asiento. Ahora debía de urdir un plan para escapar. Primero sería necesario que el carruaje se detuviera. Luego tendría que distraerlo bastante rato para poder huir. Y lo peor de todo, tendría que buscar la forma de regresar a Londres. ¿Cómo iba a encontrar otro carruaje?

De repente su estómago empezó a hacer ruido, y eso le proporcionó la inspiración que buscaba.

—¿Piensas matarme de hambre hasta que llegemos a Gretna Green?

—No es mi intención —repuso él tensamente—. Pensaba que podríamos desayunar en Bedford. Me conocen en el White Cloak Inn, que es una posada muy acogedora; seguro que te tratarán a cuerpo de reina.



Emily no quería que la trataran a cuerpo de reina, y tampoco quería ir a parar a una posada donde conocieran a Jordan.

—¿Cuánto falta?

Él propinó unos golpecitos en el techo y repitió la pregunta a Watkins. Cuando oyó la respuesta, frunció el ceño.

—Me temo que todavía faltan un par de horas, más o menos. Te has despertado antes de lo que esperaba.

—O sea, que piensas matarme de hambre —sentenció ella con porte altivo—. ¡Qué manera más magnífica de iniciar una relación de pareja!

Jordan suspiró.

—De acuerdo. Nos detendremos en la próxima posada que veamos. ¿Le parece bien, milady?

—Muy bien.

—Será mejor que disfrutes de un opíparo desayuno, porque preferiría no tener que realizar más paradas. Quiero llegar a Leicester por la tarde.

Si ella podía evitarlo, no llegaría a ver Leicester. Aunque habría preferido esperar hasta la noche para escapar, no disponía de tiempo: cada hora que pasaba podía ser fatal.

La primera posada que avistaron fue un edificio ruinoso llamado Warthog. Más que un edificio era una choza de madera con un letrero ajado, sin embargo, la explanada que se abría delante de la puerta principal estaba llena de carretas y de diligencias y de alguna que otra calesa. Era evidente que el lugar atraía a viajeros de baja extracción, gente que únicamente podía permitirse pagar unos pocos peniques a cambio de un plato de salchichas con pan de centeno.

Incluso su padre, que tenía fama de avaro, jamás se habría detenido en un lugar como ése. Pero encajaba en sus planes, ya que esos clientes debían de ser la clase de gente más dispuesta a ayudarla que cualquier otro señor distinguido y sin necesidades económicas.

—Detengámonos aquí —anunció Emily.

Jordan inspeccionó la posada con una mirada desdeñosa.

—Veo que eres una mujer que no teme nada ni a nadie. Aparte de los apestosos clientes con los que seguramente te verás obligada a codearte en ese antro, es muy probable que haya un par de ratas debajo de tu mesa.

—No me importa. Tengo hambre. —Lo miró con ojos retadores—. Además, tú eres un conde. ¿No puedes ejercer influencia para conseguir un comedor privado? Eso facilitaría las cosas.



—Lo intentaré, no te quepa la menor duda. —Jordan adoptó un porte previsor—. Prefiero los ambientes privados, eso, claro, si el posadero puede ofrecérmelo.

Efectivamente, el posadero, cuya barbilla puntiaguda y su nariz coronada por varias verrugas encajaban con el aspecto repulsivo del lugar, se mostró más que encantado de poder servirles, especialmente cuando Jordan depositó en su mano un impresionante montón de monedas de oro. El posadero ya había empezado a mirar a Jordan con admiración, pero ante la visión de las monedas, se puso visiblemente eufórico.

—Mi esposa y yo queremos una habitación privada, la mejor que tenga —solicitó Jordan—. Quiero que nos suban un desayuno sustancial lo antes posible. Y también que se asegure de darle de comer al cochero. —Añadió otra par de monedas, y luego, desviando la vista hacia Emily, murmuró algo al oído del posadero.

El hombre asintió con la cabeza tan efusivamente que Emily pensó que se iba a dar un golpe contra de la pared de un momento a otro.

—¡Tengo la habitación ideal para usted, milord! Estoy seguro de que su señoría quedará absolutamente satisfecho. Síganme, por favor. Cuidado con el escalón. Hay una tabla suelta...

Emily aceptó el brazo de Jordan cuando éste se lo tendió, intentando ocultar el placer que había sentido cuando él se refirió a ella como su esposa. No podía dejarse vencer por la tentación. Casarse con un hombre que era incapaz de amar sería un verdadero desastre, incluso si no existieran el resto de consideraciones.

Mientras seguían al posadero que subía las escaleras anadeando y resoplando hasta la segunda planta, ella echó un rápido vistazo a su alrededor. Tendría que huir precipitadamente, así que necesitaba saber el camino hasta la salida para no perderse.

El posadero los invitó a pasar a una habitación con unas cortinas alegres y un suelo sorprendentemente limpio, a pesar de que la estancia olía a carbón y a pescado, y que el mobiliario era muy sencillo y estaba visiblemente deteriorado.

—Ahora mismo ordenaré que le suban el desayuno, milord.

Justo cuando el posadero acababa de dejarlos solos, Emily se fijó en la cama. Todavía estaba contemplando el catre con la boca abierta cuando Jordan cerró la puerta con llave. Girándose expeditivamente hacia el lugar de donde provenía el sonido, lo acribilló con una mirada acusadora.

—¡Esto no es un comedor! ¡Aquí hay una cama!

Su sonrisa porfiada le erizó el vello de los brazos.

—Así es. Pensé que podríamos... satisfacer todos y cada uno de nuestros apetitos.



Ella se ruborizó. ¡Virgen santa, Jordan quería acostarse con ella de nuevo! El mero pensamiento le provocó un tremendo sofoco. ¿Y por qué no? Después de todo, lo abandonaría antes de que acabara el día. Entonces no tendría más oportunidades de volver a hacer el amor.

¿Qué daño había en pasar una hora más entre sus brazos?

Emily se estremeció con un escalofrío. ¿Cómo que qué daño había? ¡Si le permitía volver a hacerle el amor, ya no sería capaz de abandonarlo! Además, cuantas más veces hicieran el amor, más probabilidades habría de que se quedara embarazada.

Jordan avanzó hacia ella, y Emily retrocedió.

—Mira, Jordan, no tenemos tiempo para esa clase de jueguecitos. Me has dicho que querías llegar a Leicester esta misma tarde.

Él la atravesó con la mirada, y unas sombras de sospecha empezaron a extenderse por sus bellas facciones.

—Llegaremos a Leicester, no te preocupes. Vamos, aún tardarán un rato en traernos el desayuno. Tenemos tiempo de sobra para pasarlo bien.

Jordan dio un nuevo paso, y Emily salió disparada hacia el otro extremo de la habitación para escudarse con la cama mientras buscaba una excusa con la que pudiera hacerlo desistir de su intención.

—¿De veras pretendes que el posadero entre y nos encuentre haciendo...? Bueno, ya me entiendes.

Jordan bordeó la cama al tiempo que estallaba en una sonora risotada.

—Haciendo el amor, cariño, se llama haciendo el amor Y la puerta está cerrada con llave, ¿recuerdas?

Emily continuó retrocediendo, hasta que quedó acorralada entre su imponente presencia y un desvencijado tocador de madera. Miró hacia atrás de soslayo y vio un cántaro de cerámica con agua al lado de la palangana situada encima de la mesa. Una idea se fue gestando en su mente.

Cambió de posición premeditadamente para bloquearle la vista de sus manos, y se colocó justo delante del cántaro.

—Tengo hambre, así que deseo comer tan pronto como suban la comida. Si quieres ejercitar tus derechos maritales antes de la boda, al menos espera a que haya desayunado.

Ignorando su comentario, Jordan la estrechó entre sus brazos justo en el instante en que Emily alcanzaba el asa del cántaro con la punta de los dedos.

—Muy bien, esperaré. Pero... ¿qué te parece un pequeño aperitivo antes del plato principal? —Jordan estampó un beso suave en la punta de su



nariz—. Algo que me ayude a aguantar hasta que acabemos de desayunar.

Entonces sus labios se posaron sobre los de Emily, mimosos y tiernos y... ¡Oh! Tan tentadores... Por un momento, ella se dejó llevar por el beso, le permitió que él le abriera la boca con la lengua para penetrarla, perfectamente consciente de lo que pretendía hacerle y de qué otras partes de su cuerpo quería poseer Jordan deslizó las manos hasta la parte superior de sus costillas, hasta que los pulgares quedaron muy cerca de sus pechos.

Sin embargo, cuando él cubrió su suave piel con dedos expertos, Emily apartó los labios. ¿Qué estaba haciendo? Moviéndose nerviosa entre sus brazos, agarró el asa del cántaro, rezando por que él no se diera cuenta.

Y Jordan no se dio cuenta. Sus ojos brillaban con un deseo carnal, y su respiración se aceleró hasta que se hizo muy sonora, entonces inclinó la cabeza hacia su boca otra vez.

—Lo siento Jordan —susurró ella justo antes de que la besara.

Acto seguido, le asestó un golpe en la cabeza con el cántaro.



Capítulo 17

Odio el bullicio y las prisas inherentes a los títulos nobiliarios y las grandes fincas, y contemplo ambas posibilidades como una bendición que debería ser sólo concedida a los insensatos, puesto que ellos son los únicos que las consideran una bendición.

CARTA DEL 28 DE MARZO DE 1710, A SU ESPOSO
LADY MARY WORTLEY MONTAGU

Al recuperar la conciencia, Jordan se halló tendido en medio de un charco de agua sobre el rugoso suelo de madera. Con templó el techo manchado e intentó comprender por qué estaba empapado y por qué le dolía tanto la cabeza. Se sentó resoplando y se masajeó el chichón en la coronilla. ¿Qué diantre hacía tendido en esa habitación tan poco glamurosa?

Entonces vio el cántaro roto a escasos pasos de él, y recordó lo sucedido.

—¡Maldita... fémina! —rugió de rabia mientras se incorporaba de un salto. Al levantarse notó un ligero mareo, pero la ira lo mantuvo en pie.

¡Esa irresponsable había huido! ¡Después de haberle hecho creer que se había resignado y que se casaría con él! ¡Lo tenía merecido por subestimar a Emily Fairchild!

Tambaleándose, se abrió paso hasta la puerta e intentó abrirla, ¡pero estaba cerrada con llave! ¡Increíble! ¡Ella lo había encerrado! Aporreó la puerta, gritando a pleno pulmón con la esperanza de que el posadero lo oyera. Entonces escuchó unos cuchicheos provenientes del pasillo, de una mujer y después de un hombre, que parecían enfrascados en una discusión.

—Ella dijo que él la había secuestrado —susurró la voz femenina.

La segunda voz era casi sin lugar a dudas la del posadero.

—¡Ya, palomita mía, pero es un conde! ¡No podemos mantener a un conde prisionero!



—¡Abrid la puerta de una maldita vez! —bramó Jordan. Los comentarios que acababa de escuchar únicamente habían conseguido encolerizarlo más—. ¡Si no abris, os juro que no descansaré hasta echaros a todos los magistrados de este maldito país encima!

Hubo una pausa, afortunadamente breve. Entonces Jordan oyó el ruido de la llave en la cerradura, y la puerta se abrió para revelar al posadero con manos temblorosas acompañado por su esposa, que lo miraba con cara de pocos amigos.

Los ignoró a los dos y se precipitó escaleras abajo tan rápido como su dolorida cabeza le permitió. No sabía cuánto rato había estado inconsciente, pero eso ahora no importaba. La encontraría. Y cuando lo hiciera...

Emergió como un alma endemoniada en el comedor, pero tras un vistazo fugaz constató que Emily no estaba allí. Se dirigió hacia el posadero, que lo había seguido hasta el piso inferior balbuciendo mil perdones.

—Ella... ella... ella dijo que usted la... la había secuestrado contra su voluntad y que... y que...

—¡Quiero saber dónde está mi esposa! —rugió Jordan.

El posadero señaló hacia la puerta con un dedo tembloroso.

Jordan salió disparado como una bala al exterior, intentando recuperar el control de sus facultades. Gracias a Dios, ella no lo había golpeado tan fuerte como para provocarle un daño irreparable.

En la otra punta de la explanada abarrotada de carros, avistó a Watkins enzarzado en una discusión con un tipo corpulento que pretendía ayudar a Emily a subir en el asiento del conductor de una pequeña calesa.

—¡Suelte a mi esposa! —ladró mientras corría hacia ellos abriéndose paso entre los equinos y las carretas.

Los ojos de Emily se abrieron como un par de naranjos al ver a Jordan.

—¡Deprisa! ¡Suba! —le imploró al único hombre que podía ser su salvación.

Cuando el individuo vaciló, con la mirada fija en uno de los caballeros del reino que atravesaba la explanada de la posada volando más que corriendo en dirección hacia él, Emily asió las riendas del caballo y las agitó, pero Watkins le cerró el paso y se apoderó de las riendas antes de que ella pudiera hacer nada.

Emily se puso de pie en la calesa y acribilló a Watkins con ojos asesinos, luego miró a Jordan con altivez.

—¡Pienso regresar a Londres, y nada de lo que hagas me detendrá!



—No estés tan segura —replicó Jordan mientras se acercaba con paso temerario a la calesa.

El tipo fortachón se interpuso en su camino.

—La moza no quiere ir con usted, señor. Y me ha pagado muy bien para que la lleve de vuelta a la ciudad.

—¿Le ha pagado? —Jordan hurgó en el bolsillo de su abrigo en busca de la bolsa del dinero, ¡pero había desaparecido! Emily no sólo le había atizado con un cántaro y lo había encerrado en una habitación, ¡sino que además había tenido la osadía de robarle!—. Mire, no sé qué cuento chino le habrá contado esta mujer, pero da la casualidad de que es mi esposa, tal y como mi cochero puede atestiguar.

Watkins se apresuró a asentir con la cabeza vigorosamente, más que dispuesto a mentir para defender a su amo, pero el adversario de Jordan no pensaba darse por vencido tan fácilmente.

—La moza dice que eso es mentira, que usted ha estado contando esa trola a la gente para que no pueda escapar. Pues escúcheme bien: por más caballero que sea, no pienso permitir que le haga daño a esta joven.

Jordan miró fijamente a su adversario. ¡Que el demonio se llevara a esa fémina! ¡Había elegido bien a su ángel protector! Ese bruto hercúleo debía de pesar el doble que él, y lo superaba con creces en altura —y eso que Jordan no era un tipo enclenque—. El hombre apestaba a sudor y a tierra, como si llevara horas trabajando en el campo, o probablemente se ganaba la vida levantando enormes piedras para la construcción de edificios.

Ese pensamiento lo sulfuró aún más.

—¡Apártese, o le juro que le partiré la cara! —susurró en voz baja, consciente de que media posada se hallaba ahora en la explanada detrás de él, observando el espectáculo con expectación.

—¿Que me va a partir qué? —El tipejo se rió con una estentórea carcajada—. ¿Que me va a partir qué? Pobre mamarracho...

El gigante intentó atizar a Jordan en la cabeza con el puño cerrado, pero Jordan lo esquivó, y contraatacó propinándole un puñetazo certero en la barrigota.

Su adversario sólo tuvo tiempo de mirarlo con estupor, asombrado de que un conde pudiera golpear con tanto nervio, antes de que Jordan lo atacara de nuevo con un garfio en plena barbilla.

El gigante se tambaleó, pero no cayó al suelo. Entonces tomó a Jordan por sorpresa: le asestó un puñetazo en el ojo que le hizo perder el equilibrio y tambalearse hacia atrás. Como en medio de un sueño, Jordan oyó a Emily gritar muy lejos, suplicándoles que parasen, pero esa posibilidad quedaba descartada.



El gigante había intentado secuestrar a Emily. ¡Y nadie iba a secuestrar a Emily! Rápidamente, Jordan le atizó un golpe con el puño izquierdo en plena cara, y a continuación aunó todas sus fuerzas para propinarle un potente puñetazo en el estómago otra vez, la zona supuestamente más débil de ese tipo. Su táctica funcionó. El supuesto ángel protector de Emily cayó de bruces contra el suelo y ya no se levantó; se quedó hecho un ovillo, abrazándose la barriga.

De algo le habían servido a Jordan las clases de pugilismo en el Liceo durante los últimos cinco años. Allí había aprendido una cosa: el tamaño no importaba tanto como el acierto en los golpes.

—La próxima vez, piénselo dos veces antes de acercarse a un «mamarracho» y a su esposa —murmuró Jordan mientras pasaba por encima del fardo que gimoteaba en el suelo para dirigirse hacia Emily, que continuaba de pie en la calesa, con la mandíbula desencajada.

Antes de que ella tuviera tiempo de protestar, Jordan la agarró por la cintura para obligarla a bajar del vehículo.

—¡Suéltame! —gritó ella, golpeándolo en el pecho—. ¡Maldito seas, Jordan! ¡No pienso ir contigo! —Sin embargo, él se limitó a echársela sobre el hombro como si de un saco de patatas se tratara e hizo un gesto a Watkins para que abriera la puerta del carruaje. Entonces, Emily se puso a chillar—: ¡Por favor! ¡Que alguien lo detenga! ¡Ayúdenme, por favor!

Con cara de estar a punto de perder la poca paciencia que le quedaba, Jordan la lanzó dentro del carruaje y luego se volvió para encararse a la audiencia visiblemente indignada. Gracias a su absoluta falta de visión sobre la determinación que esa fémina obcecada mostraba de no querer casarse con él, Jordan se hallaba ahora en una situación bastante delicada. Más de uno lo miraba con recelo, y un grupito de ganaderos se había apeado de una carreta, armados con horquetas y con palas.

Jordan se cruzó de brazos, y haciendo gala de una impasibilidad que en realidad no sentía, dijo:

—Por favor, les ruego disculpen a mi esposa por todo este triste espectáculo. Nos hemos peleado, y ésta es su forma de castigarme.

—¡Mentiroso! —protestó Emily a través de la puerta abierta del carruaje—. ¡Eres un... un maldito mentiroso!

Jordan cerró la puerta en sus narices, y luego se apoyó en ella, contento de que su carruaje fuera tan macizo como para amortiguar la chillona voz de Emily.

—Como ven, mi esposa es capaz de decir cualquier cosa con tal de humillarme en público.

—Ella asegura que usted la ha secuestrado —gritó una voz beligerante entre la multitud.



Él resopló con porte cansado.

—Vamos, ¿de verdad creen que necesito secuestrar a una mujer para gozar de compañía femenina? Además, le dije al posadero que ella era mi esposa justo cuando llegamos. Y en esos momentos ella no protestó, y eso que tenía oportunidad de hacerlo. Pero entonces no estaba enojada conmigo. —Les lanzó una mirada socarrona—. O por lo menos, no estaba tan enojada como lo está ahora.

Su adversario logró ponerse de pie con dificultad, con un semblante airado y receloso a la vez.

—Esa moza me dijo que usted quería excederse con ella. ¡Eso me dijo!

—En ese caso, no me queda más remedio que aceptar mi culpabilidad. —Forzó una sonrisa picarona—. Suelo aprovecharme de mi bella esposa, pero claro ¿quién no lo haría?

Para su alivio, oyó unas risitas jocosas entre la multitud.

—Lamentablemente —continuó Jordan—, detesta separarse de sus sofisticadas amigas de Londres para pasar una semana en mi finca, y por eso nos peleamos hace un rato. —Suspiró teatralmente—. ¡Pero qué le vamos a hacer! ¡He de ocuparme de mis tierras! ¡Compréndanlo! Y me gusta llevarme a mi esposa conmigo, al campo, donde puedo... disfrutar un poco de ella.

Jordan podía ver la indecisión en la cara de los congregados. Sus fuertes creencias sobre la repugnante inmoralidad de los aristócratas se veía desafiada por su igualmente indiscutible creencia de que todas las damas nobles eran unas pánfilas frívolas con delirios de dramatismo. Al final, y gracias también a la habilidad que había demostrado al tumbar a un gigante que le doblaba en altura, Jordan pensó que aún conseguiría salir airoso de esa situación tan peliaguda, aunque la verdad era que no deseaba quedarse mucho rato más para averiguarlo.

En un intento de paliar los ánimos de la muchedumbre, se giró hacia su adversario.

—Quédese el dinero que le ha dado mi esposa. Se lo ha ganado.

Jordan puso todo su empeño en que su porte altivo casara con sus palabras magnánimas, para recordarle a ese bruto hercúleo que no era conveniente enemistarse con un aristócrata, y menos aún con un conde a quien su esposa le había robado el monedero. Cuando el tipo bajó la vista y murmuró: «Debería mantener a esa fierecilla a raya, señor», Jordan supo que había ganado la partida.

Se giró hacia el posadero.

—Gracias por su hospitalidad, pero me temo que será mejor que nos pongamos en camino antes de que mi esposa vuelva a sufrir otro ataque



de ira por cualquier otra estupidez y montemos nuevamente un espectáculo.

—Sí, milord, lo comprendo.

Jordan asió el tirador de la puerta, pero en ese instante el posadero gritó:

—¡Un momento!

Él se quedó helado, preguntándose si finalmente no iba a librarse de morir lapidado por esa multitud enardecida. Se giró despacio y miró al posadero con toda la arrogancia que pudo.

—Usted y su esposa necesitarán desayunar —balbució el propietario de la posada. Hizo una seña a una de las jóvenes criadas que desapareció al instante dentro del local, y luego salió corriendo con una cesta cubierta por una gruesa tela de lino a cuadros rojos y blancos—. Me he tomado la libertad de prepararles esta comida.

—Gracias. —Por lo menos una persona sabía a quién le convenía más arrimarse. La sonrisa de Jordan era genuina ahora.

—Quizá con esto consiga aplacar la ira de mi esposa lo suficiente como para poder excederme con ella.

En medio de unas carcajadas más generalizadas esta vez, Jordan abrió la puerta del carruaje y entró dentro de la cabina.

Emily se hallaba sentada con la espalda erguida y el semblante exasperado, mirando hacia delante. Jordan depositó la cesta en el otro asiento y se dejó caer pesadamente en el asiento al lado de ella, luego le ordenó a Watkins que se pusiera en marcha.

Mientras el carruaje se movía por la explanada de la posada, Jordan se contuvo para no perder la calma. Deseaba estrangularla y temía que, si la miraba, no sería capaz de contenerse. Pero en su interior una voccecita le decía que no podía culparla. Después de todo la estaba secuestrando, aunque lo hiciera por su propio bien.

Se maldijo a sí mismo. Debería de haberse dado cuenta de que Emily tramaba algo cuando se mostró tan evasiva en la habitación; era evidente que no estaba tan resignada al matrimonio como pretendía.

Cuando recuperó el aplomo para hablar civilizadamente, dijo:

—Espero que no intentes repetir este numerito cada vez que nos paremos a comer o a dormir.

—¿Sacaría algo positivo si lo hiciera? Lo dudo.

Jordan la miró fijamente, pero ella se negaba a mirarlo a los ojos; mantenía la vista fija en un punto de la cabina como si hubiera entrado en un estado de trance.



Un ligero temblor en los labios de Emily traicionó su tono calmado. Jordan bajó la vista y descubrió que ella tenía las manos cerradas en dos puños crispados sobre la falda.

—Les he contado la verdad y sin embargo, han preferido creerte a ti — comentó ella con amargura—. Lo único que has tenido que hacer ha sido soltar unas cuantas invenciones, y ellos se han mostrado más que dispuestos a dejar que me lleves contigo contra mi voluntad.

Su tono era tan herido que Jordan no pudo evitar sentir remordimientos por su conducta. Eso lo enojó.

—¿De verdad esperabas que ellos arriesgaran su vida por ti? A pesar de todos esos poetas que ensalzan tanto la figura del noble salvaje, las clases más bajas de la sociedad no son tan dispares ni a ti ni a mí. Su prioridad sin lugar a dudas es la supervivencia. Los ideales como la caballerosidad y la generosidad caen en un segundo plano.

—Eres un cínico.

Emily escupió las palabras con rencor, como si se limitara a hacer una observación, pero Jordan se sintió francamente herido. No era cínico sino realista. Un cínico adoptada una visión castrada de cualquier situación, mientras que un realista simplemente analizaba el mundo en términos prácticos. ¿Acaso ella no podía ver la diferencia?

No. En esos momentos, Emily probablemente lo consideraba sin lugar a dudas la viva encarnación de Satán. Y todo porque él estaba haciendo lo más conveniente para ella.

¡Debería de estarle agradecida! ¡No era la reacción que se esperaba por parte de una mujer, cuando un hombre le proponía que se casara con él después de haberse acostado con ella! Y allí estaba Jordan, infringiendo todas las reglas por primera vez en su vida, ¡y ella ni tan sólo parecía apreciar sus esfuerzos!

Jamás le había pedido a ninguna mujer que se casara con él y jamás se habría esperado declararse a una muchacha virtuosa como Emily. ¡Qué extraño que no le hubiera costado nada presentarla en la posada como su esposa! Las palabras deberían de haberle sabido a cuerno quemado, pero durante su pelea con el gigantón, no había sido capaz de pensar en ella en otros términos. No tenía ninguna duda: Emily ya era su esposa; únicamente les faltaba un trozo de papel que lo acreditara.

Si conseguía ese trozo de papel...

—Dime una cosa, Emily —explotó, incapaz de mantenerse callado por más tiempo—: ¿Por qué muestras esa obcecación por no casarte conmigo hasta el punto de atreverte a proclamar que te he secuestrado para intentar escapar de mí? ¿Tan repulsiva te parece la idea de casarte conmigo?



Jordan contuvo el aliento, a la espera de la respuesta, sorprendido de que su explicación pudiera ser tan importante para él. Cuando ella no respondió inmediatamente, una sensación de vacío se instaló en su corazón, una sensación más despacible de lo que posiblemente podría provocarle la respuesta.

—Bueno, déjalo, da igual, no importa —dijo él tensamente.

Emily lo miró, y acto seguido suspiró.

—Por supuesto que no me parece repulsiva la idea de casarme contigo. En otras circunstancias...

—¿Qué otras circunstancias?

Emily clavó la vista en sus manos.

—La clase de circunstancias en las que la gente suele casarse. Parece que te olvidas de que hasta hace poco era una de esas jóvenes castas y puras a las que tanto temías. —Hizo una pausa, como si le diera miedo seguir hablando—. Lo que busco es... amor. Ya sé que te parecerá un sentimiento estúpido, pero es lo que quiero.

A Jordan no le sorprendió la declaración, pero se encontró a sí mismo incapaz de darle la respuesta que ella anhelaba. La idea de confesarle que la amaba lo aterrorizaba. Y no era verdad. No podía serlo. Además, ella tampoco había expresado ni una sola palabra para darle a entender que lo amaba.

Esa realidad lo incomodaba más que le gustaba.

Transcurrieron unos momentos antes de que él reuniera el coraje necesario para volver a hablar.

—¿Y no le importa el hecho de que si no te casas conmigo podrías arruinar tu reputación?

—Casarse sólo para salvaguardar el honor de alguien es absurdo. Sabes perfectamente bien que conduce inevitablemente al desastre. Tus padres...

—¿Mis padres? ¿Qué sabes tú de mis padres?

Emily se encogió de hombros, incómoda.

—Lord Saint Clair me contó que se vieron forzados a casarse, y que fueron una pareja muy infeliz.

—¿Ian te contó eso? ¡Maldito...! —Si Jordan hubiera querido que ella lo supiera, se lo habría contado él mismo.

—No quiero que pienses que te tendí una trampa para obligarte a casarte conmigo del mismo modo que hizo tu madre con tu padre. No soportaría un matrimonio en el que tú me recriminaras que he echado tu vida a perder.



—¡Pero yo no te recrimino nada! —masculló él.

Emily lo miró a los ojos.

—Sí que lo haces. Opinas que todas las mujeres somos iguales, como tu madre, que intentamos atraparos para hacer cosas que no queréis.

Jordan resopló con fastidio.

—¿De verdad crees que soy tan obtuso como para no fiarme del género femenino sólo por un error que cometió una mujer? —Como ella no respondió sino que continuó mirándolo sin pestañear, Jordan alegó—: Salvo esa primera noche en mi carruaje en la que admito que te expuse unas acusaciones infundadas, ¿alguna vez he dicho algo acerca de que tú intentarás cazarme?

Unas diminutas arrugas se formaron en la frente de Emily.

—Bueno, no, pero...

—¡Por el amor de Dios, Emily! Si ni tan sólo culpo a mi madre del fracaso del matrimonio entre mis padres, ¿cómo voy a culparte de lo que me acusas?

—¿Cómo que no? ¡Claro que acusas a tu madre! ¡Por eso evitas cualquier contacto con jóvenes castas y puras!

Jordan se removió inquieto en el asiento para poder mirarla mejor a la cara.

—Evito a las jóvenes virginales porque no quiero cometer el mismo error que cometió mi padre.

—Exactamente. Una mujer lo engatusó para que se casara con ella, y tú no quieres...

—No, su error no fue dejarse engatusar para casarse. El hecho de que estuviera tan profundamente enamorado fue lo que le hizo perder cualquier noción de la perspectiva. —La contempló con dignidad—. Cualquier hombre que se precie de tener dinero y poder sabe que muchas mujeres estarían dispuestas a hacer lo que fuera con tal de atraparlo, del mismo modo que muchos hombres estarían dispuestos a todo con tal de casarse con una rica heredera. Nos ponemos a la defensiva, y aprendemos a distinguir los signos de alarma. Te lo aseguro, mi padre no podría haber llegado a la edad de veintiséis años aún soltero sin haber desarrollado tales instintos.

Cuando ella lo miró perpleja, como si no comprendiera lo que le intentaba decir, Jordan suspiró.

—Mi madre le tendió una trampa a mi padre, y sí, se vieron forzados a casarse. Pero a ella sus padres la habían educado para cometer esa barbaridad: le enseñaron que cazar a un esposo con un gran título e incluso una fortuna aún mayor era el objetivo más noble al que cualquier



joven dama podía aspirar ella se limitó a actuar tal y como le habían dicho que hiciera. No la culpo por eso.

Jordan tomó las manos de Emily entre las suyas. Contemplando los dedos largos y firmes y esa piel que probablemente jamás había estado en contacto con un bálsamo exótico, pensó en lo distinta —lo absolutamente distinta— que era de su vanidosa y manipuladora madre.

—Mi padre también había recibido una educación para sortear esa clase de trampas que podía depararle el destino. Sabía cómo desconfiar de tantas atenciones femeninas. Pero mi madre era muy bella, y mi padre no era el hombre más apuesto ni más carismático de Inglaterra. Era tímido, y su diversión favorita consistía en encerrarse en la biblioteca para leer a todas horas. Así que cuando una espectacular belleza decidió flirtear con él, se olvidó de todas las precauciones.

A Jordan se le tensó más la voz.

—Cegado de amor, interpretó candidez allí donde únicamente había banalidad, y confundió una naturaleza pueril por un entusiasmo juvenil. Imaginó a una mujer ideal, sin defectos, por la simple razón de que se dejó guiar por unas emociones ciegas. —«Y una polla no tan ciega»—.

En lugar de mostrarse escandalizada ante su deliberada crueldad, Emily lo observaba sin pestañear. Jordan resopló otra vez y le soltó la mano. No deseaba revelar tanta información, pero las palabras habían fluido por su boca prácticamente solas.

Aunque si iban a casarse, lo más conveniente era que ella comprendiera por qué no soportaba esa clase de frivolidades.

—Al cabo de un tiempo —prosiguió Jordan—, mi padre emergió de la niebla y se dio cuenta de que ella no era la diosa que había ideado en su mente. Pero ya era demasiado tarde. Mi madre estaba embarazada, y él tuvo que portarse como era de esperar de un caballero. Un día se despertó con la certeza de que era un hombre inteligente y tranquilo que se había casado con una esposa estúpida y egoísta que no compartía sus profundos sentimientos de amor ni sus sensibilidades.

Jordan tomó aire, como intentando darse ánimos a sí mismo para continuar. Los recuerdos caían sobre él con una fuerza aplastante y dolorosa: las peleas constantes, la negativa por parte de su padre a ceder ante los caprichos de su madre, la adicción a la bebida de ella, y en medio de toda esa vorágine de congoja, la certeza de saber que de no haber sido por su nacimiento...

Con una asombrosa fuerza de voluntad, apartó esos dolorosos recuerdos de su mente.

—El matrimonio se convirtió en un tormento para él. La amaba pero a la vez tenía que sufrir que ella lo humillara constantemente, así que no le quedó más remedio que separarse de esa mujer para mantener la



cordura. Y mi madre, alejada de su perrito faldero, empezó a ahogar las penas en el alcohol. —Jordan continuó con una voz más agriada—. Eso es lo que tu maldito concepto del amor que tanto ponderas hizo con dos personas que se casaron por error. Al final, la alianza entre mi padre y Cupido terminó en desastre. ¿Puedes culparme por considerar que esa emoción es sumamente peligrosa?

—Pero Jordan, se trata de un único ejemplo. Tu padre volvió a casarse después, ¿no? ¿Y no lo hizo por amor, en esa segunda ocasión?

—¡Claro que lo hizo por amor! Mi padre jamás aprendía de sus errores.

—¿Así que su segunda esposa tampoco era una buena persona? —susurró Emily.

La expresión de Jordan se suavizó al recordar a Maude.

—Ella era un ángel. —Le dedicó a Emily una pequeña sonrisa—. A veces me recuerdas a ella.

Emily se ruborizó, pero no apartó la vista.

—¿Lo ves? El amor no siempre culmina en desastre.

—No lo entiendes. Compartieron unos pocos años maravillosos, entonces Maude contrajo una terrible enfermedad, y mi padre se desmoronó. Había puesto tanto de sí mismo en ese amor por ella que no soportaba la idea de perderla. —Su voz se tornó más afligida—. Al final dejó de ser un hombre para convertirse en un fantasma, una sombra, completamente devoto a ella, consumido por la desesperación de no poder hacer nada para salvarla. Murió poco después que ella, porque no podía vivir sin ella. Siempre he tenido la certeza de que fue Cupido quien le lanzó la flecha que lo mató, dejando a su hijo y a su hijastra solos para llorar ambas muertes, sin un padre ni una madre que pudieran darles consuelo.

Durante un largo momento, los dos se quedaron en silencio, con los cascos de los caballos sobre la carretera anegada de barro como único sonido. Entonces ella suspiró.

—Lo siento —susurró. Su cara reflejaba la pena que sentía por él, y eso a Jordan no le gustó nada.

—No te cuento esta triste historia para que te compadezcas de mí; simplemente pensaba que deberías saber la verdad. Aunque quisiera amarte, no podría. Hace mucho tiempo que decidí aprender a resistirme a esas emociones tan inestables. —Cuando Emily palideció, él añadió—: Pero eso no significa que no podamos vivir cómodos el uno con el otro, y gozar de un matrimonio satisfactorio. Si nuestra relación no se ve minada por un cúmulo de emociones incontrolables, probablemente gozaremos de un matrimonio más saludable que la mayoría de la gente.



—¿Eso es lo que piensas? —Emily alzó la barbilla, con sus verdes ojos aplacados por una enorme pesadumbre... y alguna otra emoción más profunda—. ¿Y qué pasa si yo te amo?

Jordan no esperaba sentir la inmensa alegría que lo abordó ante tal confesión, y se disgustó consigo mismo por ser tan débil. ¿Emily, su Emily, enamorada de él?

Rápidamente, su lado pragmático se reafirmó implacable, y se obligó a sí mismo a contestar:

—No, no estás enamorada de mí. Estás confundiendo el deseo con algo más, lo cual es comprensible, dadas las circunstancias.

—¡No acepto que me digas lo que siento, Jordan! —espetó ella—. Quizá sea una joven pueblerina inexperta y todas esas cosas que tanto desprecias, pero no soy tonta. Sé lo que siento.

Sin saber por qué, Jordan se dio cuenta de que no tenía ningún deseo de pelearse con ella por esa cuestión en particular. ¡Qué egoísta que podía ser un hombre, al mostrarse encantado de que una mujer lo amara sin que él sintiera lo mismo por ella!

Mas sin embargo, era cierto, estaba encantado. Eligió las palabras meticulosamente:

—Si lo que dices es verdad, entonces no veo por qué temes tanto casarte conmigo. Mientras aceptes que yo no... no tengo capacidad para amar...

—¿Crees que tu padre comprendió y aceptó que tu madre no tenía capacidad para amarlo? —lo instó ella—. ¿Por eso su matrimonio fue todo un éxito?

Emily no podría haber elegido un arma mejor. Él irguió la espalda.

—No es lo mismo. Mis padres no estaban hechos el uno para el otro. En cambio, tú y yo sí.

Ella ríe con amargura.

—¡Oh, sí, claro que sí! Tú eres un conde, y yo la vulgar hija de un rector. Tú tienes reservado un palco en la ópera durante todo el año y no le das importancia, yo me considero muy afortunada de haber podido asistir una sola vez a la ópera. Tienes contacto directo con el Príncipe de Gales, yo jamás había visto su retrato hasta el día de mi falsa puesta de largo. Ni tan sólo sé cómo hay que organizar una mesa de gente aristocrática en una cena, según dicta el protocolo, y...

—Nada de eso me importa —la atajó él obstinadamente.

—Quizá ahora no, pero te importará. Un día te despertarás y te darás cuenta de que te avergüenzas de mí. —Emily clavó la vista en la ventana y contempló el bosque lóbrego que estaban atravesando—. Si me amaras,



podrías no dar importancia a mi falta de sofisticación ni a mi falta de conocimientos del protocolo social que impera en las distinguidas esferas; esas cuestiones acabarán convirtiéndose en una carga para ti.

—Olvidas tus otras habilidades admirables: tus dones curativos, tu enorme inteligencia, tu naturaleza dulce...

—¿Acaso un conde necesita una esposa con esas virtudes? Cuando estás enfermo, sólo tienes que mostrar un fajo de tu maldito dinero para contar con la atención de los médicos más reputados de Inglaterra. En cuestiones importantes, tienes las mentes más prodigiosas bajo tus órdenes. Y dudo que una mujer de naturaleza dulce sea de alguna utilidad para ti.

Emily se equivocaba. Su naturaleza dulce era la primera cosa que lo había atraído de su persona. Pero ella jamás lo creería.

Sin embargo, había una cosa que sí que creería:

—Te olvidas de cierta habilidad muy significativa. —La apresó por la barbilla y la obligó a alzar la vista para poderla mirar a la cara. Los ojos de Emily mostraban su inquietud y su recelo—: La habilidad de satisfacerme sexualmente.

Ella no apartó la mirada.

—Eso es lo más fácil de comprar, y tú deberías saberlo, porque me consta que has pagado muchas veces para gozar de la compañía de meretrices y de viudas alegres, milord.

Jordan frunció el ceño ante el deliberado uso de su título.

—No es tan fácil como crees. —Él enterró los dedos en su pelo despeinado y le acabó de quitar las pocas pinzas que, tras su intento atropellado de huir de la posada, aún coronaban su cabecita; su melena se desplomó en una bella cascada alrededor de los hombros como un manto de oro. La voz de Jordan se tornó más gutural mientras le acariciaba las mejillas encarnadas—. Nunca he gozado de una noche más fascinante que la de ayer. Sólo por eso me muero de ganas de darte mi apellido.

Jordan acercó la boca hasta apenas unos escasos milímetros de la de ella. Si no podía convencerla con palabras para que se casara con él, entonces recurriría a cualquier otro método factible. Pero la convencería. Quizá no estaba enamorado de ella, pero había decidido que no le iría nada mal tener una esposa. Especialmente si esa esposa era Emily.

El deseo hizo mella en sus facciones, a pesar de que ella intentó ocultarlo.

—¿Y qué pasará cuándo te hartes de acostarte conmigo?

La ridiculez de la pregunta le arrancó a Jordan una sonrisa.



—Nunca me cansaré de ti. —Y antes de que Emily pudiera buscar más objeciones, él cubrió su boca con un tierno beso.

Por todos los demonios del infierno. ¡Qué suave que era esa fémina! Tan suave... Sus labios estaban hechos para ser besados, su contorno delicado y su color natural era más tentador que la boca pintada con carmín de cualquier furcia. Profundamente, reiteradamente, Jordan hundió la lengua dentro de su boca, imitando lo que realmente quería hacerle. El aroma a lavanda le embriagó todos los sentidos, aportando al beso una deliciosa sensación de abandono mucho más embelesadora y poderosa de lo que él podía soportar.

Jordan sintió una incontrolable necesidad de tocarla, de hacerla suya. Pero deseaba ir despacio, seducirla y excitarla hasta volverla loca. Le acarició la suave piel del cuello, luego fue bajando la mano hasta alcanzar su escote recatado, donde por la punta ribeteada de pasamanería de su corpiño asomaban las dos prominencias perfectas de su voluptuosa piel femenina.

A pesar de que ella le permitió que la besara, Jordan podía apreciar su tensión, su conflicto interno, y se juró a sí mismo que borraría todas esas dudas de un plumazo; aunque tuviera que destinar todo el día, conseguiría que ella lo deseara con tanto fervor como él la deseaba.

Deslizó las manos con lentitud por encima de su corpiño hasta alcanzar la fila de cierres. Afortunadamente, la corta capa se abría por delante, así que no resultó una ardua tarea desabrochar los numerosos cierres hasta llegar a su blusita interior.

Emily se apartó hacia atrás, y con los dedos intentó mantener cerrado el corpiño medio abierto.

—Jordan, no debes, no puedes...

—¿Por qué no? —Él se inclinó y hundió las manos por debajo de su falda, le acarició las pantorrillas y luego continuó explorando su piel por encima de las medias hasta llegar a los lazos de las ligas y los soltó con un rápido movimiento.

Ella extendió las manos sobre la falda.

—¡Todavía no estamos casados!

—Pues ayer por la noche no parecía importarte en absoluto esa consideración. —Le quitó primero una media, y después la otra.

—Sí, pero... pero.. ¿Aquí? ¿Ahora? ¿En plena luz del día?

—De la luz del día me encargo yo. —Sin tan sólo mirar hacia la ventana, sujetó la cortina y la cerró. Puesto que el cielo estaba nublado, el interior del carruaje quedó alumbrado tenuemente por una mortecina luz gris, suficiente para iluminar la expresión recelosa de Emily—. Vamos, amor



mío, ya estuvimos a punto de hacer el amor en este mismo carruaje la noche en que nos conocimos. Ahora no es tan distinto, ¿no crees?

Ella procuró echarse más hacia atrás en el asiento, en un intento de alejarse de él todo lo posible dentro del espacio limitado de la cabina.

—Es muy distinto. En esa ocasión fuiste tú quien te frenaste, porque no me deseabas.

—Siempre te he deseado.

A pesar de que Emily respiró con dificultad, sacudió enérgicamente la cabeza.

—A mí no. A mi cuerpo. Tú deseas mi cuerpo, pero no me quieres a mí, a la pobre ingenua con estúpidas esperanzas de amor.

—Olvidas que ya no eres tan ingenua: ya no eres virgen —contraatacó Jordan al tiempo que procedía a quitarse el abrigo y luego el chaleco—. Y yo te quiero. Lo quiero todo de ti.

Jordan se le acercó más y volvió a asir las vetas del corpiño, pero Emily le apesó la mano.

—No creo que sea una buena idea que hagamos esto.

Él la miró, contempló los labios entreabiertos y la expresión angustiada.

—Ya veo, tú puedes seducirme cuando te apetece, pero yo no tengo derecho a hacer lo mismo. Pues no me parece justo.

—Tampoco me parece justo que me secuestraras para obligarme a casarme contigo.

—Es cierto; yo no quería que me sedujeras, y tú no querías que te secuestrara. —Bajó la voz—. Pero ambos queremos esto.

—Yo no... yo no... —pronunció ella débilmente cuando Jordan deslizó la mano debajo de su falda de nuevo—. Por favor, no lo hagas...

—Únicamente lo dices porque estás enfadada conmigo por haber echado a perder tus planes. Pero en realidad no lo sientes. ¿Qué posible razón podrías alegar para negarnos lo que ambos deseamos? Especialmente cuando sabes que vamos a casarnos, te guste o no.

—Porque... porque... —Emily suspiró cuando él recorrió sus piernas por encima de las medias aflojadas hasta llegar a la parte superior de sus muslos. Jordan descubrió el triángulo de su sexo y hundió los dedos en él, acariciándola suavemente, plácidamente.

Ella tomó aire con un intenso jadeo.

—Virgen santa... Oh, cielos...



Jordan creyó morir de placer al descubrir que ella estaba tan húmeda y tan dispuesta para él. Acariciándola al ritmo del movimiento del carruaje, le susurró:

—Escucha lo que te pide el cuerpo; nunca miente.

Él descubrió la pequeña protuberancia entre los delicados pliegues de piel y lo acarició intensamente hasta que Emily entornó los ojos y sus facciones se tiñeron de una expresión de placer.

—Eres... perverso —acertó a decir ella.

—Tu perversión es lo que me hace ser perverso. —Con la mano libre, Jordan le estrechó la cabeza y la obligó a bajar la barbilla hasta que su boca quedó al alcance de la suya—. Y pienso hacerte tantas cosas perversas, mi amor...

Ella suspiró, con el semblante resignado, y Jordan atrapó el aire que Emily dejaba escapar por la boca con su beso. Ante la intensidad de su necesidad, tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no asustarla y procuró besarla con dulzura cuando lo que en realidad quería era violar su boca como un vikingo salvaje.

Al principio ella respondió tímidamente, vacilante. Pero a medida que sus lenguas se entrelazaban con más familiaridad, se arqueó hacia él y lo estrechó por la cintura para atraerlo más hacia su cuerpo. Antes de que Jordan se diera cuenta, ella le estaba desabrochando la camisa torpemente e intentaba hacer lo mismo con sus pantalones.

Jordan se desabrochó los botones de los pantalones, y después los de las calzas, ansioso por ayudarla. Emily deslizó las manos por sus costados y por toda su espalda. Pero cuando las introdujo en los pantalones sueltos para acariciarle los glúteos, él pensó que iba a perder el control.

—Por todos los dioses —murmuró Jordan al tiempo que apartaba la boca de la de ella—, siempre me sorprendes.

Los ojos de Emily brillaban con deseo, y una sonrisa impúdica se perfiló en sus labios.

—Si tú puedes hacerme cosas perversas... entonces yo también puedo hacerte cosas perversas...

Jordan no la dejó continuar; sofocó las palabras con un beso que esta vez no podía ocultar su necesidad, hundió la lengua en las profundidades de esa gruta, poseyendo su boca, mientras que con los dedos de una mano exploraba su pubis, intentando alcanzar el punto más profundo dentro del pasaje lubricado por su flujo vaginal. Ella cambió de postura para que Jordan pudiera tocarla mejor, pero casi se cayó del asiento y tuvo que volver a sentarse correctamente. La posición en la que ambos estaban hacía que a Jordan le fuera difícil acariciarla de ese modo tan



íntimo, especialmente con las bruscas sacudidas del carruaje que los amenazaba con lanzarlos al suelo en cualquier momento.

Tras resoplar con hastío, Jordan apartó la mano y se sentó en el asiento; se bajó los pantalones y las calzas hasta por debajo de las rodillas, agarró a Emily por la cintura y la invitó a sentarse en su regazo. Mientras ella abría la boca para expresar su sorpresa, él consiguió encajarla sobre sus muslos, con las piernas abiertas y dobladas y la falda levantada hasta las rodillas.

Emily colocó las manos en sus hombros y lo miró con unos ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Qué estás haciendo?

Jordan se aplicó en la labor de desabrocharle el corpiño del vestido, y al terminar lo lanzó a un lado; ahora Emily sólo iba cubierta por su blusita interior.

—Existen muchas formas de hacer el amor. Ayer por la noche te poseí como un burdo salvaje, así que prefiero que hoy seas tú quien marque el ritmo.

Una sombra de rubor tiñó sus mejillas cuando Emily bajó la vista y vio su tremenda erección.

—No... no te entiendo.

Jordan sonrió.

—Oh, creo que sí que me entiendes. —Agarrándola por la cintura, la atrajo más hacia él hasta que su miembro viril quedó pegado a su pubis, con la puntita enfocada hacia la blusa interior que cubría su vientre—. Apoya las rodillas en el asiento, así, ahora levanta el trasero y...

Esas fueron las únicas instrucciones que Emily necesitó. A pesar de que su cara había adoptado un brillante tono encarnado, obedeció y se colocó lentamente sobre él, para acoger en su suave y aterciopelado seno el pene erecto de Jordan.

—Oh, Dios... —susurró él—. Qué gusto estar dentro de ti...—Si hubiera sabido que Emily era una aprendiz tan atenta y hábil, le habría pedido que se casara con él la primera noche que la conoció. Obviamente, no necesitaba preocuparse de que ella quisiera hacer el amor con las velas apagadas y las cortinas corridas.

Sin lugar a dudas, en su bella carita brillaba ahora una luz que denotaba toda su excitación, su sorpresa, y ciertamente la fogosidad de su regocijo. Emily se movió experimentalmente sobre su regazo, y Jordan contuvo el aliento.

Lanzándole una sonrisita de satisfacción, volvió a repetir el movimiento, lo cual sólo sirvió para atormentarlo ya que después no continuó



moviéndose. Jordan tensó las caderas bajo ella, intentando conseguir que se moviera de la forma que él deseaba, pero Emily simplemente se quedó allí sentada.

—Tienes que moverte, bonita, hacia arriba y hacia abajo —indicó él.

—Ya sé cómo se hace, Jordan.—Una mueca malévolamente se extendió por su cara—. Estaba contigo ayer por la noche, ¿recuerdas? Pero has dicho que ahora es mi turno para establecer el ritmo, y eso es lo que pretendo. Creo que me quedaré sentada quieta un ratito, para contemplarte.

Primero ella le quitó la camisa, luego arrastró las puntas de las uñas desde su garganta hasta su vientre en línea recta, lentamente.

—Emily... —carraspeó él.

—¿A ver cómo reaccionas ante esto? —Con una sonrisa, despacio, muy despacio para martirizarlo, se levantó sobre las rodillas y volvió a bajar sobre él a un tormentoso paso de tortuga. Jordan clavó los dedos en sus costados y apretó los dientes. Ella volvió a hacerlo, incluso más despacio esta vez, a pesar de que culminó con un leve movimiento circular de las caderas que lo volvió absolutamente loco.

—¿Alguna vez te habían dicho que eres una juguetona impúdica?

—¿Yo? Mira, no he sido yo quien ha iniciado este juego, y lo sabes.

Sin poderse contener más, Jordan lanzó un bufido y profirió:

—¡Maldita fémina! ¡Muévete, por favor!

—¿Así? —La cara de Emily era la viva imagen de la inocencia mientras realizaba círculos sensuales con las caderas, levantándose despacio y volviendo a descender sobre él para envolverlo en la cálida humedad de su sexo—. ¿Qué opinas? ¿Lo estoy haciendo bien?

Unas gotitas de sudor se formaron en la frente de Jordan. Ella pensaba torturarlo, ¿no era cierto? Pues bien, en ese juego había cabida para dos. Jordan emplazó un dedo justo en el punto donde ambos estaban tan íntimamente unidos y buscó el centro dulce y más sensible de su pubis. Emily jadeó cuando él rozó el nódulo levemente, sin llegar a ser una caricia.

Ahora era ella la que jadeaba y ondulaba sobre su mano.

—Te gusta, ¿verdad? ¿Es esto lo que quieres? —Volvió a tocarla, levemente y sin las suficientes ganas como para satisfacerla, y entonces repitió las palabras que ella le acababa de decir—: ¿Qué opinas? ¿Lo estoy haciendo bien?

—Por favor... Jordan... —Emily se inclinó hacia él, con los dedos crispados sobre sus hombros. Sus pechos quedaban a escasos milímetros de su boca. Aunque estuvieran envueltos por la blusita prácticamente transparente, eran demasiado tentadores para que Jordan los ignorara.



Succionó uno a través de la fina muselina, luego sopló suavemente sobre la vaporosa tela humedecida hasta que ella se estremeció y su pezón lo apuntó como una saeta.

—¿Más? —inquirió él maliciosamente. Aplicó el mismo tratamiento al otro pecho, lamiéndolo con la lengua hasta que el pezón reclamó toda su atención poniéndose completamente duro—. ¿O quieres que pare?

—¡Maldito seas por salir siempre vencedor! —declaró Emily, aunque se quitó la blusita y mostró sus adorables pechos ante su cara. Los movimientos para librarse de la fina tela de muselina la obligaron a moverse sobre su regazo y a tensar los músculos que envolvían su pene terriblemente excitado.

Jordan resopló.

—Creo que en esta ocasión será mejor que ambos seamos los ganadores. —Impulsó las caderas hacia ella, recordándole lo que quería—. Muévete, Emily, por favor...

Y finalmente ella accedió.

Y fue exquisito. Una verdadera tortura. Ella encontró el ritmo perfecto, suave y rápido y alentador. Incluso consiguió mezclar el balanceo del carruaje con su propio balanceo hasta obtener una precisa sinfonía de movimientos que lo sedujo sin remedio.

Por todos los demonios del infierno; tenerla encima, haciéndole el amor, era una sensación increíble. El aroma a lavanda anegaba todos sus sentidos, y sus jadeos eróticos y sus movimientos inocentes lo llevaban indiscutiblemente directo hacia el paraíso. Apenas podía controlarse para no correrse antes de que ella alcanzara el orgasmo. Después de la noche previa, ansiaba que Emily supiera lo que era alcanzar el placer absoluto, la máxima satisfacción.

Así que concentró todos sus esfuerzos en lamerle los pechos y acariciarle el pubis sedoso y caliente sin descanso.

—Cielos, Jordan... —susurró ella cuando él le mordisqueó el pezón—. Vuélvelo a hacer... Oh, sí...

Su gozo sin reservas era una maldición; ahora sí que Jordan pensaba que le resultaría imposible controlar su acuciante necesidad. Tuvo que cerrar los ojos para no ver el placer que brillaba en sus bellas facciones enardecidas, la increíble imagen erótica de ella cabalgando sobre él. Con su indiscutible inocencia, Emily resultaba arrolladora, y como mujer con experiencia, aniquiladora.

¡Que Dios se apiadara de él hasta que le llegara el momento de la aniquilación!

Emily incrementó el ritmo, con su cuerpo descendiendo sobre él como el de una diosa para torturarlo con placer. La necesidad de correrse se hizo



insoportable, especialmente cuando ella apresó su boca con la suya y empezó a jugar con la lengua con la mayor osadía posible. Jordan le succionó la lengua con una avaricia frenética.

Súbitamente, ella rompió el beso y arqueó el cuerpo sobre él.

—¡Te quiero, Jordan! —gritó mientras cabalgaba sobre él—. Te quiero... te quiero...

Fue la gota que colmó el vaso. Con un grito gutural, él se corrió dentro de ella y sintió cómo el cuerpo de Emily se convulsionaba alrededor de él en el mismo momento.

«Te quiero», las palabras resonaron en su cabeza mientras Jordan la estrechaba entre sus brazos con fiereza. «Te quiero.»



Capítulo 18

Y, después de todo, ¿qué es una mentira? No es otra cosa que la verdad con máscara.

DON JUAN, CANTO 11, ESTROFA 37
LORD BYRON

Un poco más tarde, Emily se hallaba sentada en el carruaje con la blusita interior, poniéndose las medias. Jordan, ataviado sólo con las calzas, se inclinó hacia delante para inspeccionar el contenido de la cesta de comida que les había preparado el posadero. Al ver la espalda y los hombros tan bien definidos de Jordan salpicados de pecas, ella sintió un repentino ataque de afecto.

Jordan era suyo. Por un intervalo breve, sólo por unas pocas horas quizá, era suyo.

Sus pensamientos clamaban por ser escuchados: «No deberías haberle dicho que lo amabas. No deberías haberle permitido que te hiciera el amor. Deberías haberte mantenido firme en tu propósito», pero Emily no les hizo caso. Alguien debería haberle advertido de que el acto de hacer el amor provocaba una parrilla tan amplia de placeres y emociones. Quizá entonces las artes de seducción de Jordan no la habrían pillado por sorpresa. Quizá entonces no habría declarado con tanto fervor que lo amaba ni se hubiera expuesto de un modo tan vergonzoso, como una verdadera descocada.

Oh, pero el rictus en su cara cuando empezó a tomarle el pelo al principio... Emily se contuvo para no echarse a reír. Tendría que volver a repetir la experiencia alguna otra vez, cuando estuvieran casados.

De repente se puso seria. ¿En qué estaba pensando? No iban a casarse. Tenía que regresar a Londres, aunque eso significara que tuviera que intentar escapar cada vez que se detuvieran. A cada hora que pasaba, más se acercaban a Escocia y más crecían sus temores de lo que lord Nesfield haría cuando descubriera su ausencia. Lady Dundee intentaría amainarlo durante un tiempo, quizá incluso durante un día o dos, pero al final, cuando vieran que ella no aparecía...



Una sensación de ahogo se apoderó de su pecho. Cuando eso sucediera, sería el fin para ella. Así que no podía desfallecer; tenía que ser fuerte, tenía que encontrar la forma de escapar de Jordan.

—Me temo que las salchichas están frías —comentó Jordan mientras alzaba un paquetito grasiento envuelto en un papel—, pero creo que esto debe de ser una tostada con mermelada. Ah, y aquí hay una tarta de frutas. ¿Te apetece un trozo?

Jordan se la pasó, y al hacerlo la miró a los ojos.

—¿Qué sucede? Me miras como si hubieras visto un fantasma.

Una cárcel con rejas era una imagen más acertada de lo que Emily estaba visualizando en esos precisos instantes, la cárcel a la que lord Nesfield la enviaría sin mostrar ni un ápice de clemencia. Se esforzó por sonreír.

—No, es que... es que estoy cansada, eso es todo. Y hambrienta.

Él le pasó la tarta, luego se acomodó en el asiento y desenvolvió el paquete de salchichas.

—Aquí hay mucha comida. Y después de comer puedes echarte a dormir un buen rato.

Emily mordisqueó la tarta, pero le supo a madera chamuscada.

—¿No nos detendremos?

De repente, Jordan parecía muy interesado en las salchichas.

—Sí, por supuesto. Pararemos para cenar.

—Supongo que pasaremos la noche en Leicester.

Esta vez Jordan tardó más en contestar.

—Probablemente sí.

A continuación, él cambió de tema. Emily se sintió impotente —después de todo, no podía saltar del carruaje en marcha— por lo que decidió averiguar más datos acerca de su vida. Conversaron como un par de nuevos amantes, cada uno interesado en aprender los secretos del otro. A ella no le sorprendió que él le contara que se había sentido terriblemente solo durante su niñez, o que echaba de menos a su madre a pesar de la terrible traición.

Y el empeño de Jordan en hablar acerca de actividades reformistas le confirió a Emily la sensación de que sus vidas no divergían tanto como pensaba. Por lo menos él se esforzaba en comprender las preocupaciones del pueblo llano. Muchos de sus allegados —como lord Nesfield— no mostraban ningún interés por esas cuestiones.

Lo que sin lugar a dudas le provocó un pinchazo de dolor en el pecho fueron los comentarios sobre la fuerte amistad que lo unía a Ian. Era



evidente que Jordan estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ese buen amigo que lo había ayudado a lo largo del intervalo oscuro de su infancia. La entristeció pensar en cómo la odiaría cuando descubriera la verdad, cuando lord Nesfield decidiera emprender acciones contra lord Saint Clair. Si pudiera...

No, no podía arriesgarse. Para lord Saint Clair, la denuncia pública supondría una gran humillación y el fin de sus esperanzas de casarse con Sophie. Para ella, sin embargo, la denuncia pública significaría su ejecución.

Jordan intentó enfocar la conversación hacia los padres de Emily, pero ella evitó el tema con unas pocas palabras tensas y desalentadoras sobre la muerte de su madre.

Un poco más tarde, Emily comprendería a qué se refería Jordan con eso de «detenerse para cenar». A pesar de que pararon dos veces por la mañana para que ella pudiera hacer sus necesidades al lado de la carretera, Jordan no le permitió abandonar el carruaje la primera vez que se detuvieron más de unos pocos minutos. Por lo visto, no quería asumir más riesgos. Se quedó con ella mientras Watkins entraba en la posada a pedir que les preparasen comida que después llevó al vehículo en una cestita.

Esa actitud la alarmó, pero Emily se aferró a la esperanza de que no podrían continuar de esa forma durante todo el trayecto. Aún pasarían dos semanas antes de que llegaran a Escocia, por lo que, tarde o temprano, Watkins tendría que dormir.

Ella se pasó toda la tarde durmiendo, acunada por el balanceo del vehículo. Se despertó con los besos tiernos de Jordan, y volvieron a hacer el amor, despacio, disfrutando del momento, como si dispusieran de todo el tiempo del mundo.

Después, Jordan se quedó dormido con la cabeza apoyada en la pared de la cabina. Ella lo observó y pensó que tenía una apariencia adorable mientras dormía, con el pelo despeinado y esos rasgos normalmente tan duros ahora suavizados. Jordan sostenía que era incapaz de amar, pero Emily ya no lo creía. A él le costaría aceptarlo, pero eso haría que el sentimiento fuera más valorado cuando llegara el momento de la verdad.

Si pudiera estar a su lado cuando eso sucediera... Emily suspiró, y un amargo malestar agrió la sensación de paz que la embargaba. Virgen santa, tenía que asegurarse de que se detuvieran pronto. No podría soportar ese estado irreal por mucho más tiempo, en el que él era suyo pero a la vez no era suyo.

Muy pronto, antes de que anocheciera, vio cumplido su deseo. Se detuvieron en una posada, y Jordan solicitó al dueño otro comedor privado para ellos. Desalentada, sin embargo, Emily vio que no había ningún catre



en la estancia, y Watkins no se separó de ellos ni un minuto durante la cena.

Mientras se hallaban sentados comiendo cordero asado y salmón hervido en una sala dos veces más espaciosa que la de la anterior posada y cuatro veces más lujosa, ella miró de soslayo hacia el cochero que no dejaba de bostezar y luego se inclinó hacia Jordan.

—¿Pasaremos la noche aquí?

—Todavía no hemos llegado a Leicester —respondió él calmamente.

—Pero tu cochero parece exhausto.

—Sí, lo sé.

Eso fue todo lo que Jordan le contestó. Mas cuando se pusieron de nuevo en marcha en la carretera, Watkins contaba con un ayudante, un hombre que Jordan había contratado en la posada. A Emily le pareció extraño que Jordan insistiera tanto en llegar a Leicester hasta el punto de que decidiera contratar a un hombre sólo por unas pocas horas, pero supuso que era su prerrogativa; indudablemente, era un gasto que él se podía costear.

Una vez en el carruaje, ella se quedó dormida de nuevo, aunque con la firme determinación de despertarse y mantenerse alerta cuando se detuvieran en Leicester. Por eso se mostró contrariada cuando al abrir los ojos descubrió que estaba amaneciendo; eso significaba que no se habían parado en toda la noche.

Se sentó y miró a Jordan, que se hallaba sentado en el asiento delante de Emily, bien despierto, pelando una naranja con su cuchillo de viaje.

—¿Por qué no nos hemos detenido? Probablemente ya hemos pasado por Leicester.

—Sí. —Él emplazó los pies sobre el asiento al lado de ella y los cruzó a la altura de los tobillos con un aire relajado.

«Hace muchas horas que hemos debido de pasar por Leicester; ahora probablemente estamos cerca de Willow Crossing», pensó Emily.

Unas campanillas de alarma se dispararon en su cabeza. Willow Crossing quedaba un poco lejos de la carretera principal a Escocia; sin embargo, mientras echaba un vistazo por la ventana, le pareció ver una arboleda que le resultó familiar las piernas le flaquearon ante un repentino temor.

—Ésta no es la carretera que va a Escocia —dijo incómoda.

—No. —Jordan seguía concentrado en pelar la naranja—. No vamos a Escocia.

—¿Qué quieres decir, con que no vamos a Escocia? Dijiste...



—Te dije que íbamos a casarnos. Me preguntaste hacia dónde nos dirigíamos, y te contesté que hacia el norte. Y en esa dirección vamos: hacia el norte.

Emily comprendió sus palabras de inmediato.

—Me llevas a casa.

Jordan la miró a los ojos.

—Sí, quiero hacer esto bien, así que he de pedirle permiso a tu padre para casarme contigo.

¡Por todos los santos! A Emily no le costó nada imaginar la reacción de su padre cuando la viera llegar con Jordan y éste le anunciara que quería casarse con ella. ¿Cómo podría explicárselo? Aunque se inventara la historia más rocambolesca acerca de su repentina aparición con Jordan, dudaba que Jordan mantuviera la boca cerrada en cuanto a su farsa. ¡Oh, no! Probablemente ése era el motivo por el que Jordan había decidido llevarla allí.

Y al final no le quedaría más remedio que contarle a papá que mamá se había quitado la vida. No. ¡No!

—No saldrá bien —protestó Emily—. Si me llevas a casa de mi padre, le diré que no quiero casarme contigo. Entonces tendrás que abandonar tus planes.

—Si te niegas a casarte conmigo, le contaré lo que has estado haciendo en el último mes. Entonces serás tú la que tengas que abandonar tus planes. Estoy seguro de que el rector encontrará tu historia sumamente interesante.

—Lo sabe todo —mintió descaradamente—, no conseguirás nada.

—No, tu padre no sabe nada. Mi criado se enteró de la trama gracias a los sirvientes en casa de lord Nesfield, que especulaban asombrados sobre por qué el padre de la señorita Fairchild continuaba enviándole tantas cartas a esa dirección.

Emily notó un nudo que se le estrechaba en la garganta, y abandonó cualquier pretensión de seguir fingiendo.

—Jordan, me prometiste...

—Te prometí que no hablaría con Nesfield. —Colocó los pies en el suelo y se inclinó expeditivamente hacia delante, mirándola con ojos inclementes—. No te prometí que no intentaría protegerte por otras vías. Estás metida en una encerrona por culpa de un hombre que te llevará a la perdición si continúas con tu obcecación de seguir colaborando con esta absurda comedia. No creas que me quedaré de brazos cruzados, viendo cómo eso sucede. Y puesto que no piensas contarme por qué Nesfield te está obligando a formar parte de esta gran mentira y no quieres que hable



con él, no me dejas ninguna otra alternativa que alejarte de él, tan lejos y tan permanentemente como pueda. Si eso significa hablar con tu padre...

—Lo matarás del disgusto —masculló ella—. No sabes lo que haces.

—Entonces explícamelo para que lo comprenda.

Emily se quedó contemplando fijamente su rostro implacable, y esos ojos que le prometían una guerra sin cuartel. Apartó la vista y la fijó en la ventana, entonces se sintió alarmada al constatar que el carruaje había entrado en la carretera que conducía al pueblo. En cinco minutos o incluso menos, estarían en la puerta de la rectoría. ¡Tenía que decirle algo, cualquier cosa con tal de detenerlo!

Quizá si le contaba la razón de la farsa... Sí, eso lo satisfaría. Quizá si Jordan sabía el motivo, no la presionaría para averiguar por qué había accedido a colaborar. Por supuesto, la odiaría por contribuir a poner fin a las esperanzas de su amigo, pero eso ahora ya era irremediable.

—De acuerdo —susurró—. Pero detén el carruaje, por favor.

Jordan achicó los ojos, como si intentara discernir si ella estaba siendo honesta o no.

—¡Detén el carruaje!

Él hizo lo que ella exigía, ordenándole a Watkins que se detuviera en el margen del camino.

Emily se desplomó sobre el asiento con el semblante aliviado. Entonces, al ver la mirada curiosa de él, proclamó con desgana:

—Todo esto es a causa de Sophie.

Con palabras atropelladas, le refirió cómo Sophie había intentado escapar y cómo lord Nesfield y lady Dundee le habían pedido que actuara como espía en un intento de desenmascarar al que podría ser el futuro esposo de Sophie. Emily no hizo hincapié en sus motivos para aceptar sino que se centró en la explicación del plan.

Emily supo en qué momento preciso Jordan estableció la conexión entre su farsa y lord Saint Clair, ya que él irguió la espalda y soltó un sonoro bufido.

—Ilan era uno de vuestros sospechosos, ¿no es cierto? No sólo Pollock, sino también Ilan. Por eso te has mostrado tan solícita con él. Por eso has aceptado salir a cenar e ir a la ópera con él y acompañarlo al museo.

La frialdad en su tono hizo que ella cruzara los brazos sobre el pecho instintivamente, como para protegerse.

—Sí, lord Nesfield incluso sospechaba de ti, porque mostrabas mucha atención en mí, pero le dije que eso era ridículo.

Jordan propinó un puñetazo contra la pared del carruaje.



—Tendría que habérmelo figurado que todo esto tenía algo que ver con Ian. Pero dejé que mis celos hacia Pollock me cegaran y no me dejaron ver lo que era más que obvio. —La acribilló con una mirada desdeñosa—. Has estado espiando a mi mejor amigo, aun sabiendo que Nesfield lo destruirá si descubre que Ian es el hombre que busca.

—¿Destruirlo? ¡No! Lord Nesfield dijo que le ofrecería a ese hombre, sea quien sea, una suma de dinero o... o algo para convencerlo de que se alejara de Sophie.

Él la miró con una palmaria aprensión.

—Emily, estoy seguro de que no tienes ni un pelo de tonta. ¿De veras crees que Nesfield se conformará con sólo ofrecerle dinero? ¿Y si el amante de Sophie rechaza el dinero? ¿No crees que Nesfield lo amenazará con destruir su reputación? ¿Que se apañará para desacreditar a ese hombre en público... o hará algo peor?

Ella abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Quieres... quieres decir... matarlo?

—¡Pues claro! No me fío de Nesfield. No será capaz de proponer un duelo, porque sabe que no tiene posibilidades de ganar. En lugar de eso, contratará a unos esbirros para que se acerquen a Ian en algún callejón oscuro y...

—¡Él nunca mencionó nada acerca de asesinar al amante de Sophie! Seguramente no sería capaz de... —Se calló súbitamente, horrorizada. Un hombre que amenazaba a una joven con enviarla a la cárcel si no cumplía sus órdenes probablemente no dudaría en ordenar que asesinaran a alguien.

Emily se estremeció con un escalofrío.

—De todos modos, no sé quién es el amante de Sophie; quizás no sea lord Saint Clair...

—O quizá sí. No creo que Ian fuera capaz de fugarse con una rica heredera, ¿pero quién puede tener la certeza? —Se inclinó hacia delante, con el semblante sombrío—. Y aunque no sea Ian, estás ayudando a esa víbora de Nesfield a arruinar la vida de un pobre desdichado. ¿Por qué?

—Sophie es mi amiga —replicó ella sin dudar, recordando la explicación que le había dado a lady Dundee—. No... no me gustaría verla casada con un... con un...

—¿Cazafortunas? ¡Sandeces! Si tu amiga estuviera enamorada del pastor más humilde de toda Inglaterra, tú serías capaz de recorrer todos los confines de la Tierra con tal de ayudarlos a ser felices. Te conozco. Crees en esas absurdas ideas románticas del amor. —Torció el gesto—. ¿Qué ha pasado con tu aversión a mentir? ¿Quieres que crea que aceptaste intervenir en esta farsa que tanto odias, vestirte con trajes



provocativos y exhibirte insolentemente delante de todos los hombres de Londres sólo para ayudar a tu amiga? ¡Y un cuerno!

—¡Me importa un bledo si me crees o no!

—Pues debería importarte, porque mi intención es regresar a Londres tan pronto como te deje con tu padre. Pienso llegar al fondo de la cuestión, ¡aunque para ello tenga que estrangular a Nesfield!

El pánico se apoderó de ella.

—¡No, no puedes! Habla con lord Saint Clair si lo consideras oportuno, y con Pollock también. Avísalos para que se mantengan alejados de este lío. Pero por favor, ¡no te acerques a Nesfield!

Jordan la agarró por los hombros y la zarandeó.

—¿Por qué? ¡Maldita sea! ¿Por qué? ¿Con qué monstruosidad te ha amenazado esa víbora para que le tengas tanto miedo?

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—¡No puedo... no puedo... decírtelo! Tú no podrías hacer nada, y si te lo cuento...

—¿Se trata del trabajo de tu padre? ¿Se trata de eso? ¿Te ha amenazado con echar a tu padre de la parroquia? ¡Maldita sea, Emily! ¡Puedo ofrecerle a tu padre diez parroquias, para que elija la que más le guste!

—¡No es por eso! —Ella fijó unos ojos vencidos en la ventana—. Lord Nesfield sabe cosas sobre mí... y me ha dicho que... —No, no podía contárselo. Jordan regresaría a Londres como un diablo enfurecido para matar a lord Nesfield, por más que ella le suplicara que no lo hiciera. Jordan era capaz de eso y más; nunca aceptaría que no podía hacer nada para evitar que el marqués la enviara a la cárcel, así que irrumpiría en la casa de Nesfield y lo provocaría con mil amenazas, pero lo único que conseguiría sería precipitar el esperpéntico desenlace. Sólo se le ocurría un modo de evitarlo.

Emily se aferró a las solapas del abrigo de Jordan.

—Me casaré contigo. Seré tu amante... ¡Haré lo que quieras! ¡Pero por favor, no vayas a ver a Nesfield! ¡Llévame de vuelta a Londres contigo, y yo... yo hablaré con él!

La mirada de Jordan estaba cargada de tanto desprecio como si estuviera contemplando a un insignificante insecto. La soltó de los hombros, le apartó las manos de sus solapas y se dejó caer pesadamente en el asiento.

—¿Cosas? ¿Qué clase de cosas sabe Nesfield sobre ti que puedan ser tan pecaminosas como para que te ofrezcas a convertirte en mi amante con tal de que no salgan a la luz?



—No importa. Nos casaremos, y luego quizá él no se atreva a... —Se calló de golpe—. ¿Pero qué estoy diciendo? El marqués te odia, si nos casamos, aún mostrará menos reparos en difundir todo lo que sabe de mí. —Jordan la miraba con tanto recelo que Emily notó un pinchazo de angustia en el pecho—. Además, tú no deseas casarte con una esposa que oculta un terrible secreto, ¿no es cierto? Una cosa es rebajarte tanto como para casarte con la vulgar hija de un rector, pero Dios no te perdonaría que te casaras con una mujer que te oculta cosas, que podría ser una ladrona o... o una asesina.

—¡Ya basta!

—Te pediría que confiaras en mí —susurró Emily—, pero no puedes hacerlo, ¿verdad? No, el gran conde de Blackmore no puede aceptar que una plebeya se niegue a contarle lo que él desea saber; el gran conde de Blackmore ha de estar al corriente de todo, tener un control absoluto de todas las situaciones, ¿no es cierto? No serías tan irresponsable como para fiarte de alguien a ciegas.

—¡Maldita sea, Emily! ¡Cállate! —Sus ojos refulgían como dos antorchas en medio de la noche más oscura. Entonces golpeó violentamente el lecho de la cabina—. ¡Ve directo a la rectoría, Watkins!

El carruaje se puso en marcha, y lentamente se incorporó a la carretera. Ella miró a Jordan sin pestañear.

—¿Qué piensas hacer?

Jordan no contestó. Una desapacible calma se había adueñado de él, una calma tensa y amenazadora.

—Hablarás con él de todos modos, aunque te pedí que no lo hicieras. Aunque prometiste que no lo harías si me entregaba a ti.

El comentario consiguió que Jordan reaccionara.

—Nunca tendría que haber hecho tal promesa; no he sacado nada de positivo de ella.

—Así que piensas romperla.

—¿No lo ves? ¡Tengo que hacerlo! Es por tu propio bien. Nada de lo que me has contado me ha hecho cambiar de opinión sobre esta situación. Voy a dejarte con tu padre y regresaré a Londres. —Apartó la vista—. Pero volveré. No me importa lo que opines de mí, Emily, no te abandonaré. No necesito la sogá que confiere una emoción dudosa como el amor para portarme como un caballero contigo. Nos casaremos, por más que Nesfield diga o haga o...

—Si hablas con él sobre mí, no habrá boda.

—¿Qué quieres decir?



Emily se refería a que los intentos de lord Nesfield para destruirla a ella y a su familia pondrían punto y final a cualquier expectativa de boda, pero ahora se le estaba ocurriendo otra idea... Jordan no cesaría hasta salirse con la suya, y para lograrlo estaba incluso dispuesto a romper las promesas que había hecho. Tenía que controlarlo todo, y no se atrevía a confiar a nadie ese control, porque entonces dejaría entrever una fisura en su armadura. Emily no podía casarse con un hombre como él, fuera cuál fuese el desenlace de esa historia tan enmarañada.

—Quiero decir, que no me casaré contigo. No te culparía si intentaras advertir a tus amigos, es lo que se espera de un buen amigo. Pero tu único motivo para ir a ver a lord Nesfield es ayudarme, o por lo menos eso es lo que alegas. ¿Qué te confiere el derecho a decidir qué es lo mejor para mí si no sabes toda la historia? Te niegas a confiar en mi palabra, te niegas a cumplir tus promesas. Pues bien, si no eres capaz de hacer algo tan sencillo como eso, no veo ninguna posibilidad de casarme contigo.

Jordan hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Tu padre te obligará a casarte conmigo cuando se entere de...

—¿De que me has desflorado? No, no lo hará. No todos los hombres son como tú, Jordan. A algunos realmente les importa lo que sus mujeres quieren o necesitan o...

—¡Claro que me importa, maldita sea! ¡Si no me importara, no te habría pedido que te casaras conmigo!

—Sí, pero por lo visto no te importa lo suficiente como para que aceptes escuchar mis deseos o cumplas tus promesas. ¡Así que no me casaré contigo!

—¿Me estás intentando obligar a que elija entre hablar con Nesfield o casarme contigo?

Ella asintió.

Su voz varonil mostró un tono de aflicción.

—Creía que decías que me amabas.

—Y es cierto. Té quiero lo suficiente como para desear que podamos disfrutar de un matrimonio real, y no una relación en la que tú decidas todo lo que hay que hacer y yo deba simplemente jugar el papel de la adorable esposa.

—¡Así que me quieres siempre y cuando acceda a hacer lo que tú quieres!

—No. Te quiero sin importar lo que hagas. Pero no puedo casarme contigo si te niegas a considerar mis deseos.

El carruaje se detuvo delante de la rectoría, y ella desvió la vista hacia la ventana. En ese instante pensó en lo extraño que le parecía volver a



estar en casa cuando la situación estaba tan intrincada. Pensó en el amor de sus padres, tan fuerte y poderoso como para enfrentarse a la peor tempestad con ganas de vencerla.

—Esto es absurdo —decía Jordan—. Nuestro matrimonio no tiene nada que ver con tales cuestiones. Se trata meramente de una forma práctica de abordar el hecho de que estás metida en un grave aprieto. El amor no interfiere en nada...

—¿Sabes una cosa, Jordan? Te has pasado toda la vida evitando amar. Dices que es porque tu padre arruinó su vida porque decidió amar a tu madre y ella no era una mujer digna de ese amor. —Emily resopló cansada—. Pero estás completamente equivocado. El matrimonio de tus padres no fue un desastre porque tu padre amara demasiado a tu madre; no funcionó debido a que tu madre no le correspondió con ese sentimiento tan poderoso. El amor no causa estragos letales; es la falta de amor lo que los provoca.

Jordan la miraba como si acabara de abofetearlo en plena cara.

—¡No sabes absolutamente nada de esos sentimientos tan profundos! —replicó indignado.

—¡Sí que lo sé! Puedo distinguir a un hombre falto de amor cuando veo a uno. Pero el amor requiere confianza y una voluntad de dar tanto como lo que uno recibe. —Asió el tirador de la puerta—. ¡Qué pena que no entiendas esa gran verdad!

Emily abrió la puerta y se apeó del carruaje.

—¡Espera...! —protestó Jordan al tiempo que se apeaba tras ella, pero Emily se giró de repente para bloquearle el camino antes de que él pudiera dar dos pasos.

—¿Qué piensas hacer? ¿Entrar ahí y decirle a mi padre que me has puesto en una situación comprometida? ¿Qué me has engañado de la forma más páfida posible? ¿Y luego marcharte trotando a Londres para arruinar mi vida mientras yo tengo que quedarme aquí soportando los sermones de mi padre? Mira, por lo menos déjame algo de dignidad.

—Vamos, yo sólo...

—No. Vete a Londres. Habla con tu amigo. No quiero ser la causa de ningún desenlace funesto para él. Y recuerda: si hablas con Nesfield, sellarás el fin de nuestra relación.

Jordan la observó con el ceño fruncido, pero ella simplemente se cruzó de brazos y continuó bloqueándole el paso.

—De acuerdo —dijo él finalmente con un tono frío—. Si eso es lo que quieres...



Jordan dio media vuelta y volvió a subir al carruaje. Acto seguido le ordenó al cochero que se pusiera en marcha.

Emily contuvo la respiración hasta que el carruaje se perdió de vista, preguntándose si su padre habría sido testigo de la trifulca a través de una de las ventanas de la rectoría. Bueno, eso tampoco importaba ahora; de todos modos tendría que contárselo, aunque eso supusiera hacerle mucho daño. Era su única esperanza. Si lograba transmitirle la gravedad de la situación, seguramente él la ayudaría a regresar a Londres.

Si pudiera llegar a la capital antes que Jordan, aún estaría a tiempo de hallar una forma de convencer a lord Nesfield de que ella no era la culpable de todo ese lío. Y realmente podía llegar antes que Jordan: Jordan y Watkins estaban exhaustos, por lo que no se mostrarían tan dispuestos a viajar sin descansar.

Entró en la rectoría precipitadamente, pensando en cómo explicarle a su padre su repentina aparición. Pero se quedó paralizada al ver no sólo a su padre sino también a Lawrence sentado en la salita de estar.

La sorpresa dio paso al alivio.

—¡Gracias a Dios! Lawrence, ¿puedes llevarme a Londres? ¿Cómo has venido hasta aquí? ¿En tu caballo? ¡Puedo cabalgar! Si nos damos prisa...

—Calma, calma, pequeña —la interrumpió su padre—. Antes que nada, cuéntanos, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Cómo has llegado? Lawrence me estaba relatando la historia más increíble que...

—¡No tengo tiempo para contestarte, papá! —Emily se giró hacia Lawrence—. ¡Tenemos que ir a Londres ahora mismo!

—¿Qué sucede? —La cara de su primo mostró su temor—. ¿Se trata de Sophie? ¡Dios mío! ¿Qué le han hecho? Si el bestia de su padre le ha hecho daño, yo... yo...

Lawrence se calló al ver la expresión de confusión en la cara de su prima.

—¿Sophie? —susurró ella—. ¿Estás preocupado por Sophie?

El joven se sonrojó, y entonces Emily lo comprendió todo. ¡Cielos!

—¡Tú! ¡Eres tú!

—¿Yo? —Lanzando a su tío una mirada de inquietud, Lawrence farfulló—: No... no sé a qué te refieres.

—¡Oh, sí que lo sabes! ¡Maldito seas!

—¡Emily! —exclamó su padre desconcertado—. ¿Cómo te atreves a usar ese lenguaje?

Ella quería echarse a reír. Si su padre supiera... todas las cosas que había hecho, las palabras grotescas que había dicho, ¿y para qué? Porque



no había sido capaz de ver lo que tenía justo delante de las narices durante todo el tiempo. La reacción dramática de Lawrence delante de Sophie... La reacción dramática de Sophie delante de Lawrence... ¿Cómo podía haber sido tan ciega como para no ver la atracción que el uno sentía hacia el otro?

Cierto, Lawrence había declarado que despreciaba a esa lady Sophie tan superficial. Pero después del baile, ya no había mostrado tanta vehemencia en sus críticas hacia ella; incluso le había preguntado un par de cuestiones acerca de Sophie y su familia, pero Emily había pensado que...

—¿Cómo conseguiste cortejarla, si su padre la mantiene siempre tan recluida? —preguntó, intentando atar cabos—. Sé que el marqués jamás consentiría que te acercaras a su hija.

—¿Cortejarla? —repitió su primo, intentando fingir sorpresa.

—¡Maldito seas, Lawrence! ¡Deja ya de fingir! ¡Sé que intentaste fugarte con Sophie!

Ahora era el turno de su padre de mostrar sorpresa.

—¿Lawrence intentó fugarse con lady Sophie? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—En Londres, hace varias semanas —explicó Emily tensamente—. Lord Nesfield la pilló cuando ella salía furtivamente de su casa, y Lawrence se vio obligado a huir precipitadamente.

¡El amante de Sophie era Lawrence! ¡Su propio primo! Lo mejor que Emily podía hacer era colocarse ella misma la soga alrededor del cuello. Lord Nesfield jamás creería que no había sido cómplice de los planes de Lawrence.

—¿Es eso cierto, Lawrence? —demandó su padre con su tono de voz más ministerial.

Lawrence la miró primero a ella y luego a su tío. Entonces se desmoronó.

—Sí.

—¡Que Dios se apiade de todos nosotros! —murmuró el rector—. Lord Nesfield pedirá mi cabeza por ese asunto.

«Pedirá algo más que tu cabeza» pensó Emily, abatida.

—¡Oh, Lawrence! ¡Si supieras los problemas que has causado!

—¡No me importa! —rebatió él con todo el egoísmo de un hombre enamorado—. ¡La amo! ¡Y ella me ama!

Emily soltó una carcajada enloquecida, casi histérica.

—Dos jóvenes enamorados. Qué pena que lord Nesfield no comprenda el concepto. Él cree que quien ha embaucado a su hija es un cazafortunas.



—¡Ese cerdo! ¡Me trae sin cuidado su dinero! No se da cuenta de que tiene a la hija más dulce de toda la faz de la tierra, y...

—Ése es el problema, que sí que lo sabe. —Emily se derrumbó en una silla, más hundida de lo que era capaz de expresar. Su farsa, su maldita farsa, no había servido para nada. Las mentiras y los juegucitos y su pecaminosa noche con Jordan... todo había sido en vano. Ahora había arruinado su honra, su reputación estaba hecha añicos, y encima su vida corría peligro, y todo porque había sido tan ciega como para no darse cuenta del cambio de actitud de su primo respecto a Sophie. Y de su amiga respecto a Lawrence.

—¿Cuándo sucedió? —susurró ella—. Parecías menospreciarla...

Lawrence empezó a deambular por la salita, con las manos entrelazadas en la espalda.

—Desde el primer momento en que la vi pensé que era muy atractiva, pero nada más. Sin embargo, incluso en esos instantes ya envidiaba al hombre que acabaría casándose con ella. Pero parecía tan altiva, tan fría. Entonces en el baile, cuando me contaste todo eso acerca de su timidez, empecé a mirarla con otros ojos.

Otra risotada enloquecida se escapó de sus labios. ¡Genial! Así que tenía que darse las gracias a sí misma por todo ese lío.

—Entonces te perdí de vista durante un rato. Pensaba que nos íbamos a marchar del baile pronto, pero no conseguía encontrarte.

Emily se sentó con la espalda recta y miró a su padre de soslayo, nerviosa. Lawrence se refería al rato que ella había estado con Jordan en su carruaje.

—Puesto que la última persona con la que habías hablado era Sophie —continuó Lawrence—, decidí ir en su busca para preguntarle si sabía dónde estabas. La encontré sola y muy afligida. —Se detuvo unos instantes en su relato, mientras la rabia se iba apoderando de sus facciones—. Algún idiota había estado riéndose de ella por la escena que su padre había montado en la pista de baile, y ella se quería morir de vergüenza. Estaba llorando desconsoladamente y yo... y yo... decidí espiarla.

—¿Que la espíaste? —repitió el rector, achicando los ojos.

—Contraté a uno de esos tipos en Bow Street, ya me entiende, uno de esos espías policíacos, para que averiguase dónde se alojaba. Entonces, un día, cuando ella salió a la calle con una dama de compañía la seguí y... —Miró a su tío visiblemente incómodo, con unos ojos que reflejaban su patente culpabilidad—. Fingí que... la había encontrado por la calle por pura casualidad.

—¡Cómo te atreves...! ¿Le mentiste?



Lawrence hundió la cabeza entre los hombros ante la mirada acusadora de su tío, y Emily tuvo que contenerse para no romper a llorar. El engaño de Lawrence le parecía una nimiedad comparado con todo lo que ella había estado haciendo durante las últimas semanas. Cuando su padre lo descubriera, probablemente se moriría del disgusto.

—Fue una pequeña mentira, ¡y la única! —se defendió su primo—. Ella tenía tantas ganas de verme como yo a ella, así que después de ese encuentro, nos vimos en otras ocasiones.

—¿Y se puede saber cuándo se te metió en la cabeza la idea de fugarte con una mujer que pertenece a una clase social muy superior a la tuya y que es mucho más rica que lo que tú puedas nunca llegar a soñar, jovencito? —lo regañó el rector.

Lawrence irguió la espalda, con porte indignado.

—Ha de saber, tío, que me gano muy bien la vida. Y además, a ella no le importa ese aspecto. Me ama. Eso es lo único que importa.

—¿De verdad lo crees? —El padre de Emily sacudió la cabeza—. Ya veremos si opinas lo mismo cuando ella se queje de que no dispone de su propio carruaje y se vea obligada a suplicarte que le compres algún abalorio que a ti te parezca carísimo. Mira, hijo mío, aunque no estés de acuerdo, hay un proverbio muy sabio que dice: cada oveja con su pareja.

«¡Qué gran verdad!», pensó Emily, desolada.

—No me importa lo que crea, tío —dijo Lawrence altaneramente—. Me casaré con Sophie, bueno, eso cuando la encuentre. —Se acercó a Emily, con expresión de gallardía—. He espiado la casa de Londres, y he interrogado a los criados por aquí y por allá, pero no he obtenido ninguna pista.

Arrodillándose ante ella, la sorprendió agarrándola por las manos con fervor, mientras su rostro mostraba la viva imagen de un hombre atormentado.

—¡Por favor, dime dónde está, querida prima! Eres su mejor amiga... ¡Seguro que lo sabes! Los criados me dijeron que estaba en el campo, pero no está aquí. Y ni por un instante creí el cuento de lady Dundee acerca de la fiesta en una casa solariega a la que habíais asistido las dos. ¿Qué han hecho con ella? ¿Es verdad que se ha prometido formalmente para casarse, tal y como lady Dundee me dijo?

Emily suspiró. Maldito insensato... Su pobre primo estaba tan desesperado, tan profundamente enamorado que le dolía mirarlo a la cara. Si Jordan sintiera lo mismo por ella... No, mejor que no lo sintiera. Cuando lord Nesfield acabara con ella, ya no quedaría nada que él pudiera amar.

—¡Por favor, dímelo! —insistió Lawrence.



—No está prometida con nadie. —Lentamente, se incorporó de la silla. Menuda disyuntiva: podía contarle a su primo dónde estaba Sophie... o negarse a decírselo y delatarlo a lord Nesfield. Pero después de lo que Jordan le había dicho, estaba segura de que el marqués destruiría a Lawrence. Sophie sería muy desdichada, y Lawrence acabaría probablemente desprestigiado o muerto, ya que jamás aceptaría el dinero de lord Nesfield. No, su primo tan recto, con una moralidad insobornable, no se dejaría comprar.

Y lo que aún era más importante, lord Nesfield probablemente la acusaría de traición, especialmente si Sophie insistía en querer casarse con Lawrence. Después de todo, era ella quien había presentado a la pareja, ¡y encima a espaldas del marqués! Eso le proporcionaría a ese sanguinario motivos suficientes para cumplir sus amenazas.

Emily suspiró. Tanto daba el motivo por el que la ahorcaran.

—Está en Escocia. En la finca de lady Dundee.

Lawrence la miró con desconfianza.

—Pero si lady Dundee está en Londres, para la puesta de largo de su hija.

El rector los interrumpió.

—¿La puesta de largo de su hija? Eso no es posible, la hija mayor de lady Dundee acaba de cumplir quince años. O por lo menos eso es lo que me dijo el marqués hace unos meses, cuando le pregunté por su familia. Es demasiado joven para ser presentada en sociedad.

—Los criados me lo dijeron —replicó Lawrence con visibles muestras de irritación—. Lady Dundee y lady Emma, su hija, se alojan en casa de lord Nesfield.

Su padre frunció el ceño.

—Esa muchacha no se llama Emma, sino...

El rector se calló al mismo tiempo que Lawrence clavaba la mirada en su prima.

—Es una larga historia —susurró Emily—. Te lo contaré todo, papá, cuando Lawrence se haya marchado. —Se volvió hacia su primo y rápidamente le contó todo lo que lady Dundee le había explicado acerca de dónde estaba ubicada su finca—. Y ahora vete, ve a buscar a tu Sophie, pero ten cuidado con lord Dundee; estoy segura de que estará vigilando a su sobrina.

—¡Gracias! —repuso él, y la sorprendió estrechándola fervorosamente por la cintura y besándola en la mejilla—. Nunca olvidaré lo que has hecho.

«Ni yo tampoco» pensó Emily con amargura.



Ahora había llegado el temible momento de contárselo todo a su padre. Él la observaba con expectación, sin darle ninguna oportunidad más que ir directa al grano. Empezó con la proposición de lord Nesfield y lady Dundee, pero no pudo continuar.

—¿Aceptaste una proposición tan indecente? —explotó su padre—. ¿Aceptaste engañar a cientos de personas?

—¡Lord Nesfield no me dejó ninguna alternativa! —Emily tragó saliva—. Papá, hay algo que no sabes sobre la muerte de mamá.

Cuando ella acabó de referirle la historia acerca del láudano y de cómo había encontrado a su madre muerta con lord Nesfield como único testigo presencial, el rostro del rector palideció hasta quedar tan blanco como una hoja de papel. Se dejó caer en una silla, con la mirada perdida en un punto impreciso.

Entonces empezó a reír, con amargura, con rabia, y Emily se asustó.

—¡Papá! —exclamó, apresurándose a ponerse a su lado—. ¡Papá, no puedes desmoronarte! Sé que parece terrible, pero...

—Lo siento, Emily. —Su voz se quebró con dolor—. Sólo estoy enfadado conmigo mismo. Me he encerrado tanto en mí mismo, sin prestarte la debida atención, que he permitido que ese tipo te someta a su voluntad, cuando podría haberlo evitado tan fácilmente.

—¿De qué estás hablando?

El rector la miró angustiada, y luego tomó su mano entre las suyas.

—Hija mía, hemos mantenido este tema en silencio durante demasiado tiempo. Ya es hora de que te cuente lo que sé de la muerte de tu madre...



Capítulo 19

Nos equivocamos al temer la superioridad mental y afectiva; esa clase de superioridad es totalmente honorable, puesto que el hecho de comprender las cosas hace que las personas sean más tolerantes, y la capacidad de sentir una emoción profunda inspira una gran bondad.

CORINNE
MADAME DE STAËL

Jordan tenía que tomar una decisión. Tras otros dos tormentosos días de viaje, se estaban acercando a Londres, y todavía no sabía qué tenía que hacer.

Habría sido mucho más fácil si hubiera encontrado a Hargraves antes de marcharse de Willow Crossing. Su sirviente fiel podría haberle contado algo que explicara la desesperación de Emily. Pero una minuciosa búsqueda en las posadas había revelado que el único hombre que recientemente había venido de Londres se había marchado al amanecer.

Jordan había albergado la esperanza de encontrarse con su criado en la carretera, pero eso no había sucedido. Ahora tenía que decidir. ¿Debería ir a casa de Nesfield directamente y enfrentarse a esa víbora en su propio nido? ¿O debería esperar hasta escuchar lo que Hargraves tenía que decirle?

El carruaje pasó por encima de un bache, uno de los innumerables que había en la carretera de camino a la ciudad. Jordan recordó cómo esa misma carretera le había parecido totalmente llana cuando se habían dirigido hacia el norte, sin ninguna sacudida incómoda que perturbara la quietud. Le pareció sorprendente cómo la lujuria podía impregnar la situación, el contexto, el entorno, de matices amenos. Salvo por el incidente en la posada Warthog, el viaje había sido tan placentero como un día soleado navegando en un velero con un viento ideal y unas olas juguetonas.

Jordan lanzó un bufido. Por Dios, ya estaba de nuevo disertando en líneas poéticas. Eso era lo que la conversación con Emily acerca del amor había conseguido suscitarle. Volvió a sentir las mismas emociones intensas: el corazón que dejaba de latir en su pecho, y una enorme pesadez amenazándolo con obturarle la garganta hasta ahogarlo sin



remedio. Amor. Ella lo amaba. Pero no se casaría con él si interrogaba a Nesfield. Después de un día y medio de haber escuchado sus teorías sobre lo que suponía la base de un buen matrimonio, Jordan sabía que ella le había hablado de todo corazón.

¡Que el diablo se la llevara! ¡A ella y a su ultimátum! Podía o bien abrir la puerta de la desagradable caja de Pandora de Nesfield para ver qué secretos ocultaba ese desgraciado sobre Emily. O podía mantener el silencio y dejar que ella se apañara con Nesfield a solas. Por el amor de Dios, Emily no tenía nada que hacer contra un marqués. No tenía poder, ni riquezas, ni título... inada con que amenazarlo! ¡Debería mostrarse agradecida de que Jordan estuviera dispuesto a interceder en su favor!

Sin embargo, no lo estaba. En el punto de vista confundido de Emily, su intromisión meramente reflejaba una absoluta falta de atención, de interés, hacia ella, hacia sus sentimientos y sus deseos.

En cambio, la verdad era que Jordan se preocupaba mucho por ella, demasiado; tanto que el simple pensamiento de que Nesfield pudiera saber cosas oscuras sobre Emily le helaba la sangre. No podía tratarse de nada sustancial. Su querida Emily jamás habría podido hacer nada realmente perverso. No podía creerlo.

Pero ella había estado dispuesta a perder la honra y a comportarse de un modo que aborrecía sólo para mantener a Nesfield en silencio. Por el amor de Dios, ¿qué podría provocar tal comportamiento si no era algo realmente terrible? Jordan tenía derecho a saber qué ocultaba su pasado. ¡Si iba a darle su apellido, debía saber dónde se estaba metiendo!

«Te niegas a confiar en mi palabra. Pues bien, si no eres capaz de hacer algo tan sencillo como eso, entonces no veo ninguna posibilidad de casarme contigo», la oyó decir.

¡Que el diablo se la llevara! Que el diablo se llevara su lógica tan enrevesada y sus súplicas y su negativa a ver que él sólo pretendía defenderla.

«¿Qué te confiere el derecho a decidir qué es lo mejor para mí si no sabes toda la historia?»

Jordan soltó otro bufido. ¡Emily no le contaría toda la historia! ¿Cómo podía ella esperar que él permaneciera impasible viendo cómo Nesfield arruinaba su vida?

Pues bien, pensaba averiguar toda la verdad de la boca del propio Nesfield y luego casarse con ella, y no importaba lo que Emily pensara o dijera. No se atrevería a cumplir su ultimátum. ¡Él era el conde de Blackmore, por el amor de Dios! ¡Su padre demostraría ser un mentecato si rechazaba una propuesta de matrimonio tan ventajosa!

Pero... ¿y si lo rechazaba? ¿Y si el rector era una persona de principios tan fuertes como ella alegaba? ¿Y si se ponía del lado de su hija y no



aceptaba la pedida de mano? Resopló abatido. Entonces no le quedaría más remedio que dejar que ella cayera en la desgracia y viviera sumida en la vergüenza el resto de su vida. No era su culpa si Emily se mostraba tan terca. Había hecho mucho más de lo que nadie podría esperar. No necesitaba una esposa. No había querido una, y aún pensaba que estaría mucho mejor soltero y sin compromiso.

Bueno, eso lo creía a medias. Lo creyó solamente durante un kilómetro. Después propinó un puñetazo en el sillón almohadillado y profirió una maldición a viva voz. Lo cierto era que no podía soportar la idea de no casarse con ella, de no volver a estrecharla entre sus brazos nunca más. Sólo con pensarlo sentía unas arcadas casi incontrolables. Podría acusar al destino, pero desde el momento en que ella había entrado en su carruaje en Derbyshire, había quedado unida a él para siempre. El pensamiento de perderla lo carcomía como una úlcera.

¡Maldita fuera! Eso era lo que sucedía cuando un hombre permitía que las emociones frívolas controlaran su destino en lugar de la razón. Ella creía que podía hacerlo bailar al son de su música con tan sólo decirle unas pocas palabras de amor. Recurría a la seductora atracción del amor para hacer que él la deseara tan desesperadamente como para hacer cualquier cosa por ella. Su propio padre había cometido ese mismo error...

Jordan irguió la espalda en el asiento. Eso no era cierto. Su padre jamás había escuchado palabras de amor de su madre. Ella había tratado a su esposo con despecho, ignorando el increíble regalo valioso que él le ofrecía, tomando el amor como un don garantizado y jamás ofrendándolo ella misma.

«El amor no causa estragos letales; es la falta de amor lo que los provoca», le había dicho Emily.

Un repentino pánico se apoderó de él. Todo ese tiempo se había considerado una versión más inteligente de su padre, un hombre que había aprendido del ejemplo de su padre que las emociones eran peligrosas. Pero no era a su padre a quien se asemejaba, sino a su madre.

No importaba todo lo que se hubiera dicho a sí mismo, había estado tan falto de amor como Emily había alegado. Se había sentido encantado ante su confesión de que lo amaba. Había succionado ese afecto como una esponja avariciosa. Como su madre, lo había querido todo, sin dar nada a cambio. Toda la diversión, pero ninguna responsabilidad.

Sí, le había pedido a Emily que se casara con él, pero eso era una frivolidad. Había enfocado esa posibilidad como que ella se entregaría en cuerpo y alma, y también lo amaría, y él, a cambio, ¿qué le daría? ¿Su apellido? ¿Dinero? Ella no quería nada de eso. ¿Hijos? Ni tan sólo sabía si a Emily le gustaban los niños. ¿Su compañía? Una mujer como ella jamás estaría falta de compañía.



Lo que ella anhelaba, por más que pareciera increíble, era un matrimonio de verdad. Con él. Pero darle eso le resultaba mucho más difícil que ofrecerle su apellido o su compañía. Jordan sabía lo que suponía un matrimonio de verdad: su padre y su madrastra habían tenido uno. Un matrimonio de verdad suponía una relación difícil y compleja. Significaba un intercambio, una unión igualitaria. Significaba la necesidad de aceptar los deseos de la pareja aunque uno no estuviera totalmente de acuerdo.

Significaba permitir que la otra persona te conociera tan íntimamente que él o ella pudiera destruirte si ésa era su intención. Confianza. Significaba confianza.

«Si no eres capaz de hacer algo tan sencillo como eso...»

—¿Milord? —La voz de Watkins se filtró en la cabina—. Me dijo que me indicaría dónde tenía que ir cuando llegásemos a la ciudad.

Jordan dudó sólo un momento. Entonces entornó los ojos y se dejó guiar por la fe por primera vez en su vida.

—A casa, Watkins —gritó—, llévame a casa.

Arrugando la nota de Blackmore en su mano, Ophelia pidió que le prepararan el carruaje y luego deambuló con paso impaciente mientras esperaba. Las noticias provenientes de la casa de Blackmore no la sorprendieron en absoluto. Ya se había imaginado casi desde el principio que Emily estaba con él. Por supuesto, le había dicho a Randolph que la muchacha se había marchado a su casa y que regresaría dentro de unos días. Era lo único que se le ocurrió para evitar que su hermano adoptara alguna medida drástica, incluso había rezado porque ella regresara, pero en el fondo sabía que la muchacha había ido a ver a Blackmore. Y él se había quedado con ella. ¡Maldito sea ese tunante!

¿Pero dónde habían estado? No lo sabía. Ophelia se había personado en casa de Blackmore innumerables veces en los últimos tres días. Sus criados le habían comentado que el señor había abandonado la ciudad sin decirles adónde iba. Pero de lo que no le cabía la menor duda era que Blackmore estaba con Emily.

Ahora ese bribón había regresado, rompiendo todas las esperanzas que Ophelia había albergado que se hubiera llevado a Emily a Gretna Green. Debería de habérselo imaginado. ¿Por qué iba a casarse con esa chica si podía gozar de ella sin tener que pasar por el altar? Después de todo, puesto que Blackmore sabía la verdadera identidad de Emily, tenía la sartén por el mango. Él sabía perfectamente que ni Ophelia ni Randolph estaban en posición de recriminarle sus malas actuaciones en público.

Eso no significaba, no obstante, que Ophelia pensara quedarse con los brazos cruzados para que él escapara impune de tal afrenta. Oh, no. Lo obligaría a casarse con Emily, aunque para ello tuviera que apuntarlo con una pistola.



El carruaje llegó, y Ophelia se montó en él al tiempo que con voz fría e impaciente ordenaba al cochero que se pusiera en marcha. Cuando los equinos iniciaron el trayecto, volvió a abrir la tarjeta que contenía ese mensaje tan terso y lo volvió a leer. La única cosa que no comprendía era la insistencia de Blackmore de verla a ella a solas y que no le dijera a Randolph adonde se dirigía. Sí, le parecía curioso. Por el amor de Dios, ¿dónde se había metido Blackmore en los últimos tres días?

Cuando el carruaje llegó a la casa de Blackmore, Ophelia estaba visiblemente nerviosa. Ignoró al lacayo que intentó ayudarla a descender del carruaje y pasó airadamente delante del criado que mantenía la impresionante puerta de roble abierta para ella.

—¿Dónde está ese bellaco? —demandó, mientras el lacayo tomaba su capa.

Al pobre sirviente le temblaron las rodillas ante la severa mirada de Ophelia, pero no tuvo que indicarle el camino, puesto que unas voces provenientes de una puerta abierta en el piso superior atrajeron su atención. La condesa reconoció una de ellas, era Blackmore, y sin dudarlo ni un instante se precipitó hacia la escalera para subir a verlo.

Justo cuando alcanzó la puerta, le oyó decir:

—¿Dónde diantre está Hargraves? Tendría que haber llegado antes que yo. Realmente esperaba encontrarlo aquí...

Ophelia irrumpió en la estancia con ímpetu, tomándolo totalmente por sorpresa, pero ella también se quedó estupefacta ante la escena que la aguardaba allí dentro. Blackmore estaba deambulando delante de la chimenea en lo que parecía ser su estudio, con el semblante desencajado y con un aspecto remarcablemente desaliñado.

Además, Saint Clair también se hallaba presente, y en cambio Emily no estaba en ningún lugar visible.

Ignorando la mirada fría de Saint Clair, Ophelia fijó toda su atención en Blackmore.

—¿Dónde está? ¿Qué le ha hecho?

Su interlocutor se comportó con una calma irritante. Echó un rápido vistazo en dirección a su amigo y luego rodeó la imponente mesa hasta colocarse delante de ella, sin duda con la clara intención de intimidarla.

—Buenas tardes, lady Dundee —la saludó Blackmore fríamente mientras tomaba asiento—. Le agradezco mucho que haya venido.

—¡No estoy de humor para esa clase de convencionalismos, así que vayamos al grano! ¿Dónde está Emily?

—¿Emily y no Emma? ¿Abandona la farsa tan fácilmente? —Había una nota de verdadera sorpresa en su voz.



¡Qué se había creído ese energúmeno! ¿Qué se amedrentaría delante de Saint Clair cuando el honor de Emily estaba en tela de juicio? ¡Maldito bribón!

—¡Mire, no tengo tiempo para tonterías! ¡Quiero saber qué le ha hecho a esa pobre muchacha!

Jordan achicó los ojos.

—La «pobre muchacha» está donde le corresponde: en Willow Crossing con su padre. Yo mismo la llevé hasta allí.

Ophelia lo miró boquiabierta. ¿Emily estaba en su casa? ¿Con su padre?

Entonces asimiló la última parte de la frase.

—¿Me está diciendo que ha viajado con Emily durante dos días sin ninguna dama de compañía? ¡Maldito...! ¡Es usted un tipo aborrecible! ¡Pues no se saldrá con la suya! Cuando acabe con usted...

—¿Conmigo? —estalló Jordan. Levantándose abruptamente del asiento, se inclinó hacia delante y plantó ambos puños en el centro de la mesa despejada de papeles—. La llevé allí después de que ella viniera a verme sola por la noche. ¡Esa querida pobre muchacha me ofreció ciertos servicios deshonestos a cambio de que guardara silencio sobre toda esa abominable farsa! ¡Sí, la llevé a su casa! ¿Qué más se suponía que podía hacer? ¿Abandonarla a su suerte, para que usted y Nesfield se aprovecharan más de ella? ¡Por lo menos con su padre Emily estará a salvo!

Ophelia notó cómo el rubor se expandía por su cara por primera vez desde sus años de colegiala. ¿Emily se había... se había ofrecido a Blackmore? ¿Para comprar su silencio? ¡Virgen santísima!

La condesa se derrumbó en la silla más cercana, incapaz de digerir lo que había sucedido. La noche en que Emily le había hablado con toda franqueza, no había sido capaz de vislumbrar lo desesperada que estaba la pobre muchacha.

—Así que no me hable de damas de compañía —continuó Jordan, con una voz baja y amenazadora—. Todo lo que sé es que usted y el desquiciado de su hermano la empujaron para que ella viniera a verme.

Ophelia alzó la cabeza con el semblante terriblemente indignado.

—¡Cómo se atreve, es usted un libertino...! ¡No tenía ni idea de que ella sería capaz de actuar de un modo tan desesperado!

—¿Ah, no? ¿No lo sabía?

—¡No! —La condesa giró la cara hacia lord Saint Clair—. ¡Dígaselo! Usted sabe que yo jamás...



—Señora, con toda franqueza, no sé lo que usted es capaz de hacer. Me dijo que quería que ella se casara con Jordan. Quizá pensó que enviándola aquí, a verlo, sería la forma de conseguirlo.

Ahora era el turno de Blackmore de mirarlos desconcertado. Se encaró a su amigo y dijo:

—¿Lady Dundee te dijo eso?

—Sí. —Ophelia se apresuró a contestar—. Pero jamás habría intentado lograrlo de un modo tan ignominioso. Y Emily no sabía nada sobre mis planes acerca de ella. La muchacha estaba convencida de que usted nunca se casaría con nadie.

Una mirada apesadumbrada ensombreció el semblante de Blackmore.

—Sí, lo sé.

Ophelia se incorporó de la silla y se aproximó a la mesa.

—No importa lo que yo haya dicho o hecho, no debe culparla a ella. Sí, Emily participó en esta farsa porque yo se lo pedí. Supongo que sabrá el motivo, ¿no? —Cuando Blackmore sintió, ella continuó—. Pero su intención era únicamente encontrar al hombre que intentó fugarse con Sophie, nada más.

—No fui yo —intervino Saint Clair—. Quiero dejar ese punto claro para que no haya ninguna duda.

La condesa le lanzó una mirada fiera.

—Mire, ya no me importa si fue usted o no; hace días decidí que sería un buen esposo para Sophie. Si Blackmore no hubiera empujado a Emily a adoptar medidas desesperadas, yo misma le habría entregado la mano de Sophie.

Saint Clair parecía asombrado.

—¿En serio?

—¡Ya basta de hablar de ese tema! —los interrumpió Jordan—. No me importa nada Sophie ni sus malditos problemas. Sólo me importa Emily. Según su versión, lady Dundee, ella participó en esta farsa simplemente porque usted se lo pidió, pero eso no es cierto. La noche en que vino a verme, estaba aterrada. Quiero saber el porqué.

Ophelia suspiró.

—Si lo supiera se lo diría. Ella alegó durante todo este tiempo que únicamente lo hacía por Sophie, pero yo sabía que había algo más. Cuando al principio le pedimos su colaboración, ella se negó. Entonces mi hermano habló con ella en privado, y Emily cambió de opinión.

—¿Y no la interrogó al respecto? ¿Se atreve a lanzar a una pobre chica de provincias al peligroso ruedo de la temible sociedad londinense sin



sentir remordimientos, en medio de tipos sin ninguna clase de escrúpulos como Pollock?

—Mire, Blackmore, hice todo lo que pude para protegerla. La noche en que Pollock intentó sobrepasarse con ella en el jardín de lady Astramont...

—¿Sobrepasarse con ella? ¡La próxima vez que vea a ese desgraciado, lo colgaré por las pelotas!

Oh, cielos. Ophelia había cometido el error de asumir que Emily le había contado ese pequeño incidente.

—No se preocupe. Pollock no consiguió robarle nada más que un beso. Cuando los descubrí, ella lo estaba amenazando con el filo puntiagudo de su abanico, amenazándolo con dejarlo estéril para el resto de su vida. Emily puede defenderse muy bien sola, aunque usted opine lo contrario. Y si en alguna ocasión no ha sido capaz de hacerlo, yo he intentado protegerla.

—¿De veras? Entonces, ¿por qué nos dejó tanto rato solos en el museo? ¡A ver! ¡Qué excusa puede darme!

La condesa lo miró con porte desdeñoso.

—Cometí el error de pensar que estábamos en compañía de dos caballeros ese día. ¡Qué ilusa!

Blackmore no parecía compartir su sentido del humor.

—Emily no tendría que haber sido expuesta a esa situación...

—Estoy totalmente de acuerdo. Lamentablemente, a pesar de que le sugerí concluir esa farsa en más de una ocasión, ella se negó. Siempre se mostraba obcecada con la idea de completar su cometido. Y puesto que yo no tenía ni idea de por qué quería continuar, no me quedaba más alternativa que seguir adelante con el plan.

Su declaración pareció tomar a Jordan por sorpresa. Se pasó los dedos por el pelo en un gesto vacilante.

—Su hermano la amenaza con algo...

—Lo sé. Él no lo admitirá, y ella tampoco. Incluso le ofrecí confiarle a su padre otra rectoría si ella quería con tal de terminar con la farsa, pero Emily rechazó mi ayuda.

—Y la mía, también —espetó Blackmore—. ¡Maldición! Esperaba que usted pudiera aportarme alguna respuesta. Y en cambio, lo único que me ofrece son más preguntas.

—Me temo que la única persona que sabe la verdad además de Emily es Randolph. Y dudo que mi hermano acceda a hablar con usted.

—De todos modos, tampoco puedo hablar con él. —Blackmore la sorprendió con su revelación.



—¿Por qué no?

Sus apuestos rasgos varoniles se nublaron. Empezó de nuevo a deambular delante de la chimenea con paso inquieto, pero de repente se detuvo como si estuviera considerando lo que iba a decir. Entonces alegó en voz baja:

—Me dijo que si interrogaba a Nesfield no se casaría conmigo.

—¿Qué? —exclamaron al unísono Ian y Ophelia.

—¿Casarte? ¿Tú? —agregó su amigo, con los ojos iluminados con malicia.

Jordan les dedicó a ambos una mirada resentida.

—Tarde o temprano a todo hombre le llega la hora de casarse, ¿no? Y a menos que hayan aprobado alguna nueva ley en el Parlamento y yo no me haya enterado, un conde ha de casarse aunque sea contra su voluntad.

Sólo con dificultad pudo lady Dundee sofocar la carcajada pletórica que amenazaba con explotar en su garganta. ¡Blackmore quería casarse con Emily! ¡Cielo santo, esa chica había conseguido cazar a uno de los solteros más codiciados de la ciudad! ¡Un soltero de oro! Eso era precisamente lo que la condesa había deseado, pero no esperaba que su sueño fuera a convertirse en realidad.

—Por supuesto que debe casarse. —Ophelia puso todo su empeño en contestar diplomáticamente. Después, tras una pausa agregó—: Entonces, por lo que nos acaba de decir, entiendo que se le ha declarado. Pero, ¿ella le ha aceptado?

Obviamente, era una cuestión peliaguda. Jordan alzó el atizador de metal y atacó furiosamente las brasas hasta que las llamas amenazaron con prender fuego a todo el mobiliario de la estancia.

—No exactamente. Depende de lo que yo decida hacer respecto a Nesfield.

—Qué extraño —musitó Ophelia—. ¿Qué puede saber Randolph acerca de ella que la impulse a rechazar casarse con el hombre al que ama?

Jordan la miró con estupefacción.

—¿Emily le ha dicho que me ama?

—No con palabras. Pero siempre que usted aparece, la reacción de Emily hacia usted es tan perceptible como el aroma a lavanda que se desprende de su pelo.

El comentario pareció agrandar a Jordan. Justo en el momento en que Ophelia iba a preguntarle si él también sentía lo mismo por Emily, una nueva voz dijo desde la puerta:

—Buenos días, milord. Tengo entendido que me estaba buscando.



Mientras todos los ojos se volvieron para observar al hombre pelirrojo situado en el umbral de la puerta, Blackmore exclamó:

—¡Hargraves! ¡Al fin estás aquí! ¿Qué te ha demorado tanto? En Willow Crossing me dijeron que hacía dos días que te habías marchado.

—¿En Willow Crossing? ¿Ha estado allí, milord?

—Sí, al final partí el mismo día que tú —explicó Jordan impacientemente—. Esperaba encontrarte en el camino de regreso.

—Mi caballo perdió una herradura, y tuve que hacer una parada forzosa en Bedford para que le pusieran una nueva. Probablemente usted me adelantó en la carretera mientras yo estaba en casa del herrero. Lo siento, milord. He vuelto lo más rápido que he podido.

Ophelia escudriñó a la figura enclenque con ojos recelosos.

—¿Quién es este hombre, Blackmore?

—Mi sirviente. Le pedí que fuera a Willow Crossing a averiguar todo lo que pudiera acerca de Emily.

¿Blackmore había estado espiando a la muchacha? Realmente debía de estar enamorado de ella.

—¿Y bien? ¿Qué has descubierto? —Jordan interrogó a Hargraves con un tono impaciente.

Hargraves parecía un poco incómodo ante la idea de tener que hablar ante tal audiencia.

—Pregunté a varias personas qué conexión había entre Nesfield y la señorita Fairchild, y la mayoría me contestó que ninguna. Pero el boticario me contó una historia muy curiosa. Parece que la madre de la muchacha murió hace más de un año a causa de una larga enfermedad que la consumió lentamente, algo parecido a lo que le pasó a su pobre madrastra, milord. Que Dios la tenga en la gloria. La señorita Fairchild era quien se encargaba de administrarle las medicinas, básicamente láudano para combatir el dolor. El día en que falleció, fue la señorita Fairchild quien la encontró muerta. —Hizo una pausa para crear un efecto de suspense—. Y lord Nesfield.

Jordan se quedó mirando a su criado sin parpadear, sin saber qué pensar. Mentira, sí que sabía qué pensar. Emily jamás se quedaría impasible viendo sufrir a alguien, especialmente a su madre. ¿Podía haberle suministrado una dosis letal de láudano, y Nesfield lo averiguó por casualidad?

La voz de Emily retronó en su conciencia: «Lord Nesfield sabe cosas sobre mí... Dios no te perdonaría que te casaras con una mujer que te oculta cosas, que podría ser una ladrona o... o una asesina».



Santo cielo, de repente todo cobraba sentido. Eso explicaba por qué ella se negaba rotundamente a contarle a nadie la verdad. Había cometido un crimen. Nesfield podría conseguir que la colgaran por ello, y Emily lo sabía.

Jordan debería estar horrorizado. Después de todo, estaban hablando de un matricidio. Pero entonces recordó perfectamente bien el horrible dolor que Maude había sufrido al final de su larga agonía. Él también habría estado más que dispuesto a suministrarle más láudano del debido si hubiera podido.

No le extrañaba que Emily se hubiera comportado de un modo tan desesperado. ¡Por eso le había suplicado que confiara en ella! Probablemente había pensado, y no sin razón, que Jordan no podría hacer nada si la acusaban de asesinato. Incluso era posible que ella hubiera tenido miedo de que él la despreciara cuando supiera la verdad.

Pues no era a ella a quien despreciaba.

—¡Maldito canalla! —bramó Jordan al tiempo que se giraba hacia lady Dundee—. ¡Su hermano Randolph es la rata más despreciable que pueda haber en toda la faz de la tierra!

Por lo visto, ella había llegado a una conclusión muy similar respecto a Emily y a su pobre madre, ya que contestó:

—Sí, Randolph es un miserable.

Un terrible escalofrío de temor sacudió a Jordan. Por todos los santos, si hubiera ido a ver a Nesfield primero... Ahora comprendía por qué Emily le había dicho que tuviera fe en ella. Jordan podría haber puesto en peligro su vida. Pero claro, si Emily le hubiera confiado ese gran secreto en primer lugar...

No, ella no confiaba lo suficientemente en él para confesarle esa tremenda verdad, no sabía cómo reaccionaría él. ¿Y podía culparla por ello? Después de todo, era su vida la que pendía de un hilo. Sin embargo, Jordan deseaba fervientemente que ella hubiera confiado en él; no le habría fallado.

—¿Qué podemos hacer ahora? —inquirió lady Dundee—. Si Randolph ha hecho esa clase de amenazas tal y como supongo, no es para tomarlo a broma.

—No, no es para tomarlo a broma. —Jordan reflexionó unos momentos. De repente, se le ocurrió una idea tan simple que se preguntó cómo era posible que no se le hubiera ocurrido antes.

—¡Un momento! Tengo la solución perfecta para este desbarajuste.

Con unas pocas palabras, describió su plan.

Lady Dundee lo miró con palmaria admiración.



—¡Creo que sí que puede funcionar!

Un lacayo muy joven irrumpió súbitamente en la estancia, seguido de uno de los criados de Jordan, quien intentaba detenerlo.

El lacayo avistó a lady Dundee y se apresuró a correr hacia ella.

—¡Milady, ha de regresar a la casa de lord Nesfield de inmediato! ¡Lady Emma ha vuelto! Ha venido con un señor mayor y... —De golpe, el mozalbete fue plenamente consciente de los cuatro pares de ojos que lo escrutaban, y retrocedió—. Bueno, el señor Carter pensó que era mejor que los avisáramos tanto a usted como a lord Nesfield.

—Iré ahora mismo —contestó Ophelia al lacayo, entonces se volvió para mirar a Jordan a los ojos—. ¿Qué cree que es lo que sucede?

Él sacudió la cabeza.

—Supongo que Emily le ha contado a su padre la gravedad de la situación, y él ha venido a echarle una mano. Aunque no sé qué podrán hacer los dos. Nuestro plan parece la mejor solución.

La condesa enfiló hacia la puerta, pero se detuvo un instante.

—Usted también viene, ¿no, Blackmore?

—Por supuesto. No tardaré.

Cuando lady Dundee hubo desaparecido, Jordan se reclinó en la mesa en busca de apoyo, y de repente sintió que las piernas le flaqueaban.

—¿Estas bien? —preguntó Ian.

Jordan sacudió la cabeza vigorosamente.

—¿Y si aparezco allí, y ella cree que he ido a ver a ese hombre en contra de su voluntad? ¡Por Dios! ¿Y si lo único que hago es empeorar las cosas?

—¿Temes ir contra su voluntad? Le prometiste no interrogar a Nesfield acerca de esa farsa, y no has faltado a tu palabra. No veo cómo puedes empeorar las cosas más de lo que ya están.

—Sí, pero quizá ella lo interprete de un modo distinto, y si Emily no... — Se detuvo en seco; los pensamientos que lo abordaban le provocaron una pesadez insólita en el pecho—. Podría perderla.

Ian lo miraba con asombro y con pena a la vez.

—Así que el conde de Blackmore finalmente se ha enamorado —dijo suavemente.

Jordan empezó a pronunciar su típica negativa, pero se dio cuenta de que no podía hacerlo. No podía articular las palabras.

—¿Enamorado? ¿Es así cómo describen este detestable estado físico y mental? ¿Los ataques de sudor frío, el corazón latiendo atolondradamente, el tremendo temor a tener que vivir sin ella?



—Eso es lo que me han dicho.

Jordan se quedó mirando fijamente a su amigo, luego soltó un bufido.

—¡Entonces enamorarse es una insoportable molestia! ¡Ya tenía yo razón en eso de no querer caer en la trampa durante todos estos años! Cielos, no creo que tenga fuerzas suficientes para soportar pasar otra vez por esta misma situación en mi vida.

Ian sonrió.

—Con un poco de suerte, no tendrás que hacerlo.



Capítulo 20

Viste de forma simple, y sé frugal en tu dieta; en pocas palabras, querido, calla y bésame.

RESUMEN DE LOS CONSEJOS DE LORD LYTTELTON.
LADY MARY WORTLEY MONTAGU

Emily se hallaba sentada cerca de la chimenea en la sala de estar de la casa de lord Nesfield. De repente se levantó y empezó a deambular por la estancia con un patente nerviosismo, retorciendo la punta del chal hasta formar un nudo laberíntico.

—Emily, hija mía, cálmate —le dijo su padre—. Muy pronto todo este enredo se habrá acabado.

—Lo sé. —¿Y entonces, qué? ¿Se casaría con Jordan? ¿Aun sabiendo que él no la amaba? Ni tan sólo sabía cómo reaccionaría él ante las nuevas acerca de la muerte de su madre. Quizá no querría tener ninguna relación con su familia después de eso.

¿Y de todos modos, dónde debía de estar él? ¿Habían conseguido ella y su padre llegar a Londres antes que Jordan? Le costaba creerlo. Su curiosidad amenazaba con estrangularla.

—Papá, iré a hablar con Carter.

—¿El mayordomo? ¿Por qué?

—No es nada, yo sólo... sólo quiero saber cuánto rato tardará lord Nesfield en llegar.

Aunque en verdad lo que Emily se proponía mientras abandonaba rápidamente la sala era averiguar si Nesfield estaba con Jordan. O si Jordan había venido antes y Nesfield había salido con la intención de iniciar el proceso para que la juzgaran. Pero no podía contarle a su padre sus temores, quien ni tan sólo había oído hablar de Jordan. Ella le había contado que un amigo la había llevado a Willow Crossing. Era cierto, por supuesto, aunque Jordan era algo más que un amigo. No obstante, no se había atrevido a mencionar su posible futuro con Jordan, cuando todavía estaba tan insegura acerca de sus propios sentimientos y quedaban tantos problemas por resolver.



Lo cierto era que ahora ya no importaba si Jordan había hablado con Nesfield o no. Incluso si Nesfield intentaba cumplir sus amenazas, papá tenía la forma de evitarlo.

Sin embargo, para ella sí que era importante saberlo. Si Jordan no podía confiar en ella, ¿qué clase de matrimonio les esperaba? Quizá sí que podría vivir sin su amor, pero ¿sin gozar de la confianza de él? ¿Sin que Jordan mostrara la menor consideración hacia sus deseos? Esa sería, sin duda, la peor clase de alianza posible.

Por otro lado, lo que le había pedido a Jordan que hiciera era más de lo que cualquier hombre estaría dispuesto a hacer. Desconociendo las circunstancias, le había pedido que se mantuviera al margen. Cualquier hombre pensaría que eso era muy difícil, pero para Jordan era lo más cercano a lo imposible.

Peor todavía, a lo mejor él aún no había llegado a Londres, y por tanto, Emily jamás podría tener la certeza sobre cómo habría reaccionado.

Encontró a Carter en el comedor, coordinando los preparativos para la siguiente comida tranquilamente, como si la extraña situación en la casa fuera algo normal y corriente que sucediera cada día.

—¿Puedo preguntarle algo? —inquirió ella en voz baja, lanzando miradas furtivas hacia los otros criados—. ¿A solas?

—Por supuesto, mil... señorita Fairchild.

En el momento en que ella y su padre habían llegado, el rector había insistido en dejar a los sirvientes bien claro la verdadera identidad de su hija. Emily habría preferido que no lo hubiera hecho, puesto que seguramente eso lo complicaba todo, y porque lady Dundee habría preferido actuar de un modo distinto.

Pero su padre era una persona demasiado recta y sincera para mentir.

Emily se llevó a Carter hacia una esquina.

—Nos ha dicho que lord Nesfield está en el club. ¿Ha ido... solo? ¿O alguien lo ha invitado a ir?

Carter pareció no inmutarse ante el interrogatorio.

—¿Invitado al señor? La única persona que ha recibido una invitación esta mañana ha sido lady Dundee. Lord Blackmore quería verla en su casa. Allí es donde está en estos momentos la condesa.

Ella lo miró con los ojos descomunamente abiertos.

—¿Está seguro de que la invitación iba dirigida únicamente a ella? ¿No incluía a lord Nesfield?

—Estoy totalmente seguro. Lo digo porque la señora me pidió que no le dijera a su hermano adónde se dirigía. Según la señora, ha sido el propio lord Blackmore quien se lo ha pedido.



Emily procesó la información con una sorprendente alegría. ¡Jordan había hecho lo que ella le había pedido! No podía acusarlo por hablar con lady Dundee —eso no formaba parte de su acuerdo, y por otro lado era obvio que él desearía obtener toda la información posible por otras vías—. Pero no había ido a ver a Nesfield. Sin lugar a dudas, eso significaba que él sentía algo por ella, ¿no?

A pesar de que tuvo que recordarse a sí misma que la pesadilla aún no había tocado a su fin, Emily sintió una intensa alegría que le aligeró el peso del corazón. Se apresuró a regresar a la sala de estar, se sentó al lado de su padre y sonrió complacida. Jordan había aceptado lo que ella le había pedido. Su Jordan. Sí, su Jordan. Ahora sí que podía pensar en él en esos términos; bueno, eso si él aún la quería cuando se acabara todo ese lío.

Ella y su padre oyeron a la vez el trepidante ruido de los cascos de unos caballos que tiraban de un carruaje. El rector tomó su mano y la estrujó cuando el carruaje se detuvo en la calle. Entonces oyeron voces en el vestíbulo, pero quien finalmente irrumpió en la sala no fue Nesfield, sino Jordan.

Emily lo miró sorprendida mientras él avanzaba con paso firme hacia ella, con lady Dundee y lord Saint Clair pisándole los talones. Ni tan sólo tuvo tiempo de presentar a Jordan a su padre.

—Emily, el carruaje de Nesfield venía justo detrás del nuestro. Sólo tenemos un momento. Escucha, lo sé todo: sobre tu madre y el láudano y el chantaje que te ha hecho Nesfield. —Cuando ella frunció el ceño, él agregó—: Y no he obtenido esa información de Nesfield, por si es eso lo que estás pensando. No he hablado con él. Lo juro.

—¿Entonces cómo lo has averiguado?

—Ahora no hay tiempo para explicaciones. —Arrodillándose ante ella sobre una pierna, le tomó la mano y la besó—. Ahora es tu turno de demostrar que confías en mí. Tengo una solución que te salvará y que evitará que nadie salga perjudicado, pero primero tienes que permitirme que hable con Nesfield.

—¿Quién es este hombre, Emily? —los interrumpió el rector, con la vista fija en sus manos entrelazadas.

—Es... es un amigo —repuso ella avergonzada—. Papá, te presento al conde de Blackmore. Lord Blackmore, éste es mi padre, Edmund Fairchild.

—Para mí es todo un honor conocerlo, señor —dijo Jordan rápidamente—. Tenemos que hablar de muchas cosas, pero me temo que tendremos que dejarlo para más tarde. —Ignorando la forma en que el rector lo miraba desconcertado y con la mandíbula visiblemente desencajada, volvió a centrar toda su atención en Emily—. No hablaré con Nesfield sin



tu permiso. ¿Me permitirás que haga esto por ti? Sé lo que hago, te lo aseguro.

—Sabe lo que hace —proclamó lady Dundee en un susurro, después miró de soslayo por encima del hombro y oyó a Carter hablando con su hermano en el vestíbulo—. Deja que Blackmore hable primero.

—Un momento, nosotros tenemos nuestra propia solución —intervino el rector.

—Tranquilo, papá. —¿Jordan le había pedido permiso? ¿El conde que siempre quería tener el control de todas las situaciones le había pedido permiso?

Su cara se iluminó con una sonrisa.

—Quiero ver qué es lo que se le ha ocurrido a lord Blackmore. No puede empeorar las cosas, ¿no? —Emily lanzó a su padre una mirada significativa—. Por favor, ¿lo harás por mí?

Su padre apenas tuvo tiempo de dar su consentimiento dudoso antes de que lord Nesfield irrumpiera en la sala.

—¿Dónde está esa maldita caradura? —ladró, entonces se quedó paralizado al ver a su hermana, al rector, al conde de Blackmore, y al vizconde de Saint Clair, todos reunidos alrededor de Emily como una falange de soldados protegiendo a su reina.

Sin embargo, no tardó en recuperarse de la impresión inicial.

—¡Fuera! ¡Salid todos de aquí ahora mismo! Excepto mi sobrina. Quiero hablar con ella a solas.

Emily se rio con sarcasmo. ¿Ese impresentable todavía quería continuar con la farsa? ¿Ahora? ¿Incluso en presencia de su padre?

—Ni se te ocurra reírte de mí, jovencita —la regañó Nesfield—. Ya sabes lo que puedo hacer contigo.

Su padre se puso rígido e hizo el gesto de levantarse, pero Emily lo agarró por el brazo para detenerlo.

Jordan dio un paso hacia delante.

—¿Ah, sí? Veamos, ¿qué piensa hacerle?

Qué pena que Nesfield no estuviera acostumbrado a la insolencia de Jordan como ella lo estaba, porque si no se habría dado cuenta de que se estaba metiendo en un terreno muy peligroso.

—No es asunto suyo, Blackmore. Márchese.

—No puedo. He venido a hablarle de su sobrina. Quiero casarme con ella.



Emily torció el gesto. Si ésa era la forma que Jordan tenía de solucionar las cosas, iba muy equivocado. Su padre empezaba a enfadarse, pero ella mantuvo su garra férrea sobre su brazo, emplazándolo a mantenerse callado.

—¿Casarse con ella? —escupió Nesfield—. ¡No lo permitiré! Y ahora márchese. Y de paso llévese a su amigo.

—Seguramente preferirá que me case con su sobrina antes que con su hija.

La declaración tan directa captó la atención de todos los congregados. Nesfield lo miró con una irritación incontenible.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que soy el tipo que intentó fugarse con su hija Sophie. Sé que me ha estado buscando. Sé que ha contratado a hombres para que descubran mi identidad. A pesar de ello, había planeado volver a hacerlo, por supuesto. —Jordan giró la cabeza y clavó la vista en Emily—. Pero entonces conocí a su adorable sobrina, y perdí todo el interés por su hija.

Emily lo miraba sin pestañear, sorprendida y nerviosa y complacida. ¡A Jordan se le había ocurrido la solución perfecta! Primero había proclamado ser el tunante al que Nesfield deseaba destruir, luego había eliminado la razón de Nesfield para hacerlo, ofreciéndole apartarse de Sophie. Era simplemente un plan brillante y perfecto, y si estuviera a solas con él, le daría un beso para demostrarle su agradecimiento.

—Lady Emma me ha robado completamente el corazón —prosiguió Jordan en un tono que realmente parecía sincero. Desde luego nadie podía negar el calor que emanaba de sus ojos mientras la miraba—. Así que ya ve, ha de dar su consentimiento a este matrimonio, puesto que sé que no tiene ningún deseo de que me case con su hija.

El rector se incorporó de un salto de la silla, incapaz de contenerse por más tiempo.

—No le haga caso a este sujeto, lord Nesfield. Él no es quien intenta fugarse con su hija, y puedo probarlo.

Jordan se giró hacia el anciano impetuosamente. Su cara plasmaba la inmensa rabia que sentía al ver cómo su plan se venía abajo en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Señor Fairchild, usted no comprende la gravedad de la situación!

Emily decidió que era mejor intervenir. Se levantó de la silla y dijo:

—Te equivocas, Jordan. Mi padre comprende la gravedad de la situación. Deja que hable él.



Jordan la miró fijamente durante un momento, luego asintió tensamente. Pero por primera vez en su vida, Emily vislumbró miedo en su cara. Miedo por ella, y eso la reconfortó profundamente.

—¿Qué sabe usted de todo este asunto, Fairchild? —exigió Nesfield.

—¿Se acuerda de mi sobrino, Lawrence Phelps? —Cuando Nesfield se limitó a mirarlo con cara de malas pulgas, el rector continuó—: Él es quien quiere fugarse con Sophie. Y digo quiere porque probablemente ahora mismo esté ya en Escocia con ella. Lamento decírselo, milord, pero tengo la certeza de que cuando usted les dé alcance ya estarán casados.

Esta nueva revelación dejó a todos atónitos. Nesfield sacaba humo por los colmillos, lord Saint Clair parecía consternado, puesto que nunca había oído hablar del primo de Emily, y Jordan estaba frunciendo el ceño.

Sólo lady Dundee mantenía la calma cuando se giró hacia Emily.

—¿El señor Phelps? ¿El abogado que vino aquí, supuestamente a verte a ti?

Cuando Emily asintió, la condesa se rió a mandíbula batiente.

—Eso sí que es un enlace bendecido por el cielo. Ese chico es la viva imagen de un hombre serio y con una obsesión protectora, exactamente el comportamiento al que Sophie está acostumbrada gracias a su padre.

Emily no había pensado en esos términos previamente, pero ahora que lo hacía, no pudo reprimir echarse a reír también. Pero por supuesto, a esas alturas, cualquier cosa le provocaba risa.

Lamentablemente, sus carcajadas sólo consiguieron enfurecer más a lord Nesfield.

—¡Mi Sophie no se casará con un abogado! ¡Obtendré la nulidad de ese matrimonio! ¡Mataré a ese bellaco! ¡Voy a... a...!

—No harás nada de eso —lo increpó lady Dundee—. Y hasta que no te comportes de una forma civilizada, estaré más que encantada de alojar a mi sobrina y a su nuevo esposo en mi casa en Escocia.

Con la expresión lívida y apretando los labios peligrosamente, lord Nesfield se acercó a Emily.

—¡Todo esto lo has organizado tú! ¿No es cierto? ¡Maldita bruja! ¡Haré que te ahorquen por ello!

Emily retrocedió ante el tono malévolo que se desprendía de su voz, pero Jordan se interpuso entre ella y Nesfield.

—¡No se acerque a ella o lo mato, lo juro! Y si vuelve a hablarle de ese modo otra vez...

—Sí, sí, diga lo que quiera, Blackmore, pero no podrá evitar que arruine la vida de ella ni la de su padre. —Lord Nesfield hablaba ahora con un tono



más desagradable—. Y tampoco creo que usted decida frenarme cuando sepa la verdad acerca de esa chica endiablada. Para que lo sepa, mató a su madre.

—¡No es cierto! —gritó Emily.

—¡No me importa! —aseveró Jordan, con un tono contundente.

Ambos se miraron confusos.

—¿No lo hiciste? —inquirió él.

Emily lo miró desconcertada.

—¿De verdad creías que lo había hecho?

—Bueno... yo... yo... mi criado fue a Willow Crossing y descubrió que... que, bueno, deduje que... —Al ver cómo ella arrugaba cada vez más la nariz con cada nueva palabra que dejaba escapar de sus labios, añadió firmemente—: Pero no me habría importado, ¿sabes? Tu madre estaba sufriendo mucho a causa de un terrible dolor, y tú tienes un corazón extraordinario. Lo comprendo. Yo...

—No te esfuerces más —lo interrumpió ella mientras una risita nerviosa pujaba por escapar de su garganta. Debería de estar furiosa porque él la hubiera creído capaz de cometer un asesinato, pero era obvio que Jordan entendía las circunstancias. Y toda la rabia que podía sentir se desvaneció ante la evidencia de que él estaba dispuesto a hacer un enorme sacrificio por ella, incluso cuando pensaba que había segado la vida de su madre. De repente se sintió feliz—. No te esfuerces más, Jordan —repitió suavemente—. No la maté.

Su padre frunció el ceño ante esas muestras de diversión impropias, luego se encaró a Nesfield.

—Así es. Mi hija no la mató. Mi esposa se quitó la vida ella sola.

Los congregados —excepto Emily— se quedaron absolutamente pasmados ante tal confesión. Todos se quedaron en silencio, más por quien decía las palabras que por su contenido. Ahora que el rector estaba seguro de haber captado la atención de los allí presentes, añadió:

—Verán, mi esposa dejó una nota antes de suicidarse.

De nuevo, Emily sintió que se había quitado otro peso enorme de encima. Todavía se sentía culpable de que hubiera sido el láudano lo que mató a su madre. Pero existía una gran diferencia en saber que su madre no había sucumbido simplemente a un repentino ataque de dolor y había ingerido una dosis letal de una medicina que Emily había cometido el error de dejarle cerca. En la nota, su madre explicaba los motivos por los que había planeado quitarse la vida —planeado y ejecutado—. Y Emily no podía culparla —ni tampoco a ella misma— por lo sucedido.



—¿Qué quiere decir? —preguntó Nesfield con recelo—. Usted nunca me habló de ninguna nota.

Su padre se puso colorado.

—Lo sé. Y eso no sólo fue una falta, sino también un grave error. —El rector dudó unos instantes, como si no deseara revelar más información delante de gente desconocida. Entonces suspiró, seguramente porque se dio cuenta de que no le quedaba ninguna otra alternativa—. El día en que mi esposa murió, cuando llegué a casa y los vi a usted y a Emily con mi pobre Phoebe ya sin vida, me desmoroné de pena. Subí corriendo a mi habitación, Phoebe y yo habíamos estado durmiendo en lechos separados porque de ese modo ella podía descansar mejor, y entonces fue cuando encontré la nota, en el vestidor; Phoebe se había arrastrado desde la cama hasta el vestidor.

Emily se apresuró a colocarse al lado de su padre, notando nuevamente toda la angustia que ahogaba al pobre anciano. Él se apoyó en ella en un intento de reunir fuerzas y continuar.

—Mi primera reacción fue de horror. Phoebe había cometido el peor de los pecados; se había condenado para toda la eternidad. —Se detuvo unos instantes, sin poder controlar la emoción—. Pero incluso era peor pensar que su dolor pudiera haber sido tan intenso como para cometer un acto tan reprobable.

El rector fijó los ojos en la cara de su hija.

—Entonces empecé a considerar otras cuestiones, de un modo egoísta. Si el suicidio de Phoebe salía a la luz, yo perdería mi empleo y caería en desgracia. ¿Y qué sería de mi hija? Prácticamente seguro que Emily no podría casarse ni soñar con llevar una vida normal y corriente... —Al anciano se le quebró la voz, a continuación alzó la cabeza con una expresión obcecada—. No es que me sienta orgulloso de ello, pero no creo que fuera un error que considerase esas cuestiones. De cualquier modo, ése fue el motivo por el que decidí mantenerlo en secreto, e incluso ocultárselo a mi hija. Pensé que ella no sabía nada sobre el suicidio. Y para ser honesto, ninguno de los dos ansiaba hablar sobre la muerte de Phoebe.

El anciano estrujó la mano de Emily con tesón.

—Pero fue un error, y ahora me doy cuenta. Al menos debería haberle contado a mi dulce hijita lo que había sucedido.

—Yo también debería haberte contado la verdad, papá —lo interrumpió ella, incapaz de soportar que él asumiera toda la culpa—. Pero quería protegerte.

—Y yo a ti. —El rector rió con amargura—. Así que los dos hemos recibido el castigo por nuestro silencio. Yo merecía mi castigo. —Su voz volvió a quebrarse—. Pero mi adorable hija no. Si hubiera podido llegarme



a figurar que ella y lord Nesfield lo sabían o que él usaría esos conocimientos contra ella...

—No podías saberlo —lo reconfortó Emily, con lágrimas rodando por sus mejillas. Todavía la sorprendía que su padre hubiera podido guardar un secreto tan oscuro durante tanto tiempo. Por eso no había sido capaz de olvidar su luto. ¡Y por ella! ¡Lo había hecho por ella!

—Oh, papá, te quiero —susurró.

—Yo también te quiero, pequeña.

—Qué escena tan conmovedora —escupió Nesfield con una voz dura. Acto seguido propinó un golpe en la alfombra con su bastón—. Pero esa nota no es una prueba irrefutable. ¿Cómo sé que usted no la ha escrito porque se lo ha pedido su hija?

El rector miró a lord Nesfield con hostilidad.

—Milord, puede tener todas las riquezas y todo el poder del mundo, pero incluso usted no puede ignorar una nota escrita por la mano de una mujer difunta. Cualquiera que compare esa nota con otras escritas por ella se dará cuenta de que es la misma letra. Y puesto que contiene la fecha de su muerte y en ella se afirma sin dudar que mi esposa planeaba quitarse la vida, eso es prueba suficiente.

Nesfield podía ser un desgraciado, pero no era idiota. Sacudió la cabeza incómodamente mientras observaba a todos los testigos de esa conversación a través de sus anteojos.

—Creen que han ganado la partida, ¿verdad? Muy bien, quizá no pueda probar el asesinato. Pero eso no me privará de arruinarle la vida, Fairchild. Todo el mundo se enterará de que su esposa se suicidó, y no será capaz de hallar ninguna otra rectoría...

—Eso lo dudo seriamente —lo interrumpió Jordan—. Aquí delante tiene a tres personas más que dispuestas a darle a este hombre un empleo. —Se acercó a Nesfield y bajó la voz amenazadoramente—. En cuanto al escándalo, estoy seguro de que el mundo entero desearía oír cómo la hija del marqués de Nesfield se fugó con un abogado.

Nesfield palideció.

—O quizá —continuó Jordan con más saña—, debería contarle a todos cómo usted ha manipulado el suicidio de la esposa de su propio rector para obligar a su hija a intervenir en una farsa contra su voluntad. Estoy seguro de que será uno de los temas predilectos en las tertulias de la alta sociedad.

—¡No será capaz de difundir ese chisme! ¡Con ello también ridiculizaría a la señorita Fairchild!



—Quizá al principio, ¿pero acaso eso importará, cuando se convierta en mi esposa? —Lord Nesfield palideció, y Jordan añadió—: Sí, deseo casarme con ella, y ahora más que nunca. Y nadie se atreverá a decir nada contra ella cuando yo esté cerca. Probablemente toda esta historia quedará como un gran melodrama, con villano incluido. Lady Dundee también puede ofrecer su versión de todo lo acontecido, e Ian puede deslumbrar a sus amigos alegando que ha sido testigo de toda esta farsa. Su nombre, Nesfield, quedará envilecido cada vez que alguien lo repita.

—¡Ya basta! —Nesfield se tambaleó atribulado, con un rictus de horror en la cara.

Emily jamás lo había visto con un aspecto tan viejo, ni tan desvalido. Sin su hija y sin ninguna posibilidad de vengarse del hombre que se la había llevado, el marqués ofrecía un semblante marchito y patético. Si no hubiera sido por todos los sufrimientos y humillaciones que le había hecho pasar, habría sentido casi pena por él. Casi.

—Muy bien —murmuró Nesfield, aferrándose a su bastón con manos temblorosas—. Nada de lo que hemos hablado hoy aquí saldrá de estas cuatro paredes.

—No es suficiente —replicó Jordan—. No quiero que mi esposa se vea obligada a continuar mintiendo. —Le lanzó a Emily una sonrisa fugaz, a la que ella respondió con todo el amor de su corazón—. Emily detesta mentir, y no quiero que eso la angustie más. Pero claro, usted ha proclamado ampliamente que ella es la hija de lady Dundee.

Nesfield cruzó los brazos sobre el pecho, y Jordan continuó:

—Así que le contaré lo que haremos: difundiremos una historia rectificada de esta gran patraña. Emily, preocupada por su amiga Sophie, accedió por voluntad propia a intervenir en la farsa con la intención de descubrir al canalla que había intentado fugarse con su hija. Fue una misión noble, pero abocada al fracaso puesto que yo sabía quién era Emily desde el principio.

Cuando Nesfield lo miró sorprendido, una sonrisa perversa se expandió en los labios de Jordan.

—No lo sabía, ¿verdad? De todos modos, en nuestra nueva versión diremos que yo decidí ayudarla y lo mismo hizo Ian. En el proceso, ella y yo nos enamoramos. Pero cuando Emily descubrió que era su propio primo, un hombre acaudalado, quien se había fugado con Sophie, intercedió por la pareja, y usted, siendo como es un hombre paternal y generoso, accedió a aceptar al primo de la señorita Fairchild como esposo de Sophie, y añadir doscientas libras al estipendio anual del señor Fairchild.

—No esperará que yo... —empezó a decir Nesfield.



—No se preocupen —intervino el padre de Emily—. No deseo seguir trabajando para este infeliz.

Jordan se encogió de hombros.

—Muy bien, ningún problema; eso tiene fácil arreglo. Entonces diremos que el señor Fairchild dejó su parroquia porque su yerno le hizo una oferta muy generosa.

—Nadie creerá este... este... este cuento de hadas —masculló Nesfield casi sin voz.

—Tiene razón —replicó Jordan—. Pero no importa, todo el mundo especulará acerca de la verdadera historia, y se convertirá en el tema de comidilla durante las semanas venideras, pero con tantas personas de elevado rango aristocrático implicadas en el asunto, nadie se atreverá a criticar a ninguno de los personajes que ha tomado parte en la farsa. Además, en teoría fue por una buena causa, e incluso ha acabado con un final feliz, con dos parejas enamoradas que se van a casar.

Su tono se volvió resolutamente sarcástico.

—Y puesto que todo el mundo se ha comportado como era de esperar, es posible pasar por alto algunos pormenores. La gente verá a mi esposa y a lady Dundee como dos fieles defensoras de los jóvenes amantes, y su hija será elogiada por su dedicación al amor. Por supuesto, a ninguno de los aquí presentes se nos ocurrirá incurrir en el error de mencionar que el nuevo esposo de Sophie es un abogado. Lo único que no me satisface es que usted salga de toda esta enmarañada historia como si fuera un santo.

Nesfield consiguió reunir un poco de su antipatía habitual.

—Si de verdad cree que voy a secundar este cuento simplemente para que la señorita Fairchild mantenga su reputación intacta...

—Cuidado, Randolph —lo previno lady Dundee—, Si tu apellido se hunde en el barro, eso también me afectará a mí, y te aviso que me niego a convertirme en el hazmerreír en las fiestas de la alta sociedad.

Jordan enarcó una ceja.

—¿Y bien, Nesfield? ¿Qué tal si zanjamos este tema del modo menos pernicioso para todos con un cuento con final feliz? Creo que usted no merecería salir impune, pero puesto que cualquier otra solución podría derivar en una afrenta hacia Emily —y de ningún modo toleraré que vuelva a hacerle daño— me parece que es la única opción.

Nesfield se amedrentó visiblemente ante el tono amenazador en las palabras de Jordan. Observó a los congregados —todos ellos obviamente contra él— de los que dos de ellos destacaban por sus títulos respetables y sus fortunas, y otro por ser su propia hermana. De repente pareció caer en la cuenta de que amotinarse contra tal tropa sólo podría derivar en un resultado desastroso para él.



—De acuerdo —refunfuñó—. Pero los cinco pueden continuar esta farsa sin mí. Me marcho a Escocia. Aún tengo la esperanza de detener a mi hija antes de que cometa el error más grave de su vida.

Tras la declaración, el marqués abandonó la sala con paso firme y ordenó que le prepararan el carruaje.

—Buen viaje —dijo Jordan en un tono grave y amenazador.

Emily se estremeció con un escalofrío. Estaba convencida de que Jordan hallaría la forma de hacer que Nesfield pagara por lo que había hecho. En esos momentos no hubiera querido estar en la piel del marqués ni por todo el oro del mundo.

Jordan la sorprendió al darse la vuelta y dirigirse a su padre.

—¿Da el consentimiento a mi versión, señor Fairchild? Ya sé que usted no aprueba el hecho de mentir.

—Mi intención es decir la verdad —contestó el rector. Cuando Jordan lo miró alarmado, añadió—: Pero eso será muy fácil de hacer. No sé nada de todo este lío, sólo lo que he oído. ¿Quién soy yo para decir lo que sucedió o no mientras mi hija estaba en Londres?

El señor Fairchild dedicó a Jordan una mirada especulativa.

—No obstante, primero me gustaría saber más acerca de la relación que mantiene con mi hija. Usted ha mencionado varias veces que piensa casarse con ella y, sin embargo, hasta hace escasos minutos ni tan sólo sabía que la conocía.

Jordan frunció el ceño, y el rector se apresuró a añadir:

—No me interprete mal, milord. Le estoy sumamente agradecido por su intervención. Yo solo no habría conseguido lidiar con lord Nesfield con tanta maestría. —Abrazó a Emily con cariño—. A pesar de ello, estoy totalmente asombrado, incluso diría que un poco desorientado, por el interés que usted profesa por mi hija.

—No es tan extraño —aseveró Jordan—. Primero la conocí en el baile de los Dryden en Derbyshire. Luego, mientras ella estaba en Londres, coincidimos en varias ocasiones. —Su voz se suavizó—. Y me enamoré de ella. Siento un profundo amor por ella.

De nuevo aparecía esa palabra. Amor. Emily lo miró aturdida. Una cosa era fingir delante de Nesfield, pero ahora no era necesario que mantuviera las apariencias con su padre.

—Jordan, no es necesario que...

Él la interrumpió antes de que ella pudiera decir «mientas».

—El problema es que me he declarado, y ella todavía no ha aceptado mi proposición de matrimonio.



Emily no podía dar crédito a lo que oía. El conde de Blackmore estaba allí de pie, con un aspecto tenso e inseguro, como cualquier hombre que hubiera decidido volver a proponerle a una mujer que se casara con él por segunda vez y no estuviera del todo seguro de la respuesta.

Jordan observó un instante a lady Dundee y a lord Saint Clair, que en silencio lo animaban a continuar. Entonces miró nerviosamente al padre de Emily.

—Ya sé que es pedir demasiado, señor, ¿pero cree que puede dejarme a solas con su hija unos minutos, por favor? Después le aseguro que podré contestar todas sus preguntas con más precisión.

Cuando el rector vaciló, Emily lo estrujó por la cintura.

—Por favor, papá.

—Como quieras, hija mía —accedió el señor Fairchild, aunque sin estar del todo convencido—. Pero sólo unos minutos.—Soltó a Emily y empezó a andar hacia la puerta, mas se detuvo antes de llegar al umbral y miró a Jordan visiblemente intranquilo—. Creo que debería saber, sin embargo, que mientras mi hija estaba haciendo la maleta para venir aquí ayer, un vecino en Willow Crossing vino a verme para decirme que había visto un imponente carruaje que se alejaba de mi casa. Emily me contó que un amigo la había llevado a casa, pero ahora me pregunto si...

—Tal y como acabo de decirle —remarcó Jordan con su típico tono arrogante— estaré más que dispuesto a contestar todas sus preguntas más tarde.

El rector asintió con la cabeza, claramente consciente de la vasta diferencia de sus rangos sociales. Jordan podía ser un hombre joven que deseaba casarse con su hija, pero también era el famoso conde de Blackmore, y muchos años de comportamiento arraigado hacía que a su padre le resultara difícil aplacar la inquietud que lo asaltaba en esos momentos.

Lady Dundee y lord Saint Clair acompañaron al señor Fairchild hasta la puerta y finalmente los tres abandonaron la sala. Cuando Emily y Jordan se quedaron completamente solos, él se le acercó con paso indeciso.

—Emily, todo lo que le he dicho a tu padre es cierto. He pasado dos días sumido en un terrible estado de temor, pensando que quizá no querrías casarte conmigo. La idea de perderte me revuelve el estómago hasta conseguir que me sienta verdaderamente enfermo. Te quiero. Ya está, lo he dicho. Y ahora, por favor, sácame de este estado de desdicha y acepta casarte conmigo.

El impulso inicial de Emily fue de una completa alegría. ¡Él la amaba! ¡Jordan la amaba! ¡Finalmente había sido capaz de pronunciar las palabras mágicas!



Mas entonces, otro impulso horrible y pernicioso la abordó. Después de todos los alegatos inamovibles por parte de Jordan de que era incapaz de amar y después de todo lo que la había hecho sufrir, no podía resistirse a atormentarlo, aunque sólo fuera por unos instantes.

—¿Estás seguro de que lo que sientes por mí es amor, Jordan? Lo que describes suena más bien a una transitoria enajenación mental. —Emplazó la palma de la mano sobre su frente—. Sí, quizá sí que estás enfermo. Después de todo, el conde de Blackmore jamás sería capaz de enamorarse...

—No me martirices más —masculló él en un tono de aviso, luego le cogió la mano—. Muy bien; lo que quieres es que me comporte como un verdadero idiota sentimental, ¿no es eso? —Su voz tembló cuando continuó en un tono más solemne—: Quiero que seas mía, sólo mía, Emily Fairchild. Te deseo. Y sí, te quiero. Siempre te querré.

Jordan le guió la mano hasta el corazón.

—La primera vez que recitaste las Sagradas Escrituras ante mí, desgranaste un trocito de mi corazón de piedra, y has continuado erosionándolo hasta que no has dejado nada más que polvo. Gracias a ti, ahora hay un corazón de verdad que ocupa el sitio del antiguo corazón de granito. Y siempre te pertenecerá.

—Le besó la mano, y luego le regaló una sonrisa insegura—. Por favor, amor mío, ¿no crees que eso es una muestra suficiente de mis emociones? ¿Te casarás conmigo?

Entonces Emily lo besó, con un beso prolongado y lleno de alegría y de todo el amor que era capaz de demostrarle.

Cuando se apartó de él, Jordan parecía mareado.

—Espero que eso sea un «sí».

Emily sonrió generosamente, con el corazón tan henchido de júbilo que pensó que le iba a estallar de un momento a otro. Al fin su lord prohibido había dejado de ser prohibido.

—Así es, amor mío. Es un «sí» muy emocional y muy sentimental.



Epílogo

Mi alma es una barca encantada,
Que, cual cisne dormido, flota
Sobre las olas plateadas de tu dulce canción.

PROMETEO LIBERADO
PERCY BYSSHE SHELLEY

La gran fiesta de Navidad en la finca de su hermanastra estaba más concurrida de lo que Jordan habría deseado, dada la todavía delicada condición de Emily. Ella no debería exponerse a tanto caos cuando se estaba recuperando del alumbramiento de su primer retoño que había nacido hacía apenas un mes, pero Emily insistió en aceptar la invitación, puesto que la casa solariega de los Worthing estaba muy próxima a la de Jordan. ¿Qué podía hacer él sino mostrarse indulgente con su esposa, y más teniendo en cuenta que ser indulgente con sus pocas peticiones era una de las cosas que le provocaba mayor alegría en este mundo?

Jordan se dirigía hacia ella con dos copas de ponche en las manos cuando la divisó inmersa en una entretenida conversación con su hermanastra. Mientras se acercaba a ellas, oyó que pronunciaban su nombre. Un impulso malicioso lo empujó a esconderse detrás de una columna cercana y a quedarse muy quieto para poder escuchar sus palabras.

—Jordan no es la misma persona desde que te conoció —decía Sara—. Antes detestaba esta clase de fiestas, y estoy segura de que nunca antes lo había oído recitar poesía como ha hecho durante la cena. Parece tan relajado y feliz... ¿Qué poción le has dado a mi hermano, Emily? Tienes que darme la fórmula.

—Oh, estoy segura de que no necesitas recurrir a brebajes mágicos con tu esposo.

—No. Para serte sincera, en determinadas situaciones prefiero que Gideon no se relaje demasiado, ya me entiendes.

—Sí, te entiendo. Y en situaciones similares, puedes estar segura de que Jordan tampoco se relaja en absoluto.



Las dos mujeres se rieron como dos colegialas, y Jordan decidió que había llegado la hora de interrumpir la conversación.

—Me silban los oídos, señoras —soltó con petulancia mientras rodeaba la columna y le entregaba a su esposa la copa con ponche.

Su intervención consiguió arrancarles aún más carcajadas. Aunque Jordan enarcó una ceja, en secreto estaba encantado de que su esposa se mostrara tan satisfecha con los placeres que compartían en el lecho. Qué pena que aún tuvieran que reprimirse una semana más, o al menos eso era lo que les había dicho el médico.

A Jordan una semana le parecía una eternidad. Obsequió a su esposa con una mirada intensa y lasciva, deseando fervientemente que ella no hubiera elegido ese traje de terciopelo escarlata para la ocasión. Ciertamente, era apropiado para las fastuosas fiestas de Navidad, y a pesar de que aún lo consideraba escandaloso, tenía que admitir que el vestido de su hermanastra no era mucho más modesto.

Pero cada vez que veía a Emily embutida en ese traje, con su piel traslúcida brillando como una porcelana delicada y sus pechos alzados esplendorosamente —más llenos ahora, puesto que estaba amamantando a su bebé—, se ponía excitadísimo. Ese vestido siempre le recordaba la primera vez que habían hecho el amor, la forma en que ella se le había ofrecido con una inocencia tan poco disimulada.

Jordan tomó un largo sorbo de ponche. Por todos los demonios, si conseguía sobrevivir los próximos siete días sin abalanzarse sobre ella sería todo un milagro. Podría matarla por lucir ese traje esa noche. No, lo que deseaba hacerle era algo mucho más placentero.

—¿Estás bien, Jordan? —inquirió Emily, arrugando su pálida frente con preocupación.

—Sí, muy bien. —«Me tienes totalmente ardiendo, querida», se dijo para sí mismo. Intentando alejar de sus pensamientos esa imperiosa necesidad de rasgarle el vestido por la mitad y devorar esos pechos exuberantes y esas dulces curvas, se puso a contemplar la sala—. Veo que Sophie y Lawrence también están aquí.

En el otro extremo de la sala, Lawrence susurraba algo al oído de su esposa, y a ella se le iluminaron los ojos. Sus caras resplandecían de amor, demostrando que todos se habían equivocado al intentar evitar su unión. Jordan añadió:

—Me alegra que varios miembros de la alta sociedad londinense los hayan aceptado en sus círculos.

—Mayoritariamente todos aquellos que desean importunar a lord Nesfield —respondió Sara. A continuación, miró a Jordan con una evidente curiosidad—. Aunque tampoco cuesta nada conseguir que el marqués se irrite estos días. Tengo entendido que ha sufrido una serie de reveses



financieros y personales. El club del que era miembro ha rechazado renovar el carné de socio, ha perdido miles de libras en un negocio mercantil, y está sumido en una batalla legal a causa de una parte sustancial de su propiedad. ¡Menuda lista de conflictos y de mala suerte que ha tenido este año!

—Sí, muy mala suerte —repitió Jordan con sequedad, intercambiando una mirada de complicidad con su esposa. Ese desgraciado tendría que soportar aún muchas más situaciones de mala suerte antes de que Jordan acabara con él. Al notar la suspicacia en los ojos de su hermana, decidió cambiar de tema—. Me pregunto cómo ha encajado Ian el matrimonio entre Lawrence y Sophie.

—Sospecho que Ian nunca estuvo enamorado de ella —dijo Emily—. No parece demasiado afligido.

«Enamorado», pensó Jordan. Era sorprendente el efecto tan distinto que esa palabra le provocaba ahora, en comparación con un año antes. Pero entonces no sabía que encontraría a la esposa perfecta: una mujer cuyo interés por las causas reformistas superaba el suyo con creces, cuya franqueza siempre lo sorprendía positivamente, y cuyo cuerpo... ¡Maldición! ¿Por qué no era capaz de alejar de su mente esa imagen obsesiva?

—Ian ni tan sólo se ha inmutado cuando ha visto entrar a Lawrence y a Sophie —remarcó Sara, sacando a Jordan de su ensimismamiento y obligándolo a intervenir de nuevo en la conversación—. Y lo he visto en el balcón hace cinco minutos, besando a Felicity.

—¡No me digas! —exclamó Emily presuntuosamente—. Bueno, la verdad es que no me sorprende. Ya me parecía que había algo entre ellos dos.

—Bobadas —se jactó Jordan—. No hagas caso de mi hermana, Emily. Si Ian estaba besando a esa chica seguramente sólo se trataba de un breve flirteo.

Sara lo observó con ojos porfiados.

—No sé si sólo se trata de eso, Jordan. Tendrías que haber visto la forma en que él la miraba hace un rato, Ian no podía apartar los ojos de ella. Y ya sabes que está buscando esposa.

—Sara —dijo Jordan condescendentemente—, si crees que Ian consideraría casarse con una marisabidilla chismosa es que no lo conoces bien.

Su esposa y su hermanastra intercambiaron miradas de complicidad.

—Diría que en estos casos deberías confiar más en tu hermana —apostilló Emily, sonriendo socarronamente—. Tiene un magnífico instinto. Vamos, Sara, cuéntale lo que me dijiste justo antes de nuestra boda.



—¿Contarme el qué?

Sara sonrió con picardía.

—¿Recuerdas esa noche en el baile en casa de los Dryden, cuando os conocisteis? Gideon y yo nos dimos cuenta de que algo sucedería entre vosotros incluso antes de que os montarais en tu carruaje.

—¿A qué te refieres? —inquirió Jordan.

—Nos dijiste que ibas a acompañar a una viuda a su casa, pero Gideon había conocido a Emily y a Lawrence previamente, y sabía que ella era la hija de un rector y que Lawrence era su primo. Me comentó que creía que estabas metiendo la pata.

—¡Por el amor de Dios! ¿Y por qué no me lo dijiste? No me cuesta nada comprender que al perverso de tu esposo, ese pirata, le hiciese gracia la situación, pero tú deberías haberme avisado. Le habrías ahorrado a Emily pasar por una considerable vergüenza.

—Ya, pero entonces ella no te habría conocido. Además, pensé que la hija de un rector era exactamente la clase de mujer que más le convenía a mi hermano. —Sara se echó a reír, divertida por la ocurrencia—. ¿Lo ves? Sé cuándo dos personas están hechas la una para la otra.

—Eso fue por pura suerte —refunfuñó Jordan, un poco irritado. Siempre le había gustado imaginar que el destino se había encargado de poner a Emily a su lado, y no le agradaba nada la idea de que su hermana hubiera formado parte de esa confabulación, aunque sólo fuera de un modo marginal.

—¿Preferirías que no nos hubiéramos conocido? —le preguntó su esposa tranquilamente, interpretando incorrectamente sus repentinas muestras de mal humor.

Enojado de que su hermana hubiera sacado a colación ese primer encuentro entre ellos, Jordan miró a Sara con los labios fruncidos. Ella murmuró algo acerca de ir a buscar a su esposo y se marchó rápidamente, dejándolos solos en esa esquina del salón justo al lado de las cristaleras por las que se salía a la terraza.

—Ya sabes la respuesta a esa pregunta —contestó él con suavidad. Tomó la mano de su esposa y la besó—. Y si no estás segura, ven conmigo al jardín y... y te recordaré qué es lo que siento por ti.

Emily apartó la vista con coquetería, aunque se dejó guiar hasta la terraza.

—De verdad, Jordan, ¿en medio de un baile?

En cierto modo, Emily continuaba siendo esa criatura inocente de la que él se había enamorado. Sin lugar a dudas, era su peculiar mezcla de inocencia e instinto mundano lo que tanto le encantaba de ella.



—Sí. —La estrechó entre sus brazos y la besó.

Emily alzó la vista para mirarlo a los ojos y le sonrió.

—Hace frío aquí fuera, me congelaré.

—Esa temperatura es exactamente la que necesito; así evitaremos que te ataque con lascivia tal y como he estado deseando hacer los últimos dos meses.

—Ah, pero ya no tienes que contenerte. El doctor me ha dicho hoy que ya podemos retomar nuestras relaciones maritales. ¿Por qué crees que me he puesto este vestido esta noche?

Jordan contuvo el aliento, y su cuerpo reaccionó al instante.

—Entonces, ¿se puede saber qué estamos haciendo aquí? ¡Nos vamos a casa ahora mismo!

Emily se rió encantada mientras él la empujaba para que entrara de nuevo en la sala, y sin perder un instante se dirigieron hacia la anfitriona de la fiesta.

—Espléndido. —Jordan la oyó susurrar a su lado—: Me encanta hacerlo en el carruaje.

Fin



ORDEN DE LA TRILOGÍA DE LOS LORES

1. Lord Pirata (Gracias a las amigas de DT)
2. Lord Prohibido. (Como ya saben una producción de LLL)
3. *The Dangerous Lord.*